

William Robertson

HISTORIA DEL REINADO  
DEL EMPERADOR  
CARLOS QUINTO  
TOMO III



# CARLOS QUINTO.

---

**III.**

***Esta traducción es propiedad del infrascrito. Todos los ejemplares irán señalados y firmados por el mismo. Los que no tengan este requisito se tendrán por contrahechos.***

A handwritten signature in black ink, enclosed in an oval. The signature reads "J. Oliveres." with a decorative flourish at the end.

---

IMPRESA DE J. OLIVERES Y GAVARRO,  
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 67.

---





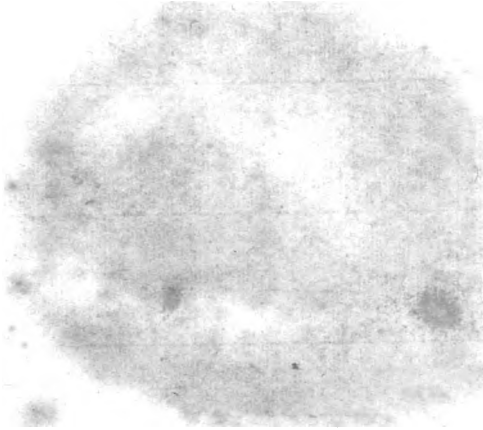


D. JUAN DE PADILLA

*General en jefe del ejército de la Liga.*







# HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

# CARLOS QUINTO,

PRECEDIDA

DE UNA DESCRIPCION DE LOS PROGRESOS DE LA SOCIEDAD  
EN EUROPA, DESDE LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO  
HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.

POR

**W. ROBERTSON.**

NUEVA TRADUCCION HECHA CON TODO ESmero Y EXACTITUD

*Por D. José María Gutierrez  
de la Peña.*

EDICION ADORNADA CON LÁMINAS.

---

**TOMO III.**

---

**BARCELONA,**

LIBRERIA DE J. OLIVERES Y GAVARRÓ,  
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 67.

1839.





D. JUAN DE PADILLA

*General en jefe del ejército de la Liga.*









# HISTORIA

DEL

## REINADO DEL EMPERADOR

# CARLOS V.

---

### LIBRO QUINTO.

Los pormenores de la inhumanidad con que el papa habia sido tratado horrorizaron y pasmaron á la vez á la Europa. La inaudita osadía de un emperador cristiano, á quien su dignidad misma obligaba á proteger y defender á la Santa Sede, y que poniendo violentas manos sobre el representante de Jesucristo en la tierra retenia su sagrada persona en riguroso cautiverio, se reputó generalmente por impiedad que reclamaba la mas ruidosa venganza y que hacia necesaria la pronta reunion de todos los fieles hijos de la iglesia contra el culpado. Francisco y Enrique, alarmados en vista de los progresos de Carlos en Italia, se habian aliado ya antes de la conquista de Roma, conviniendo en probar una poderosa incursion en los Países-Bajos para poner coto á la ambicion del emperador. Fortaleciéronse despues los varios motivos que les habian determinado en sus principios, y á ellos se unió el designio de libertar

Año 1527.  
Indignacion  
general en Europa  
contra  
Carlos.

11 de julio.

Tomo III.

1



Año 1527. al papa de manos del emperador, acto político, que á par que favorecía sus intereses honraba su piedad. Pero, para alcanzar este objeto, era necesario abandonar los proyectos concebidos sobre los Países-Bajos y trasladar el teatro de la guerra al corazón de la Italia, puesto que únicamente á favor de las mas vigorosas operaciones podían prometerse librar á Roma y restituir la libertad al pontífice. Empezaba Francisco á conocer que el refinado espíritu de sus miras políticas sobre Italia le habia arrastrado harto lejos, y que singularmente por flojedad en los lances de crisis habia dejado que tomase Carlos una superioridad que fácilmente hubiera podido ser disputada; quiso pues apresurarse á reparar por medio de una actividad que convenia mas á su carácter, una falta que no muy á menudo habia tenido que echarse en cara. Creía Enrique que era tiempo de aliarse con el rey de Francia para atajar los grandes progresos del emperador en Italia, quien por este medio podia adquirir una prepotencia que le pusiese en estado de dictar despues leyes á los demas soberanos de Europa. Wolsey, cuya amistad habia Francisco procurado mantener con atenciones y regalos, seguro medio de conseguirla, no perdonó diligencia alguna de cuantas podían concitar á su amo contra el emperador. Además de estos respetos políticos escitaba á Enrique otro motivo particular, pues casi al mismo tiempo formaba el gran proyecto de su divorcio con Catalina de Aragon, sabia que le era indispensable la autorizacion del papa, y anhelaba tener derecho á su reconocimiento apareciendo como el principal instrumento de su libertad.

Con tales disposiciones de parte de entrambos reyes no se prolongaron las negociaciones. Habiendo Wolsey

Liga formada contra él.



Año 1527.

recibido ilimitados poderes de su amo, trató Francisco con él personalmente en Amiens, á donde pasó el cardenal, recibiéndole con la mayor magnificencia. Se puso por artículo fundamental de la liga el matrimonio del duque de Orleans con la princesa María; decidióse que la Italia seria teatro de la guerra; se convino en las fuerzas del ejército que se pondria en campaña y en las tropas y los recursos que facilitaria cada príncipe; y en caso de no aceptar el emperador las proposiciones que se le debian hacer en nombre de ambos príncipes, se obligaban á declararle al momento la guerra y á dar de esta suerte principio á las hostilidades. Enrique, impetuoso siempre en sus resoluciones, entró con tanto celo y ardor en esta nueva alianza, que para dar á Francisco la mas alta prueba de su amistad y estimacion, renunció formalmente á todas las antiguas pretensiones de los reyes de Inglaterra á la corona de Francia, las cuales habian por tanto tiempo sido el orgullo y la ruina de su nacion, y aceptó como por resarcimiento una pension de cincuenta mil ducados anuales que debian satisfacerse á él y á sus sucesores (1).

18 agosto.

Entre tanto el papa imposibilitado de cumplir las condiciones de la capitulacion, permaneció siempre prisionero bajo la severa guarda de Alarcon. No bien supieron los florentinos el desastre de Roma, cuando corrieron tumultuosos á las armas, arrojaron de la ciudad al cardenal de Cortona que la gobernaba en nombre del papa, destrozaron el escudo de armas de los Médicis, y las estatuas de Leon y de Clemente, y se declararon en estado libre, restaurando su antigua forma de go-

Los florentinos recobran su libertad.

(1) Herbert, 835. etc. Rym. Fæder. XIV, 203.

**Año 1527.** hierno popular. Queriendo asimismo aprovecharse los venecianos de las desgracias de su aliado el papa, se apoderaron de **Ravena** y de otras plazas pertenecientes al estado eclesiástico, dando por pretesto que querian guardarlas en depósito. Los duques de **Urbino** y de **Ferrara** se apropiaron tambien parte de los despojos del desgraciado pontífice á quien reputaban perdido sin recurso (1).

Inaccion del  
ejército impe-  
rial.

Por otra parte procuraba **Lannoy** sacar de este inesperado suceso algunas ventajas sólidas, pues tanta preeminencia habia dado la victoria á las armas de su soberano. **Marcha** con este intento á **Roma**, seguido de **Moncada**, del marques de **Guasco**, y de cuantas tropas puede juntar en el reino de **Nápoles**. Una calamidad mayor para los infelices habitantes de **Roma** hubo de ser la llegada de este refuerzo, pues los recién venidos, codiciosos del botin reunido por sus compañeros, imitaron su desenfreno, y devoraron ávidamente los miserables restos que se habian ocultado á la rapacidad de los españoles y alemanes.

A la sazón no habia en **Italia** ningun ejército capaz de oponerse á los imperiales, y para apoderarse de **Bolonia** y de las ciudades de los estados pontificios no se necesitaba mas que presentarse á vista de sus murallas. Pero los soldados, acostumbrados desde mucho tiempo bajo el mando de **Borbon** á sacudir toda disciplina, y habiendo probado la dulzura de vivir á su antojo en una ciudad grande, casi sin reconocer autoridad alguna, habian degenerado de tal suerte en enemigos de la subordinacion militar y de los deberes del servicio, que se negaron á salir de **Roma** sin que se les

(1) Guicc. I. XVIII, 453.

hubiesen pagado los atrasos de su sueldo, cosa que sabian muy bien no poderseles conceder. Además, declararon que únicamente obedecerian al príncipe de Orange, á quien habia el ejército aclamado por general. Viendo Lannoy que peligraba su vida si por mas tiempo permanecia en medio de un ejército insubordinado que despreciaba su carácter y le odiaba, volvió á Nápoles, adonde, obrando por iguales razones de prudencia, le siguieron pronto el marques del Gausto y Moncada. El príncipe de Orange, con solo el título de general debido á una soldadesca desenfadada con la victoria y la licencia, tenia que respetar sus albedríos, mas que no respetaba ella sus órdenes: asi fue como el emperador, en vez de sacar fruto de la rendicion de Roma, tuvo el disgusto de saber que estaba en inaccion completa el mas formidable ejército que habia puesto en pie (1).

El rey de Francia y los venecianos tuvieron tiempo de formar nuevos planes para libertar al papa y defender á la Italia oprimida. La nueva república de Florencia tuvo la imprudencia de juntarse con ellos, y fue nombrado generalísimo Lautrec, á cuyos talentos hacian los italianos mas justicia que Francisco. Solo con la mayor repugnancia aceptó este encargo, pues temia exponerse de nuevo á los apuros y reveses causados por la negligencia del rey ó por la malicia de sus favoritos. Pusiéronse á sus órdenes las mas selectas tropas de Francia, y el rey de Inglaterra, antes de haber declarado todavía guerra al emperador, desembolsó una cuantiosa suma para subvenir á los gastos de la expedicion. La prudencia, el vigor y la habilidad dirigieron las

El ejército  
frances entra  
en Italia.

(1) Guicc. l. XVIII p. 454.

**Año 1527.** primeras operaciones de Lautrec. Con el auxilio de **Andrés Doria**, el mas famoso marino de su siglo, entró en **Génova** y restableció en esta república la faccion de los **Fregocios** y la dominacion de los franceses. Obligó á **Alejandro** á rendirse despues de algunos dias de sitio, y sojuzgó todo el pais de esta parte del **Tesino**. Tomó por asalto á **Pavia** que por tanto tiempo habia resistido á su amo, y la saqueó con la crueldad que inspiraba á los franceses el recuerdo del fatal desastre sufrido delante de esta ciudad. Si hubiese continuado dirigiendo sus esfuerzos contra el **Milanesado**, pronto se hubiera visto obligado á ceder **Antonio de Leyva**, que lo defendia con corto número de tropas solo conservadas á fuerza de astucia y maña; pero **Lautrec** no se atrevió á probar la conclusion de una conquista que le hubiera honrado tanto y de la cual habria reportado la liga tantas utilidades. No ignoraba **Francisco** que sus aliados deseaban mucho menos verle estender sus posesiones en **Italia** que desmembrar las del emperador, y temió que si llegaba **Sforzia** á ser repuesto en **Milan**, solo débilmente apoyarian los aliados la invasion que proyectaba contra **Nápoles**: en consecuencia se dió orden á **Lautrec** para que no adelantase demasiado sus conquistas en la **Lombardía**. Afortunadamente las importunidades del papa que instaba su socorro, y las de los florentinos que imploraban su proteccion, le dieron un plausible pretexto para adelantarse desoyendo las instancias de los venecianos y de **Sforzia** que insistian en que pasase á poner sitio á **Milan** (1).

**Carlos con-** Mientras **Lautrec** se adelantaba lentamente hácia **Ro-**

(1) Guicc. l. XVIII, 461. Du Bellay, 107. etc. Mauroc. Hist. Venet. l. III, 238.

ma, tuvo el emperador tiempo de deliberar sobre lo que debía hacer de la persona del papa que quedaba prisionero en el castillo de san Angelo. A pesar del especioso pretesto religioso con que encubria Carlos sus disposiciones, probó frecuentemente que le movian muy poco las consideraciones religiosas; y singularmente en este lance habia manifestado el deseo de hacer trasladar al papa á España para satisfacer el orgullo de su ambicion con el espectáculo de los dos mas ilustres personajes de Europa prisioneros uno tras del otro en su corte. Pero el temor de ofender todavía mas á la cristiandad y de hacerse odioso á sus mismos súbditos, le obligó á sacrificar á la prudencia la vanidad (1). Los progresos de los franceses le precisaban á restituir la libertad al papa ó á mandar su conduccion á mas seguro retiro. Entre las varias razones que le hicieron decidir por el primer partido, fue la mas poderosa el faltarle dinero, cuando le necesitaba con urgencia para reclutar su ejército y pagarle los inmensos retrasos que debía. Hacia principios del año habia convocado las Cortes de Castilla en Valladolid para esponer en ellas el estado de los negocios; con efecto, las representó la necesidad de hacer grandes aprestos contra los enemigos que la envidia iba á reunir contra él, y pidió en los mas precisos términos cuantiosos subsidios. Empero, negáronse ellas á abrumar con nuevo peso á la nacion, exhausta ya por los donativos extraordinarios, y persistieron en su negativa (2) á pesar de cuantos esfuerzos se hicieron para seducir ó atemorizar á los miembros de la asamblea. En consecuencia no le quedaba otro arbitrio que arrancar de Clemente en forma de rescate una suma suficiente para

Año 1527.  
cede libertad  
al papa.

11 febrero.

(1) Guicc. l. XVIII, p. 457.

(2) Sandov. l. I, p. 814.

Año 1527. pagar á sus tropas los atrasos, pues sin esto hubiera sido inútil proponerlas salir de Roma.

Por su parte no permanecía inactivo el papa, antes intrigaba con fortuna para abreviar su libertad. Por medio de la adulacion y de una aparente confianza logró desarmar el enojo de Colonna, y supo interesar la vanidad de este cardenal, celoso de demostrar á la Europa que despues de haber sabido humillar al papa tendria poder para restablecerle en su dignidad. Grangeóse asimismo el afecto de Moron con honores y promesas, pues este hombre, por uno de aquellos acontecimientos ordinarios en la vida y que dan á conocer su carácter, habia recobrado toda la autoridad y el crédito de que antes gozaba con los imperiales. La destreza y el ascendiente de ambos personajes allanaron fácilmente todos los obstáculos opuestos por los enviados del emperador, y concluyeron pronto que daba libertad á Clemente con condiciones duras á la verdad, pero tan moderadas como podia prometérselas en la situacion en que se encontraba. Vióse precisado á anticipar en dinero contante una cantidad de cien mil ducados para pagar al ejército, y dar palabra de entregar otro tanto dentro de quince dias y 150 mil dentro el plazo de tres meses. Ademas se le hizo prometer que no tomaria la menor parte en la guerra que se hacia contra el emperador, asi en la Lombardía como en el reino de Nápoles, conceder á Carlos una cruzada y el diezmo de las rentas eclesiásticas en España, dar rehenes para la ejecucion de estos artículos, y para mayor seguridad poner al emperador en posesion de muchas ciudades (1).

(1), Guicc. l. XVIII. p. 467, etc



Cuando hubo reunido el papa la primera cantidad, despues de haber vendido las dignidades y beneficios eclesiásticos y empleado otros espedientes no muy canónicos, se fijó dia para soltarle. Pero Clemente, deseoso de verse libre de una prision de seis meses, y agitado por las sospechas y la desconfianza natural en los desgraciados, recelaba de tal suerte que los imperiales pusiesen nuevos obstáculos á su libertad, que la noche anterior se disfrazó de mercader, y aprovechando la poca vigilancia con que se le guardaba despues de hecho el tratado, logró fugarse sin ser descubierto. Antes del amanecer llegó sin comitiva, con uno solo de sus oficiales, á Orvieto, desde donde sin perder momento escribió una carta de gracias á Lautrec, como al instrumento principal de su libertad (1).

Durante estos acontecimientos, los embajadores de Francia y de Inglaterra pasaron á España en virtud del tratado concluido entre Wolsey y Francisco. No queriendo el emperador atraer contra sí las fuerzas reunidas de entrambos reyes, pareció que sin dificultad hubiera cedido algun tanto en el rigor del tratado de Madrid, en cuyas disposiciones se habia mostrado inflexible hasta entonces. Prometió aceptar los dos millones de escudos propuestos por Francisco en equivalente del ducado de Borgoña, y dar libertad á sus hijos, con tal que hiciese retroceder sus tropas de Italia y le restituyese la ciudad de Génova con las demas conquistas hechas en su territorio. Tocante á Sforcia, insistia con teson en que se decidiese de su suerte nombrando jueces para formarle causa. Dirigiéronse estas proposiciones á Enrique, quien las pasó al rey Fran-

Propuesta  
de Carlos á  
Francisco y á  
Enrique.

(1) Guicc. l. XVIII, 467, etc. Jov. *Vita Colonn.* 169. Mau-  
roc. *Hist. Venet.* l. III, 251.

Año 1527. cisco su aliado, como mas interesado, para saber su respuesta. Si de buena fe hubiese estado dispuesto Francisco á concluir la paz, y á obrar uniformemente en su conducta, no hubiera vacilado en adoptar al momento estas proposiciones, pues diferian muy poco de las que él mismo habia hecho algun tiempo antes (1): pero no eran ya las mismas sus ideas. La alianza de Enrique, los triunfos de Lautrec en Italia y la superioridad de su ejército sobre el del emperador, no le permitian dudar del éxito de su tentativa contra Nápoles. Animado por tan altas esperanzas, no titubeó en valerse de una apariencia de compasion en favor de Sforcia como de un pretesto, siendo asi que hasta entonces le habian al parecer ocupado muy poco. Requirió nuevamente que este desgraciado príncipe fuese restablecido sin condicion alguna en la plena posesion de sus estados, y bajo pretesto de que seria imprudente descansar del todo en la buena fe del emperador, exigia Francisco la entrega de sus hijos antes de que evacuasen sus tropas la Italia y devolviesen la plaza de Génova. Demandas tan poco razonables y el aire de reconvenccion que las acompañaba, indignaron de tal suerte á Carlos que difícilmente pudo contener su cólera; pesóle haber demostrado una moderacion de que tan poco dignos eran sus enemigos, y declaró que ni un ápice se apartaria de las condiciones que acababa de ofrecer. Inconcebible parece que Enrique haya prestado su nombre á propuestas tales como las de Francisco, pero ello es que se habia logrado determinarle á ello y que en vista de la declaracion del emperador, pidieron y alcanzaron su audiencia de despedida asi el embajador de In-

(1) *Recueil des trait. tom II, p. 249.*

glaterra como el de Francia (1).

Año 1528.

Al día siguiente dos heraldos que de intento habían acompañado á los embajadores, y que hasta entonces habían ocultado su carácter, comparecieron en la corte del emperador con los atributos de su ministerio, y así que fueron introducidos declararon la guerra en nombre de sus amos con todas las formalidades de costumbre. A entrambos recibió Carlos con la dignidad correspondiente á su gerarquía, pero respondió á cada uno en particular con un tono que indicaba la diferencia de afectos que le animaban para con los dos soberanos. El desafío del monarca inglés le recibió con firmeza templada por cierto aire de atención y respeto. Su respuesta al rey de Francia abundaba en aquella amargura de espresion que debía infundirle una rivalidad personal, irritada por la memoria de muchos ultrages recíprocos. Encargó al heraldo francés que advirtiese á su amo que en adelante no le miraría mas que como vil infractor de la fe pública, ageno de los sentimientos de honor y de probidad que distinguen á un caballero. Sobrado orgulloso Francisco para sufrir tal insulto, recurrió á un singular arbitrio para defender su carácter y vindicar su honor. En el acto mismo volvió á despachar á su heraldo con un desafío en regla, dando al emperador un mentis formal, retándole á combatir cuerpo á cuerpo, intimándole que fijase lugar y día, y dándole á elegir las armas que quisiese. Carlos no menos vivo y valiente que su rival, aceptó sin vacilar el desafío; pero despues de varios mensajes para arreglar todas las circunstancias del duelo, mensajes acompañados siempre de vituperios que al fin ca-

22 enero.  
Declaran la guerra á Carlos.

(1) Rym. XIV, p. 200. Herbert, p. 35. Guicc. I. XVIII, 471.

Año 1528. si degeneraron en torpes iajurias, se olvidó enteramente el proyecto de este duelo, que convenia mas á héroes de novela que á los dos mas poderosos monarcas de su siglo (1).

Acredita este ejemplo el uso del duelo.

Llamó la atencion general el ejemplo que acababan de dar estos dos grandes reyes, y tuvo tanta autoridad que produjo una revolucion visible en las costumbres de toda la Europa. He dicho ya que los duelos se habian permitido en todas las naciones de Europa por mucho tiempo, que hacian parte de su jurisprudencia, y que en muchas ocasiones las autorizaba el magistrado como seguro medio de decision en lo civil y en lo criminal. Pero como estos duelos judiciales eran reputados apelaciones solemnes á la justicia y á la omnipotencia del Ser Supremo, no los autorizaba la ley mas que en las causas públicas; y para proceder en ellos fijaba formalidades jurídicas. Acostumbrados los hombres á ver empleado por los tribunales este método de enjuiciamiento, no tardaron en valerse de él para sus querellas personales, paso que no distó mucho del primero. Desde entonces los duelos, que al principio no podian verificarse mas que por disposicion del magistrado civil, se empeñaron en breve sin que interviniese este, y se estendieron á muchos casos no señalados por la ley. Acreditó extraordinariamente esta práctica lo que acababa de pasar entre Carlos y Francisco. A la primera injuria, al menor insulto que heria su honor, creíase un caballero con derecho para desenvainar la espada y retar á un duelo singular á su contrario para hacerle entrar en razon. Semejante opinion, introducida entre pueblos que con

(1) *Recueil des trait. II. Mém. de du Bellay, p. 103, etc. Sandov. Hist. I, p. 337.*

el valor y la fiereza hermanaban toscas y feroces costumbres, no podia menos de producir los mas funestos efectos por lo frecuentes que eran los insultos y activo el resentimiento; derramóse en los duelos la mas preciosa sangre de Europa, sacrificáronse mil vidas útiles, y hubo tiempo en que esas reyertas de honor fueron mas destructivas que las guerras nacionales. Es por otra parte tal el imperio de la moda, que ni el terror de las leyes penales ni el respeto á la religion han podido abolir enteramente una costumbre desconocida de los antiguos, y contraria á todos los principios de la recta razon; pero asimismo es preciso confesar que en parte debemos á este absurdo uso la urbanidad y suavidad notable de las costumbres modernas, esos miramientos que se tienen mutuamente los hombres, y que hoy dia hacen mucho mas agradable y decente el trato social de lo que jamas lo fue entre los mas civilizados pueblos de la antigüedad.

Mientras parecian estar tan deseosos los dos monarcas de poner fin á su reyerta por medio de un combate particular, Lautrec continuaba en Italia unas operaciones que prometian ser mucho mas decisivas, puesto que su ejército, aumentado hasta 35 mil hombres, se dirigia á marchas forzadas sobre Nápoles. El terror que inspiró su aproximacion, unido á las representaciones é instancias del príncipe de Orange, determinó al fin á los imperiales, si bien que despues de mucha resistencia, á salir de Roma, oprimida durante diez meses con su presencia: pero quedaba apenas la mitad de aquel brillante ejército que habia entrado en la capital, pues la otra fue víctima de sus propios crímenes, de la destemplanza y disolucion, destruida por la peste ó por las enfermedades, fruto de tan larga inac-

Los imperiales salen de Roma.

Año 1528.

Febrero.  
Los france-  
ses bloquean á  
Nápoles.

cion (1). Aspiraba Lautrec con ahinco á acometer á los imperiales en su retirada hácia el territorio de Nápoles, pues en tal coyuntura una victoria hubiera puesto fin á la guerra; pero la prudencia de los gefes enemigos dejó burladas sus medidas, y permitió á aquellos llegar al fin sin mucha pérdida á Nápoles. El pueblo de esta nacion, siempre presa del mas activo y del mas fuerte, impaciente por sacudir el yugo español, recibió por todas partes á los franceses con los brazos abiertos, y á escepcion de Gaeta y de Nápoles apenas quedó en poder de los imperiales ninguna plaza importante. Debieron la conservacion de la primera á la fuerza natural de sus fortificaciones, y la de la segunda á la presencia de sus mismas tropas. Adelantóse no obstante Lautrec á vista de Nápoles, y viendo que no le sería posible apoderarse de una ciudad defendida por tantas tropas, se vió reducido á bloquearla; mas lento pero menos arriesgado espediente: tomó las medidas que reputaba mas seguras, y no vaciló en asegurar á su amo que pronto el hambre reduciria á los sitiados á capitular. Corroboróse esta esperanza con el desgraciado éxito de una vigorosa tentativa que acababan de hacer los enemigos para apoderarse del mar. Guardaban la entrada del puerto las galeras de Andres Doria, al mando de su sobrino Felipino. Moncada, que habia reemplazado á Lannoy en el vireinato, armó un crecido número de galeras superior al de Doria, embarcóse personalmente con el marques del Guasto y la flor de sus tropas, y embistió á los franceses antes de que se hubiesen reunido con los venecianos. Pero la superioridad de la maniobra del contrario triunfó del de-

(1) Guice. l. XIX, p. 478.

nuedo y número de los españoles. Murió el virey quedando destruida la mayor parte de su armada, y hechos prisioneros muchos de sus oficiales distinguidos, los cuales envió Felipino á su tío como trofeo de su victoria (1).

A pesar de esta ventaja que hacia esperar á Lautrec un feliz y pronto resultado, reuniéronse varios incidentes que movieron estorbos á sus miras y frustraron sus esperanzas. Si bien Clemente se habia quejado á menudo de la crueldad con que le habia tratado el emperador, no pensaba ya en vengarse de él ni obraba como reconocido para con sus libertadores. Sus pasados infortunios le habian vuelto circunspecto, y como repasase en su mente las faltas que habia cometido, no pudieron sus reflexiones menos de aumentar su natural irresolucion. Mientras entretenia con promesas á Francisco, negociaba secretamente con Carlos: deseoso de restituir á su familia la autoridad que antes ejercia en Florencia, conoció que no podia prometerse de Francisco este servicio, pues ese monarca se habia aliado estrechamente con la nueva república: de consiguiente se inclinaba mucho mas á su enemigo que á su favorecedor, y en nada secundó las operaciones de Lautrec. Por su parte, veian los venecianos con envidia los progresos del ejército francés, y como pensasen solo en recobrar para sí algunas ciudades marítimas del reino de Nápoles, no tomaron interes en la rendicion de la capital, á pesar de depender de ella el triunfo de la causa comun (2).

Circunstancias que retardan el sitio.

Entre tanto, no habia Enrique podido poner en planta su proyecto de atacar al emperador en los

(1) Guicc. l. XIX, p. 487. Heuter. l. X, cap. 2, p. 231.

(2) Guicc. l. XIX p. 491.

Año 1528. **Países-Bajos.** Encontró en sus súbditos grande aversión á una guerra inútil, únicamente encaminada á arruinar el comercio nacional. Para acallar sus clamores y prevenir una sublevacion pronta á estallar, se vió precisado á concluir una tregua de ocho meses con la gobernadora de Flandes (1). El mismo Francisco, por efecto de la inescusable advertencia que tantas veces le habia sido ya fatal, no cuidó de remitir á Lautrec los fondos necesarios para la manutencion del ejército (2).

Andres Doria se pasa á los imperiales.

Retardaban estos imprevistos acontecimientos los progresos del ejército francés, y á la vez desanimaban al soldado y al general, cuando la rebelion de Andres Doria acabó de trastornar todas sus esperanzas. Este bizarro gefe, ciudadano de una república, y acostumbrado desde su infancia al servicio marítimo, habia conservado la independencia de carácter propia de un republicano, y al propio tiempo la franqueza y la sencillez peculiares de los marinos. Incapaz de acomodarse á la intriga y á la adulacion necesaria para salir airoso de sus pretensiones en las cortes; con el íntimo convencimiento de su superioridad, en todas ocasiones manifestaba libremente su dictámen, y se quejaba ó representaba sin contemplacion alguna sobre lo que le disgustaba. Poco acostumbrados los ministros franceses á estas exigencias, resolvieron perder al que con tan poco miramiento les trataba; y aunque conociese Francisco todo el valor de los servicios de Doria, y tuviese alta idea de su carácter, representábenselo sin embargo los cortesanos como altivo, intratable, mas ocupado de su gloria que de los

(1) Herbert, p. 90. Rymer, XIV, p. 258.

(2) Guicc. l. XVIII, p. 478.



intereses de la nacion, y lograron destruir su valimiento, sembrando sospechas y desconfianza en el corazon del monarca. En breve tuvo Doria que sufrir muchas injusticias é injurias; no se le pagaban con regularidad sus sueldos; á menudo eran despreciados sus dictámenes en asuntos marítimos, y aun se tomaron disposiciones para arrebatar á su sobrino los prisioneros que habia hecho en el combate naval de Nápoles. Habíale llenado de resentimiento todos estos procedimientos, cuando acabó de cansar su paciencia una nueva injuria hecha á su patria. Empezaban los franceses á fortificar á Savona y limpiar su puerto, y como trasladasen allí algunos ramos del comercio genovés, manifestaron claramente su intencion de convertir á esta ciudad, objeto de los zelos y ódio de los genoveses, en rival de su opulencia y de su tráfico. Animado Doria de un patriótico celo por el honor y los intereses de su patria, quejóse de ello con orgullo y aun con amenazas, si inmediatamente no se abandonaba este proyecto. Tan atrevida accion, exagerada por el encono de los palaciegos y presentado bajo un aspecto el mas odioso, irritó de tal suerte á Francisco que dió orden á Barvesieux, almirante de Levante, para que se dirigiese contra Génova con la armada francesa, prendiese á Doria y se apoderase de sus galeras. Necesario hubiera sido el mas profundo secreto para la ejecucion de esta orden imprudente; pero se procuró tan poco ocultarla, que Doria la supo anticipadamente, y tuvo tiempo para retirarse con sus galeras á lugar seguro. El marques del Guasto, su prisionero, que observaba hacia tiempo su descontento y le atizaba, solicitándole á menudo para que entrase al servicio del emperador y prometiéndole las mayores ven-

Año 1528. **tajas, procuró no desperdiciar tan bella coyuntura. Asi que vió en su colmo el encono y resentimiento de Doria, aprovechó el momento y envió uno de sus oficiales al emperador para hacerle de su parte proposiciones. No fue larga la negociacion, pues conociendo Carlos cuán importante adquisicion haria, accedió á todas sus proposiciones. Sin retardo devolvió Doria á Francisco su comision y el collar de San Miguel, y enarbolando el estandarte del emperador, dió la vela para Nápoles, no para bloquear esta ciudad sino para socorrerla y librarla.**

Deplorable  
situacion del  
ejército fran-  
ces delante de  
Nápoles.

**Abrió al momento sus comunicaciones con el mar, y la aprovisionó cuando empezaba ya á sufrirse hambre en la plaza. Como los franceses no dominaban ya en el mar, no tardaron en carecer de víveres, y se vieron reducidos á la mas deplorable estreinidad. El principe de Orange, que habia reemplazado al virey en el mando de los imperiales, se mostró por su proceder muy digno de este honor que le habia sido proporcionado dos veces por su buena fortuna y por la muerte de muchos generales. Idolo de los soldados que recordaban las victorias conseguidas bajo su mando y que le obedecian con la mejor voluntad, no dejó escapar coyuntura para cansar al enemigo, para inquietarle y debilitarle con continuas alarmas y salidas (1). Para cúmulo de desastres, empezaron á hacer estrago entre los franceses las enfermedades tan comunes en este pais durante los calores del verano. Los prisioneros habian traído á Nápoles la peste de Roma, é hizo tanto estrago en su acampamento que solo se libraron del contagio algunos soldados y oficiales.**

(1) *Jouv. Hist.* l. 36, p. 31, etc. Sigonei, *Vita Doriae*, p. 1139. Du Bellay, 114, etc.

De todo el ejército no quedaban cuatro mil hombres en estado de prestar servicio (1), tristes restos suficientes apenas para la defensa del acampamento, donde en breve sitiados los franceses sufrieron todos los males de que los imperiales acababan de librarse. Lautrec, después de una larga lucha contra tantos obstáculos y calamidades que abatían su alma, á par que devoraba la peste su existencia, pereció lamentando el descuido de su rey y la infidelidad de sus aliados, que costaba la vida á tantos valientes (2). Su muerte y la enfermedad de otros oficiales generales hizo que recayese el mando en el marqués de Salutes. Careciendo este de talentos para sobrellevar tan pesada carga, retiróse en desorden á Aversa, llevando tras sí desalentadas y reducidísimas tropas. No tardó el príncipe de Orange en acometer la ciudad, y se vió precisado Salutes á consentir en quedar prisionero de guerra, en perder todo su bagage, y en dejar conducir bajo la escolta de un destacamento enemigo, hasta las fronteras de Francia, sus tropas sin armas ni banderas (3).

La pérdida de Génova siguió de cerca para los franceses á la destrucción de su ejército delante de Nápoles. La ambición dominante de Doria fue constantemente librar á su patria de todo yugo estrangero, y este era el principal motivo que le habia impelido á abandonar el servicio de la Francia para pasar al del emperador. Jamas se le presentó mas favorable coyuntura para llevar á cabo su noble empresa. Afligida Génova por la peste, estaba casi abandonada de sus moradores; mal pagada la guarnición francesa y reduci-

Año 1528.

15 agosto.

Levántase el sitio.

Recobra Génova su libertad.

(1) Du Bellay, 117, etc.

(2) P. Henter. *Rer. Austriac.*, l. X, c. 2, p. 231.(3) Du Bellay, 117, etc. Jovii, *Hist.* l. XXV, XXVI.

Año 1528. da á corto número , no se pensaba en enviar refuerzo ; vieron los emisarios de Doria que los pocos ciudadanos que quedaban , cansados á la vez de la dominacion francesa y de la española, cuyo yugo habian sufrido alternativamente , estaban dispuestos á recibirle como á libertador , y á secundar todas sus medidas. Seguro Doria de que todo favorecia su intento , tomó rumbo á lo largo del rio de Génova , alejó con su solo aspecto á las galeras francesas , y un pequeño destacamento que echó á tierra sorprendió durante la noche una de las puertas de la ciudad. El gobernador francés , Tribulce , se encerró en la ciudadela con una débil guarnicion , y Doria se apoderó de la ciudad sin combatir ni verter una gota de sangre. Tribulce tuvo al momento que capitular por falta de víveres , y queriendo los genoveses derribar el odioso monumento de su servidumbre , acudieron tumultuosos á la ciudadela y la arrasaron hasta los cimientos.

12 setiembre.

Desinteres de Doria.

Doria , despues de haber librado á su pais de la opresion , podia sin obstáculo apoderarse del mando absoluto. Su reputacion , el éxito feliz de su empresa , sus muchos amigos , el reconocimiento de que estaban penetrados sus conciudadanos , y el apoyo del emperador , todo concurría para allanarle la senda de la soberanía , y le brindaba para apoderarse de ella. Pero , por una magnanimidad de que hay pocos ejemplos , sacrificó toda idea de engrandecerse á la modesta satisfaccion de restaurar la libertad de su patria , objeto el mas noble que la ambicion pueda proponerse. Habiendo convocado al pueblo para que compareciese delante de su palacio , declaró que el placer de ver por segunda vez libres á sus paisanos , era la mas dulce recompensa de sus servicios , que el

título de ciudadano era para él mas grato que el de rey, que no aspiraba á autoridad ni preeminencia sobre sus iguales, y que los dejaba enteramente dueños para establecer aquella forma de gobierno que juzgasen mas conveniente. Escuchábase el pueblo derramando lágrimas de admiracion y de gozo. Nombráronse doce personas para formar el plan de la nueva república. El ejemplo del libertador inspiró á sus compatriotas el mismo generoso y noble entusiasmo, pareciendo haberse puesto ya en olvido aquellas desgraciadas facciones que por tanto tiempo habian despedazado y arruinado el estado; tomáronse saludables medidas para impedir que renaciesen, y se estableció por fin con aplauso general la forma de gobierno que ha subsistido desde entonces en Génova por mucho espacio de tiempo. Doria vivió hasta una avanzada edad, querido, respetado y honrado de sus compatriotas, sin que jamas fuese desmentida su moderacion. Nunca se abrogó la menor distincion personal, y conservó el mayor ascendiente en los consejos de una república que era deudora á su generosidad nada menos que de su existencia. El poder de que gozaba era mas lisonjero sin duda y satisfactorio que el que le hubiera prestado el título de soberano; y fundado su imperio en el reconocimiento se sostenia en el amor y respeto inspirado por la virtud, mas no á favor del miedo que escita la autoridad. Todavía es reverenciada de los genoveses su memoria, y en todos sus monumentos públicos, en todas las obras de sus historiadores, aparece siempre su nombre adornado con los mas honoríficos dictados, el de *padre de la patria*, y el de *restaurador de la libertad* (1).

(1) Guicc. l. XIX, 498. Sigonii *Vita Doriæ*, p. 1146. Jovii, *Hist. l. XXVI*, p. 36, etc.

Año 1529.  
Operaciones  
en el Milanesado.

**Deseoso Francisco de restablecer la reputacion de sus armas ajada con tales reveses, hizo nuevos esfuerzos en el Milanesado; pero el conde de san Pol, gefe temerario é inesperto á quien dió el mando de su ejército, no era émulo bastante para oponer á don Antonio de Leyva, el mas hábil general del emperador. Instruido este profundamente en el arte de la guerra, supo rechazar con un puñado de valientes las vivas pero desconcertadas acometidas de los franceses; y á pesar de sus enfermedades que le obligaron á hacerse transportar constantemente en litera, les venció siempre en actividad y en prudencia. A favor de imprevista marcha sorprendió, derrotó y cogió prisionero al conde de san Pol, destruyendo su ejército en el Milanesado casi tan completamente como el príncipe de Orange habia acabado con el que estrechaba el sitio de Nápoles (1).**

Negociaciones entre Carlos y Francisco.

**A pesar del vigor con que se continuaba la guerra, todos los partidos dejaban traslucir vivos anhelos de paz, y no se cesaba en las negociaciones á fin de obtenerla. Desalentado el monarca francés y casi enteramente agotado á consecuencia de tan desgraciadas empresas, no esperaba ya rescatar por las armas la libertad de sus hijos, y se veia reducido á proponer resarcimientos para obtenerla. Contaba el papa recobrar por medio de un tratado lo que habia perdido con la guerra. Tampoco á Carlos, á pesar de sus victorias, le faltaban razones para desear un convenio, puesto que Soliman, despues de haber devastado la Hungría, estaba á punto de precipitarse sobre el Austria con todas las fuerzas del Oriente. Diariamente iba la**

(1) Guicc. l. XIX, 520. P. Heuter. *Rev. Austr. l. X, c. 3, p. 233.* Du Bellay, 121.

reforma ganando terreno en Alemania, y los príncipes que la favorecían habían formado una liga que alarmaba al emperador sobre la tranquilidad del imperio. Murmuraban los españoles de una guerra, que casi enteramente pesaba sobre ellos, y las medianas rentas de Carlos no eran suficientes para atender á tan multiplicadas y estensas operaciones. Todas las victorias que hasta entonces había obtenido eran debidas principalmente á su buena fortuna y destreza de sus generales, y no le era posible lisonjearse de que unas tropas desprovistas de todo venciesen siempre á un enemigo que podía á todas horas renovar sus ataques. A pesar de esto todas las potencias se veían embarazadas igualmente para encubrir ó disimular sus proyectos. El emperador, con el objeto de que no se le reputase sin fuerzas para continuar la guerra, exigía condiciones duras en tono de conquistador. El papa, no queriendo perder á sus actuales aliados antes de haber ajustado algun convenio con Carlos, continuaba reiterándoles protestas de fidelidad mientras negociaba secretamente con el emperador. Francisco, temiendo que sus aliados le ganasen por mano firmando con el emperador convenios privados, recurrió á poco honrosos artificios para apartar su atención de las disposiciones que tomaba á fin de terminar las diferencias con su rival.

Cuando se hallaban en tal estado los negocios, y todos los partidos deseaban la paz mas no se atrevían á declararse para obtenerla, dos mugeres se encargaron de satisfacer los deseos de toda la Europa, proporcionándola bien tan anhelado. Margarita de Austria, viuda de Saboya y tia del emperador, y Luisa madre de Francisco, convinieron en avistarse en Cambray; y habiéndose alojado en dos casas contiguas, entre las cua-

Año 1529. les se abrió una comunicacion, abocáronse sin formalidades ni ceremonial alguno, y á solas tuvieron varias conferencias diarias. Como entrambas estaban versadas en los negocios, perfectamente instruidas de los secretos de sus respectivas cortes, y ademas tenian mutua confianza consigo mismas, pronto dieron grandes pasos para un ajuste definitivo: todos los embajadores de los aliados aguardaban con la mayor impaciencia que estas dos princesas decidiesen sobre los destinos de la Europa (1).

20 junio.  
Tratado  
particular entre el papa y Carlos.

Pero, por diligentes que fuesen en acelerar la conclusion de una paz general, todavía tuvo el papa habilidad y reserva para anticiparse á sus aliados y concluir en Barcelona su tratado particular. Impaciente el emperador por visitar la Italia al ir á Alemania, quiso restablecer el sosiego en aquel pais antes de trabajar para poner fin á las turbaciones de este: juzgó, pues, necesario asegurarse á lo menos con algun potentado de Italia una alianza con que poder contar, y la del papa, que continuamente le solicitaba, le pareció preferible á otra cualquiera. Deseaba vivamente Carlos una ocasion de reparar en cierto modo los insultos que habia hecho al carácter sagrado del gefe de la iglesia y borrar la memoria de lo pasado con algunos servicios presentes; por lo mismo le trató, despues de sus desgracias, con mucho mas favor del que el papa hubiera podido prometerse aunque hubiese obtenido señaladas victorias. Entre otros artículos se obligó el emperador á restituirle todos los paises pertenecientes al estado eclesiástico; á restablecer en Florencia el gobierno de los Médicis; á casar á una hija natural con

(1) P. Heuter. *Rer. Aust. l. X, c. 3, p. 133.* Du Bellay, 122.



Alejandro, jefe de esta familia, y á dejar al papa el arbitrio absoluto de la suerte de Sforcia y de la soberanía del Milanesado. En cambio de estas generosas concesiones, dió Clemente al emperador la investidura del reino de Nápoles, sin reservarse otro tributo que el presente de una hacanea en reconocimiento de su soberanía: dió ademas una absolucion general á cuantos habian tomado parte en el asalto y saqueo de Roma, y por fin permitió á Carlos y á su hermano Fernando que recaudasen en sus estados una cuarta parte de las rentas eclesiásticas (1).

Año 1528.

La noticia de este tratado abrevió las negociaciones de Cambray, y determinó á Margarita y á Luisa á concluir al instante. El tratado de Madrid sirvió de base al suyo, siendo únicamente su objeto mitigar las condiciones del mismo. Sus principales artículos consistieron en que el emperador no demandaria por entonces la restitution de la Borgoña, reservándose empero hacer valer algun dia sus derechos y pretensiones á este ducado; que Francisco pagaria dos millones de escudos por el rescate de sus hijos; que antes de la soltura de estos entregaria todas las ciudades que poseia todavia en el Milanesado; que cederia la soberania de Flandes y de Artois; que renunciaria á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milan, Génova y demas ciudades situadas á la otra parte de los Alpes; y que inmediatamente despues del tratado se desposaria, como estaba convenido ya, con la hermana del emperador (2).

1 agosto.  
Paz de Cambray entre Carlos y Francisco.

Asi fue como Francisco por su excesiva impaciencia para ver á sus hijos en libertad, sacrificó todo cuanto

Ventajosa al emperador.

(1) Guicc. l. XIX, 522.

(2) P. Heuter. *Rer. Aust. l. X, c. 3, p. 234.* Sandov. II, 28.

Año 1529. al principio le habia estimulado á armarse y á continuar las hostilidades por espacio de nueve años; cosa que habia ocasionado una guerra de duracion casi desconocida en Europa antes de haberse generalizado las tropas regladas y la imposicion de las contribuciones extraordinarias. Por este tratado quedó el emperador único árbitro de la suerte de la Italia; libertó sus dominios de los Países-Bajos de una vergonzosa marca de servidumbre, y despues de haber vencido á su rival con las armas en la mano, le impuso como señor las condiciones de la paz: naturalmente no podia la guerra terminar de otra suerte, habida razon de la distinta conducta observada por los dos reyes en sus operaciones. Carlos por carácter, tanto como por la necesidad de su situacion, combinaba sus planes con la mayor prudencia, los llevaba á cabo con energía, y siempre atento á observar las circunstancias y los acontecimientos, no malograba ningana coyuntura que pudiese proporcionarle alguna ventaja. Francisco, mas emprendedor que constante en sus proyectos, se metia con calor en planes vastos, y se resfriaba en su ejecucion; atraíanle los placeres, ó le alucinaban sus cortesanos, y no pocas veces perdia asi las mas favorables coyunturas. No menos que la diferencia de carácter de los dos soberanos, influyeron en el éxito de la guerra las opuestas calidades de los generales de ambos ejércitos. En los del emperador se vió siempre templado el valor por la prudencia: un entendimiento fecundo en recursos á par que ilustrado por la experiencia, una sagacidad profunda para penetrar los designios del enemigo, grande destreza en dirigir sus propios planes, y en fin todos los talentos propios de grandes capitanes, y que aseguran la victoria. Falta-

ban á los generales franceses todas estas prendas necesarias, y la mayor parte de ellos tenian defectos contrarios; escepto Lautrec, que fue siempre desgraciado, no hubo siquiera uno que pudiera vanagloriarse de igualar el mérito de Pescara, de Leyva, de Guasto, del príncipe de Orange y demas gefes que Carlos opuso á sus enemigos. Borbon, Moron y Doria, que con sus extraordinarios talentos y con su conducta tal vez hubieran equilibrado la superioridad adquirida por los imperiales, se perdieron para la Francia por descuido de su rey; y se habrá notado que los mayores golpes que se descargaron contra esta nacion durante toda la guerra, fueron dirigidos por el despecho y la desesperacion de estos tres hombres que se habian visto obligados á abandonar su servicio.

Las rigorosas condiciones que Francisco se vió precisado á admitir, no fueron lo que mas le mortificó en el tratado de Cambray, pues perdió á la vez su reputacion y la confianza de la Europa entera sacrificando á su rival. Como no queria entrar en todos los pormenores necesarios para conciliar sus intereses, y como recelaba tal vez verse obligado á comprar con mayores sacrificios de su parte lo que para ellos hubiese reclamado, abandonó á todos á la vez, y dejó sin estipulacion alguna á merced de los imperiales á Venecia, á Florencia, al duque de Ferrara y á algunos nobles napolitanos que habian abrazado su partido. Todos ellos pusieron el grito á las nubes contra la cobardía y la perfidia de semejante proceder: el mismo Francisco estuvo tan corrido que no pudiendo determinarse á oír de boca de algunos embajadores las justas quejas que merecia, dejó transcurrir algun tiempo sin querer darles audiencia. Por el contrario, habia Carlos puesto

Deshonrosa  
á los franceses.

Año 1529. el mayor cuidado en mirar por los intereses de sus aliados; hasta habia asegurado con bienes ó pretensiones en Francia los derechos de alguno de sus vasallos flamencos; hizo insertar un artículo que obligaba á Francisco á rehabilitar la familia y memoria del condestable de Borbon y á restituir á sus herederos las tierras que les habian sido confiscadas: en otro artículo habia ademas estipulado un resarcimiento para los nobles franceses que habian acompañado á Borbon á su destierro (1). Esta conducta tan loable en sí, como realizada de una manera mas brillante todavía en vista de la de Francisco, le valió á Carlos tanta estimacion como gloria habia conseguido por medio del triunfo de sus armas.

A prueba Enrique el tratado.

No trató Francisco al rey de Inglaterra con la misma indiferencia que á sus demas aliados, pues no daba un solo paso en la negociacion de Cambray sin su aviso: fortuna suya fue que Enrique se hallaba entonces en una situacion que no le permitia abrazar otro partido mas que apoyar sin reserva todas las disposiciones del monarca francés, y de tomar parte en ellas. El rey de Inglaterra requería hacia tiempo al papa á fin de que le concediese permiso para repudiar á su esposa doña Catalina de Aragon. Impelíanle muchos motivos al deseo de este divorcio: en primer lugar Catalina era viuda de su hermano, y como en ciertas épocas del año hacian muy viva impresion en su mente las ideas religiosas, asaltábanla escrúpulos acerca la legitimidad de su enlace; de mucho tiempo atras no amaba ya á la reina, que era de mayor edad que él y que habia perdido las gracias de su juven-

(1) Guicc. l. XIX, p. 525. P. Heuter *Rer. Aust. l. X, c. 4, p. 235.*

tud : ademas de esto ardia en deseo de tener hijos varones. Wolsey que procuraba solo fortalecer la desunion de su amo con Carlos , sobrino de Catalina , empleaba todas sus mañas en atizar los escrúpulos de Enrique y en aferrarle en su proyecto de divorcio. Y para decirlo de una vez , un postrer motivo , acaso mas fuerte que todos los demas reunidos , era la pasion violenta concebida por Enrique hácia la célebre Ana Bolena , jóven de peregrina belleza , y de mérito aun mas brillante. Viendo el monarca que no podia obtener sus favores mas que dándola su mano , determinó sentarla en el trono. A menudo habian los papas hecho uso de su autoridad para legitimar divorcios por razones menos fuertes que las que alegaba Enrique en su favor; asi que cuando se lo propuso por primera vez Enrique , como se hallaba preso el papa en el castillo de S. Angelo y no esperase su libertad mas que de los reyes de Francia y de Inglaterra , sus aliados , se manifestó inclinado á favorecer el divorcio del segundo : empero luego que estuvo en libertad dió muestras de sentimientos enteramente opuestos. Carlos abrazando el partido de su tia con celo espoleado por el resentimiento , intimidó á S. S. con amenazas que alarmaron vivamente su fibra medrosa , al mismo tiempo que le halagaba con promesas ventajosas á su familia , las que en efecto debia realizar algun tiempo despues. Estos respetos borrarón de la mente del papa todo cuanto debia á Enrique , y su celo en favor de los intereses del emperador casi llegó á comprometer el interes de la religion romana , aventurando separar para siempre á la Inglaterra de la dependencia de la Santa Sede. Despues de haber dado largas á Enrique durante dos años con las sutilezas que la corte pontificia sabe emplear

Año 1529. tan mañosamente para alargar ó malograr un asunto; despues de haber agotado todos los recursos de su equívoca conducta cuyos rodeos han tenido trabajo de seguir y desenmarañar los historiadores ingleses, concluyó quitando los poderes á los jueces comisionados para entender en este asunto, avocando la causa á Roma y no dejando á Enrique otra esperanza para obtener el divorcio mas que la decision del mismo papa. Como estaba este íntimamente aliado con el emperador, quien para el logro de su amistad no habia escaseado sacrificios, desesperó Enrique de alcanzar otra sentencia que la que pronunciase el mismo Carlos por boca de Clemente. Con todo esto, su honor y sus pasiones no le permitian renunciar á su proyecto, y determinó acudir á otros medios para salir airoso á toda costa. Para equilibrar el poder del emperador necesitaba contar con la amistad de Francisco, y con este objeto lejos de echarle en cara el oprobio de haber abandonado á sus aliados en el tratado de Cambray, le hizo presente de una cantidad considerable á manera de contribucion fraterna para pago del rescate de sus hijos (1).

12 agosto.  
Visita el emperador la Italia.

En esto llegó el emperador á Italia, seguido de brillante comitiva de nobles españoles y de un respetable cuerpo de tropas, dejando durante su ausencia el gobierno de España á la emperatriz Isabel. Su larga permanencia en este reino le habia hecho conocer á fondo el carácter español, y habia aprendido á regirlos por medio de ideas acomodadas á sus hábitos. Hasta en algunas ocasiones supo tomar modales populares que lisonjaban sobre manera á la nacion. Algu-

(1) Herbert, *Du Bellay*, p. 122.

nos días antes de embarcarse para Italia dió un evidente ejemplo del cuidado que ponía en complacerla: iba á hacer su entrada pública en Barcelona, y los habitantes se hallaban embarazados por saber si le recibirían bajo el título de emperador ó de conde de Barcelona; Carlos prefirió inmediatamente este último, declarando que le honraba mas este antiguo título que la corona imperial. Encantados los moradores de la ciudad á vista de semejante preferencia, que les lisonjeaba sobre manera, le recibieron con aclamaciones de júbilo, y las Córtes del principado prestaron juramento de obediencia á su hijo Felipe en calidad de heredero del condado de Barcelona. Los demas reinos de España habian prestado ya el mismo juramento con no menor satisfaccion.

Presentóse el emperador en Italia con la magnificencia y el aparato de un conquistador, y los embajadores de todos los estados del país seguían su corte, pendientes en cierto modo de su decision. Recibiósele en Génova, donde desembarcó, con todo el arranque de júbilo que debía inspirar el protector de su libertad. Despues de haber honrado á Doria con muchas señales de distincion y remunerado á la república con nuevos privilegios, se adelantó hácia Bolonia, sitio fijado para sus vistas con el papa. Al tiempo de su entrada pública en esta ciudad afectó hermanar toda la magnificencia y magestad de un emperador con la humildad de un hijo sumiso de la iglesia; y á la cabeza de veinte mil hombres con los cuales podía sujetar la Italia, besó de rodillas el pie del mismo papa que algunos meses atras era su prisionero (1). Acostumbra-

(1) Sandov. II, p. 50. Fetter. XI, 116.

Año 1529. dos los italianos á sufrir la licencia y ferocidad de sus tropas, se habian acostumbrado á formarse en su imaginacion un retrato del emperador poco diferente del de los reyes bárbaros, de los godos ó de los húnнос, que por cierto no habian causado mas estrago que él á su pais: por tanto, se admiraron mucho de ver un príncipe amable y generoso, de finos modales, regular en su conducta y sus costumbres, y que daba ejemplo de la mayor atencion en el cumplimiento de sus deberes religiosos (1). Y subió de punto su admiracion al verle conciliar, con una moderacion y equidad que estaban distantes de esperar, los intereses de todas las potencias que entonces dependian enteramente de su persona.

Su moderacion, y causas de ella.

13 setiembre.

Al partir de España no pensaba Carlos en dar tan extraordinarias pruebas de desinterés, antes parece que estaba decidido á sacar cuantas ventajas pudiese de la superioridad que habia adquirido en Italia; pero varias circunstancias le dieron á conocer la necesidad de mudar de plan. Los progresos del sultan que habia penetrado por la Hungría en Austria, y puesto sitio á Viena con ciento cincuenta mil combatientes, le estrechaban á que concentrase todas sus fuerzas para resistir á este torrente. Y si bien el denuedo de los alemanes, la prudente conducta de Fernando y la traicion del gran visir, hubiesen en breve obligado á Soliman á abandonar su intento con tanto menoscabo de su reputacion como de sus intereses, no por esto se hacia menos necesaria la presencia del emperador en Alemania (2) para ataear las turbulencias escitadas por las controversias religiosas. Por otra parte los florentinos, lejos de consentir en el restablecimiento de los Médicis,

(1) Sandov. II, p. 50, 53, etc.

(2) Sleidan, 121. Guice. I. XX, 550



á lo cual se habia obligado el emperador por su tratado de Barcelona, se preparaban para defender con las armas su libertad. Los grandes preparativos hechos para su viaje, le habian ocasionado gastos extraordinarios, y en esta ocasion como en otras muchas, la multiplicidad de sus atenciones y la medianía de sus rentas, le obligaban á reducir los planes sobre manera vastos de su ambicion, y á sacrificar utilidades presentes y seguras para prevenir mas remotos pero inevitables riesgos. La reunion de todas estas causas dió á conocer á Carlos la necesidad de mostrarse moderado y lleno de desinterés, y representó su papel con mucha naturalidad. Permitió á Sforzia que le visitase en su misma corte, y al perdon de todas las injurias que de él habia recibido, añadió la investidura del ducado de Milan y aun la mano de la hija del rey de Dinamarca, su sobrina. Consistió en que el duque de Ferrara entrase en posesion de todos sus dominios, y terminó cuantas diferencias quedaban por arreglar entre este duque y el papa, portándose con una imparcialidad que no fue muy del gusto de este. Convino definitivamente con los venecianos bajo la justa condicion de que le entregarían todo cuanto en la última guerra le habian usurpado así en el reino de Nápoles como en los estados pontificios. En recompensa de tantas concesiones exigió considerables sumas de cada una de las potencias con quienes trató, sumas que le fueron satisfechas sin dilacion, suministrándole el medio de continuar su viaje á Alemania con la magnificencia propia de su gerarquía (1).

Todos estos convenios que restituian á la Italia la

(1) Sandoval, II, p. 55, etc.

Año 1530.  
Restablece á  
los Médicis en  
Florencia.

paz apetecida tras una larga guerra cuyo peso casi á ella sola habia abrumado, se publicaron solemnemente en Boloña el 1.º enero de 1530, en medio de las unánimes aclamaciones de los pueblos. Colmóse de elogios al emperador y fue honrada su moderacion y su generosidad por el beneficio de disfrutar al fin de una paz por tanto tiempo deseada. Los florentinos fueron los únicos que no participaron de la alegría general, antes animados de mas laudable que prudente celo por la libertad, determinaron oponerse al restablecimiento de los Médicis. El ejército imperial habia entrado ya en su territorio y sitiaba á su capital: abandonados de todos sus aliados y sin esperanzas de socorros, se defendieron por muchos meses con obstinado denuedo digno de mejor suerte, y aun al rendirse obtuvieron una capitulacion que les daba esperanzas de salvar algunos restos de su libertad. Pero Carlos, no pensando mas que en favorecer al papa, frustró su espectacion, abolió la antigua forma de su gobierno, y restituyó á Alejandro de Médicis el poder absoluto que hasta entonces habia ejercido su familia en este estado.

Filiberto de Chalons, príncipe de Orange, general del emperador, murió durante el sitio, y sus títulos y bienes pasaron á su hermana Claudia de Chalons, casada con René, conde de Nassau, quien por sus hijos transmitió el título de príncipe de Orange á esta familia, que posteriormente debia ilustrarle tanto (1).

Estado de  
los negocios  
civiles y reli-  
giosos en Ale-  
mania.

Publicada la paz en Boloña y hecha la ceremonia de la coronacion de Carlos como rey de Lombardia y emperador de romanos, ceremonia efectuada por el papa con todas las solemnidades de costumbre, como na-

(1) Guicc. l. XX, p. 141, etc. P. Heuter. Rev. Austr. l. XI c. 4, p. 236.

da retenía ya al emperador en Italia (1) se dispuso á partir para Alemania donde se hacia de día en día mas necesaria su presencia. Igualmente le importunaban para que se trasladase allí los católicos y reformistas. Su ausencia, sus reyertas con el papa, los cuidados que reclamaba la guerra de Francia, habían dado á los últimos un largo intervalo de sosiego durante el cual su doctrina habia progresado visiblemente. La mayor parte de los principes que habían abrazado las opiniones de Lutero, no contentándose con establecer en su territorio la nueva reforma del culto, habían asimismo abolido enteramente los ritos de la iglesia romana. Muchas ciudades libres habían imitado su ejemplo; la mitad del cuerpo germánico habia casi enteramente abandonado á la Santa Sede; en los mismos países, que no habían sacudido aun el yugo pontificio, se habia debilitado mucho su poder por el ejemplo de los estados vecinos ó por los ocultos progresos de la nueva doctrina que iba sordamente minando sus cimientos. Por satisfecho que hubiese podido estar el emperador en vista de los acontecimientos encaminados á mortificar ó á embarrasar al papa al tiempo de su declarado rompimiento con la Santa Sede, no podia desconocerse que las turbulencias religiosas de la Alemania podían al fin parar en funestísimas á la autoridad imperial. La indolencia de sus predecesores habia animado á los dignatarios del imperio para que aumentasen su poder á espensas de los derechos y prerogativas imperiales, de manera que durante una guerra que reclamaba los mayores esfuerzos no habia Carlos sacado casi ningun socorro efectivo de Alemania, y su dignidad de emperador no le habia re-

(1) H. Cornel. Agrippa, *De Duplici Coronatione Car. V.*, ap. *Scara. XI*, 266.

Año 1530. portado mas que vanos y pomposos títulos, á par que añejas pretensiones. Conoció al vivo que si no recobrabá parte de las prerogativas que sus predecesores habían dejado perder, y si solo tenia el título de gefe del imperio sin un asomo de autoridad, embarazaría-le mas que no le serviría en sus ambiciosos proyectos esta gran dignidad. Para llegar á este objeto, nada le pareció mas esencial que sofocar prontamente unas opiniones cuyo resultado podia ser la formacion de una alianza temible entré los príncipes del imperio, cuyos vínculos serian mas fuertes y sagrados que los de la causa pública. Asimismo nada le pareció mas propio para conducirle al fin que se proponia, que hacer servir para el engrandecimiento de su poder civil un celo constante por la religion establecida y de la cual era él un protector natural.

Dieta del  
imperio en  
Spira.  
15 marzo de  
1529.

Con este objeto, desde que habia visto coyuntura para tratar de un ajuste con el papa, habia mandado reunir en Spira una dieta del imperio que debia deliberar acerca del actual estado de la religion. El decreto de la dieta celebrada en 1526, establecia con corta diferencia la tolerancia de las opiniones de Lutero, chocando de esta suerte abiertamente con lo restante de la cristiandad. Necesitábase de consiguiente mucha maña y delicadeza para proceder á una decision mas rigurosa contra los amigos de la reforma. Los ánimos que habian permanecido en agitacion perpetua por una disputa que duraba sin interrupcion por espacio de doce años, y sin que se hubiese entibiado ninguno de los partidos, se encontraban por este tiempo en el mas alto grado de fermentacion: habíanse acostumbrado á las innovaciones y al propio tiempo habían visto coronadas por un buen éxito las mas atrevi-

das empresas. Al abolir el antiguo culto habian los pueblos sustituido formas del nuevo, y su ódio por el que habian abandonado se robustecia por su adhesion al que habian adoptado. Lutero, que no era hombre para acobardarse por la demora ó la terquedad de la resistencia, ni para dormirse en la prosperidad, continuaba sus ataques con el mismo vigor de que desde sus principios habia dado muestras. Sus discípulos, de entre los cuales muchos tenian tanto celo y otros mas ciencia que su mismo maestro, no se hallaban menos en disposicion de sostener denodada y hábilmente la controversia. Muchos seglares, aun algunos príncipes, que vivian entre la agitacion de estas eternas reyertas, se habian acostumbrado á discutir los argumentos de ambos partidos, los cuales se atenian con frecuencia á su decision: instruyéronse á fondo en todas las cuestiones que se ventilaban, y se pusieron en estado de tratarlas por sí y de manejar felizmente las armas escolásticas empleadas en estas guerras teológicas. Era evidente que una decision sobrado violenta de la dieta hubiera inmediatamente producido en estas circunstancias una confusion general, y encendido una guerra de religion en Alemania. Temiendo esto, todo cuanto el archiduque y todos los demas diputados del emperador pidieron en la dieta fue mandar á los estados del imperio, que hasta entonces habian acatado las disposiciones de la dieta de Wormes fulminadas contra Lutero en 1524, que continuasen conformándose con ellas, prohibir á los demas estados que en adelante se innovase nada en materia de religion, y singularmente en punto á la revocacion de la misa, antes que se hubiese convocado un concilio general. Despues de largos debates pasó este decreto por pluralidad de votos.

Año 1530.  
Protestan  
los sectarios de  
Lutero contra  
el decreto de  
19 abril.

El elector de Sajonia, el marques de Brandeburgo, el landgrave de Hesse, los duques de Luneburgo, y el principe de Anhalt, junto con los diputados de las catorce (1) ciudades libres ó imperiales, protestaron solemnemente contra este decreto, declarándole injusto é impío. Procede de ahí el nombre de protestantes, nombre mas conocido y honroso dado indistintamente á todas las sectas que se separaron de la iglesia de Roma. No pararon aqui los protestantes, antes enviaron embajadores á Italia para llevar sus quejas al emperador, quien los recibió de un modo que debia desalentarlos (2). Unido entonces estrechamente Carlos con el pontífice, no pensaba mas que en atraerle íntimamente á sus intereses. Durante la larga permanencia de entrambos en Bolonia, tuvieron muchas conferencias sobre los medios de estirpar eficazmente las heregias que habian brotado en Alemania. Es sabido que los papas temieron y alejaron constantemente en cuanto estuvo de su mano la convocacion de los concilios generales. El tímido Clemente que los temia mas aun que ningun otro pontífice, no podia escuchar sin estremecerse la propuesta de congregar uno, ni hubo razones que no emplease para disuadir al emperador de este proyecto. Pintóle los concilios generales como reunion de facciones intratables, llenas de presuncion, temibles por estar unidos con la autoridad de los príncipes, y barto lentos en sus operaciones para poner remedio á los males que reclamaban pronto socorro. La espe-

(1) Estas catorce ciudades eran, Estrasburgo, Nuremberg, Ulm, Constanza, Reutlingen, Windskeim, Kempten, Hailbron, Iene, Weissemburgo, Nordlingen, y la ciudad denominada de san Gal.

(2) Sleid. *Hist.*, p. 1:9. Fra-Paolo, *Hist. p.* 45. Seckend. II, p. 127.

Año 1530.

riencia, decia, nos ha enseñado á entrambos que la tolerancia y blandura, lejos de hacer mas tratables á los novadores no ha hecho mas que infundirles mas valor; y de ahí deducia que era necesario recurrir al rigor necesario en aquel inminente riesgo de la religion, y que era preciso ejecutar la sentencia de excomunion dada por Leon X y el decreto de la dieta de Wormes; sostenia asimismo que tocaba al emperador hacer uso de todo su poder para reducir á los rebeldes, pues no respetaban el poder eclesiástico ni el civil. Pero Carlos tenia otras miras que el papa, veia mas y mas cuán profundamente se habia arraigado el mal, pensaba por el contrario atraerse á los protestantes por medios mas suaves, y miraba la convocacion de un concilio como espediente que debia conducir al logro de este fin. Con todo esto prometió al papa que si los medios de dulzura quedaban sin efecto, desplegaria todo el rigor de su poder para reducir á los obstinados enemigos del catolicismo (1).

Con estas miras partió el emperador para Alemania, habiendo señalado ya la ciudad de Ausburgo para la celebracion de la dieta del imperio. Durante el camino pudo observar cuál era el modo de pensar de los alemanes acerca de los puntos ventilados. Por todas partes vió tan agriados los ánimos que se convenció de que no debia hablarse de rigor ni de poder, sino únicamente despues de probados todos los demas medios y cuando se viese ser desesperado el mal. Hizo su entrada pública en Ausburgo con extraordinaria pompa, y encontró allí congregada una dieta que por la dignidad y el número de los vocales correspondian á

Carlos asiste á la dieta de Ausburgo.  
22 marzo 1530.

15 junio.

(1) Fra-Paolo, 47. Secken. l. II, 142. *Hist. de la Confess. d' Ausbourg*, par D. Cbytreuse, in-4°, Anvers, 1572, p. 6.

Año 1530. la entidad de los asuntos que debía tratar, y añadió brillo á la entrada de un soberano, que tras larga ausencia volvía coronado de gloria. Hubiérase dicho que su presencia había comunicado á todos los partidos un espíritu enteramente nuevo de moderacion y de anhelo de paz. El elector de Sajonia no quiso permitir á Lutero que le acompañase á la dieta, temiendo ofender al emperador con poner á su presencia á un hombre escomulgado por S. S. y autor de las controversias que ocasionaban entonces tantas desazones. A ruego del emperador todos los príncipes protestantes vedaron á los teólogos que los acompañaban, el que predicasen públicamente durante su residencia en Ausburgo. Por idéntica razon eligieron á Melanchton, el reformador mas sabio y de mas pacífico carácter, para estender su confesion de fe en los términos que menos chocasen á los católicos romanos, sin que por esto encubriese la verdad. Melanchton que jamas tiñó su pluma en la hiel teológica, y que rara vez se salia de los límites de la buena educacion, aun en sus escritos que eran puramente de polémica, se encargó de una comision que cuadraba tan bien á su carácter, y la desempeñó felizmente como era de esperar de su moderacion. El símbolo que redactó con el nombre de confesion de Ausburgo, llamada asi del lugar en que fue presentada, se leyó públicamente en la dieta. Nombráronse teólogos para su exámen, propusiéronse argumentos en los cuales apoyaron á Melanchton sus partidarios; pero aun que consintió este en suavizar algunos artículos y procuró dar á todos ellos el color que menos repugnase á sus contrarios, y aunque el mismo emperador hizo lo posible para reducir á la razon á los dos partidos, se habian separado ya tanto y existian tan inau-

Confesion  
de Ausburgo.



perables barreras entre las dos iglesias, que se perdió la esperanza de poder jamas suavizar ni reunir los ánimos (1).

Viendo Carlos que nada podia recabar de los teólogos, se dirigió á los príncipes que los protegían; pero por mucho que deseasen estos la conciliación, y por inclinados que estuviesen á servir al emperador, no los encontró mas dispuestos que á los teólogos para renunciar á sus opiniones. En aquella época el celo religioso agitaba los ánimos hasta un grado cual apenas pueden concebir los que viven en nuestro siglo, puesto que hoy dia han perdido casi enteramente su energía las pasiones que escitaban el descubrimiento de la verdad y el primer afecto de la libertad. Era entonces tan poderoso el celo, que desatendia hasta los mismos intereses políticos, que son por lo comun el móvil principal de las acciones de los príncipes. El elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y los demas protectores de los protestantes, si bien que solicitados cada uno privadamente por el emperador, y tentados por la esperanza y la promesa de las ventajas políticas que eran objeto de sus mayores deseos, negáronse, con una energía digna de tener imitadores, á abandonar por ninguna adquisición terrena lo que creían ser la causa del mismo Dios (2).

No habiendo producido el menor efecto los medios empleados para ganar ó desunir á los protestantes, no le quedaba ya á Carlos otro arbitrio que hacer uso vigoroso de su poder en defensa de la doctrina y autoridad de la iglesia establecida. Campege, nuncio apostólico, no había

Riguroso decreto contra los protestantes.

(1) Seckend, l. II, 159, etc. Abr. Sculteti, *Annales evangelici ap. Herm. Vonder Hard. Hist. lit. reform. Leips. 1717 fol. p. 159.*

(2) Sleid. 13a. Scultet, *Annal.* 158.

**Año 1530.** cesado de representarle que la severidad era el único  
**19 noviembre.** medio para tratar con hereges obstinados. Cediendo la  
 dieta á sus instancias y á su dictámen, dió un decreto  
 que condenaba casi todas las opiniones sostenidas por  
 los protestantes; vedaba que se protegiese ó tolerase  
 á los que las enseñaban; prescribía la puntual obser-  
 vancia del culto establecido, y prohibía bajo rigorosas  
 penas toda innovacion en lo futuro. Al propio tiempo  
 se requeria á todas las clases del estado que concurríe-  
 sen con sus bienes y personas á la ejecucion de este de-  
 creto, y á los que se negasen á obedecer los declaraba  
 incapaces de ejercer las funciones de jueces y de com-  
 parecer como partes ante la cámara imperial, que era  
 el tribunal supremo del imperio. Resolvióse tambien en  
 este decreto dirigirse al papa para intimarle que con-  
 vocase dentro el plazo de seis meses un concilio gene-  
 ral cuyas soberanas decisiones pudiesen terminar toda  
 disputa (1).

Forman una  
 liga en Smal-  
 kalde.

Alarmó á los protestantes el rigor de este decreto; fue mirado como preludio de las mas violentas perse-  
 cuciones, y quedaron convencidos de que el emperador  
 habia resuelto su proscripcion. El temor de las cala-  
 midades que amenazaban á la iglesia fue un peso ter-  
 rible para el carácter débil de Melanchton, quien co-  
 mo si su causa fuese ya desesperada, se abandonó á la  
 melancolía y á las quejas. Empero Lutero, que duran-  
 te la celebracion de la dieta no habia cesado de ani-  
 mar con varios escritos á sus partidarios, no se atur-  
 dió por la aproximacion del nuevo riesgo. Alentó á Me-  
 lanchton y á aquellos discípulos que habian decaido de  
 ánimo, exortó á los príncipes á que no abandonasen el

(1) Steid, 139.

campo que acababan de defender con tan admirable firmeza (1). Estas exortaciones produjeron en sus ánimos una impresion tanto mas profunda cuanto acababan de saber con la mayor inquietud la noticia de una alianza formada por los príncipes católicos del imperio para el apoyo de la religion establecida, y en la cual habia entrado el mismo Carlos (2). Conocieron entonces la necesidad de estar muy sobre sí, y vieron que su seguridad, ni mas ni menos que el triunfo de su causa, dependia de su union. Agitados de las zozobras que les inspiraba la alianza católica, pero resueltos ya en punto á la conducta que debian observar, se reunieron en Smalkalde. Convinieron allí en formar una alianza defensiva contra cualquier agresor (3), en virtud de la cual se unian para formar un solo cuerpo todos los estados protestantes del imperio; y desde luego empezando á considerarse bajo este aspecto, determinaron dirigirse á los reyes de Francia y de Inglaterra para implorar su auxilio en favor de su nueva liga.

22 diciembre.

Un asunto que no tenia conexion con las ideas religiosas les suministró pretexto para pedir auxilio á los príncipes estrangeros. Carlos, cuya ambicion crecia á medida que se elevaba su grandeza y su poder, habia formado el proyecto de hacer hereditaria en su familia la corona imperial, haciendo elegir rey de romanos á su hermano Fernando. Las circunstancias favorecian sobre manera la ejecucion de este proyecto: la victoria habia acompañado por todas partes á los ejércitos del emperador; en la última paz acababa de dictar leyes á toda la Europa; no tenia ya rival que equilibrase ó pu-

El emperador propone elegir á su hermano rey de romanos.

(1) Seckend, II, 180. Sleid. 140.

(2) Seckend, II, 200, III, 11.

(3) Sleid. Hist. 142.

Año 1530. diese atajar el ejercicio de sus fuerzas; deslumbraba á los electores el esplendor de sus triunfos, á par que les infundia respeto la estension de su poder: con dificultad se atrevian por tanto á contradecir las opiniones de un príncipe cuyas peticiones llevaban en cierto modo el sello del mando. Además no dejaban de asistir á Carlos razones plausibles para fundar su deseo: los negocios de los demas reinos, decia, le obligaban á ausentarse con frecuencia de Alemania; los desórdenes siempre en aumento, escitados por las disputas religiosas, á par que la peligrosa vecindad de los turcos, que constantemente amenazaban invadir el corazon del imperio, y que devastaban todos cuantos pueblos encontraban á su tránsito, requerian la presencia continua de un príncipe bastante prudente para calmar las disputas teológicas, al mismo tiempo que bastante esforzado para rechazar á los turcos. Poseia en grado eminente estas dos cualidades su hermano Fernando; su larga residencia en Alemania le habia puesto en estado de conocer radicalmente la constitucion germánica y la índole de los pueblos; como habia visto nacer las contiendas religiosas y seguido su curso, sabia mejor que ningun otro los remedios que debian aplicarse y el método para hacerlo; por fin, la posicion de sus estados que lindaban con las fronteras del imperio otomano, le constituia defensor natural de la Alemania contra las incursiones de los infieles: de consiguiente, siendo rey de romanos, su interes se hallaria de acuerdo con sus deberes para obligarle á oponerse con teson á cuantas intentonas pudiesen acometer los turcos.

Año 1531.  
Oposicion de  
los protestan-  
tes.

Todas estas razones movieron poco á los protestantes, pues sabian por esperiencia que nada favoreció tanto sus proyectos como el interregno por muerte de

Maximiliano, la larga ausencia de Carlos, y la suavidad de gobierno que habia sido consecuencia de estos dos incidentes. Harto provecho habian sacado de semejante estado de anarquía para no temer la nominación siempre presente de un nuevo jefe. Conocieron toda la estension de los ambiciosos proyectos del emperador y vieron claramente que su objeto era instituir hereditaria en su familia la corona imperial, y establecer de esta suerte en el imperio una autoridad absoluta, la cual los emperadores electivos no podian prometerse obtener con la misma facilidad. Determinaron pues oponerse con todas sus fuerzas á la eleccion de Fernando, y animar con su ejemplo y exortaciones á sus compatriotas para que no sufriesen semejante atentado contra sus privilegios. En consecuencia el elector de Sajonia se negó no solo á asistir á la asamblea de electores convocados por el emperador en Colonia, si que tambien encargó á su primogénito que asistiese en lugar suyo y protestase de la eleccion como hecha contra todas las formalidades y leyes, como contraria á los artículos de la bula de oro, y como destructiva de las prerogativas imperiales.

5 enero.

Pero los demas electores, sobornados por Carlos no hicieron caso de la ausencia ni de la protesta del elector de Sajonia, y eligiendo á Fernando por rey de romanos fue coronado este algunos dias despues en Aquisgran (1).

Es elegido Fernando.

Cuando los príncipes que por segunda vez se habian reunido en Smalkalde recibieron la noticia de esta eleccion y al mismo tiempo la de algunos procedimientos judiciales que la cámara imperial comenzaba contra

Negociaciones de los protestantes con Francia.

(1) Sleid. 142. Seck. III, 1. P. Heuter. *Rer. Austr. l. X, c. 6, p. 240.*

Año 1531. ellos en virtud de sus principios religiosos, creyeron que era necesario renovar su primera alianza y enviar sin pérdida de tiempo embajadores á Francia y á Inglaterra. Con toda la envidia de un rival habia visto Francisco la reputacion que se habia adquirido Carlos por la moderacion y desinterés que habia ostentado al arreglar los intereses de la Italia. Todavía le conmovió mas vivamente la eleccion del rey de romanos, y no pudo sin desasosiego ver el éxito feliz del emperador en un intento dirigido visiblemente á aumentar y perpetuar su poder en Alemania. Pero al propio tiempo conoció que seria el colmo de la imprudencia empeñar en otra guerra á la nacion, agotada ya por los esfuerzos extraordinarios que habia hecho, y aniquilada por tantos reveses, antes de haber tenido tiempo de cobrar nuevas fuerzas y de olvidar sus pasadas desgracias. Tampoco sin ser provocado y sin algun pretexto podia romper un tratado de paz que él mismo acababa de solicitar, pues se habria espuesto á perder la estimacion de todos los pueblos de Europa, y á ser detestado como un príncipe sin honor y sin probidad. Era por tanto un espectáculo agradable para Francisco observar como en el seno del imperio se formaban contra su rival facciones poderosas. Con el mayor interés dió oídos á las quejas de los príncipes protestantes, y sin sostener aparentemente sus opiniones acerca de la religion, determinó fomentar en secreto esos gérmenes de discordia política, que pronto podrian acarrear un incendio general. Con este intento envió á Alemania á Guillermo de Bellay, uno de los mas hábiles políticos franceses, quien visitó las cortes de los príncipes descontentos, supo á tiempo escitar su encono con artificios varios, y al fin concluyó

una alianza entre ellos y su amo (1). Mantúvose esta secreta y por el momento no produjo ningun resultado visible, pero sirvió de base á otra alianza que á menudo debia ser fatal á los ambiciosos planes de Carlos y que descubrió á los príncipes descontentos de Alemania donde en adelante podrian encontrar un poderoso protector dispuesto á apadrinarlos contra las tentativas del emperador.

Año 1531.

Muy indignado contra este el rey de Inglaterra por- que sabia que para complacerle habia el papa retardado por mucho tiempo su divorcio, y al fin se habia opuesto á él enteramente, no se hallaba menos dispuesto que Francisco á dar proteccion á una liga que podia con el tiempo ser formidable al emperador. Pero, su principal idea, el divorcio, le metió en tal laberinto de planes y negociaciones, y al propio tiempo estaba tan ocupado en abolir en Inglaterra la dominacion pontificia, que no le quedaba tiempo para pensar en los negocios estrangeros. Contentóse con promesas vagas y con enviar un mediano socorro de dinero á los aliados de Smalkalde (2).

Con Inglaterra.

En el interin veia el emperador que esta no era aun sazon de querer estirpar la heregia con rigor y violencia; que su complacencia para con el pontifice le habia hecho ya dar un paso precipitado é imprudente; y que su mayor interes reclamaba mas bien la reunion de todas las partes de Alemania para formar un cuerpo vigoroso y compacto, que dividirla y debilitarla á favor de una guerra intestina. Los protestantes, temibles ya por su número y por su entusiasmo, lo eran mucho mas todavía despues de la alianza que el rigoroso

Lisonjea Carlos á los protestantes.

(1) Du Bellay, 129. A. 130. B. Seck. III, 14.

(2) Herbert, 152, 154.

Año 1531. decreto de la dieta de Ausburgo les había obligado á formar. Envanecidos por el interior sentimiento de sus fuerzas, desatendieron las decisiones de la cámara imperial, y seguros del apoyo de los protestantes extranjeros, estaban dispuestos á oponerse al mismo gefe del imperio. Añádase á lo dicho que la paz de este con la Francia era poco sólida, que no podia contar con la amistad de un pontífice irresoluto é interesado, y que era pública la circunstancia de que Soliman, para reparar los reveses de su anterior campaña, se disponia á entrar en Austria con un ejército mas numeroso que denantes. Todas estas razones, singularmente la última, le habían dado á conocer la necesidad de convenirse con los descontentos para preparar la ejecucion de sus futuros planes y aun proveer á las necesidades del momento. En consecuencia empezó á negociar con el elector de Sajonia y sus coligados. Los mutuos zelos de estos príncipes, y el encono que animaba á todos ellos contra el emperador, dió lugar á largas demoras que aumentaron las muchas dificultades que lleva consigo la índole de las contiendas religiosas, que no pueden ser alteradas, modificadas ni abandonadas tan fácilmente como los asuntos de los intereses políticos. Con todo esto, terminóse al cabo la negociacion, y convínose en Nuremberg en los términos de una pacificacion que fue despues solemnemente ratificada en Ratisbona. Estipulóse en el tratado que reinaria paz en Alemania hasta la reunion del concilio general cuya convocacion activaria el emperador para dentro unos seis meses; que á nadie se molestaria por causas religiosas; que se cortarían los procedimientos judiciales abiertos por la cámara imperial contra los reformistas, y que se anularian ó no se pondrian en ejecucion las sentencias que

Les concede condiciones favorables.

25 julio.

3 agosto.



Año 1531.

contra ellos se hubiesen dado. Por su parte prometieron los protestantes prestar con todas sus fuerzas auxilio al emperador para rechazar toda incursión de los turcos (1). De esta suerte consiguieron con su firmeza de principios, su unanimidad en el sosten de sus pretensiones, y su destreza en aprovechar los apuros del emperador, unas condiciones que casi equivalían á la tolerancia de sus ideas religiosas. Hizo Carlos toda clase de sacrificios, y ellos ninguno; ni siquiera se atrevió aquel á proponerles que aprobasen la elección de su hermano á pesar de ser este un punto de tanto interés; y los reformistas, que hasta entonces no habían sido mirados mas que como una secta religiosa, se grangearon para en adelante el crédito y rango de un cuerpo político con el cual era forzoso contemporizar (2).

No tardó mucho Carlos en recibir la noticia de que Soliman había entrado en Turquía á la cabeza de trescientos mil hombres. Esta noticia puso en breve término á la dieta de Ratisbona donde se había fijado el contingente de tropas que cada príncipe del imperio debía presentar para la defensa del mismo. Los protestantes con el intento de manifestar su reconocimiento al emperador, le sirvieron con el mas extraordinario celo, y presentaron muchas mas tropas de las que les tocaban; y habiendo los católicos imitado su ejemplo, vió Viena rodeadas sus murallas de uno de los mas brillantes ejércitos que se hubiesen levantado jamas en Alemania. Despues de la reunión de un cuerpo de tropas alemanas, españolas é italianas al mando del marques del Guasto, de algunos escuadrones de caballería pesada procedentes de los Países-Bajos, y de las tropas que

Campaña  
de Hungría.  
Año 1532.

(1) Dumont, *Corpus diplomat. tom. IV, part. 2, 87, 89.*

(2) Steid. 149, etc. *Stekend. III, 19.*

Año 1532. Fernando habia reclutado en la Böhemia, en Austria y sus demas estados, ascendia el ejército á noventa mil infantes de tropas regladas, treinta mil caballos y un prodigioso número de tropas irregulares. Merecia este formidable cuerpo tener á su frente al primer monarca de la cristiandad; con efecto, Carlos quiso mandarle en persona, y atónita la Europa aguardaba el éxito de una batalla decisiva entre los dos mas grandes príncipes del mundo: pero, como mutuamente temiesen estos sus fuerzas y fortuna, se mostraron tan prudentes que la campaña terminó sin ningun memorable acontecimiento despues de tan inmensos preparativos.

Setiembre y  
octubre.

Viendo Soliman cuán imposible le hubiera sido alcanzar victoria alguna contra tan activo y previsor enemigo, se resolvió á fines de otoño regresar á Constantinopla, como así lo hizo (1). Nótese que en un siglo tan belicoso, en que todo caballero era soldado y todo príncipe general, esta fue la vez primera que se presentó Carlos á la cabeza de sus tropas, á pesar de haber sostenido largas guerras y triunfado en muchas ocasiones. No fue para él poco honor haberse atrevido á oponerse á Soliman en sus primeros ensayos, y ciertamente que el éxito de sus operaciones le cubrió de gloria.

16 agosto.

En los principios de esta campaña murió el elector de Sajonia y le sucedió su hijo y heredero Juan Federico. Este, no menos adicto á Lutero que sus antecesores, se puso en cierto modo á la cabeza del partido protestante, y con toda la audacia y la energía de la juventud defendió una causa alimentada por sus antepasados con toda la prudencia nacida de la esperiencia de los años.

(1) Jovii. *Hist. l. XXX, p. 100, etc.* Barre, *Hist. de l'Empire* t. 8, 347.

En cuanto se hubieron retirado los turcos, impaciente Carlos por volver á España, partió para este reino pasando por Italia. Anhelaba vivamente avistarse con el papa, y efectivamente le vió en Bolonia, donde se trataron con las mismas exteriores muestras de amistad que la otra vez: pero no existia ya entre ellos aquella mutua confianza que antes reinó entre ellos. Disgustado por demas estaba Clemente por la conducta del emperador en Ausburgo: consintiendo este príncipe en la convocacion de un concilio, habia perdido todo el mérito contraído con el pontífice por medio del rigoroso decreto que antes habia publicado contra las ideas de los reformistas. Mas ofendido estaba todavía el papa de la tolerancia concedida á los protestantes por la dieta de Ratisbona, y de la positiva promesa de pedir un concilio que habia hecho Carlos. No obstante, convencido este monarca de que produciria buenos resultados la convocacion de un concilio general, y deseando ademas complacer á los alemanes, renovó de viva voz las instancias que habia hecho ya el papa por medio de sus embajadores, y le instigó á que convocase sin mas retardo el concilio. Hallóse sobre manera embarazado el papa respecto á lo que debia responder á semejante súplica que no podia negar decentemente ni conceder sin riesgo. En primer lugar procuró quitar á Carlos de la cabeza esta idea; pero viendo que insistia en ella, recurrió á artificios, los cuales si bien no podian malograr enteramente el intento, á lo menos permitian ganar tiempo. Bajo el especioso pretesto de que era antes preciso convenir con las partes interesadas en el punto de reunion, en las formalidades, en los privilegios de los que tuviesen voto en el concilio, y en la autoridad que debia darse á sus decisiones, nombró un nuncio para

Año 1532.  
Avistase Carlos con el papa á su regreso á España.

Año 1532. que acompañado de un embajador de Carlos pasase á avistarse con el elector de Sajonia, reputado jefe de los protestantes. Cada punto de los que debian tocar suscitó dificultades é interminables disputas. Querian los protestantes que se celebrase el concilio en Alemania, y el papa en Italia. Exigian aquellos que solo el testo de la sagrada escritura sirviese de regla para decidir los puntos contestados: daba Clemente igual autoridad á los decretos de la iglesia y á las opiniones de los padres y de los doctores. Los reformistas reclamaban un concilio libre, donde tuviesen derecho de sufragio los teólogos diputados por las diferentes iglesias; pero el pontífice se proponia dar al concilio una forma que le constituyese enteramente dependiente de su voluntad.

Ademas, habia otro punto en el cual insistian con mucho teson los protestantes; decian que no era razon querer obligarles á someterse á las decisiones de un concilio antes de ser conocidos los principios que servirian de base á las mismas, las personas que los pronunciarian, y las formalidades que para ello deberian observar. Respondia el papa que seria del todo inútil congregar un concilio si los que le reclamaban no prometian antes atenerse ciegamente á sus fallos. Propusieron algunos medios para conciliar los ánimos acerca de estos puntos preliminares, y con esto se alargaron tanto las negociaciones que efectivamente llenaron las miras de Clemente, en razon de que no tenia este otro objeto que impedir la reunion del concilio, sin empeño atraer sobre sí la ignominiosa nota de haberse opuesto á una disposicion que la Europa entera reputaba tan esencialmente útil como ventajosa al bien de la iglesia. (1).

(1) Fra-Paolo, *Hist.* 61. Seck. III, 73.

Otro objeto de negociacion interesaba á Carlos mas que la celebracion de un concilio: tal era asegurar el sosiego en Italia. Sabia que Francisco solo en último apuro habia renunciado á las pretensiones que tenia en esta region, y no le era dable dudar que aprovecharia la primera coyuntura y el primer pretesto para recobrar lo perdido. Era por lo mismo preciso pensar en las disposiciones necesarias para reunir un ejército capaz de resistir á las fuerzas de la Francia. Como las arcas del emperador, exhaustas despues de una larga guerra, no podian ofrecer los caudales indispensables para mantener en pie un ejército suficiente, probó á descargarse de este peso echándole sobre sus aliados, proveyendo á su costa por la seguridad de sus propios dominios: propuso, pues, á las potencias de Italia una liga defensiva contra todo agresor, y que levantasen al primer riesgo un ejército para mantener á espensas comunes á las órdenes de D. Antonio de Leyva. Fue del gusto del papa esta proposicion, si bien que por razones distintas de las que la habian inspirado. Por este medio confiaba el pontífice libertar la Italia de los cuerpos veteranos de alemanes y españoles que por tanto tiempo habian aterrado el pais y lo tenian bajo el yugo del emperador. Concluyóse la alianza á la cual accedieron todos los estados de Italia, á escepcion de los venecianos; convínose en la suma que cada estado debia aprontar para la mantencion de las tropas, y conociendo el emperador que no podia pagar por mas tiempo á las suyas, consintió en retirarlas, quitando de esta suerte campo al recelo. Despues de haber licenciado una parte de ellas, y distribuido las demas por la Sicilia y la península ibérica, embarcóse en las galeras de Doria y

Año 1532.  
Y para man-  
tener el sosie-  
go en Italia.

Año 1533.

24 febrero.

24 abril.

Año 1533. llegó en breve á Barcelona (1).

Planes y negociaciones de Francisco contra Carlos.

No estaba tranquilo aun á pesar de las precauciones que acababa de tomar para afianzar la paz de Alemania, y mantener el sistema establecido en Italia. Crecian de dia en dia sus recelos de que fuesen turbadas muy pronto sus disposiciones por las intrigas ó por las armas del rey de Francia, y eran fundados sus temores: solo la desesperacion y la necesidad habian arrancado á Francisco su consentimiento en favor de un tratado de tanta mengua para él como el de Cambray: aun al tiempo mismo que lo ratificó habia formado ya la resolucion de no observarle sino en cuanto le obligasen á ello, é hizo, si bien que con el mayor secreto, una formal protesta contra muchos artículos del convenio, principalmente contra la renuncia de sus pretensiones al ducado de Milan, cláusula que reputaba injusta, indecorosa para sus sucesores, y nula por sí misma. De órden del monarca, uno de los jurisconsultos de la corona hizo idéntica protesta, tambien con el mayor sigilo, al tiempo mismo en que la ratificacion del tratado se registró en el parlamento de Paris (2). Diríase que Francisco creia de buena fe que haciendo uso de un artificio, indigno de un gran monarca, para destruir la fe pública y la mutua confianza que es la base de todos los contratos entre naciones, estaba en realidad dispensado de toda obligacion para el cumplimiento de las mas solemnes promesas y sagrados empeños. Desde el momento mismo en que firmó la paz de Cambray deseó y buscó coyuntura para romperla impunemente. Con esta mira cultivaba asiduamente la amistad de Enrique y no perdonaba medio para contar mas y mas con su alianza: ademas de esto ponía las fuer-

(1) Guicc. l. XX, 551. Ferreras, IX, 149.

(2) Dumont, *Corpus diplomat. tom. IV, part. 2, p. 52.*

zas militares de su reino sobre mejor pie que nunca, y fomentaba diestramente los celos y el descontento de los príncipes alemanes. Año 1533.

Pero, lo que mas á pecho tomaba Francisco era romper la union estrecha que subsistia entre Carlos y Clemente, cosa en lo cual no tardó en ver con satisfaccion gérmenes de encono y de desvío contra Carlos de parte del suspicaz pontífice, y empezó á lisonjearse de que su intimidación no duraria. No podia Clemente perdonar al emperador su decision á favor del duque de Ferrara. Exageró Francisco la injusticia de semejante proceder, y dió á entender al pontífice que podria tener en él un protector tan poderoso y mas imparcial, y como escuchase este con impaciencia las importunas instancias de Carlos relativas á la convocacion de un concilio, tuvo Francisco el arte de crear obstáculos para diferir este llamamiento, y se esforzó para impedir que los alemanes aliados suyos insistiesen tan obstinadamente sobre este punto (1). Carlos habia tomado tanto ascendiente sobre el papa cooperando en parte al engrandecimiento y á la elevacion de la familia de los Médicis; por tanto presentó tambien Francisco el mismo cebo, y ofreció casar á su segundo hijo Enrique, duque de Orleans, con Catalina, hija de Lorenzo de Médicis, primo de Clemente. Al saber Carlos las primeras declaraciones para la efectucion de este enlace, no pudo creer que seriamente quisiese Francisco envilecer la sangre real de Francia por medio de un matrimonio con Catalina, descendiente de simples ciudadanos y negociantes de Florencia; antes juzgó que esta propuesta no tendia mas que á adular y entretener la am-

Particularmente con el papa.

(1) Du Bellay, 141, etc. Seck. III, 48. Fra-Paolo, 63.

Año 1533. bición pontificia. Juzgó por lo mismo que debía procurar borrar la impresion que hubiese hecho en el alma de Clemente un proyecto tan deslumbrador, y para ello prometió romper el matrimonio concertado entre su sobrina, hija del rey de Dinamarca, con el duque de Milan, y poner en su lugar á Catalina. Mas no tuvo este arbitrio ningun efecto; pues contra toda espectacion presentaron los embajadores de Francia el pleno poder de que estaban autorizados para concluir los artículos del matrimonio de Catalina con el duque de Orleans. Complació de tal suerte á Clemente un honor que realzaba tanto el brillo y la dignidad de la casa de Médicis, que ofreció dar en dote á Catalina la investidura de muchas tierras considerables de Italia; aun pareció dispuesto á hacer valer sus antiguas pretensiones sobre algunos estados del mismo pais, y consintió en avistarse con el monarca francés (1).

Vistas entre el papa y Francisco.

Valióse Carlos de todos los medios para estorbar una entrevista cuyo objeto y resultados probablemente no le favorecian. Despues de haber tenido dos veces el gusto de visitar al papa, no podia consolarse de ver á Clemente dar á su rival tan relevante muestra de distincion como la de emprender un viage por mar en estacion nada favorable para ir á visitar á Francisco en su propio reino: la impaciencia de concluir un parentesco brillante habia ahogado todos los escrúpulos de orgullo, de temor y de zelos, que en otra coyuntura hubieran detenido á Clemente. Sin embargo de cuantos pasos hizo dar el emperador, se efectuó la entrevista en Marsella con extraordinaria pompa, dándose de una y otra parte las mas altas pruebas de confianza, y se

Año 1534.

(1) Guicc. l. X, 551, 553. Du Bellay, 138.



consumó al cabo el matrimonio que por la ambicion y los talentos de Catalina debia ser tan funesto para la Francia como indecoroso era al tiempo de su celebracion. Clemente y Francisco convinieron en muchas disposiciones favorables al duque de Orleans, y su padre ofreció abandonarle todos sus derechos con respecto á Italia: mas todo se hizo con sigilo, evitando tan cuidadosamente ofender al emperador, que no concluyeron tratado alguno (1), y aun en el contrato matrimonial renunció Catalina todos sus derechos y pretensiones en Italia, á escepcion de su ducado de Urbino (2).

Mientras Clemente negociaba con Francisco, formando con él enlaces que tanto alarmaban á Carlos, abandonaba á este la direccion del asunto de divorcio del monarca inglés, mostrándose tan inclinado á favorecerle en este particular como si reinase todavía entre ellos la union mas íntima: preciso es confesar que dominaba en él la doblez. Hacia ya cerca de seis años que solicitaba Enrique el divorcio, y todo este tiempo le habia perdido en negociar, prometiéndole hoy Clemente una cosa, retractándose mañana, y al fin no concluyendo nada. Extraño es que un príncipe de tan fogoso é irascible carácter hubiese podido aguantar tantos plazos y sinsabores: al cabo agotada su paciencia, acudió á otro tribunal para obtener la venia tan vanamente solicitada de la corte de Roma. Cranmer, arzobispo de Caotberghy, por una sentencia fundada en la autoridad de las universidades, de los doctores y rabinos, á quienes habia sido consultada la cuestion, anuló el casamiento del rey con Catalina, declaró ilegítima la hija, fruto del mismo, y reconoció á Ana Bolena por reina de In-

Conducta del papa respecto del divorcio de Enrique VIII.

(1) Guicc. I. XX, p. 555.

(2) Dumont, *Corps. diplom. IV*, p. 2, 101.

Año 1534. Inglaterra. Desde este momento no hizo mas Enrique la corte al papa, antes empezó á no hacer caso de él, á amenazarle y á probar innovaciones en la misma iglesia que habia antes defendido con tanto celo. Clemente, que habia visto ya separarse de la Santa Sede tantas provincias y reinos, temió al cabo que no hiciese lo mismo la Inglaterra. El interes que tenia en evitar este fatal golpe, junto á su deferencia á las instancias de Francisco, le determinaron á dar á Enrique cuantas satisfacciones reputó propias para retenerle en el gremio de la iglesia. Pero la violencia de los cardenales adictos al emperador no dió tiempo al papa de ejecutar esta juiciosa resolucio<sup>n</sup>, y le precipitó en un paso imprudente que debia ser fatal á la Santa Sede, pues se le obligó á publicar una bula que anulaba la decision de Cranmer, confirmaba el matrimonio de Enrique con Catalina, y declaraba escomulgado á este príncipe, si dentro un plazo prefijado no abandonaba á su nueva muger para volver á tomar la repudiada. Irritado el monarca inglés á vista de este decreto, que estaba muy lejos de esperar, no guardó ya miramiento ninguno á la corte de Roma, y sus súbditos tomaron parte en su resentimiento é indignacion.

23 marzo.

Es abolida en Inglaterra la autoridad pontificia.

Publicó el parlamento una acta que abolia el poder y la jurisdiccion pontificia en Inglaterra, y por otra declaró al rey gefe supremo de la iglesia anglicana y revestido de todo el poder de que se despojaba á aquel. Este grande edificio de la dominacion eclesiástica levantado con tanto arte, y cuyos cimientos parecian tan profundos, se desplomó desde que no tuvo por base la veneracion popular. Enrique, por una singularidad propia de su carácter, continuó defendiendo la doctrina de la iglesia de Roma, con el mismo ardor con que

atacaba su jurisdicción. Alternativamente persiguió á los católicos y á los reformistas; á estos porque desechaban las opiniones de la iglesia romana, y á aquellos porque desconocían su poder civil: mas como sus súbditos habían ya entrado libremente en una nueva senda, no juzgaron á propósito pararse en el término preciso que se les señalaba. Animados por el ejemplo de un rey á romper una parte de sus trabas, estaban tan impacientes por descartarse de las demas (1), que en el reinado siguiente, con general aplauso de la nación, se hizo una separación total de la Inglaterra y de la iglesia de Roma, así en los puntos de doctrina como en los de disciplina y de jurisdicción. Alguna demora mas en practicarle hubiera ahorrado acaso á la iglesia romana las funestas consecuencias de la desacordada conducta de Clemente, pues este pontífice, poco despues de la sentencia que había pronunciado contra Enrique, cayó en una enfermedad de languidez que minando por grados su constitucion, puso al fin término á su pontificado, el mas desgraciado por su mucha duracion y á la vez por sus efectos que la corte de Roma hubiese visto despues de muchos siglos.

Año 1534.

Muerte de  
Clemente VII.

El mismo dia en que los cardenales abrieron el cónclave, ensalzaron al trono pontificio á Alejandro Farnesio, dean del sacro colegio y el mas antiguo de los cardenales, quien tomó el nombre de Pablo III. Entregóse el pueblo romano al mayor transporte de júbilo al saber esta eleccion. Con efecto, era para él un embeleso ver, despues de un intervalo de mas de un siglo, adornada con la tiara pontificia la cabeza de un ciudadano romano. Los hombres mas entendidos augu-

25 setiembre.  
Eleccion de  
Pablo III.  
13 octubre.(1) Herbert. Burnet, *Hist. de la reform.*

Año 1534. raron favorablemente de su gobierno, fundando su juicio en la experiencia que habia adquirido durante cuatro pontificados, y en la moderacion y prudencia de que constantemente habia dado pruebas, y esto en una época de turbulencias y grandes crisis que reclamaban á la vez habilidad y nada comunes talentos (1).

Es probable que la Europa debió á la muerte de Clemente la continuacion de la paz. Si bien que la historia no presenta indicios de una alianza concluida entre aquel papa y Francisco, muy verosímil es que habria auxiliado las operaciones de las armas francesas en Italia. Su ambicion no hubiera resistido al gusto de ver cómo su familia daba un soberano á Florencia y otro á Milan; pero la eleccion de Pablo III, quien hasta entonces habia permanecido constantemente adicto al emperador, puso á Francisco en la necesidad de suspender por algun tiempo sus operaciones y de diferir la ejecucion del plan que habia formado relativo á dar principio á las hostilidades contra el emperador.

Sublévase  
los anabaptistas.

Mientras espiaba Francisco la oportunidad de dar de nuevo principio á una guerra que hasta entonces habia sido tan fatal á sus vasallos como á él mismo, tenia lugar en Alemania un acontecimiento singularísimo. Entre muchos saludables efectos de que la reforma habia sido causa inmediata, produjo algunos otros enteramente opuestos: fatalidad inevitable en todos los negocios y sucesos humanos. Cuando el corazon del hombre, conmovido por objetos grandes, es agitado por pasiones violentas, adquiere por lo comun en sus operaciones una superabundancia de fuerza que le precipita

(1) Guicc. l. XX, 556. Fra-Paolo, 64.

en desbarros y en estravagancias. En toda mudanza de religion son mas frecuentes estos descarríos, sobre todo en un período en que los hombres sacuden el yugo de sus antiguos principios y no conciben todavía claramente la naturaleza del nuevo sistema que van á abrazar, ni poseen tampoco un juicio distinto de las obligaciones que les impone. Entonces la razon se adelanta siempre con la misma audacia que le movió á desechar las opiniones establecidas, que como no le guia un conocimiento ilustrado de la doctrina que puso en su lugar, no puede sufrir el menor freno y se entrega á ideas quiméricas, de las cuales con frecuencia son efecto la corrupcion de los principios y la licencia de las costumbres. Así fue que en los primeros siglos de la iglesia vióse á una multitud de cristianos nuevos, poco despues de haber renunciado á su antigua creencia, adoptar las opiniones mas absurdas, que igualmente destruian toda piedad que toda virtud, y esto por no conocer bien todavía los dogmas y los preceptos de su nueva fe. Vióse despues cómo esos mismos errores se disiparon por sí mismos á medida que fueron mejor conocidos y mas generalmente propalados los verdaderos principios religiosos. Del mismo modo, algun tiempo despues de haber aparecido Lutero, la temeridad ó la ignorancia de algunos de sus discípulos les llevó á publicar máximas absurdas y perniciosas, que fueron adoptadas harto ligeramente por hombres ignorantes, pero amigos de novedades, singularmente en una época en que todos los ánimos estaban inclinados á las opiniones religiosas. A estas causas es forzoso atribuir el origen de las estravagantes opiniones que Muncer divulgó en 1525, y los rápidos progresos que hicieron entre los campesinos. Sofocóse en breve la agitacion que escitó este fa-

**Año 1534.** náutico; pero, muchos de sus sectarios se ocultaron en varios retiros, desde los cuales se esforzaron por difundir sus opiniones.

Origen y  
opiniones de  
esta secta.

En las provincias de la Alemania superior, donde el encono de estos fanáticos habia causado ya tantos males, vigilaron sobre de ellos tan de cerca los magistrados y los trataron con tanta severidad, que despues de haber castigado á algunos, desterrado á otros, y obligado á muchos á retirarse á distintos paises, se logró extirpar radicalmente sus errores.

Pero en los Países-Bajos y en la Westfalia, donde no eran tan observados los sectarios, porque no eran conocidas las temibles consecuencias de sus doctrinas, introdujéronse en muchas ciudades y propagaron el contagio. Su mas notable dogma religioso era relativo al sacramento del bautismo, pues sostenian que no debia ser administrado sino á las personas ya adultas, y que no debia darse por aspersion sino por inmersión: condenaban en consecuencia el bautismo de los niños, y de ahí es que su secta recibió el nombre de Anabaptistas. Esta opinion relativa al bautismo parecia fundarse en el uso de la iglesia del tiempo de los apóstoles, y nada encerraba contrario á la paz y al buen orden social; pero admitian otros principios de mas exaltado y peligroso entusiasmo. Decian que entre los cristianos que reconocian por regla de su conducta los preceptos del evangelio, y por guia el espíritu divino, no solo era inútil el oficio del magistrado, si que tambien parecia una usurpacion ilegítima sobre su libertad espiritual; que era forzoso destruir toda distincion de nacimiento, de calidad y de fortuna, como contraria al espíritu del evangelio que solo ve en los hombres unos seres iguales; que todos los cristianos debian

Año 1534.

hacer comunidad de bienes y vivir juntos en aquella igualdad perfecta que conviene á los miembros de una misma familia; y en fin, que no habiendo la ley natural y el nuevo testamento establecido regla ninguna respecto al número de mugeres con las cuales puede uno desposarse, asistia derecho para usar de la libertad concedida por Dios á los antiguos patriarcas.

Tales principios cundidos y defendidos con todo el ardor y la audacia que proceden del fanatismo, no tardaron en producir los violentos efectos que eran su natural consecuencia. Dos inspirados anabaptistas, Juan Matías, panadero de Harlem, y Juan Boccold ó Beü-kels, sastre de Leyden, poseidos del encono del proselitismo, se establecieron en Munster, ciudad imperial de primer orden, sometida á la dominacion episcopal, pero en realidad gobernada por su propio senado y por sus cónsules. Como ninguno de los dos fanáticos carecia de los talentos necesarios para llevar á cabo sus miras, aconteció que su osadía, su apariencia de santidad, y su manifiesta pretension de estar inspirados por el Espíritu santo, bien asi como su facilidad y confianza para hablar en público, todos estos medios reunidos les ganaron en breve una multitud de sectarios. Contóse entre estos á Rothman, que al principio habia predicado el protestantismo en Munster, y á Cnipperdoling, ciudadano de buena cuna y no menor crédito. Envanecidos por la reputacion de estos discípulos, empezaron los maestros á enseñar públicamente sus doctrinas, y no contentos con esto, hicieron varias tentativas para apoderarse de la ciudad y dar á su doctrina el sello de la autoridad pública. Frustráronse sus tentativas, pero, habiendo llamado clandestinamente á un crecido número de sus asociados que permanecian

Se domici-  
lian en Muns-  
ter.

Apodéranse  
de la ciudad.

Año 1534. dispersos por las vecinas comarcas, apoderáronse durante la noche del arsenal y del palacio del senado, y se pusieron á recorrer las calles con las espadas desnudas, dando horribles alaridos, y gritando unas veces: *arrepentios y bautizaos*; y otras, *huid, impíos*. Los senadores, los canónigos, los nobles, la parte mas sana de los ciudadanos católicos y protestantes, alarmados al oír sus gritos y amenazas, buyeron en desórden y dejaron la ciudad á merced de una multitud frenética, compuesta en gran parte de estrangeros. Como no quedaba nadie en estado de cóntenerlos ni de imponerles respeto, trazaron, conforme á sus estravagantes ideas, el plan de un nuevo gobierno. Si al principio respetaron bastante, en apariencia, la antigua constitucion para elegir senadores de su secta y crear cónsules á Caipperdoling y otro de sus prosélitos, no fue mas que por la forma. Todas sus disposiciones éran dirigidas por Matias, quien tomando el tono y la autoridad de un profeta, dictaba órdenes y castigaba con el último suplicio á los que se negaban á obedecerlas. Principió exortando al populacho á que saquease los templos y destruyese sus ornamentos; mandóles en seguida quemar todos los libros, como inútiles ó impíos, y no conservar mas que la Biblia; confiscó los bienes de los que habian huido de la ciudad y los vendió á los habitantes de las cercanías; mandó á todos los vecinos que le trajesen su oro, plata y efectos preciosos, y depositando estas riquezas en una arca pública, nombró diáconos que las custodiasen y distribuyesen para uso procomunal. Despues de haber de esta suerte establecido entre los miembros de su república una igualdad perfecta, mandóles comer juntos en unas mesas puestas en público, y hasta llegó á establecer cuántos platos de-

Fundan nueva forma de gobierno.



bían servirse diariamente. Consumada una vez su reforma sobre este plan, fue su primer desvelo atender á la defensa de la ciudad, y las medidas que para el efecto tomó, mostraban una prudencia que en nada se parecía al fanatismo. Estableció vastos almacenes de toda especie; reparó las fortificaciones antiguas y añadió otras nuevas, obligando sin distincion á todos los habitantes á que trabajasen en ellas por turno; convirtió sus discípulos en soldados escelentes, y ninguna diligencia perdonó para hermanar el valor de la disciplina con lo mas fogoso del entusiasmo. Envió emisarios á los anabaptistas de Flandes para brindarles á que pasasen á Munster, á cuya ciudad daba el nombre de Montaña de Sion, á fin, decia, de salir despues para ir á conquistar todas las naciones de la tierra.

Casi no tomaba descanso, no descuidaba nada de cuanto podia servir para propagar ó dar seguridad á su secta, y daba á sus secuaces el ejemplo de una abnegacion completa de sí mismo, y de no rehusar trabajo alguno soportando todo linage de privaciones. De esta suerte el entusiasmo de sus sectarios, incesantemente exaltado por una no interrumpida serie de exortaciones, de revelaciones y profecías, los animaba para toda clase de empresas y padecimientos en defensa de sus doctrinas.

En esto, habia el obispo de Munster reunido un respetable ejército, y se adelantaba para poner sitio á la ciudad. Al saber su aproximacion, salió de ella Matías á la cabeza de algunas tropas escogidas, le atacó, le arrolló, y despues de una espantosa carnicería volvió á la ciudad cargado de despojos y cubierto de gloria. Fuera de sí con este triunfo, apareció el dia siguiente delante del pueblo con una lanza en la mano,

Va contra ellos el obispo de Munster.

Año 1534.  
Mayo.

declarando que á semejanza de Gedeon iria con un puñado de soldados á esterminar á los impíos. Treinta personas, á las cuales designó, le siguieron sin vacilar á esta estravagante empresa, y con furor insensato fueron á precipitarse sobre los enemigos.

Juan de Leiden adquiere grande autoridad entre los anabaptistas.

Todos los entusiastas acometedores perecieron. La muerte del profeta consternó sobre manera á sus discípulos; pero Boccold, poniendo en juego los mismos artificios y mañas proféticas que habian dado fama á Matías, reanimó en breve su valor y esperanzas, y sin arriesgar salida alguna contra los enemigos, aguardó sosegadamente los socorros que debian venirle de los Países-Bajos, y cuya llegada vaticinaban sus profecías. Pero si no era tan fogoso como Matías, ganábale sin embargo por lo fanático y ambicioso. Algun tiempo despues de la muerte de su antecesor, cuando hubo preparado la muchedumbre á la expectativa de acontecimientos extraordinarios, todo á favor de misteriosas visiones y equívocas profecías, desnudóse, y en cueiros anduvo clamando por las calles: *que el reino de Sion estaba cercano*; que seria humillado todo cuanto estaba ensalzado sobre la tierra, y por el contrario. Para empezar á dar cumplimiento á este vaticinio, mandó derribar hasta sus cimientos las iglesias, que eran los edificios mas altos de la ciudad; destituyó á los senadores elegidos por Matías, y al cónsul Cnipperdoling, cuyo cargo era el primero de la república, le condenó á la profesion mas infame, á la de verdugo, profesion que este aceptó, no solo sin murmurar, si que dando muestras de alegría: tal era el rigoroso despotismo de Boccold que casi diariamente se llamó á Cnipperdoling para ejercer algunas de las funciones de su horrible ministerio. En vez de los senadores depuestos se nom-

braron doce jueces para que presidiesen á todos los negocios, á semejanza de las doce tribus israelitas, conservando el nuevo profeta para sí la misma autoridad de que gozó Moisés antiguamente, á fuer de legislador de su pueblo.

Año 1534.

Sin embargo, este grado de poder y esos títulos no satisfacían la ambición de Boccold, pues aspiraba á la soberanía absoluta, y la consiguió. Cierta dia, un profeta, á quien habia comprado é instruido, juntó al pueblo, y declaró ser la voluntad de Dios que Juan Boccold fuese elegido rey de Sion y que se sentase en el trono de David. Postrándose Juan en tierra se resignó humildemente á la voluntad del cielo, y dijo solemnemente que así le habia sido anunciado ya en una revelación. Sin demora fue proclamado rey por la crédula muchedumbre, y desplegó desde entonces el aparato y toda la pompa de la magestad. Tenia corona de oro y llevaba los mas suntuosos trages: regularmente ostentaba á un lado la Biblia y al otro una espada desnuda: jamas se presentó en público sin una guardia numerosa. Hizo acuñar moneda con su busto, y creó grandes oficiales de su palacio y reino, entre los cuales fue elevado Cnipperdoling á gobernador de la ciudad, como en compensación del singularísimo último acto de su adhesión.

Es elegido rey.

24 junio.

No bien hubo llegado Boccold á la cumbre del poder, cuando principió á dar rienda suelta á las pasiones que hasta entonces habia contenido, ó que solo satisfacía en secreto. Hase notado de todos tiempos que el exceso del entusiasmo va acompañado de las pasiones amorosas, y que el temperamento es padre del entusiasmo y del amor. Boccold encargó á los profetas y á los doctores que por espacio de muchos dias inculcasen

Su desfreno en principios y conducta.

Año 1534. al pueblo la legitimidad y aun necesidad de casarse con mas de una muger, cosa que dijeron ser uno de los privilegios que concede Dios á sus santos. Cuando hubo acostumbrado los oídos de la multitud á tan licenciosa doctrina, fue el primero que dió ejemplo de lo que llamaba libertad cristiana, y se desposó á un tiempo con tres mugeres, de las cuales una era viuda de Matías, muger de estraordinaria belleza. Como el amor á las bellas y su afición á variar le impelían incesantemente, aumentó por grados hasta catorce el número de sus mugeres; empero solo la viuda de Matías tenia el título de reina, y participaba á su lado de los honores de la magestad.

A ejemplo del profeta, abandonóse sin reserva la muchedumbre á la mas desenfrenada licencia. Ni un hombre quedó que se contentase con una sola muger, antes se reputó crimen no hacer uso de la libertad cristiana. Habia gentes empleadas en buscar por las casas doncellas casaderas, é inmediatamente se las obligaba á desposarse.

Introdujose en seguida de la poligamia la libertad del divorcio que le es inseparable, y se convirtió en nuevo manantial de corrupcion. Precipitábanse los insensatos á todos los excesos de que son capaces las humanas pasiones cuando no estan reprimidas por la autoridad de las leyes por el freno del pudor (1); en fin, por una monstruosa mezcla y casi increíble, se

(1) *Prophetæ et concionatorum auctoritate juxta et exemplo, tota urbe ad rapiendas pulcherrimas quasque sæminas discursum est. Nec intra paucos diés, in tantâ hominum turbâ, ferè ulla re-  
perta est supra annum 14, quæ stuprum passa non fuerit. Lomb.  
Hortens. p. 303. Vulgo viris quinqs esse uxores, pluribus senas,  
nonnullis septenas et octonas. Puellas supra duodecim ætatis  
annum statim amare. Id. 305. Nemo und contentus fuit, neque*

Año 1534.

vió la disolucion hermanada con la religion, y los excesos del libertinage con las austeridades de la supersticion.

Entre tanto los príncipes alemanes veian con la mayor indignacion cómo un oscuro fanático insultaba su dignidad usurpando insolentemente los honores de la soberanía; fuera de que las disolutas costumbres de estos sectarios eran el oprobio del cristianismo y enconaban á los hombres de todas las naciones. Lutero que desde su origen habia desaprobado semejante fanatismo, lloraba ahora sus progresos; escribió sólidamente, aunque con acrimonia contra sus estravagancias, y exortó vivamente á los estados de Alemania á que atajasen el curso de una manía funesta á la sociedad y á la vez fatal á la religion. Hallábase harto ocupado el emperador en otros negocios y planes para poder atender á cosas que pasaban á tanta distancia de su persona. Pero los príncipes del imperio, congregados por el rey de romanos, convinieron en aprontar hombres y dinero para socorrer al obispo de Munster, quien como no tuviese bastante gente para estrechar el sitio, mantenia solo la ciudad en bloqueo. Las tropas levantadas á consecuencia de esta determinacion, se pusieron al mando de un gefe esperto, quien se acercó á Munster á fines de 1535, y estrechó mas vivamente el sitio; pero encontró tan bien fortificada la ciudad y defendida, que no se atrevió á dar el asalto. Hacia ya mas de quince meses que los anabaptistas dominaban en Mun-

Ligo contra los anabaptistas: sitio de Munster.

Sitio de Munster.

Año 1535.

*cu quam extra effætas et viris immaturas continenti esse licuit. Id. 307. Tacebo hic, ut sit suus honor auribus, quantã barbarie et malitiã usi sint in puellis vitiandis nundum aptis matrimonio, in quod mihi neque ex vano, neque ex vulgi sermonibus haustum est, sed ex ed vetulã, cui cura sic vitiaturum demandata fuit, auditum 105. Joh. Corvinus, 316.*

Año 1535.

mayo.

Angustia y  
fanatismo de  
los sitiados.

ter, y durante este intervalo habian aguantado las mas grandes fatigas, ya en los trabajos de la fortificacion, ya en hacer el servicio militar. A pesar del cuidado y atencion de Boecold á fin de procurarse todo lo necesario para la subsistencia de los defensores de la poblacion; á pesar de su economía regular en la distribucion de los alimentos, empezábase á sentir entre los suyos la aproximacion del hambre. Muchas pequeñas partidas de sus hermanos que de los Países-Bajos venian á su socorro, habian sido sorprendidas y derrotadas; veian la Alemania entera dispuesta á reunirse para abrumarlos, y no tenian que esperar ningun auxilio. Pero era tal el ascendiente de Boecold sobre la multitud, y tales sus fuerzas y la ceguedad del fanatismo, que animó siempre á los anabaptistas la mas viva confianza en su causa y en su celo religioso, y con la mayor credulidad daban asenso á las visiones y augurios de sus profetas, quienes no dudaban asegurarles que el Eterno alargaria pronto su brazo para libertar á su pueblo. Hubo sin embargo algunos cuya fe violentamente combatida por el rigor y larga duracion de sus males empezaba ya á vacilar; pero, no bien se sospechó que intentaban rendirse al enemigo, cuando fueron castigados de muerte como reos de impiedad que desconfiaban de la providencia divina. Una de las mugeres del profeta pronunció algunas palabras que indicaban dudas sobre la mision sobrehumana de su esposo; pero el impostor audaz mandó reunir todas sus mugeres, y habiendo mandado arrodillarse á la blasfema, la decapitó por su propia mano. Lejos de dar las demas la menor muestra de horror á vista de semejante barbarie, bailaron con Boecold en rueda con frenética alegría en torno del ensangrentado cadáver de su compañera.

Entre tanto aumentaba el hambre y habia reducido á los sitiados al mas duro aprieto; pero preferian sufrir males horribles, cuya simple idea horroriza, á aceptar las condiciones de la capitulacion ofrecida por el obispo. Al fin, un desertor que habian tomado á su servicio halló medio de evadirse de la ciudad, y bien se hubiese disipado ya en él la embriaguez del fanatismo, ó bien sea que no hubiese podido resistir por mas tiempo á sus padecimientos, se pasó á los sitiadores. Dió á conocer al obispo un costado débil que habia notado en las murallas; aseguró que los sitiados, muertos de hambre y de fatiga, le custodiaban con descuido, y se brindó á conducir un destacamento durante la noche. Fue admitida su proposicion y se le dió un cuerpo de tropas escogidas: todo salió como se esperaba. Las tropas escalaron la muralla sin ser vistas, se apoderaron de una de las puertas, é introdujeron á lo restante del ejército. Si bien que sorprendidos, defendiéronse los anabaptistas en la plaza del mercado con todo el denuedo inspirado por la desesperacion; pero, abrumados por el número y rodeados por todas partes, los mas perecieron y los restantes quedaron prisioneros, entre ellos el profeta y Cnipperdoling. Boccold, cargado de cadenas y conducido de ciudad en ciudad, fue ofrecido como espectáculo á la curiosidad del vulgo, y se vió espuesto á todo linage de ultrages. Esta revolucion de su destino no pareció humillarle ni abatirle, antes con inalterable firmeza permaneció adherido á las máximas de su secta; condujéronle en seguida á Munster, teatro de su grandeza y de sus crímenes, y allí fue ajusticiado despues de largos tormentos que sufrió con heroica energía. Este hombre extraordinario que habia sabido adquirir tan absoluto imperio sobre los corazo-

Año 1535.  
Toma de la  
ciudad.

24 junio.

24 junio.

Castigo del  
rey, y sus par-  
tidarios.

Año 1535. nes de sus sectarios, y llevar á cabo una revolucion tan peligrosa para la sociedad, tenia apenas 26 años (1).

Carácter de la secta, desde aquella época.

Acabó el reinado de los anabaptistas con la existencia de su monarca; pero sus principios habian echado profundas raices en Flandes, de manera que subsiste allí todavía esta secta con el nombre de nennonitas. Por estraña mudanza, esta secta tan facciosa y sanguinaria en su cuna, ha degenerado en singularmente pacífica é inocente. Reputa por crimen la guerra y el ejercicio de los empleos civiles; dedicanse sus individuos á todos los deberes de simples ciudadanos, y al parecer quieren en cierto modo reparar industriosa y caritativamente las violencias de sus fundadores. Algunos se domiciliaron en Inglaterra y han conservado las antiguas máximas de la secta relativas al bautismo, pero sin peligrosa mezcla de fanatismo.

Liga de Smalkalde y su poder.

A pesar de que la sublevacion de los anabaptistas hubiese llamado la atencion general, sin embargo no ocupó lo bastante á los príncipes de Alemania para impedir que pensasen en sus intereses políticos. Hácia este tiempo empezó á producir grandes efectos la secreta alianza formada entre el rey de Francia y los coligados de Smalkalde. Ulrico, duque de Wirtemberg, habiendo sido arrojado de sus estados en 1519 por sus propios súbditos sublevados con motivo de las violencias y de la opresion que sobre ellos ejercia, habíase apoderado la casa de Austria de este ducado.

(1). Sleid. 190, etc. *Tumultum anabaptistarum liber unus. Ant. Lamberto Hortensio autore ap. Scardium, vol. II, p. 298, etc. De miserabili monasteriensium obsidione, etc. Libellus Anton. Corviniap. Scard. 313. Annales anabaptistici à Joh. Henrico Otio, in-4.º Basileæ, 1672. Cor. Heersbachius, Hist. anab edit 1637, p. 140.*



Dicho príncipe, despues de haber espiado con largo destierro las faltas, que á la verdad eran mas bien efecto de la inesperienza que de una voluntad tiránica, habia al fin degenerado en objeto de compasion general. Particularmente el landgrave de Hesse, su cercano pariente, abrazó vivamente sus intereses y empleó todos los medios posibles para hacerle restituir la herencia de sus padres; pero negóse constantemente el rey de romanos á desprenderse de una rica provincia cuya adquisicion habia costado tan poco á su familia. Harto débil el landgrave para poder recobrar la ciudad de Wirtemberg, acudió á su nuevo aliado el monarca francés. Como este no buscaba mas que una coyuntura para mover estorbos á la casa de Austria, y deseaba ardentemente quitarla territorio del que le daba influencia en una parte de la Alemania muy distante de sus estados, y le ponía en estado de dominarla, animó al landgrave á que se armase, y secretamente le hizo donativo de una suma considerable. Levanta tropas el landgrave, marcha apresuradamente hácia Wirtemberg, y acomete, derrota y dispersa un respetable cuerpo de tropas austríacas que guardaban el pais. Todos los súbditos del duque recibieron con júbilo á su príncipe legítimo, y le restituyeron con entusiasmo el poder soberano de que han gozado despues sus descendientes: estableció al propio tiempo en sus estados el ejercicio de la religion protestante (1).

Por sensible que fuese á Fernando tan imprevisto golpe, con todo, no se atrevió á acometer á un príncipe á quien estaba dispuesto á defender todo el partido protestante, y reputó mas prudente concluir un

(1) Sleid, 172. Du Bellay, 159, etc.

Año 1535. tratado en virtud del cual reconociese solemnemente los derechos de Ulrico al ducado de Wirtemberg. Convenido en vista de las felices operaciones del landgrave en favor del duque de Wirtemberg, de que era forzoso evitar cuidadosamente todo rompimiento con una alianza tan respetable como la de Smalkalde, entró asimismo en negociacion con el elector de Sajonia su gefe; y merced á algunas concesiones en favor del protestantismo, consiguió que el elector y los coligados le reconociesen por rey de romanos. Empero, para prevenir en adelante una tan precipitada é irregular eleccion, convínose en que nadie seria ensalzado á semejante dignidad sino únicamente por unánime consentimiento de los electores, cosa que confirmó poco despues el mismo emperador (1).

Pablo III señala Mantua por punto de reunion de un concilio general.

Esta indulgencia con los protestantes y la union que el rey de romanos empezaba á formar con los príncipes de este partido, fueron cosas que escitaron el desagrado de la corte de Roma. No habia Pablo III adoptado la idea de su predecesor relativa á no consentir jamas en la convocacion de un concilio general; aun en el primer consistorio inmediato á su eleccion habia prometido congregar esta asamblea deseada de toda la cristiandad; pero estaba no menos irritado que Clemente por las innovaciones de Alemania, ni mas dispuesto á aprobar ningun plan para la reforma eclesiástica. Únicamente como habia sido testigo de la crítica general de que habia sido blanco Clemente por su obstinacion en eludir la reunion de un concilio, esperaba librarse de la misma nota proponiéndolo por sí con instancia, íntimamente convencido de que se origina-

(1) Sleid, 173. *Corps. diplom.*, tom IV, p. 2, 119.

rian dificultades respecto al tiempo y lugar de su convocacion, en punto á las personas que tendrian derecho de asistir á él, y tocante á la forma con que en él debia procederse para frustrar la intencion de los que le solicitaban, sin arriesgarse á caer en la nota que no dejarian de ponerle si se negaba á consentir en el clamor general. Con esta confianza, envió nuncios á varias cortes para notificar sus intenciones y para notificarlas que habia elegido la ciudad de Mantua como punto mas propio para la celebracion del concilio. No faltaron á ser promovidas las dificultades que el papa habia previsto. El rey de Francia desaprobó la eleccion del papa á título de que él y Carlos tendrian demasiada autoridad en una poblacion situada en tal punto de Italia. Apoyó el rey de Inglaterra á Francisco y opuso la misma objecion, declarando ademas que no reconoceria concilio alguno que se citase en nombre y por poder pontificio. Los protestantes de Alemania reunidos en Smalkalde insistieron en su primera demanda, pidiendo que el concilio se celebrase en Alemania: para ello se fundaban en la promesa del emperador y en la resolución tomada en la dieta de Ratisbona, y declararon que no reputarian concilio legal á la asamblea de Mantua, ni como verdadera representacion de la iglesia por falta de plena libertad. Semejante diversidad de pareceres y de intereses, abrió tan vasto campo á las intrigas y negociaciones, que fue fácil al papa hacerse un mérito de su fingida actividad en la convocacion de este concilio, cosa que en realidad anhelaba retardar. Por otra parte, sospechando los protestantes sus designios, y conociendo la fuerza que les daba su liga de Smalkalde, la renovaron por diez años é hicieronla ademas mas formidable y poderosa por

12 diciembre.



Año 1535. medio de la reunion de muchos nuevos miembros (1).

Espedicion  
del emperador  
á Africa: esta-  
do de este pais.

Por este tiempo fue cuando el emperador emprendió su famosa espedicion contra los piratas argelinos. Conócese hoy dia con el nombre de Berbería, la parte del continente de Africa cuyas costas bañan el Mediterráneo, y que antiguamente formó la república de Cartago y los reinos de Mauritania y de Massilia. Habia este pais sufrido muchas revoluciones; fue sojuzgado por los romanos y formó una provincia de su imperio: posteriormente le habian conquistado los vándalos fundando en él un reino. Fue destruido este por Belisario, y hasta fines del siglo VII toda esta region quedó bajo el dominio de los emperadores griegos: invadiéronla entonces los árabes, cuyas armas no encontraban en ningun punto resistencia, y por algun tiempo formó parte del vasto imperio gobernado por los califas. La mucha distancia del centro del imperio animó en adelante á los descendientes de los guerreros, que sojuzgaron antiguamente el pais, ó á los gefes meros sus antiguos moradores, á que se descartasen del yugo y se constituyesen independientes. Los califas, cuya autoridad no se fundaba mas que en un respeto de fanatismo, mas propio para favorecer las conquistas que para procurar su conservacion, se vieron

(1) Esta liga se concluyó en diciembre de 1535, pero no se firmó formalmente hasta setiembre del año siguiente. Los príncipes que acudieron á ella fueron: Juan, elector de Sajonia; Ernesto, duque de Brunswick; Felipe, landgrave de Hesse; Ulrico, duque de Wirtemberg; Barnim y Felipe, duques de Pomerania; Juan, Jorge y Joaquin, príncipes de Anhalt; Gerardo y Alberto, condes de Mansfeld; y Guillermo, conde de Nassau. Las ciudades eran Estrasburgo, Nuremberg, Constancia, Ulm, Magdeburgo, Brema, Reutligue, Hailbron, Memningen, Lindau, Campen, Isne, Bibrac, Vindsheim, Ausburgo, Francfort, Esling, Brunswick, Goolar, Hanover, Gotingue, Eimbéck, Hambourg y Minden.

Año 1535.

obligados á cerrar los ojos á estas sublevaciones, por no hallarse en estado de poder reprimirlas. Dividióse la Berbería en muchos reinos, de los cuales los mas respetables fueron Marruecos, Argel y Túnez. Los habitantes de estos reinos eran una mezcla de familias árabes, de castas negras de las provincias meridionales y de moros nacidos en Africa ó arrojados de la península ibérica, todos celosos mahometanos, y animados de un ódio supersticioso contra los cristianos, conforme era de esperar de su ignorancia y de sus bárbaras costumbres.

Frecuentes fueron las sediciones, y experimentó el gobierno una larga serie de revoluciones entre ese pueblo, no menos osado, inconstante y pérfido, que lo eran, si hemos de dar crédito á los historiadores romanos, los antiguos naturales del país: pero tales sucesos, acaecidos en bárbaras comarcas, son poco conocidos y no merecen serlo mucho. No obstante, á principios del siglo XVI aconteció una mudanza que hizo de los estados berberiscos una potencia temible á los europeos, y dió celebridad á su historia. Los autores de esta revolución eran hombres que por su cuna no parecían destinados á representar un gran papel. Horuc y Chairadin, hijos ambos de un ollero de la isla de Lesbos, llevados del impulso de un inquieto y animoso carácter, abandonaron la profesion paterna, corrieron el mar y se reunieron con una banda de piratas. Pronto se distinguieron por su valor y actividad; apoderáronse de un bergantín y continuaron en su infame oficio con tanta destreza y buena suerte que lograron reunir una armada compuesta de doce galeras y de otros muchos buques de menor porte.

Horuc, que era el primogénito, y á quien se dió

Fórmanse los estados berberiscos.

Empresa de los Barbarojas.

Año 1535.

el nombre de Barbaroja, por el color de su barba, fue comandante de esta escuadra, y tuvo á Chairadin por segundo, si bien que con la misma autoridad. Apellidáronse amigos del mar, y enemigos de cuantos por él navegaban. Al cabo de poco tiempo se habia estendido el terror de sus nombres desde los Dardanelos hasta Gibraltar. Estendiéronse sus ambiciosos proyectos á medida que subia de punto su poder y reputacion, y borraron la infamia de sus piraterías con los talentos y las ideas propias de grandes conquistadores. Conducian frecuentemente á los puertos berberiscos las presas hechas en las costas de Italia y de España; y como enriquecian á los habitantes de su pais con la venta del botin y la singular profusion de sus marineros, eran bien recibidos en todos los puntos adonde arribaban. La ventajosa posicion de esos puertos, no muy distantes de los grandes estados de la cristiandad que ejercian el comercio, inspiró á entrambos hermanos la idea de fundar un establecimiento en esas regiones. Presentóseles muy luego ocasion para ello, y no la dejaron escapar. Eutemi, rey de Argel, quien infructuosamente habia muchas veces probado á apoderarse de un fuerte edificado cerca de su capital por los gobernadores españoles de Oran, fue incauto hasta el punto de implorar el patrocinio de Barbaroja, reputado invencible entre los africanos. Gozoso recibió el activo corsario este llamamiento, y dando á su hermano Chairadin el mando de su armada, marchó á Argel á la cabeza de cinco mil hombres, y fue recibido como un libertador. Un cuerpo de tropas tan respetable le valió la posesion de la ciudad, pues habiendo observado que los moros no sospechaban en él ningun segundo intento, y que ademas las tropas ligeras de

Año 1516.

Año 1535.

los argelinos no podían resistir á sus aguerridos veteranos, asesinó secretamente al monarca mismo que había invocado su auxilio, y en lugar suyo se hizo proclamar rey de Argel.

Usurpado una vez el poder por medio de este asesinato tan audaz, procuró conservarle guardando una conducta arreglada á las costumbres del pueblo que tenía que gobernar. Sobre manera liberal con cuantos se declaraban partidarios de su usurpacion, mostrábase cruel hasta el exceso con cuantos le infundian recelos. No contento con el trono que había usurpado, acometió Horuc á su vecino el rey de Tremecen, vencióle en una batalla y agregó sus dominios á los de Argel: al propio tiempo continuaba infestando las costas de España y de Italia con escuadras parecidas mas que á buques de un corsario á armamentos de un poderoso príncipe. Sus depredaciones determinaron á Carlos desde el principio de su reinado á enviar suficiente número de tropas al gobernador de Oran, marques de Gomares, para que acometiese á Horuc. Apoyado aquel gefe por el rey destronado de Tremecen, llevó á cabo su mision con tal destreza y energía, que fueron derrotadas en varios encuentros las tropas de Barbaroja, y al cabo se encerró á este en Tremecen. Defendióse allí hasta el último trance; por fin intentó escaparse, pero fue sorprendido infraganti, y sucumbió peleando con un valor y una obstinacion digna de su fama y de sus empresas.

Horuc se apodera de la ciudad.

Chairadin, mas conocido aun con el nombre de Barbaroja, ocupó el trono de Argel teniendo la misma ambicion y los mismos talentos que su hermano mayor, pero fue mas dichoso que este; y su gobierno, tranquilo de la guerra con los españoles, á quienes harto que

Progresos de Chairadin.

Año 1535. hacer daban las de Europa, ocupóse en arreglar con prudencia y sabiduría admirables, la policía interior del reino, y aun continuando con valor sus expediciones marítimas, dilató sus conquistas en el continente de Africa.

Pone sus dominios bajo la proteccion del Gran Señor.

1535.

Su proyecto de conquistar á Túnez.

Conoció sin embargo que los moros y árabes, solo con la mayor repugnancia se le sometian; y temiendo que sus continuas piraterías atrajeran un dia contra él las armas de los cristianos, determinó poner sus estados bajo la proteccion del Gran Señor; quien le dió un cuerpo de soldados turcos harto respetable para defenderle de las insurrecciones de los enemigos interiores y de los ataques de los exteriores. Al fin, yendo cada dia en aumento la fama de sus hazañas, ofrecióle Soliman el mando de la escuadra turca, como al único mortal que por su valor y táctica marítima merecia oponerse á Andres Doria, el mayor marino del siglo. Envanecido Barbaroja con esta distincion, va á Constantinopla, donde con su carácter flexible supo con tanto acierto reunir la astucia del córtesano con la autoridad de corsario, que se atrajo la entera confianza del sultan y de su visir. Instruyóles de un plan que habia formado para apoderarse de Túnez, que en aquel entonces era el mas floreciente reino de la costa de Africa. Aprobaron su proyecto el sultan y el visir, y le concedieron todo cuanto pidió para poderlo poner en ejecucion. Tenian puestas sus esperanzas para el feliz logro de esta empresa en las divisiones intestinas que destrozaban el reino de Túnez. Mahmed, el último monarca de este reino, habia sido padre de treinta y cuatro hijos con diferentes y muchas mugeres, de entre los que eligió para sucederle al mas jóven de todos, llamado Muley Assan. Este príncipe débil ningun mérito tenia que le pudie-



se valer tal predilección, sino el ascendiente que se había grangeado su madre sobre el debilitado espíritu del viejo monarca. A fin pues de prevenir el que su anciano padre pudiese mudar de resolución, comenzó por envenenarle; é insiguendo aquella bárbara política que se tiene en todos los países donde se permite la poligamia, sin que empero esté bien señalado el orden de sucesión, quitó también la vida á cuantos de sus hermanos cayeron en sus manos. Uno de los mayores, Alraschid, tuvo la fortuna de escapar de su rabia y encontró un refugio entre los árabes errantes; y este ayudado de algunos de sus gefes hizo varias tentativas para recobrar el trono que de derecho le tocaba, pero todas le salieron frustradas, y cuando los árabes insiguendo su natural veleidad estaban dispuestos á entregarle á su implacable hermano, se fugó á Argel, único asilo que le quedaba. Imploró la protección de Barbaroja, quien viendo fácilmente todas las ventajas que á sí mismo le resultarían de sostener los derechos de aquel desgraciado príncipe le recibió dándole toda especie de muestras de amistad y de respeto.

Hallándose pues Barbaroja en visperas de partir para Constantinopla en aquel entonces, fácilmente persuadió á Alraschid que le acompañase prometiéndole los mas eficaces socorros de parte de Soliman á quien le pintó como el mas generoso y potente monarca del Universo. Seducido Alraschid por el brillo de una corona, estaba dispuesto á creerlo y emprenderlo todo para obtenerla. Empero apenas llegados á Constantinopla, el pérfido corsario imbuyó al sultan la idea de la conquista de Túnez, y de incorporar aquel reino á su imperio aprovechándose del nombre del príncipe desheredado y del partido que estaba pronto á declararse

**Año 1535.** á su favor. Prestóse fácilmente Soliman á esta perfidia, muy propia sí del carácter de su autor, indigna empero de un gran soberano. Juntó el sultan en breve un ejército numeroso y equipó una respetable escuadra; el harto crédulo Alraschid al ver estos inmensos preparativos creíase ya en vísperas de entrar triunfante en su nueva capital. Pero al momento de irse á embarcar le detuvieron arrestado por orden del sultan y custodiado en el acorrallo; desde aquel dia no se ha oido hablar mas de él. La escuadra de Barbaroja, fuerte de 250 bajeles dió la vela hácia el Africa, y despues de haber devastado las costas de Italia y anonadado las playas de esta region, apareció delante de Túnez. Al momento de desembarcar sus tropas declaró que venia para sostener los derechos de Alraschid, á quien decia haber dejado enfermo á bordo de la galera almiranta. Apoderóse luego del fuerte de la Goleta que domina la bahía, lo que logró en parte por su astucia y en parte por la traicion del comandante. Disgustados los tunecinos por el gobierno de Muley Assan se armaron y declararon por Alraschid con un entusiasmo tan vivo y universal, que su hermano se vió precisado á huir apresuradamente sin tener ni tiempo para llevarse consigo sus tesoros. Abriéronse al momento á Barbaroja las puertas como al restaurador de su soberano legitimo; empero cuando vieron que el tal Alraschid no parecia en la ciudad, y que el nombre de Soliman era el único que resonaba entre las aclamaciones de los soldados turcos, empezaron los tunecinos á sospechar la traicion del corsario, y pronto cambiados en certidumbre sus recelos, acudieron furiosos á las armas y rodearon la ciudadela, adonde habia conducido Barbaroja sus tropas; empero este consumado corsario habia

Su feliz éxito.

Año 1535.

ya previsto la revolucion y habia tomado sus medidas: mandó inmediatamente asestar contra ellos los cañones de los terraplenes, y dispersó con un vivo cañoneo, junto con numerosas descargas de mosquetería á los asaltantes, que si bien eran en gran número, no tenian empero caudillo alguno, y desordenados, pronto les precisó á reconocer á Soliman por su soberano y á él por su virey.

Ocupóse en primer lugar con sumo cuidado de poner en estado de defensa el reino que acababa de conquistar. Mandó construir, gastando en ello inmensas sumas, una regular fortificacion en el fuerte de la Goleta, el que se convirtió en el principal abrigo de su escuadra y en su grande arsenal de mar y guerra. Dueño ya de tan estenso pais continuó ejerciendo sus latrocinios contra los estados cristianos, y se vió dispuesto á llevar aun mas lejos y con mayor impunidad sus robos y violencias. El emperador recibia todos los dias de sus vasallos españoles é italianos quejas relativas á los robos que continuamente cometian contra ellos los buques de este pirata. Toda la cristiandad tenia puestos en él los ojos, y en realidad tocaba al mas potente y dichoso monarca que gobernaba entonces, poner fin á esta especie de opresion tan odiosa y tan nueva. Por otra parte Muley Assan, que arrojado de Túnez no encontraba á ninguno de los príncipes mahometanos de Africa con voluntad ó poder de ayudarle á recobrar su reino, acudió tambien á Carlos como al único monarca que podia defender sus derechos contra un usurpador tan pujante. El emperador deseaba tambien por otra parte libertar sus dominios de un vecino tan peligroso como Barbaroja y declararse el protector de un infeliz príncipe, y al mismo tiempo queria recoger la gloria que se vinculaba entonces cualquiera expedicion

Formidable  
poder de Bar-  
baroja.

El rey des-  
tronado de Tú-  
nez implora el  
socorro del  
emperador.  
21 abril de  
1533.

Año 1535. **contra mahometanos. Concluyó pues al punto un tratado con Muley Assan y se preparó á probar un desembarco en Túnez. Despues del ensayo que de sus talentos militares habia hecho en la última campaña de Hungría, le habia dado tanta codicia de adquirir fama militar, que resolvió mandar sus tropas en persona.**

Hace preparativos para esta expedicion.

**Reunió todas las fuerzas de sus estados para una aventurada empresa en la que iba á arriesgar su gloria, y en la que tenía fija su atencion la Europa. Una escuadra flamenca llegó de los Países-Bajos con un cuerpo de infantería alemana (1). Las galeras de Nápoles y Sicilia llevaron á bordo los batallones españoles é italianos compuestos de soldados aguerridos y señalados con muchas victorias alcanzadas contra los franceses. Embarcóse en el puerto de Barcelona el emperador con lo mas distinguido de la nobleza española, á la que se reunió una respetable division llegada de Portugal al mando del infante D. Luis, hermano de Carlos. Andres Doria se hizo á la vela con sus galeras, que eran las mas bien equipadas de los navíos de toda Europa y mandadas por los mas hábiles oficiales; suministró igualmente el papa cuantos auxilios dependieron de él para conseguir el logro de esta santa intencion. La órden de Malta, eterna y encarnizada enemiga de los infieles, equipó igualmente una escuadra, que si bien era poco numerosa era sin embargo temible por el valor de los caballeros que conducia. El puerto de Cagliari en Cerdeña fue el punto de reunion general. Doria fue nombrado almirante de la escuadra, y al marques de Guasto se le dió el mando en gefe del ejército de tierra.**

Desembarca en Africa.

**Componiase esta escuadra de cerca 500 navíos y**

(1) Arael, *Anales Brabant.* I, 599.

trayendo á su bordo mas de treinta mil hombres de tropas regulares se hizo á la vela de Cagliari el dia 16 de julio , y despues de una feliz navegacion ancló á la vista de Túnez. Barbaroja que ya de antemano estaba informado del inmenso armamento que hacia el emperador , y que con facilidad habia descubierto su objeto , habia tomado sus precauciones con tanta prudencia como valor en defender con firmeza su nueva conquista. Mandó venir á sus corsarios de los lugares donde cruzaban , transportó allí todas las tropas de Argel que pudo sacar sin dejar desguarnecida la plaza ; envió mensajeros á todos los reyes africanos , moros y árabes , pintándoles á Muley Assan como un infame apóstata que instigado únicamente por la ambicion y espíritu de venganza , habia prestado vasallage á un príncipe cristiano y á quien se aliaba para destruir la religion mahometana ; y de esta suerte supo de tal modo enardecer el celo de estos príncipes ignorantes y supersticiosos , que empuñaron todos las armas como si se tratara de una causa comun. Reuniéronse en Túnez veinte mil caballos con un numeroso ejército de infanteria , y Barbaroja repartiéndoles á tiempo regalos , estimulaba su ardor y les impedia entibiarse ; empero conocia demasiado bien al enemigo con quien tenia que lidiar para esperar que sus tropas ligeras pudieran resistir á la caballeria pesada y á la infanteria aguerrida del ejército del emperador ; por lo que su principal confianza la tenia puesta en el fuerte de la Goleta , y en su cuerpo de soldados turcos , armados y disciplinados á la europea. Colocó en el fuerte seiscientos de estos turcos mandados por Sinan ; judío renegado , y el mas valiente y experimentado de sus piratas. Atacó el emperador al momento el fuerte , y como era el dueño del mar , abun-

Año 1535. daba su campo no solo en los comestibles necesarios así que tambien en todas las comodidades de la vida, y con tanta profusion que Muley Assan, poco acostumbrado de ver pelear con tanto orden y lujo, admiraba sin cesar el poder del emperador. Enardecidas las tropas de Carlos con la presencia de este, y haciendo un honor de derramar su sangre por una causa tan santa, se disputaban á porfía todos los puestos donde podia haber honor y peligro. Ordenó tres diversos ataques, los que encargó por separado á los españoles, á los alemanes y á los italianos, que los ejecutaron con toda la energía y valor que inspira la emulacion nacional. Sinan, por su parte, dió muestras de una energía y habilidad, que justificaron la confianza con que le habia honrado Barbaroja: con constante ánimo suportó la guaracion la fatiga de un servicio penoso y continuo; empero á pesar de las continuas salidas con que interrumpian los trabajos de los sitiadores, á pesar de los improvisados ataques y alarmas que los moros y árabes daban al campo del emperador con sus continuas incursiones, llegaron á hacerse de tanta consideracion las brechas por la parte de tierra, mientras que con el mismo resultado se batian las fortificaciones construidas por la parte de mar, que la plaza fue ganada por medio de un asalto general, y Sinan despues de la mas obstinada defensa se retiró con el resto de su guarnicion á la ciudad, traspasando la bahía por donde habia menos agua. Luego de tomado el fuerte de la Goleta quedó el emperador dueño de la escuadra de Barbaroja, que se componia de diez y ocho galeras y galeotes, é igualmente de su arsenal con trescientos cañones, los mas de ellos de broace, que estaban colocados sobre los terraplenes. Este número de cañones era pro-

digioso en aquel tiempo, y da igualmente una prueba de cuán importante era aquel fuerte y cuán grande el poder de Barbaroja. Al entrar el emperador en la Goleta volvióse á Muley Assan y le dijo: *Ved ahí una puerta abierta por la que entraréis otra vez en vuestros dominios.*

Barbaroja comprendió toda la estension de la pérdida que acababa de tener, empero lejos de amedrentarse por esto, no se determinó á defender con menos cuidado á la capital. El circuito de Túnez era demasiado vasto y sus murallas estaban bastante mal paradas para poder oponer una ventajosa defensa; además tampoco podia contar con la adhesion de los habitantes, ni menos esperar que los moros y árabes resistiesen los trabajos y fatigas anexas á un sitio; así es que tomó la osada determinacion (1) de adelantarse al encuentro del ejército enemigo al frente del suyo fuerte de cincuenta mil hombres, y confiar la suerte de su reinado al éxito de una batalla. Dió parte de sus deseos á sus principales oficiales; advirtiéndoles del peligro que habia en dejar en la ciudadela á unos diez mil esclavos cristianos que estaban en ella presos, puesto que podrian fácilmente rebelarse estando ausentes sus tropas, por cuyo motivo les propuso como á una medida de comun seguridad, degollar sin compasion á todos estos esclavos antes de emprender la marcha. Con suma satisfaccion recibieron sus oficiales el designio de arriesgar una batalla; empero por mas que sus piraterías les hubiesen familiarizado con toda especie de barbaridades, esta atroz propuesta de asesinar de una vez y á sangre fria á diez mil hombres, les horrorizó, y Barba-

(1) Ruscelli, *Lettere de' princ.* 119.

Año 1535. roja mas por miedo de agriarse con ellos que por ninguna especie de sentimiento de humanidad, consintió en dejar la vida á los esclavos.

Destruccion  
del ejército de  
Barbaroja.

Mientras esto se pasaba empezó el emperador á adelantarse hácia Túnez, y si bien padecian sus soldados increíbles fatigas, teniendo que marchar por los encendidos arenales que necesariamente tenian de pasar sin poder encontrar una gota de agua, y bajo los rayos de un sol abrasador, llegaron pronto á vista del enemigo. Animosos los moros y árabes con su superioridad numérica, atacaron á los soldados del emperador al momento que llegaron á avistarse, y se arrojaron sobre ellos con descompasados gritos; empero su arrojo sin disciplina no pudo resistir un momento al sostenido choque de las tropas regladas, y á pesar de la presencia de espíritu y valor de Barbaroja, y de cuantos esfuerzos hizo para replegarlos, á pesar de que él mismo les daba el ejemplo de esponerse á los mayores riesgos, fue tan completa la derrota que hasta á él mismo arastraron los soldados con su fuga hácia la ciudad, á la cual balló en la mayor confusion: parte de sus moradores huian de ella con sus familias y haciendas, otros se preparaban para abrir las puertas al vencedor; disponianse igualmente los soldados turcos á retirarse, y los esclavos cristianos se habian ya apoderado de la ciudadela, que era lo único que le hubiera podido servir de refugio en esta desgracia. Los desgraciados cautivos, animados por la desesperacion, habianse aprovechado de la ausencia de Barbaroja, como ya lo habia él presumido: asi que supieron que se habia ya alejado el ejército de la ciudad, ganaron á dos de sus guardias, rompieron sus cadenas, y forzando sus prisiones, arrollaron á la guarnicion turca y dirigieron la artille-



ría contra sus verdugos. Furioso y desesperado **Barbaroja** se fugó hácia **Bona**, reprendiendo á sus oficiales su mal entendida compasion, y asimismo la debilidad en que habia caido de ceder á su dictámen.

**Interia Carlos**, satisfecho de una victoria tan fácil y que tan poca sangre le habia costado, se adelantaba hácia **Túnez** con toda la lentitud y precauciones que se requieren en un pais enemigo. No sabia aun toda su dicha. Un parte dirigido por los esclavos libertados llegó á notificarle el feliz éxito de sus nobles esfuerzos y la noticia de su libertad; vió llegar al mismo tiempo comisionados de la ciudad á presentarle sus llaves é implorar su proteccion para guarecerlos de los insultos de los soldados. Mientras que meditaba los medios de detener el desórden y pillage, sus tropas que temian se les frustrase el botin que habian esperado, echáronse repentinamente y sin órden alguna sobre la ciudad, y comenzaron á matar y robar sin ninguna consideracion. Era ya entonces tarde para pensar en reprimir su crueldad, rapacidad y libertinage. **Túnez** fue el cebo de todas las barbaridades que el soldado es capaz de cometer en una ciudad tomada por asalto, y de cuantos escesos pueden arrastrar las pasiones cuando estan ultrajadas por el desprecio y ódio que inspira la diferencia de costumbres y religion. Mas de treinta mil inocentes habitantes fueron pasados á degüello en este dia fatal, y mas de diez mil quedaron esclavos. **Muley Assan** ascendió de nuevo á su trono por entre torrentes de sangre y carnicería, con la maldicion de sus vasallos sobre quienes habia derramado tantas desgracias, y hasta fue un objeto de compasion para los mismos cuyo furor era causa de todos sus males. El emperador sintió el fatal aca-

Ríndese Tú-  
nez.

Año 1535.

so que habia empañado el lustre de su victoria. A pesar de esto, en medio de esta horrorosa escena, un espectáculo interesante le hizo probar una grata y consoladora sensacion; diez mil esclavos cristianos, entre los que habia muchas personas de alto linage, salieron á su encuentro al entrar en la ciudad, y postrándose á sus plantas le agradecieron y bendijeron como á su libertador.

Repone á  
Muley Assan  
en su trono.

Cuando cumplió Carlos la promesa de recobrar y restablecer al rey moro en sus dominios, no olvidó tomar todas las precauciones para contener el poder de los piratas africanos y para asegurar la tranquilidad de sus súbditos y los intereses de la corona de España; concluyó pues un tratado con Muley Assan, cuyas condiciones eran las siguientes: el rey moro obtendrá el reino de Túnez como á feudo de la corona de España y prestará vasallage al emperador como á su señor propietario; que todos los esclavos cristianos, de cualquier nacion que fuesen y que estaban en aquel entonces en su reino, serian al momento puestos en libertad, sin mediar rescate alguno; que los vasallos del emperador gozarian en su reino de libertad en su comercio como tambien en profesar públicamente la religion cristiana; que ademas del fuerte de la Goleta, del que quedaba dueño el emperador, se le cederian todos los puertos fortificados del reino; que Muley Assan pagaria doce mil escudos al año para mantener á la guarnicion española que custodiaria el fuerte de la Goleta: que Muley Assan no se aliaria nunca jamas con los enemigos del emperador, y que ademas en muestra de su homenaje le regalaria todos los años seis caballos moriscos é igual número de halcones (1).

(1) Dumont, *Corps Diplom.* II, 128. Summonte, *Hist. di Napoli.* IV. 89.

Arreglados de esta suerte los negocios de Africa, y castigada la osadía de los piratas, asegurado á sus vasallos un retiro y á sus escuadras una rada propicia en las mismas costas de donde tantos corsarios habian salido para devastar sus dominios, reembarcóse Carlos para Europa: era tempestuosa la estacion, y las enfermedades del ejército le impidieron perseguir á Barbaroja (1).

Año 1535.  
17 agosto.

Esta espedicion, cuyo mérito compararon los contemporáneos con la aparente generosidad de la empresa por la magnificencia con que se llevó á cabo, por la victoria que la coronó, mas bien que por sus interesantes consecuencias que llevó consigo, elevó al emperador á lo sumo de la gloria é hizo de esta época la mas famosa de su reinado. Los veinte mil esclavos que ya con las armas, ya con su tratado con Muley Assan (2) arrebató de la esclavitud y á quienes socorrió con dinero y ropas para ponerles en estado de regresar á sus hogares, hicieron retumbar en toda la Europa alabanzas de la generosidad de su libertador y ensalzaron su poder y talentos con la exageracion que es tan natural al agradecimiento y admiracion. La gloria de Carlos ofuscó la de los demas monarcas de Europa. Y mientras que estos príncipes solo pensaban en sí mismos y en sus intereses particulares, patentizó Carlos ser digno de ocupar el puesto de principal soberano de la cristiandad, puesto que al parecer solo tenía su pensamiento en defender el honor del nombre cristiano y en asegurar la felicidad y sosiego de toda la Europa.

Gloria que adquirió el emperador.

(1) Joh. Etropii. *Diarium expedition Tunetaneæ*, ap. Scard V II, p. 320, etc. Jovii *Hist. l. XXXIV*, 153, etc. Sandov. II, 154, etc. Vertot. *Hist. de Malte. Epitres des princes par Ruscelli*, p. 119, 120, etc. Ant. Pontii Consentini, *Histor. belli adv. Barbar.*

(2) Summonte, *Hist. di Nap. vol. IV*, p. 103.



# HISTORIA

DEL

REINADO DEL EMPERADOR

## CARLOS V.

---

### LIBRO SEXTO.

DESGRACIADAMENTE, la conducta que entonces observó Francisco I, para su reputacion pareció á los contemporáneos formar una evidente contraposicion con la de su rival. Achacábanle el haber aprovechado la ocasion en que el emperador habia llevado sus fuerzas contra un enemigo comun para hacer renacer sus pretensiones tocantes á la Italia y volver á encender en Europa una nueva guerra fratricida. Hemos ya dicho que el tratado firmado en Cambray no habia sufocado las chispas de ódio que animaban á los dos príncipes uno contra otro, y que habia encubierto, pero no apagado, los fuegos de la discordia. Particularmente Francisco, que deseaba un momento favorable para recobrar su reputacion y dominios que habia perdido, continuaba tratando con las cortes estrangeras. En cuanto le era posible procuraba irritar mas el ódio y envidia que en la mayor parte de los reyes habia encen-

Año 1535.  
Causas de  
una nueva  
guerra entre el  
emperador y  
Francisco.

Año 1535.

dido el poder y designios del emperador, y para comunicar á los demas las sospechas y temores de que él estaba poseido. Dirigióse mas que á ningun otro á Francisco Sforzia, quien bien es verdad que era deutor á Carlos de la posesion del ducado de Milan, empero lo posesia con unas condiciones tan duras que le hacian no solo vasallo, sí que tambien tributario y personal dependiente del imperio. El honor de haber adquirido en matrimonio una sobrina del mas grande soberano de Europa no podia hacer que olvidase la vergonzosa esclavitud á la que se hallaba sometido; y semejante estado le pareció tan insufrible, que por mas flaco y tímido que fuese escuchó con avidéz las primeras insinuaciones que le hiciera Francisco para libertarle de tal yugo. Merveille, un caballero milanés que habitaba en Paris, le llevó la declaracion, y poco tiempo despues, para apresurar mas los tratados, fue enviado á Milan por el motivo de hacer una visita á sus parientes, empero con credenciales secretas que le daban el titulo de embajador de Francisco. Bajo este titulo le recibió Sforzia; sin embargo á pesar de todo el cuidado que se puso en guardar este secreto, adivinólo Carlos, ya fuese por sospechas, ya por confidencias positivas. Reprendió pues y amenazó con tanta severidad al duque, que sus ministros y hasta él mismo, asustados igualmente, dieron á la Europa la mas afrentosa prueba para ellos del bajo temor de ofender al emperador. Lograron que Merveille se metiese en una disputa con un empleado y criado del duque, y el embajador, que le faltaba la prudencia y moderacion que exigiera el cargo que se le habia confiado, metó á su contrario. Prendiósele al momento, se le siguió causa y se le condenó á ser decapitado; y en el mes de di-

ciembre de 1535 fue ejecutada la sentencia. Francisco, aturdido de que de tal suerte se hubiese violado el mas sagrado carácter aun entre las mas bárbaras naciones, é indignado por el ultrage que la dignidad de su corona habia recibido, amenazó á Sforcia con los efectos de su indignación, y se quejó al emperador á quien creia ser el verdadero autor de este agravio inaudito. Empero no habiendo podido alcanzar satisfaccion del uno ni del otro, apeló á todos los príncipes de Europa y juzgó entonces que tenia derecho de vengarse de un ultrage que no podia dejar sin castigo, so pena de envilecer su preeminencia y degradar su dignidad.

Favorecido de este motivo para émppezar una guerra que tenia ya resuelta, aumentó sus esfuerzos para animar á los demas reyes á tomar parte en su querella, empero imprevistos sucesos frustraron todas sus disposiciones. Despues de haber sacrificado el lustre de su familia, emparentando á su propio hijo con Catalina de Médicis, á fin de atraerse la voluntad de Clemente, la muerte de este pontífice le privó de los beneficios que podia esperar de esta alianza. Pablo III, que sucedió á Clemente, si bien estaba inclinado á servir los intereses del emperador, pareció estar determinado á conservar la neutralidad que era propia del título de padre común de los príncipes discordes. El rey de Inglaterra, ocupado en planes y cuidados domésticos, se evadió esta vez de tomar parte en los asuntos del continente, y se negó á socorrer á Francisco, á no ser que se determinara á seguir su ejemplo y desprenderse del yugo del poder de los papas.

Estas inesperadas negativas precisaron á Francisco á solicitar con mas ahinco al auxilio de los príncipes protestantes de la liga de Smalkalde. Para alcanzar me-

Francisco no encuentra aliados.

Sus tratados con los protestantes de Alemania.

Año 1535. jor su confianza procuró balagar el celo que demostraban por sus nuevas doctrinas, y que era su pasion dominante. Manifestó una singular moderacion acerca todos los principios contestados. Dió poderes á Du. Bellay, su encargado en Alemania, de demostrar su modo de pensar relativo á los mas interesantes artículos, de suerte que no habia mucha diferencia de ellos á los que empleaban los protestantes (1): hasta llegó su condescendencia á convidar á Melancthon, cuyas pacíficas costumbres y apacible genio, le hacian reparable entre los reformadores, á que fuera á Paris á fin de querer convenir con él las disposiciones mas aptas para avenir las contrarias sectas que tan fatalmente desunian á la iglesia (2). Todos estos cumplidos eran mas propiamente las políticas mañas de este príncipe que verdadero efecto de su conviccion; porque cualquiera impresion que las recientes doctrinas hubiesen causado en el pecho de la reina de Navarra, y de la duquesa de Ferrara, hermanas suyas, la alegría y amor al deleite no le daban tiempo de meterse en profundizar cuestiones teológicas.

Los irrita. Pronto perdió el fruto que esperaba coger de estos poco honrosos ardidés, con una accion que desdecia mucho de sus anteriores declaraciones á los príncipes alemanes. A pesar de esto es necesario recordar que le precisaron á dar tal paso las preocupaciones de su siglo, y á causa de las supersticiosas ideas de sus mismos súbditos. Su íntima amistad con el rey de Inglaterra, herege escomulgado; sus frecuentes tratados con los príncipes protestantes de Alemania, y la au-

(1) Camerarii, *Vita Ph Melancthonis*, in 12, Hag. 1655. p. 12.

(2) Frecheri, *Scrip. rer. Germ.* III, 334, etc. Steid. *Hist.* 178, 183. Seckend. *l. III*, 103.



diencia pública que dió á un enviado del gran sultan Soliman, habian originado vehementes sospechas acerca de su verdadera y fuerte adhesion á la religion, y estos recelos se habian aumentado aun particularmente por la determinacion que habia tomado de atacar al emperador, quien habia en todas partes y en cualquier ocasion manifestado vehemente celo de defender la religion, y de acometerle aun en el mismo instante en que se preparaba para una expedicion contra el corsario Barbaroja, expedicion que se miraba en aquel entonces como una santa empresa. El monarca francés necesitaba pues patentizar sus ideas con alguna ruidosa prueba de su respeto á la doctrina recibida en la iglesia. El indiscreto celo con que algunos de sus súbditos habian abrazado la secta protestante, le dió la ocasion que buscaba. Habian fijado en las puertas del Louvre y en los parages mas públicos, pasquines y sátiras las mas indecorosas contra los artículos y ceremonias de la iglesia romana. Descubrióse y prendióse á seis de los autores y cómplices de semejantes pasquines. El monarca para apartar de sí la tempestad de desgracias que estas blasfemias podrian atraer sobre la nacion, mandó hacer una procesion solemne, llevóse el santísimo sacramento por las principales calles de la ciudad, Francisco iba delante desnuda la cabeza y una hacha en la mano, los príncipes de la familia real llevaban el palio, y toda la nobleza seguia con orden al detras. Delante de esta numerosa reunion, el rey que comunmente proferia sus discursos en lenguaje enérgico y animado declaró en alta voz que si una de sus manos estuviese afectada de heregía la cortaria con la otra, y que ni aun á sus mismos hijos perdonaria, si los supiese culpados de este delito; y en prueba de que esta protesta era

Año 1535. sincera profirió la sentencia de ser quemados públicamente los seis infelices que se habian preso, al acabar la procesion, y esta ejecucion fue acompañada de los mas bárbaros y atroces tratamientos (1).

Rehusan unirse á él.

Los príncipes de la liga de Smalkalde, inspirados sobre manera de enojo é indignacion por la barbaridad como se habia tratado á sus hermanos, no querian ya creer en las declaraciones del rey de Francia, cuando les prometia proteger en Alemania las opiniones que en su propio reino perseguia tan bárbaramente, de modo que por mas arte y elocuencia que Du Bellay desplegó para justificar á su rey, no pudieron variar en nada su opinion. Además el emperador jamas habia usado de ninguna violencia contra los reformados, jamas habia hecho oposicion á los progresos de sus opiniones, y aun en la dieta de Ratisbona habia prometido no perseguir á aquellos que la abrazasen. Cometieron la imprudencia de confiar mucho mas con este empeño efectivo, que aunque corto era cierto, que no con las esperanzas precarias y remotas con que les queria entretener Francisco. La particular cobardía con que habia dejado abandonados á sus aliados en la paz de Cambray era harto fresca para ser olvidada, y nadie osaba fiarse en su amistad, y contar con su generosidad. Movidos por todas estas causales, los príncipes protestantes se negaron á prestar á Francisco ninguna especie de auxilio contra el emperador. El mas celoso de ellos, el elector de Sajonia, temiendo que el emperador sospechase, ni tan solo quiso permitir que Melancthon se trasladase á la corte de Francisco, y esto á pesar del intenso deseo que tenia Melancthon de hacer aquel via-

(1) Belcarii, *Comment. rer. Gallic.* 646. Sleid *Hist.* 175, etc.

ge, ya por el orgullo de ser convidado de un gran monarca, ya por el partido que de su presencia allí sacaría el protestantismo de la Francia (1).

A pesar de que ninguno de los príncipes á quienes el poder, cada dia en aumento, de Carlos, infundia mé-  
do ó envidia, quiso socorrer á Francisco para poner el poder, cada dia en aumento, de Carlos, infundia mé-  
do ó envidia, quiso socorrer á Francisco para poner en equilibrio ó limitarle aquel poder, no por eso dejó de hacer adelantar sus ejércitos hácia la frontera de Italia. Como el objeto de emprender la guerra habia sido el castigar la insolencia del duque de Milan que habia osado violar bárbaramente el derecho de gentes, parecia que todo el peso de su venganza no debiera haber caido sino sobre los dominios del delincuente. Empero de repente y aun desde el principio de la campaña, los movimientos y operaciones tomaron otra direccion. Carlos, duque de Saboya, el menos valiente y sabio de los príncipes de cuya familia descendia, estaba casado con Beatriz de Portugal, hermana del emperador. El sumo talento de esta extraordinaria muger, logró bien pronto hacerse señora absoluta de la voluntad de su esposo; envanecida con el título de hermana del emperador, ó engañada con las magníficas promesas con que contentaba su ambicion, formó entre la corte imperial y la de su marido el duque una union que no podia competir con la neutralidad que con la ayuda de una sana política y la colocacion de sus estados le habian hecho conservar hasta aquel punto entre dos poderosos rivales. Francisco conocia ya á las claras el peligro á que se podia ver espuesto si entrando en Italia dejase á sus espaldas los estados de un monarca de tal modo adicto á los intereses del emperador, y que

El ejército francés marcha á Italia.

(1) Camerarii, *Vita Melancthonis*, 147, 415. Seck l III, 107.

Año 1535.

Se apodera  
de los estados  
del duque de  
Saboya.

habia remitido á su hijo mayor á la corte de Madrid, para educarse allí y como en rehenes de la fidelidad de su padre. Clemente VII en sus conversaciones con Francisco en Marsella habiale presentado este peligro con los mas fuertes colores y le habia al mismo tiempo imbuido la idea para precaverse de él, de empezar su ataque por el Milanesado, apoderándose de la Saboya y del Piamonte, como si fuese este el único recurso que tenia para asegurarse una libre comunicacion con su reino. Francisco, que por muchas razones debia odiar al duque, no podia tampoco perdonarle el haber proporcionado á Borbon el dinero con que aquel habia levantado ejército y vencidole en la fatal batalla de Pavia; aprovechó pues con entusiasmo la ocasion de demostrar cuánto le habian ofendido estos agravios, y del modo que sabia castigarlos. No le faltaron causas bastantes para dar algun vislumbre de justicia á la conquista que meditaba. Eran contiguos los estados de Francia y de Saboya, y aun estaban los unos metidos dentro los otros, por cuyo motivo se suscitaban frecuentes é inevitables disputas que siempre estaban en pie por lo que toca á los límites de la propiedad respectiva á los dos monarcas. Francisco por razon de su madre Luisa de Saboya pretendia muchas cosas con respecto la reparticion que esta con el duque su hermano debian hacerse de los estados hereditarios de su padre. A pesar de esto no queria empezar la campaña, sino por motivos mas poderosos de lo que se podian mirar estas equivocas y viejas pretensiones; pidió permiso para pasar por el Piamonte, á fin de entrar en el Milanesado, teniendo por cierto que el duque se lo negaria por motivo de su suma adhesion al emperador, y de este modo daba mas motivos para la invasion que

proyectaba. Empero si hemos de dar crédito á los historiadores saboyanos, que deben saber mejor que los de Francia las particularidades de este hecho, el duque se apresuró en conceder sin titubear y con el mayor agrado, lo que no podia negar sin ponerse en sumo peligro, y prometió dar libre paso al ejército francés. No quedó pues ya otro arbitrio al monarca francés para poder declararse abiertamente y dar un viso de justicia á su proyecto, sino pedir una completa satisfaccion de cuantas reclamaciones la corona de Francia podia hacer á la casa de Saboya en razon de los derechos de Luisa (1). Este artículo fue contestado elusivamente, y esto es lo que sin duda esperaba. Al momento el ejército francés al mando del almirante de Brion acometió por diferentes puntos los dominios del duque. Las provincias de Bressa y de Bugey, que estaban entonces adictas á la Saboya, fueron en un instante invadidas. Casi todas las ciudades del ducado se entregaron al acercarse el enemigo, y las pocas que quedaron y quisieron hacer resistencia fueron bien pronto tomadas y se vió el duque despojado de todos sus dominios antes de finir la campaña, esceptuando el Piemonte donde solo le quedaron algunas plazas fuertes, capaces de oponer alguna resistencia.

Para colmo de desgracia la ciudad de Ginebra, cuyo soberano pretendia ser el duque y de que lo era ya en parte, sacudió el yugo y su sublevacion arrastró tras sí la pérdida de todas las posesiones contiguas. Ginebra era entonces ciudad imperial, aunque subyugada al directo mando de sus propios obispos, y reconociendo por soberanos remotamente á los duques de

La ciudad de Ginebra recobra su libertad.

(1) *Hist Généalog de Savoie*, par Guichenon, in-folio. Lyon, 1660, I, 639, etc

Año 1535. Saboya. La forma de su gobierno interior era puramente republicana: gobernábanse por síndicos y un consejo cuyos miembros eligiera el pueblo. De tan varias jurisdicciones, contrarias muchas veces las unas á las otras, se engendraron dos partidos que permanecieron por mucho tiempo en este estado. Uno de estos bandos se componia de aquellos que se daban á sí mismos el título de defensores de los privilegios republicanos, y se titulaban *Eignotz*, ó aliados para defender la libertad comun, y vilipeudiaban á los del otro dándoles el apodo de *Mammelus*, ó esclavos de los defensores del partido que defendia las prerogativas de los obispos y de los duques de Saboya. Finalmente cuando la religion protestante comenzó á introducirse en esta ciudad, inspiró á los que la siguieron aquel espíritu atrevido y audaz que transferian por lo comun junto con la opinion al alma de sus secuaces ó no tardaba á manifestarse en ella. Como tanto el duque como el obispo eran ya por interes ó preocupacion, ó ya por miras de política, enemigos declarados de la reforma, todos los que de nuevo abrazaban el protestantismo se unian con fervor al partido de los *Eignotz*, y el celo religioso unido al amor á la libertad, cobraba esta noble pasion dobles fuerzas. El furor, la rivalidad de los dos partidos encerrados en un mismo recinto, motivaron frecuentes conmociones, que casi siempre finieron con ventaja de la libertad, cuyos partidarios iban aumentando su poder todos los dias.

El duque y el obispo echando á un lado sus viejos resentimientos acerca los limites de su potestad, se aliaron contra su enemigo comun y le acometieron cada uno de ellos con las armas que le eran propias. El obispo escomulgó al pueblo como á culpado de dos de-

1532.

litos, el primero de apostasía, pues dejaba la religion establecida, y el segundo de sacrilegio, pues se apoderaba de los derechos de la sede episcopal. El duque les atacó como rebeldes á su príncipe legítimo y procuró hacerse dueño de la ciudad, al principio sorprendiéndola y luego despues atacándola á viva fuerza. Los ginebrings se defendieron de las censuras eclesiasticas con el desprecio, y sostuvieron su independenciam con valor, y sostenidos por su animosidad al mismo tiempo que con los poderosos auxilios que su aliado el canton de Berna les enviaba, y con los soldados que en secreto llegaban de Francia, hicieron inútiles todas las tentativas del duque. No contentos aun los ginebrenses con haberle rechazado, y no limitándose ya á su defensa, aprovecharon la ocasion de serle en aquel entonces imposible la resistencia al duque, y mientras que á este le batia el ejército francés, se apoderaron de muchos castillos y fortalezas de los alrededores de su ciudad; de esta suerte se libraron de ver aquellos aborrecidos monumentos de su antigua esclavitud, y aseguraron para lo sucesivo, una columna mas para sostener su libertad. Al propio tiempo el canton de Berna atacó y conquistó el pais de Vaux sobre el que tenia algunas pretensiones. El canton de Fribourg, aunque sumamente apasionado á la religion católica y careciendo de todo asunto particular de disputa con el duque, quiso tambien participar de los despojos de este príncipe desgraciado. Gran parte de estas conquistas que han conservado despues estos cantones, han aumentado mucho su poder y han llegado á formar la mas hermosa parte de su territorio. A pesar de todos los planes y tentativas de los duques de Saboya para recobrar en lo sucesivo su dominio sobre Ginebra, esta ciudad ha perma-

Año 1535. necido siempre independiente, y esta ventaja le ha alcanzado un grado de importancia y riqueza á que jamas habria llegado á no ser libre su gobierno ( 1 ).

El emperador no puede socorrer al duque de Saboya.

En medio de esta fuente de calamidades y pérdidas, el duque de Saboya no previendo remedio sino en el auxilio del emperador, lo pidió con la mayor asiduidad, asi que este principe regresó victorioso de la expedicion de Túnez, y tenia derecho á ser socorrido porque su adesion á los intereses de Carlos habia sido el principal motivo de sus calamidades. A pesar de esto Carlos no estaba en estado de auxiliarle con el ardor y presteza que requería su posicion. Casi todos los soldados que habian servido en la expedicion de Africa, habian sido alistados solo para aquel servicio, y habian recibido su licencia al finir la campaña. Los cuerpos de veteranos que mandaba Antonio de Leyva, apenas eran suficientes para la defensa del Milanesado, y las arcas del emperador estaban del todo agotadas por los inmensos gastos que se habian invertido en la guerra de Africa.

Muerte de Sforzia, duque de Milan, el día 24 de octubre.

Empero el fallecimiento de Francisco Sforzia, duque de Milan, que segun algunos ocasiona el miedo que penetró en su corazon por la invasion de los franceses, cuyas dos antecedentes habian sido tan desgraciadas para su familia, dió al emperador harto tiempo para hacer sus preparativos de guerra. Este acontecimiento inesperado varió del todo los motivos de la disputa y la naturaleza de la guerra. Francisco desde un principio solamente habia dado por motivo de empezar la guerra el castigar á Sforzia del ultrage que habia

( 1 ) *Hist. de la ville de Genève*, par Spon. in 12; *Utr.* 1685, p. 99. *Hist. de la Réformation de Suisse*, par Rouchat, Gen. 1728, tom. IV, p. 294, tom. V, p. 216, etc. *Mém. de Du Bellay*, 181.



hecho á la corona de Francia, y esta razon se estinguíó con su muerte: empero como el difunto duque no dejaba descendientes, todos los derechos que Francisco tenia al ducado de Milan y que no habia cedido ni á Sforcia ni á sus hijos, velvian enteros á la corona de Francia. El principal deseo de este rey era recobrar el Milanesado; por cuya razon presentó al momento sus reclamaciones, y si estas las hubiese apoyado, mandando al momento penetrar su fuerte ejército que tenia acantonado en la Saboya, se hubiera fácilmente asegurado su posesion, que era lo que mas le interesaba. Empero Francisco á medida que iba avanzando en edad, iba disminuyendo en valor; la memoria de sus pasadas desgracias, que no le abandonaba un momento, le precipitaba á veces á una escesiva timidez. En vez de usar de sus fuerzas, se limitó á los tratados, y por una moderacion causada por el miedo, y que por lo comun es fatal en todos los negocios de mucha importancia, olvidó aprovechar la coyuntura favorable que se le presentaba. Entre tanto Carlos á titulo de señor feudal, tomó posesion del ducado, como á feudo imperial que se hallaba vacante, y mientras Francisco malgastaba el tiempo en esponer y defender sus derechos con silogismos y recuerdos, mientras empleaba todo su saber en familiarizar á las potencias italianas con la idea de verle de nuevo establecido en Italia; Carlos silenciosamente tomaba todas las disposiciones para frustrar este proyecto. Puso sumo cuidado en no dejar prever demasiado pronto sus intentos interiores; manifestaba reconocer ser justas las reclamaciones de Francisco, y al parecer solo le desasosegaba el modo como lo pondria en posesion del Milanesado, sin que por esto se turbase la paz de Europa y sin echar

Pretensiones  
de Francisco á  
este ducado.

**Año 1535.** á perder el equilibrio de los dominios italianos, el que querian con tanto celo sostener los políticos de aquel siglo. Alucinó de esta suerte á Francisco, y de tal modo logró la confianza de los demas gobernantes de Europa, que sin darles siquiera ocasion de sospechar, supo detener el negocio, poner nuevos embarazos y alargar á su gusto los tratados. Sus proposiciones eran una vez de dar la investidura del duque de Milan al duque de Orleans, hijo segundo de Francisco, otra vez al duque de Angulema, su hijo tercero, y como los partidos é ideas de la corte de Francia estaban equilibradas entre estos dos príncipes, varió alternativamente su eleccion del uno al otro con tanta destreza y profundo disimulo, que al parecer ni Francisco ni sus ministros pudieran adivinar sus verdaderas ideas, y que todos los movimientos de guerra parecieron del todo suspendidos, como si ya no tuviera mas que hacer el rey de Francia sino tomar pacíficamente posesión del ducado que reclamaba.

**Año 1536.**  
Prepáranse Carlos  
los para la  
guerra.

Carlos supo tambien aprovechar el tiempo que habia sabido ganar, y alcanzó de los estados de Nápoles y Sicilia que le concediesen socorros mas numerosos de los que se acostumbraban conceder entoncees. Empero teniéndose por muy afortunados entonces con la presencia de su soberano al volver de Túncz, prendados por otra parte del desinterés que habia manifestado en su expedicion al Africa, y deslumbrados con la victoria que habian ganado sus armas, quisieron mostrarse generosos. Este subsidio le facilitó volver á completar los cuerpos veteranos, reclutar uno nuevo en Alemania, y tomar todas las precauciones necesarias para poner en ejecucion los planes que habia formado. Du Bellay, enviado por el rey de Francia á Alemania, á pesar de

todo el secreto y pretestos que se emplearon para engañarle, traslució la intención que se tenía de levantar tropas, y al momento informó á su dueño de estos preparativos que manifestaban claramente la poca sinceridad (1) del emperador. Esta noticia hubiera debido desvelar á Francisco y sacarle de la indolencia en que estaba sumergido; empero habia tomado con tanta pasión los tratados, cuyas mañas y sutilezas conocia mucho mejor su enemigo que él, que en vez de levantarse y proseguir con ardor sus operaciones militares, apoderándose del Milanesado antes que se pudiese reunir el ejército imperial, se contentó con hacer nuevas proposiciones al emperador para lograr con su plana voluntad, la investidura del ducado de Milan. Eran tan ventajosas las promesas, que si Carlos hubiese obrado con sinceridad no hubiera podido menos de aceptarlas; empero las eludió cautelosamente, asegurando no poder tomar determinación definitiva, respecto á un asunto que era de un interes tan vital para la Italia, antes de haber hablado de ello al papa. Logró con este efugio ganar un poco mas de tiempo, el que le fue muy útil para dejar llegar á sazón los planes que meditaba.

Por fin dirigióse el emperador á Roma, donde hizo públicamente su entrada con el mayor lujo. Ocurrió un caso sencillo que algunos historiadores relatan, y que dan en la simpleza de mirar como á un presagio de la sangrienta guerra que iba á empezar; y fue que para hacer mas anchas las calles y dar mas libre paso á la comitiva del emperador, fue menester quitar los restos y escombros de un antiguo templo dedicado á

6 abril.  
El emperador  
entra en Roma

(1) *Mém. de Du Bellay*, p. 191.

Año 1536.

Su declaración pública  
contra Francisco.

la paz. Lo cierto es que ya entonces Carlos había desterrado de su corazón toda idea de paz, y por fin se quitó la máscara con que por tanto tiempo había encubierto sus deseos de la vista de la Francia, manifestando entonces su opinión de un modo tan positivo como extraño. Los embajadores franceses habían demandado en nombre de su dueño una categórica contestación á las ofertas que hacía para lograr la investidura del ducado de Milan; y Carlos les prometió dársela al otro día ante el sumo pontífice y los cardenales congregados en concilio pleno. No hicieron falta en él el papa y los cardenales, y se invitó también á que concurriesen á todos los embajadores de las cortes extranjeras: levantóse el emperador y dirigiéndose al papa fue bastante difuso en manifestar que eran verídicos sus deseos de paz en el orbe cristiano, que aborrecía la guerra y calamidades que consigo arrastra; peroró largo rato con un discurso preparado y estudiado de antemano; manifestó que cuantos esfuerzos había él hecho para no interrumpir y conservar la paz, siempre se lo había estorbado la inagotable é injusta ambición del monarca francés; que este príncipe, ya desde niño, había dado muestras de ser su enemigo, y de sus dañadas intenciones; que tampoco había con el tiempo podido ocultar sus ideas, y que hasta había probado de arrebatarse á viva fuerza la corona imperial, que le tocaba por los derechos más justos y naturales; que muy poco tiempo había que había invadido su reino de Navarra, y que no contento con estos actos injustos, había asaltado sus dominios como también los de sus aliados de Italia y de los Países-Bajos; que cuando él, con el denuedo de sus tropas que habían llegado á ser invencibles con el auxilio del Omnipotente, había derrotado

á los ejércitos de Francisco y detenido sus progresos, y que aun el mismo Francisco habia sido hecho prisionero, no por esto renunció á sus injustas pretensiones, y que habia proseguido empleando la astucia, ya que no podia la fuerza; que habia roto todos los artículos del tratado de Madrid, al que debió su libertad, y que apenas regresado á sus dominios, habíase preparado para encender de nuevo la guerra que aquel tratado habia estinguido; que precisado aun por nuevas calamidades á pedir la paz en Cambray, solo la habia firmado y observado con la mayor mala fe: que pronto formó peligrosas alianzas con los cismáticos príncipes de Alemania, escitándolos á perturbar la tranquilidad del imperio; que últimamente acababa de despojar de la mayor parte de sus dominios al duque de Saboya, cuñado y aliado del emperador; que despues de tan innumerables agravios, y entre tantos motivos de enemistad no habia ya esperanza alguna de union ni reconciliacion. Añadió aun Carlos, que por mas que conviniese en conceder la investidura del ducado de Milan á un príncipe francés, probablemente tampoco lo pudiera verificar, por cuanto Francisco de una parte no querria recibirla con las condiciones que él creia necesario dictar para mantener la paz en Europa, y que por otra parte, no veia puesto en razon ni prudente entregarle sin restriccion alguna la tranquila posesion de aquel ducado. A pesar de esto añadió: No derramemos la sangre de nuestros vasallos inocentes; concluyamos nuestra cuestion de hombre á hombre, con las armas que le plazca escoger, ó que todo el riesgo y peligro sea nuestro; en una isla, en un puente ó á bordo de una galera amarrada en un rio. Que los ducados de Borgoña y de Milan, sean el pre-

Lo desafia á  
combate sin-  
gular.

Año 1536. mio del vencedor; reunamos luego las fuerzas de Alemania, las de España y las de Francia contra el imperio otomano, y para destruir la heregia de entre la iglesia cristiana. Empero si Francisco se niega á concluir de este modo todas estas contiendas, si se determina por la guerra, que ya es inevitable, nada será capaz de estorbarme entonces de llevarla adelante hasta que alguno de los dos quede reducido al estado del mas pobre caballero de sus dominios. No temo que sea á mí á quien acontezca esta desgracia, pues entro en la lucha con las mas brillantes esperanzas de victoria; pues la justicia de mi causa, la union de mis vasallos, el número y valor de mis soldados, la táctica y lealtad de mis generales, todo se reúne para asegurarme el triunfo. Fáltanle al rey de Francia todas estas ventajas, y si mis recursos no fueren mas sólidos y mis esperanzas de salir airoso mas bien cimentadas que las suyas, correria inmediatamente con los brazos atados y con una soga al cuello á precipitarme á sus pies é implorar su misericordia (1).

El emperador pronunció este largo discurso en alta voz, con acento imperioso y con las mas enérgicas expresiones. Los embajadores franceses que no entendieron completamente el sentido, porque habló en lengua española, se avergonzaron y no supieron qué contestar á esta inesperada invectiva; uno de ellos sin embargo quiso hablar para defender la sinceridad de la conducta de su dueño; Carlos le interrumpió secamente sin permitirle continuar. El sumo pontífice, sin entrar en cuestion alguna, únicamente encargó el sostenimiento de la paz con pocas palabras pero muy patéticas, y ofre-

(1) Du Bellay, 199. Sandev. *Hist. del Emper.* II, 226.

ció al propio tiempo emplear seriamente todas sus fuerzas en lo posible, para proporcionar esta ventaja á la cristiandad. Disolvióse la junta, asombrada tambien por la sorpresa que tan inesperada escena les habia excitado. Preciso es confesar que jamas Carlos se habia separado tanto de su carácter en sus procedimientos. En vez de aquella prudencia hija de la reflexion; de aquella conducta moderada y siempre regular; de aquella escrupulosa exactitud en observar el decoro que con tanto arte escondia sus secretas pasiones, y que en tantas ocasiones fue admirado; se le ve alabarse con orgullo de su poder y proezas, delante de la mas augusta reunion europea, declamar contra su enemigo con tanto rencor como impolitica, y desafiarle á combate particular con un aire de baladronada, más propio de un campeón de los libros de caballería que del mas poderoso monarca del orbe cristiano; muy fácil es sin embargo explicar esta aparente inconsecuencia en sus modales, por las poderosas y ya sabidas resultas que producen en los mas fuertes corazones, una serie no interrumpida de victorias, y las desmedidas alabanzas de los cortesanos. Despues de haber precisado á Soliman á huir en su presencia, y conquistado á Barbaroja un reino, se juzgó ya invencible. A su regreso de Africa, las multiplicadas fiestas, los públicos regocijos en que sin cesar se aplaudian sus victorias, le hacian pensar continuamente en su poderío. Los oradores y poetas de Italia, el pais de Europa en que las bellas artes estaban entonces mas florecientes, habian agotado sus talentos en publicar sus alabanzas, y los astrólogos unian á tales adulaciones la perspectiva de una fortuna aun mas hermosa que le esperaba. Orgulloso con tal iniecnso, olvidó su prudencia y moderacion acostumbra-

Causas de semejante erupcion de su vanidad.

Año 1536.

da, y no le fue dable detener aquel loco arrojado de su vanidad, que fue tanto mas notable quanto mas extraordinario y solemne era.

Carlós dió muestras de haber conocido por sí mismo el exceso á que se habia arrastrado él mismo, y cuando al otro día los embajadores franceses fueron á pedirle una esplicacion mas clara de lo que habia dicho el dia antes acerca del desafio, les contestó que aquello se debia únicamente mirar como una proposicion hecha para aborrazar sangre mas bien que como á un desafio formal. Igualmente procuró suavizar las demas expresiones de su discurso, y les habló de su rey con expresiones respetuosas; espero aunque estas alabanzas tardías no fueran bastantes para borrar sus injurias contra Francisco, este monarca prosiguió aun con sus negociaciones, por una ceguera de ánimo inconcebible, como si en aquel estado hubiera sido fácil finir amistosamente tales contiendas. Carlos, conociendo que de todos modos queria él mismo lanzarse en el lazo, le sostuvo en su error, y oyendo al parecer sus proposiciones, fue ganando mas tiempo para estar mejor preparado para ejecutar sus designios (1).

Carlos entra  
en Francia.

Finalmente el ejército del emperador compuesto de cuarenta mil infantes y diez mil caballos, se reunió en las fronteras del Milanesado; el ejército francés, muy inferior en número, estaba acampado cerca de Verceil en el Piamonte, y aun se habia debilitado mas, por la retirada de una division de suizos, que los cantones católicos habian retraído á causa de las astutas maquinaciones de Carlos, bajo el pretexto de que no era justo que combatesen contra el duque de Saboya que era

(1) *Mém. de Du Bellay, 205, etc.*



Año 1536.

6 de mayo.

su antiguo aliado. El general francés no atreviéndose á aventurar una batalla iba en retirada á medida que se adelantaban los imperiales. El emperador se puso al frente de sus tropas mandadas por el marques del Guasto, el duque de Alva y Fernando de Gonzaga, emperro el generalísimo de todos era Antonio de Leyva, de cuyo cargo le hacian digno su saber y esperiencia. Manifestó luego Carlos que no se limitaban únicamente sus deseos á la reconquista del Piamonte y la Saboya, sino internarse mas é invadir las provincias meridionales de Francia. Mucho tiempo habia que meditaba esta empresa y que se ocupaba en allegar todos los preparativos necesarios para llevarla á cabo con un vigor que le asegurara el feliz éxito. Habia remitido inmensas sumas de dinero á su hermana que mandaba los Países-Bajos, y á su hermano el rey de romanos, dándoles órden de levantar cuantas tropas le fuese posible para formar dos divisiones distintas, de las cuales la una se dirigiria contra Francia por la Picardía y la otra por el lado de la Champaña, mientras que él con su ejército imperial invadiria la Francia por las fronteras opuestas.

Sus ministros y generales, distantes de concebir tan vastas esperanzas, le manifestaron con los mas espresivos términos, el peligro á que se esponia, sacando sus ejércitos para tan lejos de sus dominios y provisiones, y llevándolos á unas provincias en que apenas se podian alimentar sus habitantes. Pidiéronle que por una parte tomase en consideracion los inagotables recursos de la Francia, cuando únicamente debia sostener una guerra defensiva, por otra la actividad y celo de una nobleza animosa y guerrera, que tomaba las armas en defensa de un príncipe que idolatraba, y para resistir

Año 1536. á los enemigos de su patria; recordáronle el mal éxito de Borbon y de Pescara, cuando se arrojaron á la misma empresa y en circunstancias aun mas favorables. Particularmente el marques del Guasto, se echó á sus plantas y de rodillas le suplicó que abandonase tan temeraria empresa. Empero las infinitas razones que habian inducido al emperador á tomar esta resolucion, no le permitian ceder en nada á las súplicas de sus generales. Baras veces variaba él una resolucion una vez tomada; moviale en este caso el disminuir y despreciar los talentos de su enemigo el monarca francés, talentos que efectivamente eran muy otros que los suyos. La vanidad que acompaña á la dicha, le cegaba al propio tiempo, y quizá era harto débil para creer con las predicciones que le habian prometido mayor elevacion en su grandeza. No solo pues insistió obstinadamente en sus deseos, sino que se determinó á marchar contra la Francia aun antes de tener sujeto el Piamonte, ciñéndose á apoderarse de algunos fuertes sumamente necesarios para sostener la comunicacion de su ejército con el Milanésado.

Recobra parte de los estados del duque de Saboya.

El marques de Saluces, á quien habia encargado Francisco el mando de una de las divisiones pequeñas de tropas destinadas para la defensa del Piamonte, le facilitó este paso mas de lo que podia desear. Este caballero, educado en la corte de Francisco, y á quien este habia continuamente llenado de favores, y á quien acababa de honrar aun confiándole un puesto de tanta entidad, abandonó repentinamente á su bienhechor, y le hizo traicion sin alegar razon alguna y hasta sin el mas leve indicio de descontento; y los motivos que le movieron á esta accion fueron tan de niño como de cobarde. Creia supersticiosamente en la adivinacion y en

la astrología judiciaria; persuadióse que la nación francesa había tocado á su fin; que el emperador, sobre las ruinas de Francia iba á fundar una monarquía universal; que era por esta razón muy prudente seguir la fortuna del emperador, y que no le servía de vilipendio alguno abandonar á un príncipe cuya destrucción había decretado el cielo (1). Tanto mas aborrecible fue su traición cuanto se valió para hacerla de la misma autoridad que le había otorgado su rey para franquear el paso del territorio á sus enemigos. Todo lo que sus segundos oficiales pudieron disponer ó emprender para conservar sus conquistas, lo despreció ó echó á perder. Olvidó enteramente las precauciones y deberes que le imponía su cargo de comandante en jefe; y con esta perversa conducta imposibilitó la defensa á las plazas fuertes, dejándolas sin víveres ni municiones, desguarneciéndolas y quitando su artillería: no hubiera sido necesario al ejército imperial mas que recorrer el territorio para apoderarse de él, si Mompezat, gobernador de Fossano no los hubiese detenido casi todo un mes delante de aquella plaza, aunque pequeña, con un extraordinario esfuerzo de valor y pericia.

Este interesante servicio, hecho tan á buena sazón, proporcionó tiempo á Francisco para reunir fuerzas y meditar su plan de defensa contra peligros que le parecieron entonces inminentes é inevitables. Este monarca adoptó el plan único que podía darle lugar de contrarrestar el ataque de un poderoso enemigo; su prudencia en elegir los medios como su constancia en ejecutarlos merecen tantós mas encomios,

Plan de Francisco para defender su reino.

(1) Du Bellay, 222, á 246, b.

Año 1536. cuanto aquel sistema no era conforme ni á su índole ni á la de sus súbditos. Resolvió mantenerse en la defensiva, no arriesgar ninguna accion decisiva, ni aun ningun choque algo considerable, á no ser que fuese muy seguro el éxito; circuir su campamento de regulares fortificaciones; no dejar guarnicion sino en las plazas mas fuertes; estrechar por hambre al enemigo, devastando todo el pais de los alrededores, y salvar de este modo todo el reino sacrificando una provincia.

Montmorency es el encargado de la ejecucion del plan.

Encargó la ejecucion de estas combinaciones al mariscal de Montmorency, quien fue su inventor y á quien la naturaleza parecia haber creado para su realizacion. Orgullosa, severo, inexorable, envanecido de sus talentos y despreciador de los de los demas, igualmente insensible al amor y á la piedad, nunca jamas Montmorency habia abandonado la resolución que una vez habia adoptado.

Forma el acampamento cerca de Avignon.

Dispuso el mariscal un campo bien fortificado debajo las murallas de Avignon en la confluencia del Ródano y del Duranzo: el uno de estos rios llevaba á sus soldados, desde lo interior de las provincias, los víveres, mientras que el otro cubria su campo por el lado que era probable que se acercasen los enemigos. Trabajó constantemente en la fortificacion de este campo, y en hacerlo inespugnable, y reunió allí un respetable ejército, si bien que muy inferior al imperial. El rey colocó el suyo con otro ejército cerca de Valencia, un poco mas arriba siguiendo la orilla del Ródano. Marsella y Arles fueron las dos únicas plazas que juzgó necesario defender, la primera para poder tener suyo el mar y la segunda para servir de barrera al Langüedoc, y colocó en estas ciudades numerosas guarniciones, escogiendo para ello sus mejores tropas y los oficiales de

conocido valor y lealtad. Precisése á los habitantes de las demas ciudades, como tambien á los del campo, á abandonar sus casas y haciendas, y á quienes se repartió una parte en los montes y otra en los acampamentos, ó en el interior del reino. Demoliéronse las fortificaciones de todas las ciudades que hubieran podido servir de refugio ó defensa al ejército del emperador. Se quemaron ó quitaron de aquellos lugares; los granos, forrages y provisiones de todas clases, se destruyeron todos los hornos y se cegaron ó echaron á perder todos los pozos de agua. La destruccion llegaba desde los Alpes á *Marsella* y desde las orillas del mar hasta lo último del *Delfinado*. La historia no ofrece ningun ejemplo de que naciones civilizadas se hayan servido con tanta crueldad de tan horrible remedio para defender un estado.

En esto llegó el emperador con la vanguardia de su ejército á las fronteras de *Provenza*; estaba tan envanecido con las esperanzas de alcanzar sus pretensiones, que precisado á hacer algunos dias de alto para esperar lo restante de su ejército, empezó á repartir entre sus oficiales la conquista que iba á hacer, ofreciéndoles con liberalidad, á fin de animar su celo, los destinos, las posesiones y títulos de *Francia* (1). Empero al ver la desolacion que se presentó á su vista al entrar en el territorio, empezaron á desvanecerse sus altas esperanzas. Pronto conoció que un monarca que para hacer sentir el hambre á sus enemigos habia puesto en práctica el reducir á un desierto una de sus mas fértiles provincias, habia tomado la determinacion de

Carlos entra  
en Provenza.

(1) Du Bellay, 266. á.

Año 1536. defender las demas hasta el último trance. La escuadra en que fundaba Carlos sus principales medios de obtener víveres, estaba detenida por los vientos contrarios y otros reveses propios del mar, estuvo largo tiempo sin poder acercarse á las playas de Francia, y cuando llegó no tenia bastantes víveres para un ejército tan numeroso (1): tampoco podia esperarlas de la Provenza ni podia sacar grandes socorros de las posesiones del duque de Saboya, aniquiladas ya con los gastos de dos grandes ejércitos. Encontrábase asimismo apurado, ya por el destino que debia dar á sus tropas, ya para proporcionarles alimentos; porque aunque tuviera en su poder toda una provincia entera, no se podia decir dueño de ella puesto que no poseia sino las ciudades indefensas, mientras que los franceses, parapetados en el campo de Avignon, eran siempre dueños de Marsella y de Arles. Carlos quiso al principio atacar el campamento y procurar acabar la guerra con una batalla decisiva; empero los hábiles generales á quienes habia dado el encargo de reconocer el terreno, declararon ser impracticable la empresa. Dió pues órdenes de atacar á Marsella y Arles, pensando que por auxiliar á estas dos ciudades abandonarían los franceses aquel puesto ventajoso en que estaban parapetados; empero Montmorency, siempre constante en su plan, permaneció inmóvil en su campo, y el ejército del emperador fue recibido con tal denuedo por las guarniciones de aquellas dos ciudades, que tuvo que abandonar su intento, despues de mucha pérdida y con descrédito. Finalmente el emperador hizo el último esfuerzo y se adelantó mas hácia Avignon; empero hostilizado su ejército por ata-

Sitia á Marsella.

(1) Sandov. II, 231.

ques sucesivos de pequeñas partidas de tropas ligeras, y debilitado por las enfermedades, perdió la esperanza de arrollar tantas dificultades, que le quitaban tanto mas el ánimo cuanto menos lo esperaba.

Mientras continuaban estas operaciones, tuvo mas que hacer Montmorency en defenderse de sus mismos soldados que del ejército enemigo; su intrepidez sin límites por poco precipita á la Francia á todos los horrores de que queria guardarla con sus trabajos y prudencia. No podian pasivamente los franceses ver á su enemigo devastar sin resistencia alguna su patria bajo sus propios ojos; impacientes por la larga inaccion en que estaban detenidos, y no comprendiendo las ventajas seguras, si bien que lentas y lejanas, que pretendia lograr Montmorency con el plan de defensa que habia adoptado, pedian con tanto ahinco ser conducidos á la pelea como lo pudieran hacer los mismos soldados del emperador. Miraban el modo de obrar de su general como á vilipendioso para su nacion; trataban de cobardía á su prudencia; á su táctica, de pusilanimidad; y á la constancia con que la seguia, de capricho y orgullo. Estos rumores que al principio se esparcieron sordamente entre los soldados y subalternos, fueron tomando incremento poco á poco entre oficiales de un grado superior; y como á la mayor parte de estos les animase la envidia del favor de que gozaba Montmorency con el monarca, ó les disgustase su altivez, ó les amostazase su carácter imperioso, el descontento se hizo pronto general en el acampamento, y oficiales y soldados todos empezaron á murmurar y aun á quejarse en alta voz de su conducta. Montmorency no se dejó mover ni por la opinion ni por las quejas de sus soldados, como tampoco lo habia hecho por los insultos

Firmeza de Montmorency en cuanto á seguir su sistema de defensa.

Año 1536. de los enemigos, y no por eso prosiguió con menos constancia su plan; empero para unir los ánimos con aquellos principios que eran tan opuestos al genio de su nacion, como á las ideas que se forman de la guerra tropas indisciplinadas, revistió sus modales de una amabilidad que no le era comua; encontró á bien esponer á menudo á sus oficiales los motivos por qué obraba de aquel modo, en manifestarles las ventajas que ya con esto habian conseguido, y la segura victoria que al fin le seguiria. Finalmente vino á reunírsele Francisco en el acampamento de Avignon, donde recibió aun mas refuerzos el ejército, y él lo creyó ya bastante en estado de hacer frente al de los enemigos. Como ya él mismo rey se habia tenido que reprimir su índole para consentir en que sus soldados permaneciesen por tanto tiempo sobre la defensiva, es muy probable que su pasion para todas las empresas arriesgadas y que requerian valor, estimulado todavía mas por el ardor de sus oficiales y soldados, hubiera podido mas que la sabia conducta de Montmorency y desbaratar sus buenos efectos (1).

Retirada del ejército imperial: estado in-feliz á que se hallaba reducido.

Por dicha, la retirada del enemigo puso al reino fuera del peligro á que tal vez le hubiera espuesto alguna resolucion temeraria. El emperador, despues de haber malgastado dos meses en Provenza, donde se habia detenido demasiado tiempo para su gloria, se vio precisado á abandonarla sin haber alcanzado nada que fuera digno de los inmensos preparativos de esta campaña, ni que pudiera justificar la altivez con que se habia envanecido. Ademas de haber perdido á Antonio de Leyva, y á otros muchos oficiales distinguidos,

(1) *Mém. de Du Bellay*, 269, etc. 312, etc.



vió que había perdido la mitad de sus tropas, aniquiladas por las enfermedades y el hambre, y que los que le quedaban no se hallaban en estado de luchar por mas tiempo contra las desgracias que habían sido causa de la perdición de tanta gente. Bien á su pesar prestó el yugo á la necesidad, y por fin ordenó la retirada. Los franceses no conocieron desde un principio el objeto de las operaciones del ejército, y no les vino á la idea de perseguirle; empero una division de tropas ligeras ayudada de muchos aldeanos deseosos de vengar la destrucción de su pais, se echaron sobre la retaguardia de los enemigos, y acechando todos los momentos favorables de atacarlos, introdujeron muchas veces en el ejército imperial la confusion y el desórden. Esta retirada, ó mas bien fuga del emperador, se hizo con tal premura y desórden, que todo su tránsito quedó sembrado de armas y bagages abandonados, y lleno de enfermos, heridos y muertos: finalmente Martin Du Bellay, que fue testigo ocular de estos desastres, no puede dar de ellos una exacta idea sino comparándolos con los que padecieron los judíos oprimidos por los ejércitos vencedores (1) y bárbaros de los romanos. Si Montmorency hubiese hecho avanzar sus tropas en aquellos críticos instantes, nada hubiera podido defender al ejército del emperador de su total ruina; empero este caudillo, sosteniéndose por tanto tiempo sobre la defensiva, y con tanta tenacidad, había llegado á ser en extremo prudente. Su corazon, acostumbrado á conservar por mucho tiempo el impulso que una vez había recibido, no podia mudar de opinion con tanta facilidad como variaban las circunstancias. Proseguia aun repitien-

(1) *Mém. de Du Bellay*, 316. Sandov. *Hist. del Emper.*, II, 232.

Año 1536. do sus sentencias favoritas, tales como que es mas prudente dejar huir al leon que precisarle á que se desespere, y que es necesario hacer un puente de plata al enemigo que huye.

Cuando el emperador hubo llevado los restos de su diseminado ejército hasta las fronteras de Milan y nombrado al marques del Guasto para que sucediese á Leyva en el gobierno de aquel ducado, marchó en direccion á Génova. Despues de esta derrota vilipendiosa, no quiso esponerse á la befa de los italianos, pasando otra vez por las mismas ciudades que poco antes atravesara con todo el lucimiento de un monarca victorioso y que se dirigia aun á nuevas conquistas; prefirió pues el embarcarse, para dirigirse sin rodeos á España (1).

Noviembre  
de 1536.

Operaciones  
en la Picardía.

No encontraron sus armas en las fronteras opuestas de Francia, laureles bastantes para borrar los desastres que acababa de sufrir en Provenza. De Bellay con suma astucia y á puras intrigas habia determinado á los príncipes de Alemania á reunir el contingente de soldados que habia reunido el rey de romanos, que se vió precisado á abandonar enteramente el proyecto de invadir la Champaña. El poderoso ejército de los Países-Bajos habia entrado en la Picardía, la que habia hallado muy desabastecida puesto que todas las tropas del reino se habian dirigido al mediodía; empero acudieron los nobles á las armas, suplieron con su valor y actividad acostumbrada la falta de preparativos y la pereza de su rey, y defendieron á Perona y á las demas ciudades invadidas con tanto ánimo y valor, que los enemigos se vieron precisados á retirarse sin

(1) Jov. *Hist. l. XXXV, p. 174, etc.*

haberse podido apoderar de ninguna plaza importante. Año 1536.  
(1).

De este modo fue como Francisco, con sus acertadas disposiciones, con la union y valor de sus vasallos, frustró todos los extraordinarios esfuerzos con que su enemigo destruyó sus propias fuerzas. Nunca jamas recibió el emperador sensacion mas penosa en toda la duracion de sus disputas con el monarca francés, y esta fatalidad, á la vez que realmente humilló su vanidad, debilitó tambien su poder.

Un imprevisto acontecimiento vino empero á acibar la alegría que el éxito de esta campaña movió en el corazon de Francisco. Fue la muerte del Delfin, su hijo mayor, príncipe en quien se fundaban las mayores esperanzas, y particularmente apreciado del pueblo, por su semejanza con su padre. Este súbito fallecimiento, se achacó á veneno; no únicamente por el vulgo, quien se complace en imputar á causas sobrenaturales la muerte de las personas de alta gerarquía, si que tambien pensaron lo mismo el rey y sus ministros. Pendióse al conde de Montecuculli, noble italiano, sumiller de la cava del Delfin, solamente por sospechas, y se le dió tormento. Dió la culpa en alta voz á los generales del emperador, Gonzaga y Leyva, acusándolos de haberle engañado á cometer tal atentado; y hasta contra el mismo emperador echó indirectas y equívocas insinuaciones. En una época en que á todo francés movia un aborrecimiento implacable contra Carlos, no eran menester ya mas indicios, para que toda la nacion se diese ya por convencida de la verdad de este crimen, y no se tuvo ninguna mira ni á la tranqui-

Muerte de  
Delfin.

Se atribuye  
al veneno.

(1) *Mém. de Du Bellay*, 316, etc.

**Año 1536.** lidad con que el emperador y sus generales protestaron de su inocencia, ni al enojo y horror que demostraron por haberse podido siquiera sospecharles capaces de una accion tan abominable (1). A pesar de esto es manifiesto que Carlos no tenia objeto alguno por el que le hubiera podido interesar perpetrar semejante delito; sin el delfin le quedaban al rey de Francia otros dos hijos, ya en edad de sucederle, y él mismo disfrutaba al mismo tiempo de una salud robusta. Sin cuidarnos ahora del carácter del emperador, á quien jamas se ha podido echar en cara ningun acto de tanta atrocidad, esta única idea es capaz por sí sola de abalanzar el poder de una declaracion equívoca arrancada por los dolores del tormento (2); los historiadores menos escrupulosos atribuyen la muerte del delfin al agua fria que imprudentemente bebió un dia un momento despues de haberse acalorado infinito jugando á pelota, y esta causa, que es de las mas sencillas, es igualmente la mas verosímil. Empero si fuese verdad el envenenamiento, la mas verdadera opinion fuera la del emperador, cuando dijo que el veneno le habia sido suministrado por mandato de Catalina de Médicis, por el deseo de fijar la corona real en el duque de Orleans su marido (3). Es claro que ella hubiera sacado el mejor partido de la muerte del delfin, y es muy sabido que su desmedida y desenfrenada ambicion jamas puo miramiento en los medios que podian hacerle alcanzar su objeto.

**Año. 1537.** Principió el año siguiente con un acontecimiento muy extraordinario, si bien que de poco interes en sí  
 Decreto del parlamento de Paris contra el emperador, y que no merecia hacerse mencion de él, si no emperador.

(1) *Mém. de Du Bellay*, 289.

(2) Sandov. *Hist. del Emper. II*, 231.

(3) Vera y Zuñiga, *Vida de Carlos V*, p. 75.

hubiese sido una manifiesta prueba de aquella enemistad personal que se puso siempre entre los negocios de Carlos y Francisco, que los condujo el uno contra el otro á escesos indecorosos, y que hacian poco favor á entrambos. Francisco en compañía de los pares y de los príncipes de la familia real, habiendo ido á ocupar su lugar en el parlamento de Paris, con las formalidades de costumbre, el fiscal general se levantó, y despues de haber acusado á Carlos de Austria (cuyo nombre dió con afectacion al emperador) de haber violado el tratado de Cambray, que le exceptuaba de prestar el vasallage que debia á la corona de Francia por la posesion de los condados de Flandes y de Artois, se escudó en que este tratado no se habia llevado á efecto, y que por esto el emperador debia aun reputarse como á súbdito del rey de Francia; que por lo mismo habia incurrido en rebeldía, por haber hecho armas contra su soberano; concluyó pues que el emperador debia ser citado á comparecer por sí ó por legitimo apoderado ante el parlamento de Paris como á su juez competente. Esta estraña demanda fue admitida; envióse un rey de armas á las fronteras de Picardía, quien notificó á Carlos del modo acostumbrado que se presentara ante él dentro cierto tiempo. Habiendo finido este y no compareciendo el acusado ni nadie en su nombre, el parlamento promulgó su sentencia por la que se declaraba á Carlos de Austria delincuente, y como á tal confiscados sus feudos por culpado de rebelion y contumacia; declaróse como á formando parte de la monarquía francesa los condados de Flandes y de Artois, y se mandó publicar la sentencia á son de trompetas en las fronteras de estas dos provincias (1).

(1) *Lettres et Mémoires d'état*, par Ribier, tom. 2. Blois 1666. tom. I, p. 1.

Año 1537.  
Abrese la  
campana en  
los Países-Ba-  
jos.

El monarca francés, casi en el mismo instante de esta vana demostracion de su resentimiento mas que de su poder, se dirigió á los Países-Bajos como para poner en ejecucion la sentencia que habia proferido su parlamento, y para posesionarse de los dominios que le adjudicaba. La reina de Ungría á la que su hermano el emperador habia confiado el mando de esta parte de sus posesiones, como no estuviese dispuesta para este repentino ataque, dió causa á que al principio adelantase algo Francisco y se apoderase de algunas plazas importantes. Empero precisado luego á no mandar su ejército para dirigir las demas operaciones de la guerra, los flamencos reunieron un numeroso ejército; con el que recobraron la mayor parte de las ciudades que habian ya perdido, y empezaron á su vez á tomar posesiones enemigas. Atacaron por fin á Turena; el duque de Orleans, ya Delfin entonces por la muerte de su hermano, y Montmorency, á quien habia condecorado Francisco con la espada de condestable en remuneracion de los grandes servicios que habia prestado en la campana precedente, determinaron arriesgar una batalla para hacer levantar el asedio de la plaza. Mientras que se adelantaban con este objeto, detuviéronse á la distancia de algunas millas del ejército enemigo por la llegada de un heraldo que les dirigia la reina de Ungría para participarles el convenio de un armisticio.

Suspension  
de armas en  
los Países-Ba-  
jos.

Debióse esta imprevista suspension de armas al celo y esfuerzos de las dos hermanas las reinas de Francia y de Ungría que no cesaban de trabajar en la reconciliacion de los dos rivales. La guerra de los Países-Bajos habia destruido las provincias fronterizas de ambos dominios, sin ninguna ventaja real de los dos partidos; los franceses y flamencos hallaban igualmente á menos

la alteracion de su comercio que hacia su comun felicidad; y Carlos y Francisco, que habian destruido á sus vasallos para mantener las costosas operaciones de la antecedente lucha, conocieron que no podian en aquel entonces sostener en aquel suelo sus ejércitos en campaña, sin debilitar sus fuerzas en el Piamonte, donde querian poner los dos todas sus fuerzas. Todas estas circunstancias ayudaron á las dos reinas para lograr aquella negociacion; concluyóse pues una tregua de diez meses, la que únicamente seria guardada con respecto á los Países-Bajos (1).

Continuaba la guerra con ardor en el Piamonte. En el 30 de julio, verificase en el Piamonte. Verdad es que Carlos y Francisco no se hallaban en estado de hacer los esfuerzos que su enemistad mutua hubiera deseado, empero continuaban la lucha como dos guerreros á quien anima aun el rencor cuando sus fuerzas se han ya agotado. Unas mismas fortalezas eran ganadas y recobradas alternativamente; todos los dias se sucedian batallas parciales, en las que se vertia mucha sangre, sin que se diese ninguna accion que decidiese la superioridad para el uno ó el otro partido. Finalmente las dos reinas, no queriendo dejar incompleta la benéfica negociacion que habian principiado, tanto instaron é importunaron, la una á su hermano y la otra á su marido, que les precisaron igualmente á firmar una tregua de tres meses en el Piamonte. Se convino que cada uno de los dos monarcas se quedaria con el pais de que estaba posesionado y retiraria sus tropas de la provincia dejando guarniciones en las ciudades, y que cada uno nombraría su plenipotenciario para terminar todas las contiendas con un convenio definitivo (2).

(1) *Mem. de Ribier*, 56.

(2) *Mém. de Ribier*, 62.

Año 1537.  
Causas de  
esta tregua.

Las causas que indujeron á los dos monarcas á firmar este convenio son las mismas que ya repetidas veces se han mencionado. Los gastos de la guerra escedian de mucho á los réditos que podian sacarse de sus rentas, y no osaban ya añadir nuevas contribuciones á las que estaban ya establecidas. Los pueblos no estaban acostumbrados á suportar en aquel entonces la inmensa carga que despues se les ha ido echando. El emperador, aun mas, habíase endeudado con unas sumas que en aquel siglo parecian enormes (1) y no podia pagar las inmensas cantidades que debia á su ejército desde mucho tiempo atras. Ya no tenia esperanzas de lograr auxilios en gente ni en metálico del sumo pontífice ni de los venecianos, á pesar de que no habia perdonado ni promesas ni amenazas para lograrlo. El papa, siempre constante en la determinacion que habia tomado, de conservar una perfecta neutralidad, manifestó que esta era lo único que se conformaba con su carácter, y trabajó todo lo que pudo para restituirles la paz. Los venecianos continuaban constantemente su antiguo sistema, cuyo objeto era igualar las fuerzas de los dos enemigos, y por consiguiente evitar dar demasiado peso á uno de ellos que rompiese el equilibrio.

El mes fuerte motivo de haberse aliado Francisco con el emperador.

Sin embargo lo que en el ánimo de Carlos causó mayor emoción que todas estas razones, fue el miedo á los turcos, á los que habia Francisco movido de nuevo contra él, firmando un tratado con Soliman. Aunque Francisco hubiese tenido que sostener una guerra contra un enemigo de tantas fuerzas como el emperador, sin auxilio de aliado alguno, habia estado dudoso por mucho tiempo: horrorizábales tanto á los cristia-

(1) Ribier, I, 294.



nos entonces, esta especie de alianza con los infieles, alianza que miraban como deshonrosa é impía, y que por mucho tiempo dudó aprovecharse de las ventajas que aquel tratado con el Sultan le ofrecia. Finalmente, á pesar de todo la necesidad acalló sus escrúpulos, y sobrepujó su delicadeza. Laforet, que era su enviado secreto cerca del gran Sultan, habia firmado á fines del año antecedente con Soliman un convenio por el que este le daba su palabra de atacar en la campaña siguiente el pais de Nápoles y de atacar al rey de romanos en Hungría con un numeroso ejército; mientras que Francisco por su parte se encargaba de invadir el Milanesado con un ejército suficiente para posesionarse de él. Soliman habia puntualmente cumplido sus promesas. Presentóse Barbaroja con una formidable escuadra delante las costas de Nápoles, puso en consternacion á aquel reino desprovisto de las tropas imperiales que habian salido para el Piamonte, efectuó pues sin embarazo alguno su desembarco cerca Tarento, obligó á rendirse la ciudad fuerte de Lastres, devastó todo el territorio adyacente y se disponia á afianzar y dilatar sus conquistas, cuando la impensada llegada de Doria, favorecido por las galeras pontificias, y de una parte de la escuadra veneciana, precisó al corsario á retirarse. Los turcos habian hecho mas temibles adelantos en Hungría. Mahmet, su general, despues de algunas pequeñas victorias, destrozó en una gran batalla á los alemanes, en Essek, sobre el rio Drava (1).

Dichosamente para los cristianos no le fue dado á Francisco ejecutar con la misma exactitud la parte del convenio que habia tomado de su cuenta, no pudo en-

(1) Istvanheffi, *Hist. Hung* l. XIII, p. 139.

Año 1537. tonces reunir un ejército bastante fuerte para invadir el Milanesado, y le escapó de esta suerte la ocasion de recobrar el dominio de este ducado. De este modo su insuficiencia preservó á la Italia de las desgracias de una nueva guerra y de los desastres de ser la presa del furor destructivo de los mahometanos, despues de todas las calamidades que ya habian pesado sobre ella (1). El emperador conoció que no podia por mucho tiempo resistir á los esfuerzos combinados de dos aliados tan poderosos, y que no tenia esperanzas de que nuevas felices casualidades viniesen á libertar á Nápoles y defender el Milanesado; vió de antemano que los estados italianos le acusarian con energía de desmedida ambicion, y que tal vez dirigirian contra él sus propias armas, si tan poco se interesaba en el peligro que les amenazaba, si se obstinaba en continuar la guerra. Todas estas razones le manifestaron la necesidad de firmar una tregua que interesaba á su gloria y á su propia seguridad. Tampoco Francisco quiso cargar él solo con la afrenta de la oposicion por sí solo á la restauracion de la paz, ni ponerse en riesgo de que le abandonasen los suizos y demas soldados estrangeros que le servian y á quienes podia desagradar su negativa. Empezaba tambien á temer que sus propios vasallos le servirian de mal grado, si contribuia á que se aumentase el poder de los infieles, poder que su propia conciencia y el ejemplo que le habian dado sus abuelos le ordenaban humillar, proseguia en obrar de un modo directamente contrario á todos los principios que debieran ser el norte de un príncipe que se titulaba rey cristianísimo. Estas reflexiones fueron de mas pe-

(1) Jov. *Hist. l. XXXV, p. 183.*

so y prefirió correr el riesgo de disgustar á su nuevo aliado que esponerse á peligros mucho mas graves por una fidelidad intempestiva en cumplir las obligaciones del tratado que habia firmado con Soliman.

Año 1537.

Aunque convinieran los dos monarcas en una suspension de armas, á pesar de esto, cuando llegó el caso de arreglar los articulos de un convenio definitivo, los plenipotenciarios encontraron dificultades insuperables. Cada uno de los dos príncipes queria tomar el rango de vencedor, y dictar al otro su ley; ni el uno ni el otro querian confesarse vencidos, ni sacrificar ningun punto de honor ni de interes. De modo que los plenipotenciarios malgastaron el tiempo en difusos é inútiles altercados, y finieron por separarse despues de haber únicamente firmado una prolongacion de la tregua por algunos meses mas.

Negociaciones para la paz entre Carlos y Francisco.

Año 1538.

A pesar de esto, el sumo pontífice, pensando ser mas dichoso que los plenipotenciarios, tomó á su cargo todo el manejo del tratado de paz; sus dos grandes planes eran formar una union bastante para defender á la cristiandad de los formidables ataques de los sarracenos, y convenir en disposiciones suficientes para esterminar la herejía de Lutero; y miraba la alianza del emperador con el rey de Francia como el primer paso y mas necesario para alcanzar estos objetos. Ademas de esto, reconciliando por su medio aquellos dos monarcas rivales á quienes sus predecesores habian enemistado infinitas veces con sus indecentes é interesadas intrigas, esta accion no podia menos de dar mayor brillo á su carácter, y honrar á su gobierno. Podia tambien esperar que insiguiendo tan laudables miras sacaria ventajas para su familia, cuyo engrandecimiento no echaba en olvido, aunque para este pro-

Las trata el Papa en persona.

Año 1538. yecto emplease menos atrevimiento y ambicion que por lo comun usaban los pontifices de aquel siglo. Habiéndole determinado todas estas razones, propuso unas vistas de los dos monarcas en Niza, y prometió asistir á ellas en persona, á fin de obrar como mediador y ajustar sus contiendas. Al ver un sumo pontifice, venerable por su alta dignidad y avanzada edad, determinarse, deseoso de la paz, á sufrir las incomodidades de tan largo viage, Carlos ni Francisco pudieron negarse con honradez á tales vistas. Acudieron ambos al punto de reunion; empero promoviéronse tantas contiendas acerca el ceremonial, y quedaba en el interior de su pecho tanta desconfianza y enemistad, que se negaron á verse y todo se hizo por la buena voluntad del papa, que iba á visitarlos alternativamente. A pesar de todo su celo, á pesar de sus buenas intenciones y de su conducta, no pudo remover los estorbos que impedian una reconciliacion definitiva por todo lo perteneciente á la posesion del Milanesado; y todo el influjo de su autoridad no pudo lograr que aflojase la obstinacion con que cada uno de los dos monarcas insistia en sus pretensiones. Finalmente, porque no pareciese haberse trabajado infructuosamente, les precisó á consentir en firmar una tregua de diez años, con las mismas condiciones con que se habia verificado la primera, y con la que se convino que cada uno conservaria sus posesiones, y que los dos monarcas en este intermedio enviarian á Roma sus respectivos embajadores para tratar allí con toda detencion sus pretensiones respectivas (1).

Junio 18.  
Conclúyese  
en Niza una  
tregua de 10  
años.

De este modo finalizó una guerra que si bien no du-

(1) *Rec. des trait. II, 210. Relazione del Nicolo Tiepolo dell' Abboccamento di Nizza. Dumont, Corps diplom. part. II, p. 174.*

ró mucho fue con todo de mucha importancia por la inmensa estension de operaciones que abrazaba y por las fuerzas que en ella desplegaron los dos enemigos.

Aunque le hubiera salido frustrado el objeto que se proponia Francisco, que era el recobro del Milanesado, alcanzó á pesar de esto mucho honor; por la victoria de sus ejércitos, y por las prudentes disposiciones que tomó para rechazar una invasion formidable; y la mitad de las posesiones del duque de Saboya, cuyo dominio se aseguró, no dejó de aumentar en su monarquía un estado de harta consideracion. Carlos por el contrario, rechazado, humillado, despues de haberse jactado con tanta vanidad de una victoria de que tan *seguro* éxito se prometió, veíase precisado á comprar una tregua nada honrosa sacrificando un aliado que tanta confianza habia puesto en su amistad y poder. El desgraciado duque de Saboya murmuró, se quejó y declamó contra un tratado que le era tan contrario, pero todo fue en vano; y demasiado flaco para resistir á las circunstancias, debió contentarse con ellas. De todos sus dominios únicamente conservó á Niza con sus adyacencias, y vió lo demas repartido entre un poderoso enemigo y aquel mismo amigo cuyo socorro habia impetrado: es este un doloroso ejemplo de la imprudencia de los débiles monarcas, que siendo por desgracia vecinos de otros poderosos, y hallándose metidos en sus disputas, son por necesidad destruidos por el mismo choque.

Pasados algunos dias despues de firmada la tregua, <sup>Conferencias de Carlos y Francisco en Aguas-Muertas.</sup> embarcóse el emperador para Barcelona, empero los vientos opuestos le arrastraron á la isla de santa Margarita, en las costas de Provenza. Francisco que estaba cerca de allí, así que lo supo, miró como una obli-

Año 1538. gacion convidarle con un asilo en sus dominios, y le propuso una conferencia particular en Aguas-Muertas. El emperador no quiso que su enemigo le ganase en generosidad, y se confirió al punto al lugar indicado; luego que hubo anclado en la rada, Francisco, dejando á un lado toda etiqueta y con una ciega confianza de seguridad, en el punto de honor del emperador, fue á visitarle á bordo de su galera, donde le recibió Carlos con todas las muestras de aprecio y amistad la mas sincera. Al otro dia, dió el emperador muestras á Francisco de la misma confianza; desembarcó en Aguas-Muertas, con tan poca precaucion, y fue recibido con la misma afabilidad. Los dos príncipes estuvieron toda la noche en la playa, y al parecer querian con sus mutuas visitas contender sobre quién de los dos mostraria al otro mas respeto y amistad (1). Despues de veinte años de guerra abierta ó de ódio secreto, despues de tantos mutuos agravios, despues de haberse desmentido formalmente el uno al otro, y de haberse desafiado públicamente por escrito; despues de haberse manifestado el emperador á la faz de la Europa toda perorando contra Francisco, tratándole de monarca sin honor ni probidad, al propio tiempo que Francisco acusaba al emperador de complicidad en el envenenamiento de su hijo mayor, debieron parecer extraordinarias y fuera del orden natural semejantes vistas; empero la historia de ambos monarcas abunda en contraposiciones tan maravillosas como precipitadas. Al parecer pasaban en un momento del mas furioso aborrecimiento á la mas verdadera reconciliacion, de la

(1) Sandov. *Hist.* vol II, 238. *Relation de l'entrevue de Charles V et de Francois I*, par M. de La Rivoire. *Hist. de Languedoc*, par D. D. Vic. et Vaissette, tom. V, preuves, p 93.

desconfianza y sospechas á la tranquilidad y seguridad ilimitada; de todas las ocultas astucias de una falsa y p rfida política á la noble franqueza de dos valientes caballeros.

El papa reunió a la gloria de haber pacificado a la Europa la satisfaccion de haber trabajado con buenos resultados en el engrandecimiento de su familia. Logró del emperador que consintiera en que Margarita de Austria, su hija natural, viuda de Alejandro de Médicis, contrajera matrimonio con Octavio Farnesio; y Carlos respecto a este enlace, concedió al propio tiempo a su futuro yerno honores y posesiones cuantiosas. Margarita habia quedado viuda a últimos del año 1537 por un acontecimiento de los mas trágicos. Aquel jóven príncipe a quien el emperador con su benevolencia habia ascendido en Florencia al poder supremo sobre las ruinas de la libertad pública, olvid se absolutamente de la direccion del estado y se abandonó a la mas desenfundada licencia. Lorenzo de Médicis, su mas próximo pariente, no se contentaba en ser su compañero en la disolucion, pues que era tambien su ministro; y valiéndose para esta vil ocupacion de todos los medios de un hábil talento, con la práctica   invencion, sabia mezclar en este libertinage tanta variedad y galanteria que ganó sobre el corazon de Alejandro el mas absoluto poderio. Empero mientras que al parecer Francisco se sepultaba con él en la vida desenfundada, y que mostraba a su vista tanta molicie y pereza, y que no queria ceñir espada, y que fingia horrorizarse a la sola vista de sangre derramada, ocultaba bajo esta capa de hipocresia un corazon arrastrado de una atrevida y fuerte ambicion. Ya sea por amor a la libertad, ya esperanza de llegar al poder supremo,

**Año 1538.** resolvió asesinar á Alejandro , su bienhechor y amigo. Aunque allá en su mente hubiera resuelto este horroroso proyecto , su genio suspicaz y prudente le impidió confiarlo á nadie , y continuó viviendo con Alejandro en la misma intimidad ; finalmente , so pretesto de proporcionarle una entrevista con una dama de distincion , cuyos favores habia solicitado muchas veces Alejandro , llevó consigo una noche á este imprudente príncipe á un aposento retirado de su casa , y le dió de puñaladas en el momento mismo que acostado lascivamente en una camá , se disponia á recibir á la dama cuyo goce se le habia prometido ; empero apenas Lorenzo hubo cometido esta maldad , que quedando estático y confundido , amilanado á vista de su barbaridad , olvidó en un momento todos los motivos que le habian inducido á ello. En vez pues de animar al pueblo á recuperar su libertad , noticiándole la muerte del tirano , en vez de tomar disposiciones para apoderarse de la dignidad que acababa de dejar vacía , cerró la puerta del aposento y se fugó precipitadamente saliéndose del territorio de Florencia , como un hombre que ha perdido la razon. No se supo la desgracia de Alejandro hasta al otro dia ya muy tarde , puesto que sus domésticos , acostumbrados á su vida licenciosa , nunca entraban temprano en su aposento. Reuniéronse al punto los principales del gobierno. El cardenal Cibo , animado por su celo á favor de la casa de Médicis , de la que descendia muy próximamente , y favorecido por Francisco Guicciardini , quien recordó á los florentinos , con las mas vivas espresiones , las locuras y disturbios de su antiguo gobierno popular , les determinó á colocar al frente del mando á Cosme de Médicis , jóven de diez y ocho años de edad y único heredero va-

Cosme de Médicis es colocado al frente del estado de Florencia.



ron de aquella famosa familia. Al propio tiempo el amor que aquel pueblo conservaba hácia su libertad, les movió á promulgar varios estatutos que moderaban y ponian límites á su poder.

Entre tanto habiéndose puesto en cobro Lorenzo, Los desterrados de Florencia se oponen á su elevacion. contó su obra á los florentinos desterrados y á aquellos que de su propia voluntad se habian fugado al anularse el gobierno republicano, para dar lugar á la fundacion del gobierno de los Médicis. Aquellos republicanos alabaron con estravagancias semejante maldad, y compararon la virtud de Lorenzo con la de los dos Brutos que para la libertad de su patria sacrificaron, el uno los derechos de la naturaleza y de la sangre, y el otro las obligaciones del reconocimiento y de la amistad (1). No se limitaron á infructíferos elogios; salieron de sus varios refugios, reunieron tropas, é infundieron valor á sus vasallos y partidarios animándoles á tomar las armas y á aprovechar una ocasion tan propicia para reponer las libertades públicas sobre sus antiguas bases. Protegidos manifiestamente por el embajador de Francia en la corte de Roma, y animados en secreto por el sumo pontífice, que aborrecia á la familia de los Médicis, invadieron el territorio de Florencia con un ejército bastante respetable. Empero los que habian elegido á Cosme estaban proveidos de cuantos socorros necesitaban para sostener al que habian elegido, y tambien poseian los talentos á propósito para valerse á tiempo de aquellos recursos. Levantaron con la mayor presteza harto gran número de tropas y emplearon toda su astucia en grangearse el afecto de los ciudadanos mas respetables y en hacer probar al

(1) *Lettere de' principi, tom. III, p. 52.*

Año 1538. pueblo la bondad del mando del joven príncipe. Festejaron principalmente al emperador, y procuráronse su protección como el más sólido fundamento que podía sostener la elevación y poder de Cosme. Sabía Carlos cuán aficionados eran los florentinos á la alianza con Francia, y sabía también cuánto le aborrecían á él los partidarios de la república, puesto que le miraban como al opresor de su libertad. Interesábale pues impedir se restableciese la antigua constitución. Reparólo, y no únicamente se contentó en reconocer á Cosme por jefe del gobierno de Florencia y en tributarle todos los honores con que había sido adornado Alejandro, si que también se obligó á defenderle cuidadosamente; y en prueba de su promesa, mandó á los comandantes de su ejército imperial, acantonado en las fronteras de Toscana, que le auxiliasen contra todos sus enemigos. Cosme, auxiliado de esta suerte, quedó fácilmente victorioso de los desterrados, y sorprendiendo á sus tropas por la noche hizo prisioneros á la mayor parte de sus generales. Este suceso desbarató todos los planes de la facción, y el poder de Cosme quedó solidado perfectamente. Hubiera sin duda querido añadir á los honores de que estaba colmado contraer matrimonio con la viuda de su antecesor Alejandro, la hija de Carlos; empero el emperador creyéndose seguro de la amistad de Cosme prefirió dar gusto al papa casándola con su sobrino (1).

Debilitase  
la amistad que  
mediaba entre  
el emperador y  
Enrique VIII.

Mientras que peleaban el emperador y Francisco, aconteció un lance que debilitó bastante la buena armonía y amistad recíproca que mediaba desde mucho

(1) *Jov. Hist. l. XCVIII, p. 218, etc. Belcar. Comment. l. XXII, p. 696. Istoria de, suo tempi di Giov. Bat. Adriani, Venet. 1587, p. 10.*

tiempo entre el monarca inglés y el rey de Francia. Jaime V, rey de Escocia, príncipe jóveny valiente, al saber que el emperador habia ideado invadir la Provenza, quiso demostrar que no habia en él degenerado la adhesion de sus antepasados á la Francia: con vehementes deseos al propio tiempo de hacerse célebre con alguna proeza militar, formó una division con la intencion de mandarla en persona, para ausiliar á Francisco. Muchos desgraciados acontecimientos no le permitieron conducir su corto ejército á Francia, pero no por esto renunció á sus deseos de pasar allí él mismo. Al momento de haber desembarcado se apresuró á llegar á Provenza; empero era ya tarde; puesto que detúvose por tan largo tiempo en su viage que no se pudo hallar en ninguna accion, y solo se reunió al rey de Francia despues que se habia retirado el ejército del emperador. Un celo tan animado, reunido á unos modales y política muy fines, prendaron tanto á Francisco que no le pudo negar en matrimonio á su hija Magdalena. Enrique sintió muy visiblemente esta noticia; habia llegado á envidiar á Jaime, á quien lo mismo que á sus vasallos habia por mucho tiempo tratado con harto desprecio, y no podia mirar indiferentemente una boda que de necesidad debia aumentar las fuerzas y predominio del joven príncipe á quien aborrecia (1). A pesar de esto no podia con justos pretextos impedir á Francisco que diese la mano de su hija á un monarca descendiente de una familia de príncipes, antiguos y fieles aliados de la monarquía francesa; empero habiendo casi al mismo tiempo dejado de existir Magdalena, y habiendo Jaime pedido en segundas nup-

1 enero de  
1537.

(1) *Hist. of Scotland, vol. I, p. 77.*

Año 1538. cías á María de Guisa, Enrique suplicó enérgicamente á Francisco que negara su consentimiento para este enlace; y para con mas seguridad frustrar las intenciones de Jaime, pidió á aquella princesa para sí mismo. A pesar de todo, Francisco prefirió al monarca escocés, porque conoció que era sincero su amor, y desechó las artificiosas y mal intencionadas del monarca inglés, quien se ofendió por ello con enojo. Por otra parte, la paz concluida en Niza y las familiares visitas de los dos soberanos en Aguas-Muertas habian infundido en el ánimo de Enrique nuevos recelos; pensóse que Francisco habia desechado del todo su amistad para formar nuevas alianzas con el emperador. Carlos, que penetraba en lo interior de las ideas del rey de Inglaterra, observaba atentamente todas las variaciones y caprichos de sus pasiones, y creyó haber llegado el punto de renovar sus antiguos tratados por tanto tiempo interrumpidos. La muerte de la reina Catalina, cuyos intereses no habia podido abandonar honrosamente, habia apagado el principal motivo de sus desuniones, por lo que sin mentar siquiera la intrigada contienda del divorcio, supo emplear con Enrique los medios que juzgó mas á propósito para renovar su amistad. Le propuso á este fin varios enlaces; hasta le brindó con su sobrina, la hija del rey de Dinamarca, pidióle á la princesa María para un infante de Portugal, y hasta consintió en admitirla como á hija ilegítima de Enrique (1). Ninguno de estos enlaces se efectuó, y quizá tampoco se propusieron formalmente; empero no por eso habo menos motivo de seguir una no interrumpida correspondencia entre los dos monarcas, y

(1) *Mém. de Ribier, t. I, p. 496.*

á tantas mutuas protestas de miramiento y amistad, se siguió la disminucion de la cólera de Enrique contra el emperador, y prepararon muy de antemano aquella alianza que tan fatal debia ser un dia al rey de Francia.

Año 1538.

Las grandiosas empresas en que le habia empeñado al emperador su ambicion, y las guerras que por muchos años habia mantenido, habian continuado en favorecer y fomentar los progresos de la reforma en Alemania. Mientras duró su espedicion á Africa, y mientras le traian ocupado sus grandes pensamientos contra la Francia, su principal conato en Alemania fue impedir que las cuestiones religiosas no perturbaran la tranquilidad pública, y á este objeto trató siempre á los príncipes protestantes con una indulgencia propia para hacérselos de su favor, ó á lo menos hacer de modo que no se aliasen á su enemigo. Por esta razon procuró asegurar á los protestantes la posesion de todos los beneficios que les habian sido concedidos en los artículos de la paz concluida en Nuremberg el año 1532 (1); esceptuando algunos procedimientos judiciales de la cámara imperial, no se les contrarió de ninguna manera en el ejercicio de su religion, y nada les estorbó su celo y buen éxito en la propagacion de sus dogmas. Durante estas cosas, el sumo pontifice continuaba sus negociaciones para la reunion de un concilio general, y á pesar del descontento que los protestantes habian demostrado acerca la eleccion de Mantua, continuó en su resolucion, y el dia 2 de junio del año 1536 espidió una bula, que prefijaba el dia de la reunion en aquella ciudad para el dia 23 de mayo del año siguiente: nombraba á tres cardenales para que la presidiesen

Progresos de la reforma.

Negociaciones é intrigas para el concilio general.

(1) Dumont, *Corpus diplomat. tom. IV, part. 2, p. 138.*

Año 1538. en su nombre, ordenaba á todos los príncipes cristianos apoyasen aquel concilio con su autoridad, é invitaba á todos los prelados de todas las naciones á que se confiriesen allá. La convocacion de un concilio de esta suerte, que requiere por su naturaleza tiempos de bonanza y pechos dispuestos para la paz, pareció muy fuera de propósito, en una época en que el emperador marchaba contra la Francia, y estaba á punto de sepultar á la mayor parte de Europa en los horrores de la guerra. No por esto dejó de notificarse la bula á todas las potencias por medio de nuncios extraordinarios (1). El emperador para grangearse el afecto de los alemanes, habia vivamente instado al sumo pontífice, durante su permanencia en Roma, á reunir un concilio; pero al propio tiempo, á fin de lograr que Pablo rompiese la neutralidad que continuamente habia conservado entre él y Francisco, envió en compañía del nuncio destinado por el papa á Alemania, á su vicescanciller Heldo, con el encargo de apoyar todas las pretensiones del nuncio y sostenerlas con todo el poder de la autoridad imperial. Diéronle los protestantes audiencias en Smalkalde, donde se habian reunido para recibirles; empero despues de haber meditado detenidamente sus discursos, se negaron unánimemente á reconocer un concilio, reunido á nombre y poder del papa, y en el que se tomaba por sí mismo el derecho de presidencia; que debia celebrarse en una ciudad lejos de Alemania y súbdita de un monarca extranjero y aliado estrechamente con la corte romana; en un lugar en que sus teólogos no podian conferirse seguramente, y principalmente cuando sus opiniones eran apellida-

Febrero 15  
de 1537.

(1) Pallavic. *Hist. concil. Trid.* 113.

Año 1538.

das con el dictorio de heregía en la misma bula de convocacion. Estas objeciones contra aquel concilio, rennidas á otras varias que les parecian convincentes, las esplanaron en un difuso manifiesto que publicaron para no dejar dudas acerca de su conducta (1).

La corte de Roma se enfureció contra el insulto de los protestantes, y lo manifestó como una cierta prueba de su envanecimiento y orgullo, y el papa insistió en su resolucion de celebrar el concilio en la poblacion, forma y tiempo que habia prefijado. Opuso sin embargo algunas dificultades el duque de Mantua, tanto por lo que miraba á su derecho de jurisdiccion sobre las personas que asistirian al concilio, como tambien acerca la seguridad de su capital con una reunion tan numerosa de estrangeros, las que no habiendo podido terminar el papa desde un principio, retardaron la reunion del concilio por algunos meses; cambiándose el lugar de la reunion en Vicenza, en los dominios venecianos, y quedó emplazado para el dia 1.º de mayo del siguiente año. Como ni el emperador ni el monarca francés se habian aun avenido en parte alguna de su contienda, negaron á sus súbditos el consentimiento de asistir á él, y por consiguiente ni un solo prelado compareció en el dia prefijado, y entonces el sumo pontífice citó el concilio para un tiempo indeterminado (2), para evitar de este modo comprometer su autoridad con tan inútiles repetidas convocatorias.

Octubre 8 de  
1538.

A pesar de esto, Pablo, que no queria demostrar haber colocado su atencion en verificar una reforma que no estaba en su poder llevar á cabo, mientras dejaba en olvido lo que dependia de él, comisionó un deter-

El papa reforma algunos abusos.

(1) Sleidan, l. XII, 123, etc. Seckend. Com. l. III, p. 143, etc.

(2) Fra-Paolo, 107. Pallavic. 117.

Año 1538. minado número de cardenales y de obispos con plenos poderes de examinar los abusos y desórdenes que se estaban cometiendo en la corte romana, y proponer los medios mas á propósito para su enmienda. Admitióse esta comision de mal grado y se llevó á cabo con lentitud y tibieza; aplicóse en todos los abusos una mano débil que temia profundizar demasiado la cicatriz, ó quitar del todo la capa que los cubria. A pesar de toda la flojedad de este exámen se descubrieron sin embargo muchos desórdenes y aclararon increíbles abusos; empero los remedios que para ello se señalaban, ó no eran bastantes, ó dejaron de ponerse en práctica. Habíase enteramente resuelto á mantener siempre secreto el informe y opinión de los comisionados; empero sucedió que por alguna casualidad se vislumbraron en Alemania, donde se hicieron luego públicos, y dieron aucho campo á las reflexiones y al triunfo de los protestantes (1). Por otra parte patentizaban que era necesaria una reforma en todo el cuerpo de la iglesia, y demostraban que muchos de los abusos con los que se acordaba eran aquellos mismos contra los que se habian opuesto con el mayor vigor Lutero y sus sectarios; y por otra probaban cuán inútil era esperar en el clero bastante valor para efectuar por sí mismo esta reforma, el que, segun decia el propio Lutero, *se entretenia en curar berrugas mientras olvidaba las llagas*, ó las encobria aun mas.

Liga formada en oposicion á la de Smalkalde.

La actividad con que desde un principio parecia solicitar el emperador que los príncipes protestantes se adhiesen á la reunion de un concilio en Italia, les puso tan cuidadosos que juzgaron prudente dar aun mas

(1) Sleidan; 233.



Fuerzas á su alianza admitiendo en ella á muchos nuevos miembros que deseaban ser admitidos y en particular al rey de Dinamarca. Helder que durante su permanencia en Alemania habia reparado las inmensas ventajas que resultaban de esta union, intentó igualar su fuerza, formando otra igual entre las potencias católicas del imperio. Esta liga, á la que se honró con el nombre de Santa, era únicamente defensiva; y aunque Helder la formó á nombre del emperador, reprobóla después Carlos y únicamente ingresaron en ella un cortísimo número de príncipes (1).

Año 1538.

Pronto supieron los protestantes esta union apesar de quantas precauciones se tomaron para llevarla oculta. Su celo siempre pronto á sospechar y temer exesivamente todo cuanto podia amenazar á la religion, receló al momento como si el emperador hubiera estado preparado para poner en práctica alguna terrible combinacion para destruir su doctrina. Ocupados seriamente de esta idea y queriendo ponerse á salvo de este temor panico, se reunieron con frecuencia, festejaron con empeño á los reyes de Francia é Inglaterra, y hasta empezaron á tratar del número y cantidad de tropas y metálico que cada individuo de la liga estaba obligado á entregar conforme al tratado de Smalkalde. Empero no tardaron en conocer que eran infundados sus temores y que el emperador que era quien mas necesidad tenia de paz y tranquilidad, después de la destruccion á que le habian reducido los extraordinarios esfuerzos que debió hacer para sostener la guerra contra la Francia, ni siquiera le habia venido al pensamiento el turbar la paz de Alemania. Quedaron de

Temores de los protestantes.

19 de abril de 1539.

(1) Seckend. l. III, 171. *Recueil des traites*

Año 1539. ello convencidos los príncipes protestantes en una reunión celebrada en Francfort con sus embajadores; estableciöse en ella que por quince meses mas subsistirian las mismas concesiones que antes se les habian hecho y particularmente aquellas en las que se habia convenido en el tratado de Nuremberg: que la cámara imperial por todo este tiempo suspenderia todos sus actos judiciales contra ellos, que se reuniria un consejo de unos pocos teólogos de ambos partidos á fin de dilucidar los puntos de disputa y disponer los artículos de reconciliacion que se deberian proponer en la próxima dieta. El emperador segun su costumbre tampoco ratificó este convenio, á fin de no enojar al papa quien pretendia que el primer artículo era directamente contrario á los verdaderos intereses de la sede apóstolica; á pesar de esto sin embargo no dejó de cumplirse con la mayor escrupulosidad y aseguró la base de aquella libertad religiosa por la que tanto clamaban los protestantes (1).

Pasados algunos dias del tratado de Francfort se supo el fallecimiento de Jorge duque de Sajonia, acontecimiento muy propicio para la reforma. Este príncipe, principal de la línea Albertina, segunda de los príncipes de Sajonia, poseia los marquesados de Misnia y de Turingia que ocupaban una muy vasta extension de terreno, y en los que estaban situadas las ciudades de Dresde, Leipajek y otras varias de las mas principales del electorado. Desde que se manifestó la reforma, habíase declarado este príncipe su enemigo con tanto ardor cuanto habian manifestado en su defensa los príncipes electores. Habíase opuesto infati-

(1) Fra-Paolo, 82. Sleid. 247. Secken. l. III, 200.

gablemente á sus progresos con todo el celo que inspira el fanatismo religioso, con todo el rigor que le dictaba su antipatía natural contra Lutero y con toda la amarga enemistad de familia que dominaba entre él y la otra rama de su estirpe. Como murió sin dejar sucesor alguno de sus descendientes, tocaron sus dominios á su hermano Enrique cuya afición á favor de la religion protestante, exedia aun si es posible, á la de su hermano para la católica. Apenas tomó posesion Enrique de su nuevo patrimonio, cuando sin ninguna consideracion á una cláusula del testamento de su difunto hermano que le habia dictado su fanatismo, y con la que dejaba todos sus dominios al emperador y al rey de romanos dado caso que su hermano intentase variar la religion, invitó á algunos doctores protestantes y junto con ellos á Lutero á que se trasladasen á Leipsick. Ayudado de sus consejos y valimiento, anuló en el espacio de algunas semanas el antiguo culto, y restauró el entero ejercicio de la religion reformada, con universal aplauso de sus vasallos, que deseaban desde mucho tiempo aquella mudanza, la que unicamente habia diferido hasta entonces la autoridad del difunto duque (1). Semejante revolucion salvó á los protestantes del peligro de que se veian amenazados á cada instante por el inveterado aborrecimiento de un enemigo, que estaba situado en el centro de su territorio: vieron entonces ensancharse sus dominios y formar una liga seguida casi sin interrupcion desde las playas del mar báltico hasta las márgenes del Rin.

Poco tiempo despues de la tregua de Niza, sobrevino un acontecimiento que manifestó á la Europa en-

Sedicion de las tropas imperiales.

(1) Sleidan, 249.

Año 1539. tera que el emperador se habia empeñado en la lucha todo cuanto le habia permitido el estado de sus cosas. Debia desde mucho tiempo innumerables sumas á su ejército al que habia alimentado siempre con esperanzas y frustradas promesas. Como conocieron que aun se tendria menos cuidado en atender á sus demandas, despues de estar afirmada la paz por cuyo motivo no eran tan necesarios sus servicios, perdieron la paciencia, se sublevaron descaradamente, y manifestaron que se creian autorizados á tomarse por fuerza lo que se les debia con justicia. Este germen de sedicion no quedó aislado á una parte de los dominios del emperador; el levantamiento casi se hizo general tanto como lo era el objeto que la promovió. Las tropas que estaban en el Milanesado, devastaron sin restriccion la campiña y pusieron terror en la capital. La guarnicion del fuerte de la Golota, amenazó entregar esta importante fortaleza á Barbarroja. Los soldados imperiales cometieron aun con el tiempo mayores tropelías, y despues de haber depuesto á sus oficiales y elegido otros en vez de aquellos, destrozaron una partida que el virey habia enviado contra ellos, apoderáronse y entregaron al saqueo muchas ciudades, y obraron con tal tino que sus movimientos mas se parecian á las regulares operaciones de una meditada rebellion que á la fugitiva violencia y desórden de una soldadesca amotinada. Sin embargo, los generales de Carlos, con tanta astucia como prudencia ya tomando dinero á préstamo unos en su nombre y otros en el del emperador, ya obligando á las ciudades de sus respectivas provincias, á satisfacer crecidas contribuciones recaudaron el dinero suficiente para pagar el sueldo á los soldados y sufocaron de esta suerte la rebellion; despidieron despues la mayor parte

de los soldados y solo se quedaron con los necesarios para guarnecer las principales plazas y para defender las playas del mar de los insultos de los turcos (1). Año 1530.

Felizmente para el emperador la pericie de sus generales le sacó de este estado apurado del que no sé hubiera podido salvar por sí solo. Todas sus esperanzas y recursos para desquitarse de las deudas que habia contraido con sus soldados estribaban en los auxilios que esperaba de sus vasallos de Castilla. A este objeto reunió las cortes de este reino en Toledo; les manifestó los inmensos dispendios que le habian ocasionado sus operaciones militares y las cuantiosas deudas que de precision habia debido contraer, y las insinuó que le proporcionasen los socorros que el actual estado de sus cosas exigia, gravando á todas las mercancías con un impuesto general. Empero los españoles que estaban ya cargados de contribuciones desconocidas de sus abuelos, y que infinitas veces se habian ya quejado de ver á su patria exausta de hombres y dinero á causa de unas querellas que en nada les tocaban y de unas guerras cuya victoria no les llevaria ninguna ventaja, habian ya detenidamente resuelto, á no imponerse nuevos tributos, y en no dar nada al emperador para empeñarse en nuevas contiendas, tan desgraciadas para la España como lo habian sido casi todas las que hasta entonces habia promovido. En particular la nobleza, protestó con energia contra aquel impuesto que proponia, y mantuvieron que les usurpaba el primero y mas principal privilegio de su órden, cual era el ser exentos de pagar cualquiera especie de cantidad señalada. Pidieron se les dejase tratar con los representan-

Las cortes de Castilla se reunen en Toledo.

Quejas y descontento de esta junta.

(1) *Jov. Hist. XXXVII, 203 c Sandov. Ferreras, IX, 209.*

**Año 1539.** tes de las ciudades sobre el estado de la nacion; manifestaron á Carlos que si imitando á sus antecesores permanecia constantemente en España, y evitaba entrometerse en una infinidad de asuntos agenos de este reino, las rentas fijas de la corona ascenderian á cubrir todos los gastos necesarios; añadieron tambien que mientras olvidase este sabio y siempre cierto modo de restaurar el crédito público y de hacer á una nacion rica (1), seria sobremanera injusto, gravar aun mas con nuevos impuestos al pueblo. Carlos despues de haberse valido aunque inutilmente de todas las razones, súplicas y promesas para vencer el tema de las cortes las disolvió enojado. Desde esta fecha los nobles y prelados no fueron convocados mas para estas reuniones bajo el pretesto de que cuando se trataba de imponer nuevos impuestos públicos no podian tener voto en ellas los que no estaban obligados á pagar sus cuotas. Solo se admitieron en las cortes á los procuradores ó representantes de las diez y ocho ciudades. Estos formaban el número de treinta y seis porque cada uno nombraba dos de estos comisionados, y quienes formaban una junta que carecían del poder y dignidad de las antiguas cortes y que era siempre del parecer del rey en todas las deliberaciones (2). De este modo fue como el inconsiderado celo con que los nobles de Castilla habian defendido los derechos del soberano contra las pretensiones de los comuneros, en los disturbios del año 1521, finió en ser fatal para todo su cuerpo. Auxiliando á Carlos para destruir una de las órdenes del estado, aniquilaron aquel equilibrio que formaba

Destruyese  
la antigua  
constitucion  
de las cortes.

(1) Sandov. *Hist.* vol. II, 269.

(2) Sandov. *ibid.* *La Science du Gouvernement*, par M. de Real, tom. II, p. 102.

la seguridad de la constitucion y colocaron á aquel príncipe y á sus sucesores en estado de deprimir despues á la nobleza y quitarla sus mas honrosos privilegios. Año 1539.

A pesar de esto, quedaba al propio tiempo á los grandes de España un poder y privilegios extraordinarios que ponian en práctica y defendian con el orgullo que les era propio. El emperador, tuvo una prueba de ello bien á su pesar durante la convocacion de cortes en Toledo. Al regresar cierto dia de un torneo, en compañade la mayor parte de la nobleza, uno de los alguaciles de su corte, movido de un cuidado demasiado oficioso para hacer paso al emperador pegó con su vara al caballo del duque del Infantado; el orgulloso duque se ofendió de esto y desenvainando su espada hirió al ministro de justicia. Encolerizado Carlos de esta violencia ejercida á su propia vista y sin miramiento á su persona, mandó al alcalde de casa y corte Ronquillo que prendiese al duque del Infantado; como Ronquillo se adelantase para poner en ejecucion esta orden el condestable de Castilla se opuso á ello; lo prendió él mismo, reclamó como un privilegio de su destino el derecho de jurisdiccion que le competia sobre un grande de España, y se llevó al duque del Infantado á su propio aposento. Los nobles que estaban presentes quedaron tan contentos de este valeroso celo por los privilegios de su clase, que dejaron al emperador y siguieron al condestable hasta su palacio con festivas aclamaciones: Carlos se vió precisado á retirarse acompañándole unicamente el cardenal Tavera. Por mucho que le descontentara este insulto, previó el peligro que corria en malquistarse con un cuerpo tan celoso y orgulloso al que el mas leve ultrage podia arrastrar al úl-

Los grandes de España disfrutaban aun de grandes fueros.

Año 1539. timo extremo. En vez de insistir en hacer prevalecer sus derechos con un rigor fuera de tiempo, pasó por alto con prudencia respetando el orgullo de aquella clase demasiado poderosa, á la que no podia castigar sin peligro, y al otro dia por la mañana envió recado al duque del Infantado, invitándole á que mandara castigar del modo que quisiese al alguacil que le habia agraviado. El duque vió en esta accion una entera satisfaccion de la injuria, perdonó al momento al alguacil y hasta le hizo un espléndido regalo para indemnizarle de la herida. Pronto quedó este asunto olvidado del todo (1); y no hubiera sido menester hacer de ello mencion aquí, si no fuese un manifesto ejemplo del espíritu activo é independiente que demostraba entonces la nobleza de España, y al propio tiempo una prueba de la sabiduría con que el emperador sabia obrar conforme las circunstancias.

Motin de la ciudad de Gante.

Lejos estuvo Carlos de demostrar la misma condescendencia y benignidad con los habitantes de Gante cuando se insurreccionaron contra su gobierno algun tiempo despues. Un acontecimiento ocurrido en el año 1536 fue el movil de la temeraria sublevacion que tan fatal fue para esta hermosa y rica ciudad. La reina viuda de Hungría que gobernaba los Países Bajos, habia recibido de su hermano la orden de atacar la Francia con las tropas que pudiese levantar, convocó á los estados de las provincias unidas y logró de ellos un subsidio de un millon y dos cientos mil florines para el gasto de este intento. El condado de Flandes, debia satisfacer la tercera parte por su cuota; empero los habitantes de la ciudad de Gante, la mas principal de aquel condado

Pretensiones de los ganteses.

(1) Sandov. II, 274. Ferreras, IX, 212. Miniana 113.



les convenia evitar la guerra con la Francia porque hacian en ella un comercio muy dilatado y ventajoso ; negáronse pues á satisfacer su contingente , y sostuvieron que en virtud de los tratados convenidos entre ellos y los antecesores del emperador , su soberano actual , no se podia imponer ninguna contribucion á su ciudad á no ser que ellos la hubiesen espresamente consentido. La reina de Hungría estaba firme por su parte en que el socorro de un millon doscientos mil florines , como fuese otorgado por los estados de Flandes de los que formaban parte los procuradores de Gante , esta ciudad estaba obligada por la concesion de dichos estados , y que uno de los principales fundamentos de una sociedad , aquel del que esencialmente dependen el buen orden y sosiego de todo gobierno , es que la voluntad de la minoria no debe ser un obstáculo á la determinacion de la mayoria.

Estas razones no convencian á los ganteses , que no estaban con ánimo de dejarse quitar de entre manos un privilegio de tamaña importancia. Avezados durante el gobierno de la casa de Borgoña á disfrutar de amplias inmunidades , y á que les tratasen con suma indulgencia se negaron á sacrificar al mando de una regenta unos derechos y unos privilegios que tan dichosamente habian repetidas veces defendido , contra sus mayores monarcas y soberanos mismos. La reina probó al principio vencerlos por medio de la suavidad y procuró á precisarles á cumplir su obligacion , con varias señales de condescendencia ; empero no habiendo podido conseguir su intento de vencer su aferramiento , se enojó tanto que mandó prender á todos los ganteses que se pudieran haber en toda la estension de los Países Bajos. Este acto violento no era edecuado para imponer

Año 1539. respeto á unos hombres movidos por todas las ardientes pasiones que promueven el horror á la esclavitud y el amor á la libertad. Menos conmovidos por el peligro que podrian correr sus compatriotas y amigos que enojados contra la gobernadora, despreciaron su autoridad y enviaron comisionados á las demas ciudades de Flandes suplicándolas que no abandonasen la causa comun, en este apurado trance y que se reunieran á ellos para mantener sus derechos contra las intenciones de una muger que no sabia á quanto se estendian sus privilegios, ó que demostraba despreciarlos. Exeptuadas algunas cortas ciudades todas las demas se negaron á aliarse contra la gobernadora; reuniéronse sin embargo para suplicarla que no pasase adelante en la recaudacion del subsidio hasta que los moradores de Gante pudiesen enviar algunos diputados á España, para manifestar al soberano los títulos de su exepcion. La reina concedió esta demora despues de haber opuesto algunos inconvenientes; Carlos recibió aquellos comisionados con un orgullo, que no habian acostumbrado conocer en sus antiguos dueños; les mandó que obedeciesen á su hermana como á él mismo y envió sus pretensiones para que las examinasen al consejo de Malinas. Este tribunal que en efecto no era mas que una comision emanada del parlamento de aquel condado, pero con una jurisdiccion superior en todas las materias civiles y criminales (1), declaró sin fundamento la pretension de los ganteses y les mandó pagar inmediatamete su parte de subsidio.

Tomaron las armas y ofrecen entregarse á la Francia.

Enojados por esta sentencia á la que miraron como una tiránica injusticia, y desesperados de ver que el tribunal que debia favorecerlos, despreciaba sus fueros,

(1) *Descrittione di tutti paesi bassi di Lud. Guicciardini. Ant. 1571, in-fol. p. 53.*

acudieron los ganteses por todas partes á las armas, echaron de la ciudad á cuantos nobles habitaban en ella, prendieron á muchos empleados del emperador y hasta dieron tormento á uno de ellos, á quien acusaron de haber hecho desaparecer furtivamente ó rasgado el libro de registro en que estaban todos los títulos de exencion que reclamaban; nombraron al propio tiempo una junta á la que encargaron la direccion de sus negocios; y dieron órdenes para reparar las fortificaciones viejas, hacer de nuevas y levantar ya sin rebozo el pendon de sublevacion contra su soberano (1). A pesar de esto como ya se conocian poco fuertes para defender por sí solos aquella accion á la que acababa de arrastrarles su fogosidad, pensaron en buscarse un protector contra la tempestad temible que proveian iba á caer bien pronto sobre ellos. Decidiéronse pues á enviar algunos comisionados al monarca francés para invitarle á reconocerle no tan solo por su monarca si que tambien ofreciéndole socorrerle con todas sus fuerzas para que pudiese recobrar en los Países Bajos las provincias que antiguamente pertenecieran á la corona de Francia, y que acababan de serles adictas en cumplimiento de una providencia del parlamento de Paris. Tan inesperada propuesta por parte de un pueblo que podia poner inmediatamente en ejecucion una parte de sus ofertas, y ser de mucho valor para el logro de las demas, debia alagar la ambicion de Francisco, y presentar á su mente un punto de vista halagüeño y vasto. Mas valian los condados de Flandes y de Artois que el ducado de Milan, cuya posesion deseaba tan ar-

(1) *Mémoires sur la révolte des Gantois en 1539, par Jean d'Hollander, écrits en 1557. A La Haye, 1747. P. Heuter. Rer. Austr. l. XI, p. 262. Sandov. Hist. tom. II, p. 282.*

Año 1539. dientemente y que le costaba desde mucho tiempo, gastos, padecimientos é inútiles esfuerzos: el estar tan cerca aquellos dos condados de la Francia hacian mucho mas fácil su conquista y conservacion; y podia hacerse con ellos un principado á parte para el duque de Orleans, tan propio para la dignidad de un príncipe de la familia, como el que su padre le pretendia dar. Era muy probable que los flamencos que sabian ya las costumbres y modo de gobernar de los franceses, no pondrian dificultad en someterse á ellas y que ellos mismos, causados ya de las mortíferas y devastadoras guerras de Italia, se pondrian de mayor voluntad de parte de los Países-Bajos y pelearian alli con mayor valor y mas felizmente. Aunque esta ocasion de ensanchar sus dominios y de abatir al emperador, fuese al parecer la mas propicia que jamas se hubiera presentado al rey de Francia, muchas consideraciones le impidieron sin embargo ponerla en práctica. Desde que se vieron los dos monarcas en Aguas Muertas, Carlos habíase puesto de observacion para indagar lo que ideaba el monarca francés; y le hacia esperar que al cabo le concederia lo que tanto deseaba tocante al Milanesado, dándole su investidura ya la quisiese para sí, ya para uno de sus hijos. Todos estos lisonjeros ofrecimientos estaban lejos de ser verdaderos, pues no guiaba otro fin al emperador que apartar á Francisco de la alianza con el gran sultan ó infundir recelos en el corazon de este con manifestacion de un amistoso y continuado trato entre las cortes de Madrid y de Paris; empero Francisco conservaba siempre la locura de ir tras la fantasma que le habia engañado, y su pasion en adherírsele le hizo desechar un logro mucho mas ventajoso que aquel á que aspiraba. Por otra parte el

Francisco  
reusa sus ofertas.

Delfin excesivamente envidioso de su hermano cuyo atrevido y valeroso genio conocia, veia á su pesar que se le dispusiese un acomodo, que por su situacion podia tenerse como á colocado en el interior del reino. Valiose de Montmorency que por una estraña casualidad era el favorito del padre y del hijo, á que hiciese de modo que desechase el rey la oferta de los flamencos y que no abrazase sus intereses.

Montmorency para este logro ponderó á Francisco la fama y poder que iba á adquirir recobrando unas posesiones que otras veces habia tenido en Italia, y le manifestó que una rígida observancia de la tregua y la negativa que iba á dar de favorecer á unos súbditos sublevados eran los medios mas seguros para vencer la repugnancia del emperador en darle la posesion del Milanesado. Francisco, guiado naturalmente á exagerar la importancia de aquel ducado, cuyo valor equiparaba con el tiempo y esfuerzos que debió poner para reconquistarlo, ciego ademas por la pasion que le inspiraba, todo lo que se le presentaba bajo la capa de la generosidad, dejose convencer facilmente por unas razones tan adecuadas á sus deseos y carácter; se negó pues inmediatamente á las proposiciones de los ganteses y despidió á sus enviados con una acre contestacion (1).

Francisco no se limitó á esto; notició al emperador por un efecto de su magnanimidad cuanto habia mediado entre él y los sublevados, y le instruyó de todo lo que sabia, de sus proyectos y disposiciones (2). Una muestra tan patente del desinteres de Francisco, quitó

(1) *Mém de du Bellay*, p. 263. P. Heuter. *Rev. Austr.* I. XI, 263.

(2) *Sandoy. Hist. tom. II*, 285.

Año 1539. á Carlos sus mas fuertes temores, y la trazó la senda para salir de todos los peligros. Sabia ya lo que estaba pasando en los Países Bajos y del ardor con que los habitantes de Gante estaban animados contra él. Conocia en todos sus pormenores la índole y costumbres de aquellos súbditos suyos, su apego á la libertad, su adhesion á sus antiguos fueros y á sus usos, la invencible obstinacion de su carácter lento en tomar sus primeras determinaciones, empero firme y constante en lo que una vez habian determinado. No dejó de conocer el apoyo y recursos que les hubiera resultado de la proteccion de Francisco, y aun que estaba ya tranquilo por este lado, conocia perfectamente que se necesitaba obrar sin demora y con energía para detener el espíritu de descontento y de sublevacion que iria irremisiblemente en aumento en un territorio en el que las muchas ciudades, la innumerable poblacion, y las riquezas que el comercio habia reunido en ellas hacian poderoso y formidable y colocaban en estado de encontrar inagotables recursos. Despues de haberlo meditado detenidamente, juzgó que lo mas que convenia hacer era pasar á los Países Bajos; este fue tambien el parecer de su hermana, la cual le instó vivamente á que emprendiese este viage. Por dos caminos podia llegar alli, el uno por tierra atravesando la Italia y la Alemania y el otro por mar, haciéndose á la vela en algun puerto de España para abordar en otro de los Países Bajos. El primero era harto largo para emplearlo en aquellas circunstancias que requerian suma velocidad; al pasar por Alemania su dignidad de emperador, la misma seguridad de su persona, requerian que trajese en su compañía un séquito y tropas que habrian alargado aun mas el viage y malgastarian un tiem-

Deliberacion de Carlos, acerca del viage que quiere hacer á los Países Bajos.

Año 1539.

po precioso. La estacion no era propia para embarcarse y mas que todo en una época en que estaba enemistado con el monarca inglés, hubiera sido imprudente ir por mar sin ir acompañado de una respetable escuadra. En esta dudosa alternativa, precisado á escoger, sin saber que camino preferir, concibió el particular y loco intento al parecer de pasar por Francia, como que era el mas breve camino para llegar á los Países Bajos. Propuso pues á su consejo que pidiesen para ello el competente permiso á Francisco. Todos sus ministros desaprobaron á una voz este pensamiento al que apellidaron temerario; al pensar que esta demanda le espondria sin duda á un sonrojo si no se concedia la demanda, ó á un riesgo cierto, si se le permitia, porque se entregaria de este modo á manos de un rival á quien habia ultrajado muchas veces, y que tenia viejos agravios que vengar, y presentes motivos de disputa y contienda que arreglar. Carlos no escuchó nada; habia comprendido el corazon de su enemigo con mas detencion que ninguno de sus consejeros y le conocia mucho mejor. Persistió en su idea, y se lisongé de que no tan solo no correria ningun peligro al pasar por Francia, si que tambien lograria su demanda sin que por ello tuviese que hacer ningun sacrificio que perjudicase á su corona.

Propone pa-  
sarse por Fran-  
cia.

Esplanó sus deseos al embajador francés residente en su corte y diputó á Paris á su primer ministro para que pidiese al rey de Francia permiso para pasar por sus dominios, y asegurarle que el asunto del Milanésado se acabaria bien pronto á su satisfaccion. Carlos pedia al propio tiempo á Francisco que no exigiese otra promesa, y tambien que no permaneciese en sus antiguos deseos, á fin de que aquello á que estaba

Consentimiento de  
Francisco.

Año 1539. dispuesto á otorgar no pareciese ser ejecutado por necesidad, si que únicamente dictado por la amistad y por el amor á la justicia. Francisco en vez de poner atencion en el mal disimulado incentivo que le ofrecia el emperador bajo tan ruda astucia, dejóse alucinar por la hechicera idea de aterrar á su enemigo con acciones generosas, y se envaneció tanto por el aire de supremacia que su buena fe y desinterés de sus acciones le daban en este caso, que otorgó cuanto se le pedía. Juzgando del corazon del emperador por el suyo propio, creyóse que los sentimientos de agradecimiento que resultarían de la memoria de los buenos servicios y trato generoso que de él hubiese recibido Carlos, le precisarian á efectuar finalmente lo tantas veces prometido, con mas facilidad aun de lo que pudieran hacer las mas claras y terminantes posiciones de un tratado.

Recibimiento de Carlos en Francia.

Carlos, para quien eran preciosísimos los momentos, se puso en marcha inmediatamente, sin detenerle los recelos y temores de sus vasallos españoles, no trayendo consigo sino un acompañamiento corto pero sumamente lucido, compuesto de unas cien personas. A su llegada á Bayona, á las fronteras de Francia, le recibieron el Delfín y el duque de Orleans acompañados del condestable de Montmorency. Ambos príncipes le invitaron á que ellos irían á España donde permanecerían hasta su regreso como á rehenes de la seguridad de su persona. No admitió Carlos sus ofertas y declaró que no exigía otra prenda de su seguridad que la palabra de su rey, y que jamás había pedido ni menos aceptaría otros rehenes que su propio honor. Todas las ciudades por donde pasó manifestaron á mas no poder el mayor lujo; los magistrados le presentaban sus



llaves, abriáanse las cárceles, y al ver cuanto se le honraba, se hubiera mas bien tenido por el soberano de Francia que por un monarca extranjero. Salióle á recibir el rey hasta Chatellerant; prodigáronse en su encuentro recíprocas muestras de la mas fina amistad y verdadera confianza; anduvieron juntos hasta Paris y dieron á esta capital el extraño espectáculo de dos soberanos enemigos cuyo odio habia revuelto y devastado toda la Europa por espacio de veinte años, hacer entonces juntos su solemne entrada con todos los visos de la mas íntima amistad, como si hubieran dejado en olvido para siempre sus pasados agravios, y como si hubiesen resuelto vivir en lo sucesivo en una eterna paz (1).

Seis dias permaneció Carlos en Paris entre los multiplicados festejos de la corte francesa y de las variadas funciones que se idearon para divertirle y hourarle; mostraba suma impeciencia de continuar su viaje, y esta provenia ya del miedo que interiormente le heria al pensar en el riesgo á que estaba espuesto, ya de la necesidad de su presencia en el pais sublevado. La idea de la poca confianza que ponia en sus intentos le hacia temblar á él mismo; el pensamiento que por alguna fatalidad podia descubrirlas á su enemigo, ó al menos hacerlas sospechar, y aunque sus ardidés para ocultárselas le salieran segun sus deseos, no podia dejar de temer que el poder del interés prevaleceria á los escrúpulos del honor, y que Francisco caeria en la tentacion de aprovecharse en la propicia ocasion que le habia venido á manos. Verdad es que hubo algunos consejeros del rey de Francia cuyo parecer era de cas-

Inquietud  
del emperador.

(1) *Hist. de Thou, l. I, c. 14.* Du Bellay, 264.

Año 1539. tigar al emperador con sus propias mañas, y castigarle de tantas falsedades y perfidias, asegurándose de él hasta que Francisco hubiese recibido una total satisfaccion respecto á todas las justas pretensiones de la corona de Francia. Empero nada pudo alcanzar que faltase á su palabra, nada fue capaz de convencerle de que Carlos despues de cuanto le habia prometido, despues de todos los favores que habia recibido, fuera aun capaz de engañarle (1). Con tan incauta confianza le acompañó hasta San Quintin y los dos príncipes que le habian ido á recibir á la frontera de España, no le dejaron hasta que hubo entrado en los Países Bajos.

Mala fe de  
Carlos.  
21 enero de  
1540.

Al Hagar el emperador á sus estados los embajadores franceses le instaron á cumplir su promesa y á otorgar la investidura de Milan; empero Carlos bajo el especioso pretexto de que todas sus ideas estaban entonces concentradas en procurar los mas eficaces medios de sufocar la revolucion de la ciudad de Gante, pidió nuevas dilaciones. Para prevenir los pensamientos que pudiera Francisco formar acerca de su veracidad, prosiguió al propio tiempo en hablar de sus intenciones sobre esto de la misma manera como hablaba á su entrada en el reino de Francia; hasta escribió al rey una carta bastante difusa perteneciente á este negocio aunque en términos vagos y con palabras equívocas que se reservaba poder interpretar á su tiempo del modo que le acomodase.

Sumision de  
Gante.

En esto los desgraciados ganteses careciendo de gefes capaces de dirigir sus consejos y de mandar sus soldados, abandonados del monarca francés y no hallando ningun apoyo entre sus propios compatriotas, se vieron

(1) *Mém. de Ribier, I, 504.*

imposibilitados de resistir á su soberano enojado que estaba dispuesto para atacarles al frente de un ejército levantado en los Países Bajos, de otro venido de Alemania y de otro que venia de España por mar. Finalmente la proximidad del riesgo les manifestó su temeridad; se amedrentaron tanto que enviaron comisionados al emperador para implorar su clemencia y ofrecerle la entrega de la ciudad.

Carlos dió únicamente por respuesta que se presentaría en medio de ellos como á su soberano con el cetro y espada en mano, y se puso en marcha á la cabeza de sus tropas. Negóse á entrar en la ciudad hasta el dia 24 de febrero, dia de su nacimiento; empero no sintió aquella pasion de afecto é indulgencia que naturalmente se conserva al lugar en que ha rodado la cuna por primera vez. Veinte y seis de los mas principales ciudadanos fueron ejecutados; muchos mas desterrados, y la ciudad perdió todos sus derechos é inmunidades; confiscáronse sus rentas, anulóse la antigua forma de su gobierno, quedó el nombramiento de sus magistrados para siempre adherido á la voluntad imperial; establecióse una nueva constitucion y administracion (1); se mandó edificar una ciudadela para contener el espíritu de sublevacion de los habitantes; se les mandó pagar una multa de quince mil florines para costear el importe de su construccion y se les impuso una contribucion anual de seis mil florines para el mantenimiento de la guarnicion (2). La crueldad con que Carlos castigó á los habitantes de Gante, fué al propio tiempo util para contener á sus demas vasa-

Castigo de los  
ciudadanos.

(1) *Les Coutumes et Lois du comté de Flandre*, par Alex. Le Grand. 3 tom. in-fol. Cambrai, 1710, tom. I, p. 169.

(2) *Hæzi Annales Brabantæ*, vol. I, 616.

AÑO 1510. llos de los Países Bajos; aprovechó pues gustoso la ocasion de atemorizarles y de hacer venerar su autoridad, aun mucho mas que la anchura de sus privilegios y exenciones, que eran en parte lo que motivaba su tráfico pero que al propio tiempo ponian límites á la autoridad imperial, en realidad bastante estrechos, estorbaba con frecuencia las intenciones del emperador, en las operaciones que ideaba, y le ponía impedimentos que retardaban la ejecucion.

Carlos se niega á efectuar sus promesas á la Francia.

Asi que hubo Carlos vengado y restablecido su autoridad en los Países Bajos, y que no le era ya necesario encubrir su engaño con la capa que se servia para alucinar á Francisco, empezó lentamente á quitarse la máscara con que habia encubierto hasta entonces sus verdaderas intenciones por lo que respecta al Milanesado. Eludió primero las representaciones de los embajadores de Francia, cuando le recordaron sus empeños, propuso despues como en trueque del ducado de Milan, otorgar al duque de Orleans la investidura del condado de Flandes, empero concediéndolo con unas condiciones tan fuera de razon que ya estaba seguro que no serian admitidas (1). Finalmente cuando le precisaron á dar una contestacion categórica ya no encontró paso para eludir sus instancias, negóse terminantemente á despojarse de un dominio tan ventajoso, por una generosidad gravosa, dirigida á disminuir su poder para aumentar el de su rival (2). Negó al propio tiempo que jamas hubiese ofrecido lo que pudiera precisarle á un sacrificio tan loco y contrario á sus intereses (3).

(1) *Mém. de Ribier, I, 509, 514.*

(2) *Ribier, I, 519.*

(3) *Du Bellay, p. 365, 6.*

De todos los actos que mas se pueden hechar en cara á Carlos, esta accion de insigne mala fe es sin duda el mayor horron para su gloria (1). Aunque este monarca no hubiese jamas atendido en los medios que empleaba para el logro de sus ideas, y que tampoco tuviera en aprecio el observar estrictamente las reglas del honor y de la sinceridad, jamas sin embargo habia roto descaradamente las ideas de aquella ancha moral que los soberanos se han juzgado con poder de adoptarla para arreglar segun ella su conducta. Empero el meditado deseo que habia formado en esta ocasion de engañar á un monarca lleno de generosidad, franqueza y sinceridad, la vileza de las astucias que puso en práctica para cumplirlos, la insensibilidad con que admitió todas las señales de amistad y la ingratitud con que las recompensó, eran al propio tiempo que indignas de su carácter, imprecidentes con la grandeza de sus planes.

Todo cuanto se vituperó la mala fe del emperador, se desprecio la necedad de Francisco. Despues de cuanto habia experimentado en un largo reinado, despues de tantas veces cuantas se habia podido convencer de las artimañas y perfidia de su enemigo, la ciega confianza que manifestó en esta circunstancia, pareció que merecia la suerte que le cupo. A pesar de esto clamó Francisco contra el modo de obrar de Carlos, como si fuese esta la vez primera que aquel principe le hubiese alucinado. Fuele mas sensible segun costumbre, esta afrenta mas por lo que abatia su amor propio que por lo que dañaba á sus intereses, y la manifestacion de su cólera no dejó duda alguna de que aprovecharia el primer momento de venganza, y que pronto se veria

(1) Jovius, *Hist. l. XXXIX, p. 238. A.*

Año 1540. renovar en Europa, una guerra tan sangrienta como la que acababa de sufocarse.

Autoriza el papa la institucion del orden de la compañia de Jesus.

El año de 1540 es digno de recordacion por la fundacion de la compañia de Jesus; esta órden ha sido de tanto influjo en los asuntos eclesiásticos y civiles que una esplicacion del carácter de sus leyes y de su gobierno, merece se haga de ello mencion en la historia. Al considerar con cuanta rapidez ascendió á la opulencia y crédito aquella sociedad, la maravillosa prudencia de su gobierno, el sistema y constancia con que ha ideado y llevado á cabo sus intenciones, casi está uno tentado á honrar en esta singular institucion la superior inteligencia del fundador, y á creer que la combinacion y plan de aquel establecimiento fueron el fruto de la mas sana política. Empero los jesuitas como todas las demas órdenes religiosas son menos deudoras á la inteligencia que al entusiasmo de sus fundadores. Ignacio de Loyola de quien se ha ya hablado respecto de la herida que recibió en el asedio de Pamplona (1), se hizo inmortal tanto por sus talentos como por su conducta. Animado por el amor ó fanatismo para la celebridad de que no se exep-tuan ni los que aspiran á una suma santidad, anheló Loyola llegar á ser el fundador de una órden monástica. El plan como compuso la constitucion y régimen de este órden, si se ha de dar crédito á sus propios escritos, ó á las palabras de sus propios discípulos fuele sugerido por inmediata inspiracion celeste (2). A pesar de este acerto, encontró Loyola en los principios inmensas dificultades para poner en plata su de-

(1) Voy. I. II, p. 189.

(2) *Compte rendu des constitutions des jésuites au parlement de Provence* par M. de Monclar, p. 285.

signio. Dirigióse al papa suplicándole que confirmase con su poder la creacion de la compañía. El papa remitió su demanda á una junta de cardenales, nombrada al efecto para examinarlo; y como hubiesen estos opinado que la fundacion de esta compañía era á la par que inútil peligrosa, el pontífice Pablo se negó á dar su aprobacion. Loyola halló finalmente á pesar de esto un medio para subsanar todas estas dificultades por medio de una promesa á la que no podia ser que resistiese un sumo pontífice. Propúsole añadir á los tres votos que comunmente hacian todas las órdenes religiosas monásticas á saber de pobreza, de castidad y de obediencia, uno cuarto qual era el de obediencia al papa, por el que todos los individuos de la compañía estaban obligados á ir do quiera que se les quisiese enviar en servicio de la religion, sin demandar nada á la Santa Sede para los gastos de su manutencion. En una época en que la autoridad pontificia acababa de experimentar tantas pérdidas por la segregacion de muchas naciones rebeldes á la iglesia romana, y entre los que se atacaba tan facilmente y sin interrupcion el poder temporal de las papas, una compañía consagrada en particular al pontificado romano que el papa podria oponer en cualquiera ocasion á sus enemigos, llegaba á ser una adquisicion de suma importancia. Conociólo Pablo y por medio de una bula aprobó la Compañía de Jesus, concediendo á sus individuos los mas anchos privilegios y nombró á Loyola su general. Los acontecimientos han justificado enteramente el juicio de Pablo, y su modo de pensar acerca los inmensos beneficios que lograria la iglesia romana de una tal fundacion. La nueva compañía adquirió en menos de medio siglo, habitaciones en todas las regiones adictas á la religion católica; su po-

Año 1540. der y riquezas se aumentaron con maravillosa rapidez; sus individuos se multiplicaron é hicieron célebres por su carácter y sabiduría, y la Compañía de Jesus fue desde luego alabada por los amigos de la religion católica y temida por sus enemigos, como la mas científica y valerosa de las órdenes religiosas.

Su constitucion y carácter merecen particular atencion.

La constitucion y régimen de la compañía fue perfeccionado por los dos generales sucesores de Loyola, Laynez y Aguaviva quienes fueron mas hábiles que su maestro, en talentos y en el arte de gobernar. Estos son los fundadores de ese plan de intriga y de política profunda con que se distingue la compañía. Muchas circunstancias se reunieron para proporcionar á los jesuitas aquel carácter que les es particular, y les colocaron en posicion de tomar en los asuntos del siglo, mucha mas parte que ninguna otra de las comunidades religiosas, y de tener un influjo en la direccion de estos mismo mucho mayor que las demas órdenes monásticas.

Objeto de esta órden y privativo de ella sola.

El principal fin de casi todas las órdenes religiosas es el de segregar de la sociedad á sus individuos y vedarles toda suerte de participacion de los negocios mundanos. Un fraile es llamado á la soledad y quietud del claustro para trabajar asiduamente por su salvacion por medio de actos estraordinarios de mortificacion y religion. Es muerto para el mundo y no debe inmiscuirse mas en sus asuntos. No puede ser útil de nada al público, mas que con sus oraciones y ejemplo. Todo lo contrario son los jesuitas: el reglamento demuestra á sus individuos á que se consideren como destinados á una vida laboriosa. Son soldados escogidos, reunidos para dedicarse enteramente al servicio de Dios y al de su vicario en la tierra el sumo pontifice. Todo cuanto tiende á enseñar al ignorante, todo cuanto pue-



de ser útil para restituir al gremio de la iglesia á los enemigos de la sede apostólica, ó rechazar sus ataques, es su objeto particular. Para tener tiempo suficiente para cumplir este activo servicio estan del todo exep-tuados de aquellas prácticas piadosas cuyo uso es la principal obligacion de las demas órdenes religiosas. Jamas van en procesiones, no practican ninguna austeridad rigurosa, no consumen la mitad de su vida en recitar oficios (1), su ocupacion es observar cuanto sucede en el mundo y aprovecharse del influjo que los acontecimientos de la sociedad pueden tener sobre la religion, deben estudiar la índole de las primeras notabilidades del estado y procurarse su amistad (2), por cuyo motivo el carácter de la órden, como tambien sus constituciones, se dirigen á inspirar á todos sus individuos un intrigante y activo espíritu.

La institucion de la compañía no podia en su objeto ser en tanta manera diferente de el de las demas costumbres monásticas, sin diferenciarse tampoco mucho en la forma de su gobierno. Necesario es mirar á las demas órdenes religiosas como otras tantas sociedades voluntarias, en las que todo cuanto pertenece á la comunidad se arregla conforme al voto comun de todos los componentes. El poder ejecutivo existe en las personas colocadas al frente de cada convento ó de toda la órden y el poder legislativo existe en la corporacion. Los asuntos interesantes que competen á las casas particulares, son fijados por artículos conventuales, y los que pertenecen á toda la órden se discuten en los generales. Empero Loyola abundando en ideas de

Forma particular de su gobierno, singularmente con relacion al poder del general.

(1) *Compte rendu* par M. de Monclar, p. 13, 290. *Sur la destruction des jésuites*, par M. d'Alembert, p. 42.

(2) *Compte rendu* par M. de Monclar, p. 12.

Año 1540. una obediencia ciega, ideas que habia adquirido en el estado militar, quiso que fuese monárquico el instituto de su órden. Un general elegido de por vida por los comisionados de las diversas provincias, tenia un poder superior é independiente que pesaba sobre todas las personas y en todas las ocasiones. Nembraba por su propia autoridad todos los provinciales, rectores y demas empleados en el gobierno de la compañía y podia deponerlos siempre y cuando gustase. El solo poseia la suprema administracion de las rentas y patrimonio de la órden: podia mandar á su arbitrio á todos los miembros de la compañía, hacerles satisfacer por su órden las cuotas que juzgaba necesarias segun su propia voluntad, y aplicar sus rentas á lo que mas le acomodase. Todos sus súbditos debian no solo obedecer exteriormente sus mandatos, sino someterle á ciegas todas sus voluntades é ideas de su entendimiento. Estaban obligados á obedecer sus órdenes como si fuese el mismo Jesus: eran bajo su férula unos instrumentos enteramente pasivos, cual la arcilla en manos de un alfarero, ó como inertes cuerpos incapaces de resistencia (1). Este particular gobierno de precision debia imprimir su índole á todos los individuos de la compañía, y dar un poder particular á todas sus pretensiones. En los anales del género humano no hay otro ejemplo de tan puro despotismo, ejercido, no únicamente sobre frailes encerrados en los claustros de su convento, si que sobre hombres esparcidos por todas las naciones del globo.

Circunstan- La constitucion de esta órden al poner en manos de

(1) *Compte rendu au parlement de Bretagne par M. de La Châlotais, p. 41, etc. Compte rendu par M. de Mouclar, 83, 185, 334.*

su general un poder tan absoluto sobre todos los individuos, proveyó igualmente con cuidado los medios de informarle con toda exactitud del carácter y calidades de todos los religiosos. Todo novicio que se presenta para ser admitido en la compañía, está precisado á abrir su conciencia á su superior ó á la persona que aquel designare, á quien debe confesar no solo sus pecados y faltas si que tambien las pasiones é inclinaciones de su corazón. Esta confesion debe renovarse cada medio año (1). La compañía no se ha limitado unicamente á este medio para sondear en lo mas recóndito de los corazones; cada individuo tiene el encargo de observar las conversaciones y acciones de los novicios; estos son espías que velan sobre su conducta, y á cuyo cargo está el informar al superior de todo lo notable que reparen. Para que este descubrimiento salga en cuanto se pueda verdadero, están sujetos á un largo noviciado, durante el que se les hacia pasar gradualmente por todos los diversos empleos de la compañía, y hasta despues de haber cumplido la edad de treinta y tres años, no pueden ser admitidos á emitir sus últimos votos, únicos por los que llegan á ser miembros profesos (2). Toda esta reunion de circunstancias dan á los inmediatos superiores de los novicios, la facilidad de tener una entera ciencia de sus disposiciones y talentos; de modo que el general es el resorte que anima y vivifica toda la compañía y puede tener ante los ojos todos los conocimientos necesarios para dirigir sus operaciones. Los gefes de provincia y los superiores de los conventos tienen por obligacion enviar á menudo y á cier-

Año 1540.  
cias que le colocan en estado de ejecutarlo con mayor provecho.

(1) *Compte rendu par M. de Monclar, p. 121, etc.*

(2) *Compte rendu par M. de Monclar, p. 215 241. Sur la destination des jés. par M. d'Alemb. p. 39.*

Año 1540. tas épocas memorias acerca los religiosos sometidos á su gobierno; deben comprenderse en estas instrucciones: los mas leves pormenores acerca la índole de cada súbdito, sus talentos naturales ó adquiridos, su tacto en los negocios y la clase de ocupaciones ó destinos para que son mas aptos. Estas relaciones extendidas y puestas en orden se trasladan en registros custodiados de manera (1) que el general pueda ver de una ojeada el estado de la compañía entera en todas las partes del mundo, conocer las propiedades y sabiduria de sus individuos y ponerse en estado de elegir con seguridad los instrumentos que su despótica autoridad puede emplear en los ejercicios que juzgaba poder ser mas propios para cada uno de ellos (2).

(1) Mr. de La Chalotais, ha calculado que el número de estas memorias que el general debe recibir todos los años, conforme al reglamento de la compañía llegan á 6584; dividiendo esta suma por 37, número de las provincias de la orden, resulta que se envían anualmente á Roma, 177 memorias acerca el estado de cada provincia. *Compte, etc.* p. 52. Necesario es añadir aun á estas las cartas extraordinarias, ó las de los monitores ó espías que el general ó los provinciales tienen en cada una de las casas. *Compte rendu par M. de Monclar.* p. 431. *Hist. de Jesuit. Amst.* 1761 tom. IV, 56. Las memorias de los gefes de provincia y las de los superiores de cada casa, no tienen por único objeto á los individuos de la compañía; están tambien precisados á noticiar al general todos los asuntos civiles del país donde habitan, en cuanto pueden interesar estas nociones á los asuntos de la religion. Esta cláusula puede ampliarse á todos los casos particulares, de modo que el general quedaba completamente instruido de todo cuanto acontecia en todas las cortes del universo. *Compte rendu par M. du Monclar,* 443. *Hist. des jés. ibid.* p. 58. Cuando los provinciales y ractores debían escribir algo perteneciente á algun asunto de entidad debían valerse de una cifra, de las que habia una para cada uno de ellos á quienes la habia dado el general. *Compte rendu par M. de La Chalotais,* p. 54.

(2) *Compte rendu par M. de Monclar,* p. 215, 439. *Compte rendu par M. de La Chalotais;* 52, 222-

Como el principal objeto de la orden de los jesuitas consistía en trabajar con infatigable ardor en la salvación de las almas, se han hallado empeñados en muchos actos de la vida activa. Desde su primera institución miraron á la educacion de la juventud como uno de sus principales ejercicios; desearon los destinos de directores y confesores, predicaron á menudo para instrucción del pueblo y enviaron misioneros para convertir á los infieles. La novedad de este domicilio y la particularidad de su objeto proporcionaron á la compañía muchos entusiastas y patronos. Los principales que gobernaban la orden fueron bastante hábiles para aprovechar todas las circunstancias de las que podian sacar alguna ventaja, y sus compañeros se aumentaron admirablemente en muy corto tiempo y adquirieron un poder extraordinario. Ante de finir el siglo XVI la compañía estaba al frente de la educacion de la juventud en casi todas las regiones católicas de Europa. Habian logrado ser los confesores de todos los monarcas, cargo interesantísimo en toda suerte de reinado y superior al de ministro en el de un rey apocado. Eran los directores espirituales de casi todas las personas poderosas ya por sus títulos ya por sus calidades; gozaban de la mayor amistad y confianza del Papa, quien los miraba como á los mas celosos y sábios defensores de su autoridad. Conócense á primera vista las inmensas ventajas que una compañía de hombres tan activos, ardorosos é inteligentes, podia sacar de todas las ocasiones. Formaban la inteligencia de los hombres, educándolos cuando jóvenes, y conservaban aquella especie de predominio hasta en su vejez. Gobernaron en diversos tiempos las mas respetables monarquías de Europa, se entrometieron en todos los asuntos y toma-

Año 1540.  
Progresos  
del poder é in-  
flujo de la or-  
den en la so-  
ciedad.

**Año 1540.** ron parte en todas las intrigas y revoluciones. El general, guiado de las noticias que de por todas partes recibia, podia disponer todas las operaciones de la órden con el mas seguro tino, y el despótico poder de, que gozaba le colocaba en posicion de dirigirlas con rigor, y asegurar la ejecucion y el logro (1).

**Aumento de sus riquezas.**

Las riquezas de la compañía prosiguieron aumentándose al propio tiempo que su poder; ideáronse varios medios para eludir el voto de pobreza. Adquirió la órden vastas haciendas en los dominios católicos: podia rivalizar con las mas ricas comunidades en el número y lujo de sus edificios públicos y la riqueza de sus propiedades muebles é inmuebles. Además de los recursos de riqueza que le eran comunes con todo el clero regular, los jesuitas poseian uno que les era particular: lograron de la santa sede el permiso especial de comerciar con las naciones, en cuya conversion trabajaba, so pretesto de afianzar el éxito de sus misiones y de facilitar la manutencion de sus misioneros. En consecuencia empezaron un comercio muy continuo y lucrativo con las indias Orientales y Occidentales; establecieron en diferentes puntos de Europa almacenes provistos de toda especie de mercancías que vendian. No se limitaron á este tráfico; siguieron igualmente el ejemplo de las otras sociedades comerciales, y se dedicaron á edificar domicilios permanentes; adquirieron

(1) Cuando Loyola pidió en el año 1540 al papa la creacion de la Compañía de Jesus, contaba con diez discípulos, empero el número de los individuos de la compañía ascendian ya en el año 1608 á 10,581, solamente sesenta y ocho años despues de su creacion. La órden poseia en el año 1710, 24 edificios de profesos, 19 de novicios, 340 residencias, 612 colegios, 200 misiones, 150 seminarios y escuelas públicas y el número de los individuos de la religion llegaba á 19,998. *Hist. des jés. t. I, p. 20.*

el dominio de una grande y fértil provincia en el continente meridional de América y ejercieron un poder soberano sobre millares de vasallos (1).

El sumo influjo que la compañía de Jesus cobró por desgracia con todos estos medios, ha causado repetidas veces al linage humano las mayores calamidades. La disciplina que observaba la compañía para formar sus individuos y las máximas constituyentes de su fundacion, se dirijian á hacer considerar á cada miembro el interés de la compañía como el principal objeto á que debian posponer toda consideracion. Esta afición á la orden, la mas poderosa quizas que haya animado á una sociedad, es la índole característica de los jesuitas (2); sirve para manifestar el espíritu de su política y la particularidad notable de sus principios y de su conducta.

Funestos efectos que resultaron de esto á la sociedad civil.

Como los individuos debian procurar por el honor y beneficio de la compañía á tomar imperio sobre el corazon de las personas mas eminentes ya por su nobleza, ya por su poder; el deseo de procurarse y conservar mas facilmente la confianza de los hombres, habia hecho que los jesuitas aprobasen un sistema de una relajada y lata moral que pudiese aliarse con las pasiones, presentar bajo buen aspecto los vicios y autorizar casi todos los actos que podian agitar al mas atrevido y poco escrupuloso político.

Como estuviese la prosperidad de la orden intimamente aneja á la conservacion de la potestad del papa, los jesuitas adictos á los intereses de su compañía por el mismo objeto, han debido de ser los mas acerrimos defensores de cualquiera opinion dirigida á ensalzar la

(1) *Hist. des jés. IV*, 168, 196.

(2) *Compte rendu par M. de Monclar*, p. 285.



Año 1540. potestad eclesiástica sobre la destrucción de la civil. Han dado á la corte romana un amplio y soberano poder de jurisdicción, á que en los siglos de ignorancia apenas pudieron alcanzar las pretensiones de los mas presumtuosos pontífices. Han sostenido que los eclesiásticos de ninguna manera deben depender de la autoridad civil. Respeto á la obligación de resistir á los enemigos de la religion católica han publicado una doctrina que patrocinaba á los delitos mas atroces, y que se dirigia á destrozár los nudos que unen á los príncipes con sus pueblos.

Como la compañía debia su crédito y poder al abinco con que patrocinaba á la iglesia romana contra los tiros de los reformados, sus individuos envanecidos por esta distincion se han trazado como un deber esencial, combatir las opiniones y cortar los adelantos del protestantismo. No existe astucia ni medio alguno de que no se hayan servido para este objeto. Siempre continuamente se han opuesto á todos los dócmas de vanidad y tolerancia que se proponian á favor de los reformistas. Siempre han procurado mover contra ellos todo el furor de las persecuciones tanto eclesiásticas como seculares.

Los demas religiosos se han aventurado verdaderamente á enseñar tambien iguales perniciosas doctrinas, y han sostenido unos dócmas tan opuestos al buen orden como á la prosperidad de la sociedad civil; empero han esparcido estas doctrinas ó mas ocultamente ó las han imbuido con menos fruto por unos motivos que son fáciles de adivinar. Cualquiera que recopile los acontecimientos de Europa que se han visto de dos siglos á esta parte, verá que con toda justicia se puede acusar á los jesuitas de la mayor parte de las calamidades.



Vales atraídas por esa peligrosa y corrompida moral; por esas locas opiniones acerca el poder eclesiástico, y por ese intolerante espíritu que ha manchado la reputación de la iglesia romana durante toda esta época y que ha ocasionado tantas desgracias al orden social (1).

Pero entre tan lastimeros efectos de la institucion de esta sociedad, preciso es confesar que el linage humano ha logrado con ella algunas ventajas importantes. Como la compañía de Jesus miraba como uno de sus principales objetos la educacion de la juventud, y como las primeras pruebas que practicaron para abrir colegios en donde pudieran tener escolares, sintieron la mayor oposicion por parte de las universidades en diversos paises de Europa, les fue necesario procurar aventajar á sus rivales en sabiduría y talentos á fin de atraerse la voluntad pública, y por lo mismo se aplicaron con mayor esmero á la literatura antigua. Ideáronse varios métodos para mas fácilmente instruir á la juventud; el logro de sus esfuerzos no les ha servido de poco para apresurar los adelantos de las bellas letras, y en cuanto á esto se les debe mucho. No solamente lograron enseñar los rudimentos de la literatura, si que tambien han salido de la compañía sabios maestros en los diversos ramos de todas las ciencias, y puede envanecerse de haber visto salir de entre ellos muchos mas escelentes escritores que todas las otras comunidades religiosas reunidas (2).

Ventajas originadas de la fundacion de esta orden.

(1) *Dict. Encyclop. art. Jésuites*, t. VIII. p. 513,

(2) M. de Alembert ha observado que si bien los jesuitas habian ejercido con feliz éxito todas las clases de erudicion; si bien han salido de entre ellos, matemáticos, anticuarios, criticos famosos; si bien han formado oradores de nombredia, nunca jamas han produ-

Año 1540. Empero el Nuevo Mundo es el lugar en que los jesuitas han practicado su sabiduría con el mayor lustre y del modo mas propio para el bienestar del genero humano. Los conquistadores de esta infeliz porcion del universo, ño tuvieron otro objeto que el robar, esclavizar y esterminar á sus moradores; la compañía de Jesus, es la única que se ha establecido allí con miras de humanidad. Lograron á principios de este último siglo la entrada en la provincia de Paraguay, la que se estiende por el centro del continente meridional de América desde lo interior de las montañas del Potosí hasta los limites de los establecimientos españoles y portugueses en las riberas del rio de la Plata.

Y mas particularmente la residencia de los jesuitas en el Paraguay.

Hallaron á los habitantes de estas tierras á poca diferencia en el estado en que se hallan los hombres cuando empiezan á reunirse en sociedad; carecian de todo oficio, procurábanse una precaria subsistencia con el producto de su caza ó pesca, y apenas conocian los primeros rudimentos de subordinacion y de política. Los jesuitas tomaron á su cargo la instruccion y civilizacion de aquellos salvages. Les enseñaron á cultivar la tierra, á criar animales domésticos y á construir edificios.

cido un solo hombre de un entendimiento bastante claro, de un juicio bastante sano para merecer el nombre de filósofo. Parece que esto procede inevitablemente de la educación monástica, que limita el entendimiento humano y encadena al talento. La parcial adhesion de un fraile para los intereses de su orden, intereses casi siempre en oposicion con el de los demas ciudadanos, la costumbre de una ciega obediencia á las órdenes de su superior, envilecen las facultades del alma, apagan aquella energía en la voluntad, y el valor que inspiran unas ideas justas por lo que respecta á quanto tiene relacion con la moral y el régimen de la vida. Fra-Paolo es tal vez el único religioso que haya sobresalido de entre las preocupaciones monásticas, que haya estudiado las acciones humanas y juzgado de los intereses sociales con la vasta vista de un filósofo, el tacto de un hombre práctico en los negocios y la nobleza de una alta cuna.

Les arrastraron á reunirse en aldeas, instruyéronlos en las artes y fabricacion; hiciéronles probar los atractivos del trato y las ventajas que proporcionan la seguridad y el buen órden. Estos pueblos se convirtieron de esta suerte en vasallos de sus bienhechores, quienes les gobernaron con el amor y cuidado que un padre á sus hijos. Respetados, amados y casi idolatrados, unos cuantos jesuitas imperaban sobre millares de indios. Sostenian una igualdad perfecta entre todos los individuos de aquella innumerable comunidad. Cada uno estaba obligado á trabajar, no únicamente para sí sino tambien para el público. El producto de sus campos, los frutos de su industria, todo se depositaba en almacenes comunes desde los que se iba repartiendo á cada individuo segun sus necesidades. Esta especie de constitucion arrancaba de raiz casi todas las pasiones que promueven los disturbios en la sociedad y hacen infelices á los hombres. Un corto número de ministros públicos, nombrados por los mismos indios, miraban por la tranquilidad pública y aseguraban el respeto á las leyes. Las sangrientas penas, tan comunes en los demas gobiernos, no eran allí conocidas: una reprension de un jesuita, una ligera señal de infamia, ó algunos azotes en los casos mas extraordinarios, eran suficientes para conservar el órden público entre aquel pueblo inocente y feliz (1).

Empero en este mismo esfuerzo de los jesuitas para la felicidad del género humano, y que merece su reconocimiento, la clase de su política y el espíritu de sus costumbres se mezclaron tambien y fácilmente se reco-

La ambicion y política de la compañía se callan en esto.

(1) *Hist du Paraguay, par le P. de Charlevoix, tom II, p. 42, etc Voyage au Pérou, par Don G. Juan et D. Aut. de Ulloa, tom. I, p. 530, etc Paris, in-4°, 1752.*

Año 1540. nocen. Dirigíanse descaradamente á fundar en el **Pa-  
raguay** un imperio independiente, solamente sujeto á  
la compañía, y que no hubiera dejado de dilatar la do-  
minacion de la órden en toda la parte meridional de  
**América**, por motivo de su excelente constitucion y go-  
bierno. Con este deseo y con el de que los españoles y  
portugueses, cuyos dominios eran fronterizos á los su-  
yos, no tomaran ninguna suerte de poder sobre el pue-  
blo que dominaban, los jesuitas procuraron imbuir á los  
indios, aborrecimiento y desprecio hácia estas dos na-  
ciones, y habian interceptado toda suerte de comuni-  
cacion entre estas y las del **Paraguay**. Habian prohibido  
que ningun comerciante español ni portugués pisase su ter-  
ritorio. Si se veian precisados á recibir entre ellos, de  
parte de los gobiernos inmediatos, alguna persona honra-  
da con algun cargo público, no la permitian ninguna re-  
lacion con los indios ni permitian la entrada á ninguno  
de estos en la casa que habitaba el extranjero, á no ser  
que fuese en compañía de algun jesuita. Para poner aun  
mas trabas á toda relacion con los extranjeros, evitaban  
cuidadosamente enseñar á los indios la lengua española;  
como tambien las demas de **Europa**; empero asi como  
iban civilizando alguna nueva tribu, procuraban intro-  
ducir en ella una especie de dialecto de la lengua in-  
diana, que procuraban hacer general en todos sus domi-  
nios.

Como todas estas precauciones no hubieran sido su-  
ficientes, sin una fuerza armada, para asegurar en lo  
sucesivo la tranquilidad de su imperio, instruyeron á  
sus vasallos en el arte de pelear al estilo europeo: Or-  
ganizaron cuerpos de caballería y de infantería, bien  
armados y disciplinados. Se abastecieron de gran can-  
tidad de artillería, y edificaron grandes almacenes bien

provistos de armas y municiones de toda clase. Lograron organizar de esta suerte un ejército bastante crecido y bien mantenido para ser poderoso en un territorio, en que las fuerzas armadas de los españoles y portugueses se limitaban á algunos destrozados y mal ejercitados batallones (1).

El poder de los jesuitas no progresó mucho durante el reinado de Carlos V, quien columbró con su acostumbrada inteligencia el objeto y plan peligroso de aquella compañía y la impidió dilatarse (2). Empero como su institucion pertenece al período de tiempo de esta historia, y que el siglo en cuyo tiempo se escribió esta ha visto su disolucion, la reseña que se acaba de dar de las leyes y gobierno de esta formidable compañía, no puede disgustar á los lectores, tanto mas cuanto una favorable casualidad ha ofrecido la ocasion de dilucidar este asunto con la mayor veracidad. La Europa habia ya conocido por el espacio de dos siglos la ambicion y engrandecimiento de la compañía, empero no podia ver claramente sus verdaderas causas, aunque habia probado asaz fuertemente sus fatales efectos. No tenia conocimiento de sus estatutos particulares que formaban el carácter de la constitucion política y el gobierno de esta órden: á pesar de esto estas instituciones eran bajo las que se dirigian el espíritu de intriga y ambicion que hacia remarcables á los individuos, y que se inclinaba á aumentar constantemente el poder de la sociedad. Uno de los principios favoritos de los jesuitas, y ya desde su fundacion, fue no publicar jamas

Año 1549.

Razones que han inducido al autor á dilatarse respectivamente al gobierno y propagacion de esta órden.

(1) *Voyage de Juan et d'Ullon, tom. I, 549. Recueil de toutes les piéces qui ont paru sur les affaires des jésuites en Portugal, tom. I, p. 7, etc.*

(2) *Compte rendu par M. de Monclar. p 312.*

Año 1540. los institutos de su orden, y los que ocultaban como un secreto impenetrable. Nunca jamas los comunicaban á extraños, y hasta á muchos de sus mismos individuos se les tenia oculto (1); y cuando algun tribunal les requeria que los presentasen, negáronse siempre á obedecer. De esta suerte la potestad civil autorizó, ó á lo menos toleró, por una extraordinaria falta de política, en diversas regiones el domicilio de una sociedad de hombres que aparentaban esconder con suma diligencia sus instituciones y leyes, precaucion que por sí sola debía ya ser motivo bastante para espulsarlos. Durante las investigaciones últimamente hechas contra ellos en el reino de Portugal y en Francia, han cometido finalmente la imprudencia de enseñar los misteriosos registros de sus institutos; hace reconocido por medio de estos originales documentos los principios de su gobierno, y se ha dado con el origen de su formidable poder con un grado de exactitud y veracidad imposible de haberse logrado (2) antes de este acontecimiento.

Después de haber hecho mencion del influjo poderoso de la constitucion y del espíritu de la orden de la compañía de Jesus, con la libertad aneja á un histo-

(1) *Hist. des jés. tom. III, 236, etc. Compte rendu par M. de La Chalotais, p. 38.*

(2) Hause sacado la mayor parte de estas nociones, acerca la constitucion y gobierno de los jesuitas, de las relaciones presentadas por M. de la Chalotais y M. de Monclar. A pesar de esto no se ha únicamente añanzado en solo la autoridad de estos magistrados, tan dignos de respeto por su carácter como por sus talentos; si que tambien en los numerosos pasages extractados de las constituciones de la orden, las que han estado depositadas en sus manos. Hospinian, doctor protestante de Zurich, en su historia jesuítica, que se imprimió en el año 1619, ha publicado una pequeña parte de sus constituciones, cuya copia habia casualmente llegado á su poder. p. 13, 54,

riador, la veracidad é imparcialidad que imprime este carácter han precisado al autor á añadir en favor de la compañía algunas observaciones, y es que ninguna clase del clero regular se ha señalado tanto por la pureza de sus costumbres como los individuos de la compañía en general. Las ideas de su intrigante, ambiciosa é interesada política (1) era fácil que obrasen su influjo en el pecho de los que mandaban la compañía, y hasta pervertir el corazon y conducta de algunos de sus miembros; empero su mayor parte, ocupada en la carrera literaria, ó empleada en los ritos religiosos, llevaba por guia los acostumbrados principios que separan á los humanos del vicio y los guian á ser honrados y virtuosos. Nada es mas adecuado á la atencion de un hombre sabio, deseoso de conocer las revoluciones de el género humano, que los motivos que han influido en arruinar esta compañía tan formidable, como las circunstancias y resultados que han seguido á este acontecimiento en los diversos reinos de Europa, pero pertenecen á una época, que dista mucho de la historia esta.

Apenas hubo Carlos repuesto el sosiego en los Países-Bajos, que se vió precisado á poner su atencion en los asuntos de Alemania. Los protestantes le importunaban con ahinco á que hiciese practicar la conferencia que debia celebrarse entre algunos teólogos elegidos de entre los dos partidos, lo que se habia espresamente pactado en el convenio celebrado en Francfort. El proyecto de hacer igualmente examinar y hasta determinar los puntos de la cuestion, pareció al Sumo Pontifice un ataque al derecho que él propio se

Negocios de  
Alemania.

(1) *Sur la destruction des jésuites*, par M. d'Alembert, p. 55.

Año 1540. conferia de ser su juez supremo. Convencido de que la conferencia, ó bien seria inútil si no decidia nada, ó muy peligrosa si decidia mucho, hizo cuanto pudo para impedir se realizase. Empero Carlos que juzgaba interesarle mas poseer el corazon de los alemanes que el dar gusto al papa, hizo poco caso de sus pretensiones. Dispusiéronse en una dieta celebrada en Hagenau los asuntos de que se deberian ocupar en la conferencia, y esta se entabló en otra dieta que se celebró en Wormes; por una parte Melancthon y por otra Eckius fueron los dos mas principales diputados; habian ya hecho algunos adelantos, pero sin haber concluido aun nada, cuando por orden del emperador interrumpió la conferencia; y mandó que se empezara de nuevo con mayores solemnidades y en su presencia en una dieta que al efecto convocó en Ratisbona. En efecto abrióse la reunion con la mayor solemnidad, y todo el mundo esperaba una contienda de las mas encarnizadas, y un éxito decisivo, cuando los dos partidos se convinieron en conceder al emperador la facultad de nombrar las personas que debían sostener la disputa, y en vez de darle la forma de un público certamen convinieron en examinar é indagar amistosamente los artículos que habian motivado la contienda. Nombró el emperador por parte de los católicos á Eckius, Gropfer y Pflug y por la de los protestantes á Melancthon, á Bucer y á Pistorius, que disfrutaban los seis de la mejor reputacion en su bando, y todos sobresalientes, por su moderacion y deseos de buena armonía, excepto Eckius. Cuando iban á empezar sus contestaciones, envióles el emperador una obra escrita, segun decia, por un eminente teólogo de los Países-Bajos, con moderacion y tanta claridad, que podia á su parecer sa-

Conferencia  
entre los teólogos  
católicos y  
protestantes.

25 junio, y  
6 de diciem-  
bre del año  
1540.

Año 1541.



visfacer y poner en buena armonía á los dos partidos. Sospechóse con el tiempo que aquel escrito era obra del canónigo Gropper, uno de los mismos doctores nombrados; sugeto que reunia á su mucha astucia, una vasta erudicion. Dicha obrita la formaban varios asertos sobre veinte y dos de los principales principios teológicos que abrazaban casi todas las cuestiones suscitadas entonces entre los luteranos y la iglesia romana. El autor habia procurado esponer sus ideas de un modo natural, darlas á entender sencillamente, no emplear otras espresiones que las mismas vertidas en la sagrada Escritura, ó de los antiguos padres de la iglesia, mitigar el rigor de algunas opiniones, modificar y esplanar lo que en otras parecia ridiculo, aproximar las opuestas opiniones, concediendo algunos puntos ya del uno ya del otro partido; habia puesto todo su conato en evitar, cuanto le fuese posible, las frases escolásticas y todas aquellas espresiones de disputa; que son como otras tantas señales de division entre las diversas sectas, y que han originado mas furiosas contiendas entre los teólogos que lo mas esencial de las opiniones; finalmente habia trabajado en su obra de manera que se esperaba alcanzaria avenir y concluir las contiendas religiosas (1).

Empero los hombres de aquel siglo ponian tanta atencion y maña en las contiendas religiosas que no se les podia engañar con ningun pretesto por especioso que fuese. El calor y larga duracion de esta disputa habian de tal suerte separado á los dos bandos uno de otro, y habia metido tan grande oposicion en los ánimos, que era imposible avenirles con parciales con-

Inutilidad  
de la conferen-  
cia.

(1) Goldast. *Constit. imper. l. II, p. 182.*

Año 1541. cesiones. Todos los celosos católicos, en particular el clero que estaba presente en la dieta, condenaron unánimes la obra de Gropper, como demasiado propicia á las doctrinas de Lutero, y supusieron que encerraba el veneno de su heregía de un modo tanto mas perjudicial cuanto mas la ocultaba. Los fanáticos protestantes, particularmente Lutero y su protector el elector de Sajonia, querian por su parte que se despreciase aquel libro, como á una impía mezcla de verdad y mentira, dispuesto engañosamente para alucinar á las almas candorosas, flacas y tímidas.

Empero los doctores nombrados para examinarlo, procedieron con mayor tino y moderacion. Era efectivamente mucho mas asequible y menos contrario á la dignidad de la iglesia hacer algunas concesiones y consentir en alguna variacion en opiniones de pura especulacion, cuya determinacion no sale de lo interior de las escuelas, y que nada demuestran al pueblo que ataque á su imaginacion ú ofenda á sus sentidos; no les costó mucho convenirse en este punto y hasta conciliar á comun satisfaccion el interesante artículo de la justificacion de los hombres. Empero cuando llegaron á los negocios de jurisdiccion que pertenecia á los intereses y poder de la santa sede, ó á los ritos y fórmulas del culto exterior, artículos con respecto á los que de necesidad debia toda variacion hacerse pública y manifestarse á los ojos de todo el pueblo; manifestáronse los católicos de todo punto inalterables: la iglesia no podia anular las viejas instituciones, sin que peligrase su seguridad y su honor de que se le faltase al respeto. Todos los puntos relativos al poder pontificio, á la autoridad de los concilios, á la administracion de los sa-

eramentos, al culto de los santos, y otros muchos no admitian por su naturaleza ninguna concesion: de modo que despues de muchos esfuerzos para lograr algun convenio acerca estos varios asuntos, se convenció el emperador de que todos sus trabajos serian infructuosos. A pesar de esto, sumamente deseoso de acabar la dieta, alcanzó que la pluralidad de votos accediese á aprobar la siguiente resolucion, á saber: que los artículos acerca los que se habian convenido los doctores en esta dieta, se tendrian como á determinados y se observarian inviolablemente por entrambas partes; en cuanto á los artículos en que no estaban acordes los ánimos, se remitirian á la determinacion de un concilio general, y que si este no era dable efectuar, á la de un sínodo que tendria lugar en Alemania; ó finalmente que si no se alcanzaba reunir el sínodo, que convocaria dentro diez y ocho meses una dieta general del imperio para pronunciar un fallo definitivo acerca el total de la cuestion, que el emperador se valdria de toda su amistad y autoridad para con el papa, para convocar á un concilio general ó á un sínodo nacional; que durante este término no se trabajaria para aumentar los prosélitos y que no se usurparian las rentas de la iglesia ni las de los monasterios (1).

Todo cuanto se obró en esta dieta y sus últimas consecuencias, ofendieron altamente al papa. El derecho que los alemanes se habian abrogado de nombrar sus teólogos para examinar y determinar los puntos de la cuestion, le pareció un peligroso ultrage de sus derechos; se agravió tambien, como de un acto de inobediencia de que habian vuelto á proponer la antigua

Año 1541.

Julio 28.  
Resuélvese la  
dieta de Ratis-  
bona á favor  
de un concilio  
general.

Disgusta  
igualmente á  
católicos y pro-  
testantes.

(1) Sleidan, etc. Pallav. l. IV, c. II, p. 136. Fra-Paolo, 86. Seck. l. III, p. 256.

Año 1541. pretension de convocar un sínodo nacional al que tantas veces se habian negado él y sus antecesores; empero la sola idea de una dieta que se compondria de muchos mas legos que eclesiásticos, y que tendria el poder de sentenciar definitivamente sobre artículos de fe, pareció á los católicos una profanacion tan criminal como la mayor de aquellas heregías que con tanto ahineo pretendian estirpar. Los protestantes por su parte, tampoco se contentaron con una determinacion que constreñia infinito á su libertad de que habian disfrutado hasta entonces. Prorumpieron con violentas quejas contra esta decision, y Carlos para no dejar gérmenes de discordia en su imperio, otorgóles una concesion particular redactada con espressiones las mas terminantes, que les esceptuaba de cuanto de injurioso ó despótico encontraban en la decision de la dieta, y les conservaba en la entera posesion de todas las prerogativas que se les habian concedido (1). Tan-ta benevolencia por parte del emperador, podia parecer extraordinaria, empero se veia precisado á obrar de aquel modo por el estado de sus negocios en aquella época. Conocia como inevitable un rompimiento con la Francia, y que este no podia tardar; y no osaba es-ponerse á dejar en el corazon de los protestantes un des-asosiego que podria llevarlos á procurarse de nuevo para su propia seguridad el apoyo de la Francia, con-tra la que estaban en aquel entonces muy resueltos. La moderacion con que Carlos los trataba, se fundaba to-davía en una razon mas perentoria y necesaria; cuales eran los rápidos progresos que estaban haciendo los turcos en Hungría. Acababa de verificarse en aquel

Procura Car-  
los contentar á  
los protestan-  
tes.

Asuntos de  
Hungría.

(1) Sleid. 283. Seckend. 366. Dumont, *Corps diplom. IV*,  
*part. II*, 210.

reino una grande revolucion. Juan Zapol Scæpus, habia como ya se ha dicho preferido poseer un reino tributario antes que renunciar á la potestad real de que disfrutaba: habia quitado á Fernando, auxiliado de Soliman su formidable protector, mucha parte de la Hungría, y solamente le habia dejado una precaria posesion de lo restante. Empero Juan queria la paz, y las frecuentes tentativas que Fernando y los de su bando hacian continuamente para recobrar lo que se les habia quitado, le ponian en grande aprieto: por otra parte, no era menos sensible á la necesidad á que se hallaba reducido de llamar en su ayuda á los turcos, á los que miraba mas como á dueños que como amigos, y que en realidad hablaban como á tales. A fin de salir de esta sensible alternativa, y asegurarse la tranquilidad necesaria, para disfrutar pacíficamente de su aficion á las artes y pasatiempos favoritos, verificó con su rival un convenio secreto, cuya única condicion era que Fernando le reconoceria por rey de Hungría y le dejaria gozar con sosiego por la duracion de su vida la porcion del reino que poseia, con la condicion de que despues de su muerte todo el reino pasaria bajo el dominio de Fernando (1). Como el rey de Hungría era soltero y ya de avanzada edad, las condiciones de este tratado parecieron muy favorables para Fernando; empero los nobles del reino, deseosos de estorbar el que un extranjero les gobernase, poco tiempo despues indujeron á Juan á que dejase su estado de soltero, contrayendo matrimonio con Isabel, hija de Segismundo, rey de Polonia.

Juan tuvo el gusto de ver nacer antes de su muerte Muerte del

(1) Istuanbaffi, *Hist. Hung. lib XII, p. 135.*

Año 1541.  
rey de Hun-  
gria.

que se verificó en el mismo año de su matrimonio, un heredero de su nombre y de su reino. Le dejó la corona sin atender á su convenio con Fernando, al que tuvo seguramente por nulo por un acontecimiento que no se habia previsto al tiempo de firmarlo. Dejó á la reina viuda y á Jorge Martinuzzi obispo de Varadin por tutores de su hijo y por regentes del reino. La mayoría de la nacion reconoció al punto al niño rey á quien apellidaron Estéban, en recuerdo del fundador de aquella monarquía (1).

Fernando aunque sumamente avergonzado, por este imprevisto acontecimiento, no quiso á pesar de esto renunciar á un reino al que tenia derecho por su tratado con Juan. Envió comisionados á la reina, reclamando su posesion y convidándola con la Transilvania como un dominio de su hijo. Preparóse al propio tiempo para apoyar sus reclamaciones con la fuerza de las armas. Empero los sugetos en quienes habia puesto Juan la confianza para cuidar de su hijo, estaban dotados de harto valor para ceder tan fácilmente su corona, y tenian todos los necesarios recursos para defenderla con valor. La reina reunia á la astucia particular de su sexo un corage varonil, orgullo y magnanimidad. Martinuzzi que debia su elevacion únicamente á su mérito, desde la mas ínfima clase al elevado cargo que ocupaba, era uno de aquellos hombres extraordinarios, destinados, por la estension y diversidad de talentos, para representar un magnífico papel en tiempos de revueltas y facciones. Aparentaba un exterior humilde y una piedad austera en el ejercicio de sus atribuciones eclesiásticas. Demostraba en los asuntos gubernativos

Carácter de  
Martinuzzi y  
su poder.

(1) Jovius, *Hist. l. XXXIX, p. 239, A. etc.*

Tanta actividad y astucia como energía. En la guerra, se deshacia de la sotana, y montaba á caballo armado con su espada y rodela, tan intrépido, valiente y arrogante como cualquiera otro de sus compatriotas. En medio de las varias y contrarias formas que sabia tomar, manifestaba un insaciable deseo de autoridad y dominio. Fácil era adivinar la contestacion que iba á recibir Fernando. Bien pronto quedó convencido que únicamente debia contar con la fuerza para poder tomar posesion del reino de Hungría. Levantó una division de alemanes á la que reunieron sus partidarios sus vasallos é hizo marchar este ejército contra la porcion del reino que se habia decidido por Estéban. Martinuzzi ya conoció que no podia oponerse en el llano á un ejército tan numeroso, contentóse pues en poner fuera de peligro á las ciudades, y particularmenté á la de Buda que con esmero proveyó de todo lo necesario para su defensa. Envió al propio tiempo embajadores á Soliman suplicándole que otorgase al hijo el mismo patrocinio que al padre habia sostenido por tanto tiempo en el trono. Fernando se esforzó para estorbar este ajuste, y hasta se abajó á recibir la corona de Hungría con las mismas condiciones que la poseia Juan y á hacerse tributario de la Puerta Otomana; empero el sultan conoció convenirle mas proteger al niño rey, lo que le prometió, y realmente mandó marchar un ejército á Hungría, al que siguió él inmediatamente poniéndose al frente de otro. Entre tanto los alemanes deseando acabar la guerra con la toma de una ciudad en la que estaban encerrados el rey y su madre, emprendieron el sitio de Buda. Martinuzzi que habia reunido allí todas las fuerzas de la nobleza húngara, defendió la ciudad con tanto denuedo y pericia que dió tiempo á

Llama á los  
turcos en su  
ayuda.

Año 1541.

los turcos de venir en su ayuda. A su llegada atacaron á los alemanes debilitados por el cansancio, las enfermedades y deserciones, los derrotaron é hicieron en ellos gran destrozo (1).

Conducta  
malvada de  
Soliman.

Soliman no tardó en reunirse á sus vencedoras tropas; cansado de costosas expediciones para defender estados que no eran suyos, ó inducido quizas por la hermosa ocasión y favorable que se le presentaba de apoderarse de un reino que poseia un niño bajo la tutela de una muger y de un sacerdote, sacrificó bastante fácilmente á estos motivos de interes personal todos los principios de honor y afectos humanos. Acudió Soliman al artificio para la ejecucion de un plan cuyo proyecto solamente era una infamia; hizo de modo que la reina consintiese en traer á su campo al rey niño, á quien decia deseaba ardientemente ver; invitó al propio tiempo á los magnates de la nobleza húngara á conferirse allí y presenciar una fiesta que iba á dar. Mientras todos disfrutaban sin recelo de la alegría y bullicio de la fiesta, una partida de sus mejores tropas se apoderó de una de las puertas de Buda. Dueño de la capital, del niño rey y de los principales de la nobleza, mandó conducir á la reina y su hijo á la Transilvania que les señaló por herencia, y nombró un bajá para permanecer en Buda con un ejército respetable, y juntó de esta suerte la Hungría al imperio otomano. No pudieron conmoverle las lágrimas ni reconvenciones de una desgraciada reina; y Martinuzzi, harto débil para oponerse á la voluntad absoluta del sultan, se esforzó en vano para disuadirle de su resolucion (2).

(1) Istuanhaffii. *Hist. Hung. l. XIV. p. 150.*

(2) Istuanhaffii *Hist. Hung. l. XIV, p. 56. Jov. Hist. l. XXXIX.*



Antes que Fernando supiese esta violenta usurpacion, por su desgracia habia enviado á Soliman nuevos embajadores para manifestarle aun sus derechos á la corona de Hungría y retirar sus primeras promesas de poseer aquel reino de manos de la Puerta Otomana y pagarle por ello una pension anual. El sultan envanecido por su victoria y creyéndose con derecho de imponer la ley á un monarca que le invitaba de su propio corazon con espresiones tan poco decentes, manifestó que no detendria el curso de sus movimientos militares á no ser que Fernando evacuase al momento todas las ciudades que tenia aun en su poder en Hungría y que consintiese en satisfacerle un tributo anual sobre el Austria, con el objeto de indemnizar al sultan de las grandes sumas que la invasion orgullosa de Fernando en Hungría habia ocasionado á la Puerta Otomana para defender aquel reino (1).

Año 1546.  
Proposición  
que hace Fernando á Soliman.

Tal era el estado de los negocios de Hungría. Como estos fatales acontecimientos habian tenido lugar antes del decreto de la dieta de Ratisbona, y que daba entonces ocasion de temerlos, Carlos conoció el riesgo que habia en escitar el enojo de los alemanes en el momento en que tan poderoso enemigo estaba próximo á precipitarse sobre el imperio, y que únicamente obtemperando con los protestantes y concediéndoles sus pretensiones, podia esperar que estos le ausiliasen con valor, ya para ganar por fuerza de armas la Hungría, ya para defender las fronteras del Austria. Alcanzó su intento con las concesiones de que se ha ya hablado; los protestantes accedieron en suministrarle para sos-

(1) Istuanhaffii. *Hist. Hung. l. XIV. p. 158.*

Año 1541. tener la guerra contra los turcos, secorros de hombres y dineros en tanta abundancia que ya quedó tranquilo acerca la tranquilidad de la Alemania para la próxima campaña (1).

El emperador visita la Italia.

Al momento de concluida la dieta partió el emperador para Italia. A su paso por Luca, tuvo una corta conferencia con el papa, en la que se convinieron en los medios mas á propósito para terminar las contiendas religiosas que asolaban la Alemania; empero esta conciliacion no podia llevarse á cabo entre dos príncipes cuyas miras é intereses en este asunto estaban tan opuestos. Todos los esfuerzos del papa para sanar los motivos de disension que separaban á Carlos de Francisco, y para destruir la enemistad natural que amenazaba estallar bien pronto con una guerra abierta, no tuvieron mejor resultado.

Su expedicion contra Argel y lo que la motivó.

Tenia el emperador tan ocupada su mente con la grande empresa que tenia ideada contra Argel, que bien poca atencion puso en las propuestas y medidas del papa; apresuróse pues á reunirse con su escuadra y ejército (2).

Argel continuaba siempre dependiente del imperio turco, bajo cuyo poder le habia puesto Barbaroja. Desde que mandaba la escuadra del sultan en clase de capitan bajá, mandaba en Argel Hassen-Agá, eunuco renegado, quien habiendo pasado á servir á los piratas por todos los grados, habia adquirido grandes conocimientos en la guerra y era capaz de obtener una colocacion que requiriese á la vez valor y saber á toda prueba. Hassen para manifestar que era digno de este honor, ejercia sus piraterías contra todos los demi-

(1) Sleidan, 383.

(2) Sandov *Hist. tom II, p. 298.*

ños de la cristiandad con una actividad tan maravillosa que sobrepujaba si es posible al mismo Barbaroja en atrevimiento y barbarie. Sus rapiñas habían casi paralizado el comercio del Mediterráneo. Atemorizaba con tanta frecuencia las costas españolas que se vieron precisados á edificar de trecho en trecho cuerpos de guardia y á mantener continuamente vigías para avisar cuando se acercaban los berberiscos y salvar de sus invasiones á los habitantes (1). El emperador desde mucho tiempo recibía ejecutivas lamentaciones de parte de sus vasallos; se le manifestaba que su propio interés á la par que la humanidad le imponían igualmente la obligación de ganar á Argel, transformado desde la toma de Túnez en el nido de todos los piratas, y de aniquilar esta especie de bandidos, encarnizados enemigos de todo lo que llevaba el nombre de cristiano. Determinado por estas súplicas, halagado igualmente por la esperanza de añadir nuevos laureles á la gloria de su última expedición contra los turcos, Carlos antes de salir de Madrid para dirigirse á los Países-Bajos, había dado sus disposiciones tanto en España como en Italia para preparar una armada y levantar un ejército destinado para esta empresa. Las variaciones que acontecieron en las circunstancias no mudaron su resolución: ni las ventajas de los turcos en el territorio, ni las súplicas de sus más leales amigos de Alemania, representándole que su principal objeto debía estar fijo en la defensa del imperio; ni los dictérios de los que le odiaban, y que se burlaban de él porque se apartaba del enemigo que tenía cerca, para ir lejos en busca de otro que no era dig-

(1) Jovii. *Hist. l. XXX, p. 266.*

Año 1541. no de su enojo, nada pudo moverle á, que condujese sus ejércitos á Hungría. Verdaderamente hubiera sido una guerra honrosa ir á atacar al sultan en aquel suelo; empero no llegaba á tanto su poder, y tampoco se conformaba con sus intereses. Hubiera sido necesario hacer venir las tropas de España é Italia, para llevarlas á unas tierras lejanas; proveer á los grandiosos preparativos que eran necesarios, para transportar la artillería, las municiones y bagages de todo un ejército; acabar en una sola campaña una guerra de dudoso éxito; y este proyecto habria llevado consigo harto euantiosos y duraderos gastos para que los pudiese suportar el exausto tesoro del emperador, cuando se hubiese puesto en planta con muchas campañas.

A mas de todo esto, empleando en aquellas regiones sus principales fuerzas, los dominios que poseia en Italia y en los Países-Bajos hubieran quedado expuestos al ataque del rey de Francia, que no dejaria de aprovechar una ocasion oportuna para hacerle allí la guerra. Aun mas, su espedicion de Africa, cuyos preparativos estaban ya concluidos, y verificados los gastos, requeria solo un esfuerzo, el que ademas de la tranquilidad y placer que daria á sus vasallos, gastaria en ello tan poco tiempo que el monarca francés no tendria oportunidad de aprovechar su ausencia para atacar sus dominios de Europa.

Sus aprestos. Todos estos motivos indujeron á Carlos á persistir en su primera determinacion con invariable resolucion; desechó los consejos del papa, los de Andres Doria que le suplicaba no espusiese toda una escuadra á una casi inevitable ruina, aventurando el abordage en las peligrosas costas de Argel, en una estacion tan adelantada en que casi siempre reinaban con violencia los

vientos de otoño. Despues de haberse hecho á la vela con las galeras de Doria en Porto-Vénere en el Genovesado, pronto conoció que aquel inteligente marino habia formado mejor opinion que él, de un elemento que realmente debia conocer mas. Levantóse una tormenta horrorosa que solo despues de los mayores esfuerzos y de haberse visto en el mayor riesgo, pudo abordar Carlos en la isla de Cerdeña donde se habia señalado el punto de reunion de toda la escuadra. Empero como el valor del emperador era constante y de un carácter decidido, las reflexiones del papa, las de Doria, los mismos riesgos á que se acababa de ver expuesto, solo hicieron ponerle mas firme aun en su primera resolucion. Bien es verdad que las fuerzas que habia reunido eran suficientes para infundir las mayores esperanzas de un feliz éxito, hasta á un monarca menos valiente y presuntuoso. Consistian estas fuerzas en veinte mil hombres de infantería y dos mil de caballería entre españoles, italianos y alemanes, cuya mayor parte eran ya veteranos, y en tres mil voluntarios lo mas brillante de la nobleza italiana y española, que se habian apresurado á dar gustó al emperador acompañándole á esta espedicion, y que se manifestaba deseosa de repartirse con él la gloria de que juzgaba que iba á llenarse. Ademas habíansele reunido de Malta mil soldados que le daba la orden de San Juan, mandados por ciento de sus mas valientes caballeros.

La navegacion desde la isla de Mallorca á las playas de Africa fue tanto mas larga y peligrosa que la que acababa de verificar. Cuando se aproximó á la costa, la furia del mar y fuertes vientos no permitieron que desembarcasen sus tropas. Finalmente el emperador aprovechó un propicio momento y las desembarcó sin

Desembarca  
en Africa.

AÑO 1541. dificultad, harto próximas á la capital de Argel, contra la que marchó inmediatamente. Unicamente tenia Hassen para resistir á este brillante ejército ochocientos tureos y cinco mil moros, la mitad oriundos del mismo suelo y la otra mitad fugitivos de Granada. Contestó sin embargo con altivez á la intimacion que se le envió de entregarse; empero á pesar de su valor y entera ciencia en el arte de la guerra, no habria podido con el corto número de sus tropas defenderse por mucho tiempo de fuerzas tan superiores, que habian destrozado á Barbaroja mandando este á sesenta mil hombres y conquistado á Túnez á pesar de todos los esfuerzos de aquel famoso pirata.

Desgracias  
del ejército.

En el instante en que el emperador se juzgaba mas seguro contra sus enemigos, se vió en un momento espuesto á una desgracia mucho mas horrible, y contra la que era de ningun valor y fuerza toda la prudencia humana. Pasados dos dias de su desembarco, cuando solo habia tenido tiempo de derrotar algunas pequeñas divisiones árabes, que molestaban á su ejército en las marchas, negras nubes se amontonaron y el cielo se encapotó de horrorosa oscuridad hácia el anochecer; la lluvia precipitada por un violento viento empezó á caer con ímpetu; la tempestad aumentó por la noche; el ejército imperial, que únicamente habia desembarcado sus armas, estuvo sin tiendas ni abrigo espuesto á toda la furia de la tempestad. Cubrióse en poco la tierra de agua hasta tal punto que no pudieron acostarse, y su acampamento colocado en un suelo bajo estaba del todo inundado; hundíanse á cada paso en el lodo hasta las pantorrillas, y soplabá con tal violencia el viento que ni les era dado sostenerse en pie, viéndose precisados á hincar sus lanzas en el suelo para po-

der sostenerse. Harto activo era Hassen para dejar perder tan favorable coyuntura de atacar á sus enemigos. Hizo al amanecer una salida con sus tropas, las que como habian por la noche permanecido bajo sus techos al abrigo de la tormenta, se encontraban descansadas y con toda su fuerza. Algunos soldados itaÑanos que estaban colocados cerca de la ciudad, desanimados, y entorpecidos sus miembros por el frio, huyeron al acercarse los enemigos; los que estaban situados en puestos menos avanzados demostraron el mayor valor, empero la lluvia habia apagado sus mechas y mojado la pólvora ó inutilizado sus mosquetes, y pudiendo apenas sostener el peso de sus armas fueron bien pronto derrotados. Casi el ejército entero con el emperador á su frente tuvo que hacer movimiento para rechazar al enemigo, el que despues de haber causado gran número de muertos á los imperiales y amedrentado á los restantes, se retiró con buen orden.

El pesar de esta desgracia y primer peligro se desvaneció luego para dar cabida á un espectáculo mas horroroso y deplorable aun. Era ya de día y continuaba el huracan con toda su furia; veíase al mar agitarse con toda la violencia de que es capaz aquel temible elemento; los navíos de que dependia el sustento y salvacion del ejército, arrancados de sus áncoras iban á estrellarse unos contra otros, ó se destrozaban entre las rocas; muchos de ellos fueron arrojados á la playa y otros sumergidos en las aguas. Quince navíos de guerra y ciento sesenta transportes fueron destrozados en menos de una hora; ahogáronse ochocientos hombres de su tripulacion; ó si algunos de estos desgraciados escapaban al furor de las olas y llegaban á nadó á la orilla, eran bárbaramente asesinados por los árabes. El emperador,

Desastres de  
la escuadra.

Año 1541. — estático de asombro y pesar veía con silencio este horrible desastre; veía sumergirse en las amargas ondas todos sus pertrechos de guerra y grandes provisiones destinadas para la manutención de sus tropas; todas sus esperanzas se frustraban. El único arbitrio que le quedaba en su poder era enviar algunas partidas á la playa para sacar de ella á los árabes apostados y recoger los pocos que tenían la dicha de llegar á tierra. Finalmente empezó á disminuir el viento, y se esperanzó que se podrían aun conservar las embarcaciones necesarias para salvar al ejército de los horrores del hambre y restituirlo á Europa. Empero no pasó esto mas que de esperanzas. Cubrióse el mar de densas tinieblas al anochecer; los comandantes de las embarcaciones que se habían libertado del naufragio, hallándose en la imposibilidad de dar ningun aviso á las tropas que estaban en tierra, permanecieron estas toda la noche en el mas horrible desasosiego. Cuando apareció de nuevo el dia, una lancha enviada por Doria logró llegar á tierra, y notició al acampamento que el almirante se había librado de la tormenta mas furiosa que en cincuenta años de navegacion hubiese visto, y que tuvo por precision que retirarse al cabo de Metafuz con sus despedazados buques. Como el cielo continuaba mostrándose tempestuoso y terrible, Doria aconsejaba á Carlos que marchase con presteza hácia aquel cabo, el lugar mas propio para reembarcar sus soldados.

Vese precisamente Carlos á retirarse.

En estos infortunios era gran felicidad para el emperador el saber que parte de su escuadra se había salvado; empero este motivo de placer estaba muy acibarado, por los apuros é inconvenientes en que le ponía aun el estado de su ejército. Metafuz estaba á cuatro jornadas de distancia del lugar del acampamento. Los víveres que



se habian desembarcado se habian agotado todos ; los soldados , cansados y abatidos , apenas se hubieran hallado en estado de hacer tal viage en su propio pais ; sin valor por una continuacion de trabajos , que aun saliendo victoriosos no hubieran podido suportar , carecían del vigor necesario para resistir á nuevas penas. A pesar de esto el estado del ejército no permitia siquiera meditar , y no habia dos partidos que tomar. Dió pues Carlos la órden de marchar , al ejército , los enfermos y heridos se colocaron en el centro , y los que parecian mas robustos en la vanguardia y retaguardia. Entonces el cruel resultado de los males que habian padecido , se manifestó mejor , y nuevas desgracias vinieron á aumentar las primeras. Unos apenas podian sostener el peso de las armas , los otros rendidos por una marcha penosa por hondas veredas y casi intransitables , caian y morian en el mismo lugar ; muchos murieron de debilidad , puesto que el ejército no tenia otro alimento que raices , simientes salvages y los caballos que mandaba matar el emperador y repartir entre sus tropas ; parte se ahogó en los torrentes de tal modo copiosos por las grandes lluvias , que al pasarlos á vado , llegaba el agua hasta la barba ; muchos tambien murieron á manos del enemigo que continuamente les incomodó y fatigó de dia y noche durante la mayor parte de la marcha. Llegaron finalmente al cabo de Metafuz , y el tiempo mudándose de repente en bonancible para favorecer la comunicacion de las tropas con la escuadra , volvieron á hallar abundantes víveres , y se felicitaron con la esperanza de verse pronto en salvo.

En esta horrorosa cadena de desgracias el emperador demostró muy buenas cualidades , que la no interrumpida serie de sus prosperidades no le habia pue-

Su magnanimidad.

Año 1541. to en estado de manifestar. Hizose admirar por su energía, constancia, magnanimidad, valor y compasión; sufría las mas duras molestias como el último soldado de su ejército; esponia su persona por do quier amenazaba el mas inminente riesgo; reanimaba el valor de los que se dejaban intimidar, visitaba á los heridos y enfermos, é infundia ánimo á todos con sus palabras y ejemplo. Cuando se volvió á embarcar el ejército, se quedó de los últimos en la playa, aunque una division árabe que no estaba lejos, amenazaba á cada punto atacar á la retaguardia. Carlos con tan noble conducta se indemnizó en algun modo de la presuncion y locura que le habian hecho emprender una espedicion tan fatal para sus vasallos. No se limitaron aqui sus desgracias, puesto que apenas estuvieron reembarcadas sus divisiones, que estalló otra nueva tempestad no tan horrorosa en verdad como la primera, pero que bastó para dispersar todos sus buques y les precisó á procurarse cada uno de por sí, ya en España, ya en Italia, puertos á donde pudieran abordar. De esta suerte fue como se esparció la noticia de estas calamidades con las exageraciones con que las comentaban ánimos terrorizados aun. El mismo emperador, despues de tamaños riesgos, se vió precisado á abordar en el puerto de Bregia en Africa, donde le detuvieron los vientos contrarios por algunas semanas; llegó finalmente á España en un estado muy contrario de aquel en que se habia presentado á su regreso de la primera espedicion contra los berberiscos (1).

Regresa á Europa.  
 diciembre.

(1) *Caroli V expeditio ad Argvriam, per Nicolaum Villagnonem Equitem Rhodium, ap. Scardium, V, II, 365. Jovii. Hist. l. XL, p. 269. Vera y Zuñiga Vida de Carl. V, p. 83. Sandoz. Hist. II, 299, etc.*

# HISTORIA

DEL

## REINADO DEL EMPERADOR

# CARLOS V.

---

### LIBRO SÉPTIMO.

El emperador habia padecido en su fatal espedicion contra los argelinos inmensas pérdidas que la voz pública no dejaba de aumentar aun mas, á proporcion de la distancia que la alejaba del suelo de aquella desgracia; aprovechóse de ella Francisco para empezar la guerra que ya desde algun tiempo tenia ideada, empero no juzgó prudente alegar en apoyo de esta pretension ni sus antiguos deseos de poseer el Milanésado, ni las tantas veces rota promesa que le habia hecho el emperador de restituírle aquel ducado: la primera de estas causas, que habria sido suficiente para impedirle el firmar la tregua de Niza, no lo era sin embargo para hacérsela quebrantar, y la segunda no podia manifestarla sin hacer patente su necia credulidad, descubriendo al propio tiempo la mala fe de su rival: un general del imperio le facilitó un motivo mejor para hacer la guerra, con un atentado que no podia menos

Año 1541.

Año 1541. de escitar su cólera por mas que hubiera deseado la paz en vez de anhelar por la guerra. Francisco I habia ya adivinado que firmando la tregua de Niza sin tomar para ello el parecer del sultan, ofenderia á este orgulloso monarca que miraba á la alianza con la Puerta un honor con el que debieran ennoblecerse los monarcas cristianos. Las conferencias del rey de Francia con Carlos en Provenza, y la acogida que le dió fueron acompañadas de tantas muestras de confianza y amistad, que Soliman juzgó que los dos enemigos habian finalmente olvidado su mutuo rencor para formar contra su poder aquella alianza general, tan vivamente deseada desde tanto tiempo por la cristiandad, y siempre en vano ideada. Esforzabase Carlos con sus acostumbradas astucias á afirmar y animar estas sospechas, haciendo de modo que sus comisionados en Constantinopla y en todas las cortes en que tenia correspondencia Soliman, esparciesen la voz de que el emperador y el rey de Francia estaban ya tan íntimamente convenidos que en lo sucesivo todas sus ideas, proyectos y ejecuciones serian comunes (1). Alcanzó el rey aunque dificilmente hacer perder estas impresiones, empero la astucia de Rincon, su embajador en la Puerta, y la manifiesta utilidad que á esta corte resultaba de empezar de comun acuerdo con la Francia las hostilidades contra la casa de Austria, decidieron por fin á Soliman á ligarse mas estrechamente que nunca con Francisco. Rincon regresó junto á su rey con el encargo de comunicarle una idea del sultan para hacer de modo que los venecianos abrazasen su partido contra del emperador. Soliman que acababa

(1) *Mém. de Ribier, t. I, p. 502.*

de convenir con aquella república una paz á la que la intervencion de Francisco y buenos servicios de Rincon habian contribuido en gran parte, pensó que podria ponerse de su parte al senado con ofrecimientos ventajosos, los que reunidos al ejemplo del monarca francés prevalecerian en el ánimo de los venecianos á toda consideracion de recato y bien parecer. Francisco aprovechó con ahinco esta proposicion y envió inmediatamente á Rincon á Constantinopla, le mandó dirigirse acompañado de Fregoso, genoves desterrado de su pais, y confió á estos dos ministros pleno poder de tratar con el senado el asunto que un embajador de Soliman habia ya entablado (1).

Durante estas cosas el marques del Guasto, que mandaba en el Milanésado, inteligente oficial, empero capaz de idear y poner en ejecucion las atrocidades mas violentas, tuvo noticia de la intencion é instrucciones de los embajadores; sabia cuanto deseaba su monarca indagar los secretos del rey de Francia, y cuán imprudente seria retardar su cumplimiento; apostó pues á algunos soldados de la guarnicion de Pavia, quienes asaltaron á Rincon y Fregoso al tiempo de embarcarse en el Pó, acribilláronles de cuchilladas, asesinando igualmente á muchos de su comitiva, y les tomaron sus papeles. Cuando supo Francisco la noticia de tan horroroso asesinato cometido durante la tregua y en unos sugetos cuyo carácter era sagrado hasta en las menos civilizadas naciones; el pesar que sintió por la sensible pérdida de dos leales servidores, la inquietud de ver paralizados sus proyectos, finalmente todas las demas sensaciones de su corazon se

El asesinato de los embajadores franceses es el motivo de la guerra.

(1) *Hist. di Venet. da Paruta, IV, 125.*

Año 1541.

mezclaron con el enojo del insulto hecho á su corona : acusó con energía á Guasto, quien á pesar de su atrevimiento en disculparse de este delito, quedó sonrojado sin poder sacar de él el fruto que esperaba, puesto que los embajadores habian dejado atras sus instrucciones y demas papeles interesantes. El monarca francés envió un comisionado al emperador pidiéndole una satisfacción de un ultrage que el mas pobre y humilde soberano no podria determinarse á sufrir sin quejarse; precisado entonces Carlos á partir para su expedicion de Africa, intentó en vano eludir las quejas de Francisco con espresiones ambiguas, pues este requirió á todas las cortes de Europa y manifestó lo atroz del agravio; lo justo de su conducta y la injusticia del emperador que al parecer despreciaba sus quejas.

A pesar del valor con que Guasto afirmó su inocencia, la acusacion del rey fue mucho mas poderosa que todos sus juramentos. Du Bellay que gobernaba en nombre de la Francia el Piamonte, llegó con trabajo y astucia á obtener una minuciosa relacion de la trama, la que unida á las declaraciones de un gran número de sujetos interesados, formaba casi una entera prueba legal en contra del culpable. Segun la opinion pública robustecida con este reciente descubrimiento, parecieron muy justas las quejas de Francisco; y sus preparativos de guerra no se pensó que fuesen fruto de su ambicion ó fabia; sino promovidos por la necesidad de dejar vengado el honor de su corona (1).

A pesar de esto, por mas justa que fuese su causa y por mas que le auxiliase el sultan, este monarca no se descuidó en procurar otros aliados para equilibrar las

(1) Du Bellay, 367, etc. Jovii, *Hist.* l. XL, 268.

Mayores fuerzas del emperador; empero sus diligencias quedaron sin fruto alguno. Enrique VIII mas y mas aferrado á sus ideas contra de Escocia, conocia ser esto una causa de un próximo rompimiento entre él y Francisco, por lo que estaba mas dispuesto á aliarse con el emperador que con la Francia; el papa continuaba invariablemente en su sistema de neutralidad, y los venecianos seguian su ejemplo á pesar de las instancias de Soliman; los alemanes con la libertad de conciencia que se les habia concedido se hallaban interesados en satisfacer mas que descontentar al emperador; los únicos que se aliaron á Francisco fueron los reyes de Dinamarca y de Suecia, que les habia seducido en esta última discordia el tomar parte en las contiendas de los mas formidables soberanos del mediodía; y despues de estos el duque de Cleves que disputaba á Carlos la posesion del ducado de Güeldres, empero las posesiones de aquellos dos monarcas estaban tan lejos del teatro de la guerra y era tan corto el poder del último, que muy poco ganó Francisco con su alianza. Con todo esto suplió Francisco con su actividad los recursos que le faltaban; atacado en aquel entonces por una enfermedad originada por sus estrogadas costumbres y cuyo germen debia destruir, le proporcionó todo el tiempo necesario para dedicarse á sus asuntos con mas ahinco que antes; por lo que esta misma enfermedad, privándole de sus diversiones, le puso al mismo tiempo de tan mal humor y descontentadizo de sus ministros, y aumentándose su mal genio al pensar con los equivocados pasos á que se acababa de conducirle y de los agravios que habia recibido, algunos de aquellos en quienes ponía toda su mayor confianza se vieron destituidos de sus destinos. Finalmente le cayó en desgracia el mismo Montmorency

Actividad de Francisco en sus preparativos de guerra.

**Año 1541.** que estaba desde mucho tiempo al frente de todos los asuntos civiles y militares con todo el poderío de un ministro tan bienquisto y apreciado de su rey, y deseoso Francisco de patentizar que ni la energía ni ciencia de su mando no se resentirían de la separación de tan poderoso cortesano, aumentó su esmero en prepararse para empezar la guerra por algún memorable acontecimiento.

**Año 1542.**  
Pone cinco  
ejércitos en  
campaña.

Levantó pues cinco ejércitos; el uno debía operar en el Luxemburgo al mando del duque de Orleans, ayudado por el de Lorena que debía instruirle en el arte militar; otro mandado por el delfín debía marchar contra las fronteras de España; el Brabante fue el lugar destinado para operar el tercero y lo mandaba Van Rossen, mariscal de Güeldres; el cuarto cuyo general era el duque de Vandoma custodiaba las fronteras de Flandes, y el último compuesto de las tropas que estaban acantonadas en el Piamonte encargóse al almirante Annebaut. Colocados de esta suerte el delfín y su hermano se veían en situación de abrir una brillante y gloriosa carrera de conquistas; el ejército que mandaba el primero constaba de cuarenta mil hombres, y el otro de treinta mil. Causa verdaderamente admiración que poseedor Francisco de tan numeroso y brillante ejército no se echase sobre el Milanesado que tanto anhelaba poseer y objeto de sus tan antiguas empresas; emperó los recuerdos de las desgracias que había sufrido en sus primeras campañas y la dificultad de sostener la guerra tan lejos de sus dominios, habían insensiblemente sufocado sus deseos de domiciliarse en Italia. Juzgó que debía tentar por otro lado la fortuna de sus armas, y como en la frontera de España existía únicamente un corto número de ciudades que



podían resistir y carecía de ejército para oponérsele, se envanecía que antes que Carlos pudiese ponerse al frente hubiera recobrado sin impedimento alguno el condado del Rosellon, quitado poco antes de la corona de Francia, y la necesidad de auxiliar á su aliado el duque de Cleves unido á la creencia de poseer por su medio un respetable ejército de soldados alemanes le precisaron á operar con vigor en los Países-Bajos.

Año 1542.

El delfin y el duque de Orleans empezaron casi al mismo tiempo la campaña; el primero puso sitio á Perpiñan, capital del Rosellon, y el segundo se apoderó del Luxemburgo; el duque siguió sus movimientos con presteza y felicidad; apenas se habia tomado una ciudad cuando acontecia lo mismo á otra, hasta que por último solo quedó en aquel grande ducado, para Carlos, la ciudad de Thionville; y ni aun las provincias fronterizas le hubieran podido resistir á no haberse detenido en medio de sus victorias. Esparcióse la voz de que Carlos queria aventurar una batalla para libertar á Perpiñan; movido el duque por un ardor juvenil ó tal vez por envidia de un hermano á quien odiaba, abandonó de repente todo lo conquistado y voló al Rosellon para repartirse el laurel de la victoria. Una vez puesto en marcha algunos de sus soldados se dispersaron, otros desertaron y los pocos que quedaron reducidos á la inaccion se quedaron en las ciudades de que se habian apoderado ya. Esta conducta que pone un indeleble borron en el juicio ó ánimo de este príncipe, y tal vez en uno y otro, no únicamente le quitó cuantas bellas esperanzas le inspiraba una lucha de tan hermosos principios, si que tambien proporcionó tiempo al enemigo el recobrar cuanto habia perdido, á últimos del verano. El emperador tepia

Mes de junio.  
Operaciones  
de estos ejérci-  
tos.

Año 1542. demasiada prudencia para aventurar en las mismas fronteras de España una accion general cuya pérdida hubiera puesto en peligro á todo el reino. Mal fortificado Perpiñan era arduosamente atacado; empero se hallaba muy provisto de municiones de guerra y boca por la diligencia de Doria (1); y el duque de Alba á quien su inflexible pecho le ponía en estado de sostener un asedio hasta el último trance, defendió la ciudad con tanta bizarria que por fin los franceses, debilitados por las enfermedades, rechazados en todos los asaltos y desanimados de lograr su presa, abandonaron aquella intencion despues de medio año de fatiga y regresaron á su pais (2). De este modo pues, ya sea por haber tomado por su parte mal las disposiciones, ya por serle superior en ciencia y fuerzas su enemigo, no alcanzó Francisco ningun fruto que respondiese á sus esperanzas y á la espectacion de la Europa entera, despues de haber visto aquellos inmensos preparativos que tantos sacrificios y dinero le habian costado. El único sólido beneficio de esta guerra consistió en la adquisicion de algunas ciudades del Piamonte que tomó Du Bellay, mas por astucia y ardidés que á fuerza de armas (3).

Año 1543. Preparativos para otra campaña. A pesar de todo esto el emperador y el monarca francés, aunque debilitados del todo los dos á causa de tan inútiles esfuerzos, no conocian disminuir su mutuo rencor. Cada cual se ocupó por su parte con vigilancia y habilidad en proporcionarse nuevos aliados que fuesen bastantes para hacerles superiores en la próxi-

(1) Sigonii *Vita A. Doriae*, p. 1191.

(2) Sandov *Hist tom II*, 315.

(3) Sandov *Hist. tom II*, 318. Du Bellay, 387, etc. Ferrer-IX, 237.

ma campaña, y Carlos aprovechándose del terror que la inopinada invasion de su suelo les habia ocasionado, logró obtener de muchas de las cortes de sus varios reinos mas numerosos socorros que los acostumbrados (1); al propio tiempo tomó prestada una cuantiosa suma en metálico á Juan, rey de Portugal, y en prenda de esta deuda le entregó la posesion de las islas Molucas, dejándole á su arbitrio el rico comercio de especieria que proporciona aquella porcion del universo, y contento de estos preparativos trató el matrimonio de su hijo único Felipe que entonces tenia diez y seis años, con María, hija de este monarca, quien la dotó como podia desearse del mas rico monarca de Europa. Poco tiempo despues hizo de modo que las Córtes de Aragon y Valencia reconociesen á Felipe por heredero de aquellos dos reinos, y logró de ellas la donacion acostumbrada en iguales ocasiones. Dichos extraordinarios subsidios le proporcionaron aumentar los ejércitos españoles hasta tal número que pudiese sacar de ellos una formidable division destinada á los Países-Bajos y dejar á pesar de esto los suficientes para la defensa de aquel reino. Despues de haber mirado por la seguridad de este, cuyo mando dejó á su hijo, se embarcó para llegar á Alemania pasando por Italia; empero á pesar de su conato en procurarse capitales para sostener la guerra, supo con todo negarse á las ofertas de Pablo III, quien sabia la necesidad de metálico en que se hallaba aquel monarca: este pontífice ambicioso que acechaba y aprovechaba todas las ocasiones de engrandecer á su familia, pretendió la investidura del ducado de Milan,

(1) Ferreras, IX, 238, 241. Jovii Hist. l. XLII, 298, 6.

Año 1543. ya del yerno del emperador, é intentó para lograr esto ofrecerle una cantidad que le hubiera bastado para los gastos de sus preparativos; empero este, resuelto á no deshacerse de tan hermosa posesion y no muy contento del papa por haberse negado constantemente á reunirse con él en contra de Francisco, negóse altamente á sus pretensiones y hasta llevó su encono á oponerse al deseo de Pablo que queria desmembrar Parma y Plasencia del patrimonio de la santa sede, para cederlas á su hijo y nieto á título de feudo del pontificado romano. Como ya no le restaba ningun medio de sacar dinero de los estados de Italia, retiró las guarniciones que hasta entonces habia guardado en las ciudades de Florencia y de Liorna, lo que le proporcionó un cuantioso regalo por parte de Cosme de Médicis, que tuvo de este modo asegurada su independecia y se vió dueño de dos fortificaciones llamadas con justo motivo los grillos de Toscana (1).

Tratados  
del emperador  
con Enrique  
VIII.

Rompimien-  
to de este con  
Francia y Es-  
cocia.

Empero iban mucho mas lejos las miras de Carlos, y la alianza ofensiva que habia tratado con Enrique VIII podia proporcionarle mucho mayores ventajas que todos sus preparativos. Algunas desazones de poca monta que he referido ya, habian empezado á indisponer á este soberano con la alianza de Francisco, y nuevos eventos se reunieron para apartarle de ella del todo. Tan celoso Enrique de poner por un igual la religion de Inglaterra como deseoso de lograr prosélitos de sus opiniones, habíase ideado persuadir á su sobrino el rey de Escocia que despreciase el supremo poder del papa y adoptase la re-

(1) Adriani, *Istoria*, I, 195. Sleid. 312. Jovii, *Hist.* l. XLIII, p. 310. *Vita di Cos. Medici di Baldini*, p. 34.

forma que acababa de instalar en su reino; dedicóse á este proyecto con todo el ardor que le era natural, y como no juzgaba á Jaime muy escrupuloso en puntos de religion, le hizo tan ventajosas ofertas que casi no dudó de lograr sus pretensiones, y en efecto se recibieron de un modo que halagó sus esperanzas; empero el clero escocés conociendo que la destruccion de la iglesia seguiria inmediatamente á la amistad de su rey con el monarca inglés, y los partidarios de Francisco temiendo por su parte que su rey perderia todo su influjo en los asuntos de Escocia, aliáronse estos dos partidos y destruyeron enteramente con sus insinuaciones y actividad el plan de Enrique en el momento mismo que mas confiaba en su feliz éxito (1). Este monarca, demasiado altivo para sufrir semejante ultrage que pensaba ser efecto de las astucias francesas como tambien de la ligereza de Jaime, tomó al momento las armas y amenazó quitar su reino á un soberano con cuya amistad no le era dado contar. Apresuróse al propio tiempo por su ódio contra Francisco á tratar con el emperador una alianza que fue aceptada tan pronto como se invitó con ella; empero antes de concluir del todo este convenio, mientras el rey de Inglaterra hacia la guerra á Escocia murió Jaime V dejando la corona á su hija única María, que todavía estaba en la niñez, y este acontecimiento varió todos los proyectos de Enrique respecto á aquel reino; y renunciando á conquistarlo por fuerza de armas creyó mas conveniente unirlo al suyo por medio del casamiento de Eduardo, su hijo único, con la jóven reina: temia empero que los partidarios de Francia que esta-

(1) *Hist. of Scattl. v. I, p. 71, etc. 9. edit. in-8.º*

Año 1543. han en Escocia se le opusiesen con vigor, puesto que empezaban ya á trabajar para destruir sus planes. La necesidad de ganar por mano á esta faccion é impedir á Francisco el ausiliarla, indujo mas y mas á Enrique á que persistiese en la resolucion de romper con aquel monarca, y le obligó á fivir enteramente su tratado de alianza con el emperador.

Febrero 2.  
Alianza de  
Carlos y Enrique.

Los primeros artículos de esta alianza se dirigian á afianzar en primer lugar la union entre los dos monarcas y su mutua defensa; tratábanse despues las demandas que deberian hacer al rey de Francia cada uno por su parte, y se disponia el plan de sus movimientos en caso de negarse á ellas. Quedaron pues convenidos en exigir de él que no solamente abandonase su alianza con los turcos, origen de tantos desastres á la cristiandad, si que tambien concediese resarcimientos por los males que esta ilegal alianza habia ocasionado; que devolveria la Borgoña al emperador, y que suspenderia inmediatamente toda hostilidad contra Carlos á fin de que este quedase con entera libertad para oponerse á los enemigos de la fé; que finalmente pagaria sin tardanza las sumas que adeudaba á Enrique ó le daria alguna ciudad en prenda de la deuda. Si no se convenia en estos artículos dentro el término de cuarenta dias, los dos soberanos se obligaban mutuamente á entrar en Francia cada uno al frente de veinte mil infantes y cinco mil caballos, con la estipulacion de no dejar las armas hasta despues de haber el uno reconquistado la Borgoña y las ciudades del Soma; y el otro la Normandía, la Guiena y hasta toda la Francia (1). Enviáronse heraldos para estas imperativas condiciones, y aunque no era licito entrar en aquel rei-

(1) Rym. XIV, 768. Herb. 238.

no los dos monarcas se juzgarea facultados para llevar á cabo este convenio. Año 1543.

Por su parte Francisco no era menos diligente en sus aprestos de la campaña próxima; desde mucho tiempo conocia el descontento de Enrique; todos sus esfuerzos para agradarle fueron infructuosos, por lo que no dudó, segun el conocimiento que tenia de su carácter, que una guerra abierta seguiria pronto á su frialdad; sus gestiones se redujeron pues á aumentar sus instancias para con Soliman, á fin de obtener de él un socorro bastante para equilibrar la reunion de fuerzas de Carlos y el monarca inglés. Tratándose pues de sustituir á los dos embajadores asesinados por orden de Guasto, envió primero á Venecia y desde allí á Constantinopla á un tal Paulin, capitán de infantería, pues Francisco le juzgó á propósito para esta interesante mision, puesto que le habia recomendado Du Bellay quien habia probado su saber y astucia en varios asuntos y Paulin confirmó la idea que se tenia de su adhesion y talentos; no le intimidaron los riesgos del viage, y al momento de llegar á Constantinopla instó con tanto ardor las demandas de su dueño y supo sacar tan buen partido de las circunstancias, que superó cuantas dificultades le oponia Soliman; hasta los bajás que en el divan, ya movidos por su opinion, ya instigados por los enviados del emperador, se habían declarado contra toda alianza con el rey de Francia, se vieron precisados á callar (1). Barbaroja pues recibió orden de embarcarse con una formidable escuadra y unir sus operaciones á las del monarca francés; empero este no fue tan feliz en las negociaciones con los

Tratados de Francisco con Soliman.

(1) Sandov. *Hist.* tom. II, 346. Jovius, *Hist. lib. XLI*, 85. etc. 300, etc. Brantome.

Año 1543. príncipes imperiales, pues con el deseo de demostrarse celoso por la fe católica á fin de borrar la mancha que en él habia impreso su alianza con los turcos, habia juzgado necesario castigar con excesivo rigor á sus vasallos que se habian declarado por la religion protestante; empero con esto solo logró levantar entre él y aquellos alemanes, que por su voluntad se hubieran unido con él, una insuperable barrera (1). Tenia á pesar de esto una verdadera superioridad sobre el emperador; la reunion de todas sus posesiones unas junto á otras y la grandeza del poder real en Francia le salvaban de las dilaciones é inopinados lances que de precision deben suceder en aquellos dominios en que el pueblo socorre para los gastos de la guerra con precarios y á veces demasiado cortos subsidios, por cuyo motivo sus preparativos se hacian siempre con ardor y presteza mientras que los de Carlos eran siempre pesados é interrumpidos, á no ser de que por medio de auxilios estraños ó algun arbitrio singular le sacara de aprieto.

Principia la campaña en los Países-Bajos.

Dirigiendo Francisco todas sus fuerzas á los Países-Bajos empezó allí la guerra antes que se le opusiese el enemigo; entró en Landrecy y mandó fortificar cuidadosamente aquella plaza porque era la llave del Hainaut; desde allí revolviendo sobre su derecha penetró en el ducado del Luxemburgo al que halló tan desprovisto como el año antecedente. En esto el emperador que habia formado con soldados reunidos de entre todos sus dominios un ejército formidable, precipitose sobre los dominios del duque de Cleves, de quien habia jurado vengarse ejemplarmente, y este duque

(1) Seeck *lib. III*, 403.



cuyo estado y conducta eran una copia de la situación en que se habia hallado Roberto de La-Marck en la primera guerra de Carlos y Francisco, probó tambien la misma suerte, puesto que como no tenia suficientes fuerzas para resistir al emperador que se adelantaba al frente de cuarenta y cuatro mil hombres, se retiró al acercarse estos, y los imperiales vencedores sin combatir atacaron inmediatamente á Duren, y esta ciudad aunque defendida con valor fue tomada por asalto, pasados á cuchillo sus habitantes y reducidas sus casas á cenizas. Tan horrible ejemplo de crueldad esparció en los alrededores un terror tan universal que todas las restantes plazas hasta las que se hallaban en estado de hacer resistencia se apresuraron á rendirse al emperador, y el mismo duque antes de que pudiese llegar para auxiliarle un cuerpo de ejército francés se vió precisado á humillarse á un acto de degradacion que abatia su dignidad de soberano. Admitido ante aquel monarca se hincó de rodillas junto con ocho de sus principales vasallos para implorar su compasion. Dejó Carlos que permaneciese en esta humillante posicion, y mirándole con un orgullo implacable le volvió á remitir á sus ministros; empero las leyes que se le impusieron no eran crueles como hacia esperar semejante recibo, pues únicamente se le obligó á renunciar á sus pretensiones del ducado de Güeldres, á dejar su alianza con el rey de Francia y unirse al emperador y al rey de romanos. Bajo estas condiciones se le devolvieron todos sus estados, quedando únicamente en poder del emperador como en rehenes dos de sus principales ciudades, y despues de la guerra se le devolvieron y se le reintegró en todos sus privile-

El emperador se apodera del ducado de Cleves.

7 setiembre.

Año 1543. gios como á príncipe del imperio; poco tiempo despues le casó el emperador con una hija de su hermano Fernando en prueba de su sincera reconciliacion (1).

Sitio de Landrecy.

Despues de haber castigado al duque de Cleves, con lo que se quitaba á Francisco un aliado y se añadia á las posesiones de Carlos una gran provincia fronteriza de sus estados en los Países-Bajos, internóse el emperador en el Hainaut y puso sitio á Landrecy, donde se le reunió una division de seis mil ingleses mandados por el caballero Juan Wallop: este era el primer frato de su alianza con Enrique. La guarnicion de esta ciudad cuyo sitio mandaba Carlos en persona, compuesta de soldados agueridos mandados por Lalande y Dessé, oficiales acreditados, se resistió con valor, y Francisco marchó á su socorro con todas sus fuerzas. Ambos contendentes estaban resueltos á aventurar una batalla decisiva, y toda la Europa deseaba ver finalizar tan largas disputas con una accion decisiva entre dos poderosos ejércitos capitaneados por sus soberanos en persona. Empero el trecho de terreno que separaba los dos ejércitos estaba colocado de tal modo que era muy desventajoso para el primero que empezase el ataque, y ni uno ni otro quisieron arriesgar este peligro; y durante los movimientos que cada cual hacia para atraer á su contrario, Francisco los dirigió con tanta felicidad y tino que alcanzó meter tropas de refuerzo y un abundante convoy de víveres en la plaza y entonces el emperador desesperado de tomarla tomó cuarteles de invierno (2) para guare-

(1) Haræus, *Annal. Brabant.* tom. I, 628. *Recueil des traités.* II, 226.

(2) Du Bellay, 405, etc.

cerse de los hielos de la estación que hubieran podido arruinar á su ejército. Año 1543.

Entre tanto fiel Soliman á todos sus convenios con la Francia, invadió la Hungría á la cabeza de un formidable ejército; los príncipes del imperio, viendo que Carlos ocupaba todas sus fuerzas contra Francisco, no hicieron grandes esfuerzos para defender un país que al parecer quería sacrificar; de modo que ninguna división de tropas se presentó para oponerse á los progresos de Soliman, quien puso sitio una despues de otra á las ciudades de Cinq-Eghises, Alba y Gran que eran las tres principales de Hungría y pertenecian á Fernando; la primera fue tomada por asalto, las otras dos se rindieron y casi todo el reino se entregó al yugo otomano (1). Barbaroja se habia al propio tiempo hecho á la vela con una escuadra de ciento diez galeras; costeó la Calabria, abordó en Reggio cuya ciudad entregó al saqueo é incendió; pasando desde allí á la desembocadura del Tiber para hacer agua, los habitantes de Roma ignorando adónde se dirigia aquella armada, se asustaron tanto que huyeron precipitadamente; iba á quedar abandonada la ciudad si el embajador francés Paulin no les hubiera tranquilizado escribiéndoles protestando que ningun estado aliado de su rey debia temer ni insulto ni ataque de parte de los mahometanos (2). Hizose á la vela Barbaroja desde Ostia para Marsella donde se le reunió la escuadra francesa que llevaba á bordo una división de tropas al mando del conde de Enguien, jóven y valeroso príncipe de la casa de Borbon; estas dos escuadras se di-

Soliman invade la Hungría.

Desembarca Barbaroja en Italia.

(1) Istvanhaffii. *Hist. Hung.* l. XV, 167.

(2) Jovii, *Hist.* l. XLIII, 304, etc. Pallavic. 160.

- Año 1543. rigieron unidas hácia Niza, último refugio del desgraciado duque de Saboya. Vióse allí con grande afrenta de la cristiandad, las lises de Francia y la media luna mahometana pelear unidas contra un fuerte en el que ondeaban enarboladas las cruces de Saboya; á pesar de esto defendióse la plaza con valor, contra de entrambos ejércitos, mandada por Montfort, caballero saboyano, quien sostuvo un asalto general y causó inmensa pérdida á los enemigos antes de refugiarse al castillo, el cual colocado encima un peñasco no podía ser decentada por la artillería ni las minas. Por tanto tiempo se resistió que Doria tuvo ocasion de aproximarse con su escuadra y de
- Setiembre 8. llegar á Milan el marques del Guasto con una division de tropas; al momento que los franceses y turcos supieron la aproximacion de estas fuerzas levantaron el sitio (1); y el rey en resarcimiento del oprobio de que le cubria aquella alianza, ni tan solo tuvo la dicha de la victoria.

Preparativos  
para una nueva  
campana.

Al ver cuán poco habian adelantado uno y otro contrincante en esta lucha, era de creer que se prolongaria la guerra entre dos soberanos cuyas fuerzas estaban de tal modo equilibradas y que hallaban en sus propios talentos y actividad eternos recursos; á cada uno de ellos le era dado arruinar sus propias posesiones sin que por ello ganase á la fuerza las de su contrario, por lo que tanto Carlos como Francisco hubieran deseado la paz si únicamente hubiesen puesto atencion en sus intereses y en la prudencia; empero el ódio personal que se mezclaba en sus contiendas habia llegado á ser tan

(1) Guichenon, *Histoire de Savoie*, tom. 1, p. 651. Du Bellay, 425, etc.

Violento é intratable que el placer de satisfacerlo podia mas que otra cualquiera consideracion, y que cada uno mas se ocupaba en lo que podia causar daño á su enemigo que en lo que podia ser útil á sí mismo. No bien el rigor de la estacion les precisó á suspender los movimientos militares, cuando sin ningun respeto á las repetidas súplicas del papa ni á sus benéficas exortaciones en beneficio de la paz, empezaron á prepararse para las operaciones de la próxima campaña con un ahinco que se aumentaba á la par que su ódio. Dedicóse en primer lugar Carlos á ganar la voluntad de los príncipes alemanes del imperio, y puso todo su conato en sublevar contra Francisco toda la poderosa mole del cuerpo germánico, empero para mejor conocimiento de los trámites de este negocio es preciso retroceder á la historia de Alemania desde la dieta de Ratisbona celebrada en 1541.

Asuntos de  
Alemania.

Por el tiempo en que se disolvió esta asamblea Mauricio sucedió á su padre Enrique en el mando de aquella porcion del reino de Sajonia que era propia de la línea Albertina, de la casa soberana de este electorado. Este príncipe jóven, pues únicamente contaba veinte años, demostraba ya aquellos superiores talentos que debian hacerle representar tanto papel en los asuntos de Alemania; asi que se puso en la direccion del gobierno despreció las comunes vias, y sus primeros actos pronosticaron inmensos desiguos. Aunque adicto enteramente por sus propios principios al protestantismo, negóse á formar parte de la liga de Smalkalde, puesto que, segun decia, deseaba sostener la pureza de la religion, empero no embarrancarse en las disputas políticas y partidos que

Mauricio de  
Sajonia hereda  
á su padre.

Proyectos y  
conducta de  
este jóven  
príncipe.

**Año 1543.** engendraba; preveía ya en aquel tiempo la desavenencia que iba á estallar entre el emperador y los aliados, y presumiendo cuál sería el partido que sacaría mas ventajas y en vez de demostrar al emperador desasosiego ó sospechas como los otros protestantes, manifestóle una entera confianza y le festejó asiduamente. Cuando en el año 1542 se negaron los reformados ó á lo menos solo difícilmente accedieron á conceder débiles auxilios á Fernando para defender la Hungría, Mauricio fue á reunírsele y se hizo célebre por su celo y valor; desde la primera campaña de Carlos le dió una division de sus mejores tropas.

La belleza de su persona, su destreza en todos los ejercicios militares y un valor innato que le hacia desear los mayores peligros, le hacian aun menos remarkable que la pericia y arte como supo grangearse la afición del emperador; (1) y mientras que Mauricio ganaba de esta suerte la amistad de aquel monarca iba patentizando su envidia contra de su primo el elector de Sajonia: esta oculta pasion que acabó en lo sucesivo en ser tan fatal para este último, habia ya casi originado un rompimiento entre los dos príncipes. Desde que Mauricio empezó á mandar se armaron el uno contra el otro con igual enojo por un inútil derecho de jurisdiccion en una pequeña poblacion á orillas de la Moldavia; empero en el acto de llegar á las manos fueron interrumpidos por la mediacion del Landgrave de Hesse y por la poderosa autoridad de las insinuaciones de Lutero (2).

El papa propone reunir un concilio general en Trento.

En esto el sumo pontífice, enojado á lo sumo por lo que habia otorgado el emperador á los reformistas en

(1) Sleidan, 317. Seckend. l. III, 317, 386, 428.

(2) Sleidan, 292. Seckend. l. III, 403.

La dieta de Ratisbona, era con tantas veras instado para la reunion de un concilio ya por los partidarios mas celosos de la santa sede, ya tambien por sugetos cuyas opiniones y deseos podian infundirle sospechas, que no juzgó poder retardar mas el convocarlo; quanto mas trabajo habia costado el lograrlo con tanto mas ahinco se esperaba el éxito de sus decisiones; sin embargo queriendo á lo menos mandar en él y dirigir todos los actos de la reunion, el papa no descuidó un momento su primera resolucion de escoger para este fin una ciudad de Italia cuyo clero estaba pagado por él y donde necesitaba su aprecio, pudiese conferirse con menos estipendios y fatiga: dió pues al nuncio que tenia en Spira el año 1542 la órden de renovar esta proposicion tantas veces despreciada por los alemanes, y le autorizó, hallando siempre la misma repugnancia en los ánimos, para proponer para el lugar del concilio la ciudad de Trento en el Tirol, subdita del rey de romanos y situada en las frqnteras de Alemania é Italia. Los principes católicos despues de haber manifestado en la dieta que el escoger Ratisbona ó Colonia ó cualquiera otra ciudad de las principales del imperio hubiera sido mas ventajoso al bien comun, finieron contentándose con el último ofrecimiento de Pablo, empero los protestantes demostraron un descontento general y decidieron que no reconocieran un concilio tenido fuera de los dominios del imperio por sola la autoridad pontificia y en el que se reservaba el derecho de presidir (1).

Sin desasosegarse Pablo por esta negativa, publicó la <sup>22 de mayo</sup> bula del concilio, nombró á tres cardenales para asis- <sub>de 1542.</sub>

(1) Sleidan, 291. Seckend. l. III, 282.

**Año 1553.** tir á él en su representacion, y les mandó se confiriesen á Trento antes del primero de noviembre, día prefijado para la apertura del concilio; con todo si hubiese deseado celebrarlo con tanta sinceridad como manifestaba; no hubiera buscado una época tan fuera de propósito para reunirlo. No se podia esperar mucho que reinase en los ánimos aquella buena armonía y tranquilidad únicas que pueden asegurar la libertad y autoridad en las sesiones; á mas de esto la feroz guerra que se habia entonces principiado entre el emperador y Francisco, no permitia conferirse á Trento á la mayor parte del cleró de Europa. Los legados estuvieron allí por muchos meses sin que nadie se presentase á excepción de algunos prelados de los dominios pontificios, y Pablo para evitar la mofa y desprecio de los enemigos de la iglesia se vió precisado á llamar á sus cardenales y prorogar el concilio (1).

Se ve precisado á profundarlo.

El emperador procura ganar á los protestantes.

Desgraciadamente por la corte romana, mientras que los reformistas de Alemania aprovechaban todas las ocasiones de ridiculizar su autoridad, el emperador y el rey de romanos creyeron que les convenia no sujetarlos, si que hacérselos de su partido con nuevas concesiones: en la misma dieta de Spira en la que del modo mas insultante habian protestado contra la reunion del concilio en Trento, Fernando que necesitaba su socorro en Hungría permitió vaciar sus protestas en los registros de esta junta, y renovando á su favor los fueros que habian logrado en Ratisbona, juntó á ellos todas las seguridades que podian desear; concediéndoles entre otras cosas la suspension de una orden emanada de la cámara imperial contra la ciudad de Goslar que

(1) Fra-Paolo, p. 97. Sleidan, 296.



habíase entrado en la liga de Smalkalde y apoderado de las posesiones del clero en sus dominios, y en consecuencia se mandó á Enrique, duque de Brunswick, que no pasase adelante en la ejecucion de aquella orden; empero este principe, cuya religion rayaba en fanatismo, tan temerario como tenaz en sus intenciones, no abandonó sus correrías en los dominios de Goslar. El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse no pudiendo sufrir que se ultrajase á los miembros de la liga, reunieron sus fuerzas, declararon la guerra á Enrique, y despues de haberle tomado todos sus dominios solo en algunas semanas, le precisaron á buscar un asilo en la corte de Baviera. Este acto de una pronta y rígida venganza asombró á toda la Alemania, y los confederados de Smalkalde manifestaron con esta primera accion de armas que poseian el valor y poder necesarios para defender á sus compañeros (1).

Año 1543.

Acto de vigor de la liga de Smalkalde.

Animados por tantas concesiones y por los adelantos que todos los dias iban haciendo sus ideas, los principes de la liga de Smalkalde protestaron formalmente contra la cámara imperial, y se negaron á reconocer su jurisdiccion bajo el pretesto de que aquel tribunal no habia sido visitado ni reformado conforme al decreto de Ratisbona, y de que no cesaba de manifestar su parcialidad indecente en todos sus actos. Poco tiempo despues dieron aun otro paso mas osado, protestando contra una orden emanada de una dieta celebrada en Nuremberg que habia dado sus disposiciones acerca la defensa de Hungría; negáronse pues á aprontar su

23 abril de 1543.

(1) Steid. 296. *Commemoratio succincta causarum belli, etc., à Smalkaldicis contra Henr. Brunsw. ab eisdem edita. Ap. Scardium, tom. II, p. 307.*

Año 1543.

cuota para este fin á no ser que se reformara la cámara imperial y se les concediese una entera seguridad respecto á los puntos relativos á religion (1).

Dieta de  
Spira del año  
1544.

Tal era el estado de los protestantes y la confianza que tenían en sus fuerzas cuando regresó Carlos de los Países-Bajos para celebrar la dieta que habia convocado en Spira. El respeto á la magestad imperial y el interes de los negocios que se tenían de tratar fueron las causas por que fue tan numerosa esta dieta, puesto que asistieron á ella todos los electores, infinidad de príncipes, eclesiásticos y seculares, y los diputados de las ciudades. Bien conoció Carlos que no era aquel el oportuno momento de agitar el inquieto partido de los protestantes defendiendo con alíveza la doctrina de la iglesia ó quitándoles la menor cosa de los privilegios que disfrutaban, sino que muy al contrario necesitaba calmarles con nuevos favores y dar mas libertad que nunca al fuero de conciencia para buscar de ellos algunos socorros; por este motivo se ocupó en ganar la amistad del elector de Sajonia y del landgrave de Hesse, los principales del partido reformista, haciéndoles sesiones sobre algunos artículos, prometiéndoselo todo sobre de otros, y de este modo se puso á cubierto de los obstáculos que le hubiera podido suscitar. Tomada esta precaucion juzgó que podia emitir sus ideas en la dieta con entera libertad. Empezó por alabar su celo y trabajos incansables respecto á los dos mas interesantes objetos de la cristiandad: el uno era el proporcionar la convocacion de un concilio general para apaciguar las contiendas religiosas que perturbaban la Alemania, y el otro tomar las

El emperador reclama auxilio contra la Francia.

(1) Steid 364, 367. Seck. I. III, 404, 416.

mas acertadas disposiciones para detener los formidables adelantos de los ejércitos mahometanos; empero todos estos religiosos deseos habian sido, segun decia, frustrados por la malvada ambicion del monarca francés, quien habiendo promovido en Europa una guerra que se creía sufocada por la fregua de Niza, habia impedido á los padres de la iglesia que se confriesen al concilio, ó deliberar allí con seguridad, y hasta á él mismo le habia precisado á emplear todos sus soldados para su propia defensa aunque hubiera querido mas emplearlos contra los moros en honor de la cristiandad y por su propia satisfaccion; añadió que Francisco no satisfecho aun con haberle frustrado este proyecto, acababa, con una irreligion sin ejemplar, de atraer á los turcos al centro de los dominios católicos, y que reuniendo sus ejércitos á los de aquellos habia atacado descaramadamente al duque de Saboya, miembro del imperio; que la escuadra de Barbaroja en la actualidad se hallaba surta en un puerto de Francia no esperando sino la llegada de la primavera para llevar el terror y destruccion á la tierra de cristianos; que seria una locura pensar en las actuales circunstancias en hacer expediciones lejanas contra los mahometanos ó desalojarlos de Hungría mientras que un aliado tan poderoso como Francisco les concedia un asilo en el centro mismo de Europa; que era muy prudente hacer cara primeramente al mas próximo é inevitable peligro, y por consiguiente abatir á la Francia para privar de este modo á Soliman del provecho que sacaba de esta alianza poco natural en un soberano que se honraba todavía con el título de rey cristianísimo; que respecto á lo demas la guerra contra la Francia era como si se hiciese contra Soliman, porque no se podian hacer men-

Año 1544. guardar las fuerzas al primero sin que se descargase el golpe sobre el segundo, y despues de todo acababa pidiendo auxilios contra Francisco porque no solamente atacaba al cuerpo germánico y á su principal gefe, si que tambien se declaraba aliado de los moros y enemigo público de la cristiandad. Para infundir mayor valor á estas fuertes inectivas del emperador, el rey de romanos tomó la palabra é hizo una relacion de las maravillosas conquistas de Soliman en Hungría, cuya causa estaba, segun decia, en la fatal desgracia en que su hermano se hallaba de tener que dirigir sus armas contra el rey de Francia. A mas de esto los comisionados del duque de Saboya trataron muy por estenso de los movimientos de Barbaroja en Niza y de sus barbaridades en aquella costa; dichas quejas reunidas á la universal indignacion que escitaba en Europa la alianza sin ejemplo del monarca francés con los otomanos, causaron en la dieta todo el efecto que el emperador deseaba, y determinaron á la mayor parte de sus individuos á concederle poderosa ayuda; y negóse á los embajadores que enviaba Francisco para esponer los motivos de su conducta, la entrada en territorio del imperio: en vano proclamaron estos las alabanzas de su dueño é intentaron sincerar su alianza con Soliman por medio de ejemplos sacados de la sagrada Escritura y conducta de los príncipes cristianos, pues no adelantaron nada con espíritus predispuestos y enojados contra aquel monarca para hallarse en estado de oír ninguna razon á su favor.

Concede grandes privi legios á los protestantes para conciliarlos.

Al considerar Carlos esta disposicion de los estados de Alemania, conoció que ya nada pondria obstáculo en sus proyectos á no ser los temores y desconfianzas

Año 1544.

de los reformistas, por lo que se decidió á tranquilizarlos concediéndoles todo cuanto podian apetecer para su seguridad; con este fin, consintió en un acuerdo que paralizaba todos los decretos hasta aquel dia expedidos contra ellos; quedó convenido que se tendria un concilio general ó á lo menos nacional para devolver la paz á la iglesia, que pondria todo su esmero el emperador para hacer de modo que se verificase á la mayor brevedad, que mientras tanto los protestantes disfrutarian del libre ejercicio de su culto, que la cámara imperial no tendria ya poder de molestarles, y que los ministros de este tribunal al finir el plazo de sus atribuciones serian reemplazados por sujetos hábiles, sin diferencia de religion: enamorados los protestantes por estos actos de condescendencia, se obligaron á reunirse con los demas individuos de la dieta para declarar la guerra á Francisco en nombre del emperador, y otorgaron á Carlos una division de veinte y cuatro mil infantes y cuatro mil caballos que serian pagados y por medio año á costa de la liga, y la dieta impuso al propio tiempo á toda la Alemania una contribucion personal sin escepcion alguna para subvenir á los gastos de la guerra contra los turcos.

Anstlos que  
da la dieta al  
emperador.

Mientras que Carlos seguia con suma atencion el curso de los negocios mas intrincados en medio de una numerosa dieta donde se trataba de hacer reunir tan varios intereses al blanco de su política ambiciosa, trataba por otra parte sus particulares negociaciones con el rey de Dinamarca, quien sin haber hecho aun ninguna tentativa que mereciese la pena en socorro de su aliado Francisco, podia á pesar de esto hacer en su favor algun movimiento formidable (1). Conveníase al propio

Tratados del  
emperador con  
Dinamarca y  
la Inglaterra.

(1) Dumont, *Corps diplom tom. IV, p. II, p. 274.*

Año 1544.

tiempo con el rey de Inglaterra para inducirle á aumentar sus esfuerzos contra el enemigo comun, y la época era favorable para alcanzarlo todo. Los últimos acontecimientos de Escocia infundian en Enrique el mayor enojo contra Francisco, y despues de haber concluido con el parlamento de aquel reino un tratado de boda entre su hijo y la reina jóven, María, esperaba ver bien pronto colmados del mas feliz éxito sus deseos con la union de las dos monarquías, apetecido proyecto de sus antecesores y que siempre habia salido desgraciado. Empero la reina madre, María de Guisa, el cardenal Beáton y los demas amigos de la Francia alcanzaron, no únicamente disolver este enlace, sí que tambien enemistar á la Escocia con la Inglaterra y revalidar su antigua alianza con la Francia: no por eso renunció Enrique á tan importante asunto; ademas de la satisfaccion de vengarse de un rival que le llenaba mas el ánimo, le pareció que abatir á Francisco era el modo mas seguro de volver á atraer á los escoceses al convenio que habian despreciado; tan resuelto estaba por este proyecto, que Carlos le halló dispuesto á ayudarle en cuanto quisiera emprender en contra del monarca francés. El plan que trataron juntos era tal que su ejecucion, arrastrando seguramente la pérdida de aquel pueblo, haria mas grandiosos los dominios del emperador y ensalzaria su poder hasta el punto de hacerlo fatal para la libertad europea; los dos soberanos se convinieron á entrar en Francia cada uno al frente de un ejército de veinte y cuatro mil hombres, é internarse en el corazon del reino para reunir junto á Paris (1) sus fuerzas sin entretenerse en sitiar las ciudades fronterizas.

(1) Herbert, 245. Du Bellay, 448.

Con todo esto Francisco quedaba solo contra tantos enemigos como Carlos escitaba contra él, y Soliman era el único aliado que no le habia abandonado; empero esta alianza habia hecho tan aborrecido al rey por toda la cristiandad, que prefirió perder las ventajas que de ella podia sacar á ser por mas tiempo el objeto de ódio y maldicion pública; con este motivo despidió al empezar el invierno á Barbaroja, quien devastó las playas de Nápoles y Toscana al regresar á Constantino-  
pla; pero como Francisco ya no esperanzaba poder equiparar las fuerzas de su enemigo, quiso suplir á ellas con la actividad, siendo el primero en abrir la campaña. Al empezar la primavera el conde de Enghien atacó á Cariñan, ciudad del Piamonte, la que el marques del Guasto despues de haberla tomado al principio de la campaña antecedente la creyó de bastante monta para fortificarla á toda costa; el conde continuó este sitio con tanto ardor, que Guasto, deseoso de conservar su conquista, no halló otro medio de defenderla de caer en poder de los franceses que aventurar una batalla. Acudió desde Milan, y como no pretendia ocultar sus deseos, se divulgó bien pronto en el campo contrario, y Enghien, jóven intrépido y valeroso. desca-  
ba con ardor probar la suerte de una batalla, la que no deseaban menos vehementemente sus soldados; empero el rey retenido por el crítico estado de sus asuntos y preocupado su corazon por las desgracias, habia privado las acciones del príncipe prohibiéndole formalmente aventurar una accion general, y este á pesar de esto no quiso abandonar á Cariñan en el mismo instante que iba á rendirse; y al propio tiempo ardiendo en deseos de hacerse célebre por alguna accion ruidosa envió á Monluc á la corte para manifestar al monarca la necesidad

Año 1544.  
Los franceses abren la campaña en el Piamoute.

Atacan á Cariñan.

Los imperiales marchan al auxilio de aquella ciudad.

Año 1544.

de una batalla y la esperanza de la victoria; Francisco remitió este asunto á la decision de su consejo, y todos los ministros uno tras otro fueron de contraria opinion de arriesgar la batalla, fundando sus dictámenes en muy laudables motivos; pero Monluc que estaba presente á sus sesiones pareció tan descontento con lo que acababa de oír y tan deseoso se demostró de hablar á su vez, que admitido el rey de sus gestos le llamó y preguntó qué era lo que podria decir contra de un parecer tan general y juicioso. Monluc, que á un valor acreditado unia la mayor franqueza, manifestó la buena situacion de las tropas, el ardor que manifestaban en atacar al enemigo, la confianza que tenian con sus gefes y finalmente el eterno oprobio de que se cubririan las armas francesas de rehusar una batalla: apoyó estas razones con un valor tan natural, con una elocuencia militar tan animosa, que decidió no únicamente al rey, siempre amante de osadas acciones, sí que también á muchos de sus consejeros; por lo que animado Francisco de igual entusiasmo con que ardian sus tropas se conmovió y alzando las manos al cielo: «Marchad, dijo á Monluc, volved al Piamonte y allí pelead en nombre de Dios (1).»

Batalla de  
Cerisoles.

Al momento que se supo esta decision del monarca, un ardor marcial que se apoderó de los corazones de la nobleza dejó casi desierta la corte; cuantos podian servir y querian señalarse marcharon al Piamonte para repartir como voluntarios los peligros y la gloria de una accion general. Cobrando aun mas ánimo Enguien por la llegada de tantos valientes oficiales, se

(1) *Mémoires de Monluc.*



dispuso inmediatamente para dar la batalla que aceptó Guasto. Casi igual era la caballería en entrambos ejércitos; empero los imperiales tenían á lo menos diez mil de á pie mas que los franceses. Avistáronse cerca de Cerisoles en una vasta llanura cuyo suelo no daba ventaja á ninguno de los dos ejércitos, y en el que pudieron muy fácilmente ordenarse en batalla. El primer choque fue el que debia esperarse de soldados tan aguerridos, intrépidos y valientes; la caballería francesa cargó con su arrojo acostumbrado, arrollando á cuanto osaba hacerle frente, empero por otra parte la disciplina y valor de la infantería española, habiendo hecho retirar á la division que le hacia frente, quedó incierta la victoria dispuesta á declararse en favor de aquel general que dispusiese mejor en aquel crítico momento: Guasto, que se hallaba entre los soldados desbandados, temiendo caer en manos de los franceses que hubieran quizas vengado en su persona el asesinato de Rincon y de Fregoso, perdió su sangre fria y no se acordó de hacer pasar adelante su gran cuerpo de reserva, cuando en aquel tiempo Enghien, con un valor y pericia admirables, retiene puesta al frente de sus gendarmes la division que cedia; manda al propio tiempo á los suizos, que siempre habian vencido á donde habian peleado, que ataquen á los españoles. Este momento fue decisivo y solo se vió despues confusion y carnicería. Herido en un muslo el marques del Guasto debió únicamente su salvacion á la ligereza de su caballo, y la victoria de las armas francesas fue completa: diez mil muertos del ejército imperial, un sinnúmero de prisioneros y las tiendas, bagages y artillería fueron el fruto de esta victoria. Pura fue la satisfaccion de

Año 1544.

Abril 11.

Año 1544. los vencedores y no se halló un solo jefe distinguido (1) entre la poca gente que perdieron.

Resultados  
de esta victo-  
ria.

Esta brillante batalla que cubria de gloria á los franceses les libertó de un gran peligro, pues Guasto se proponia invadir con su ejército todo el territorio situado entre el Ródano y el Saona en que no se le podian oponer, por no haberlas, ni fortalezas ni tropas de línea; empero no fue dable á Francisco llevar adelante con harto vigor estas ventajas para sacar todo el fruto de aquella victoria, pues que aunque el Milanesado estuviera indefensa y sus moradores que desde mucho tiempo se lastimaban del rigor del mando de los imperiales estuviesen dispuestos enteramente á romper el yugo; aunque el duque de Enghien animado por su victoria precisára con energía al monarca para que aprovechase la feliz coyuntura de recobrar la posesion de un territorio que continuamente habia ambicionado, á pesar de todo esto fuele necesario sacrificar toda idea de conquista á la seguridad del estado, por lo que se vió forzado á llamar á doce mil hombres de los que servian al mando del conde de Enghien para venir al socorro del reino el que el emperador y monarca inglés estaban dispuestos á invadir cada uno por opuesta direccion y con fuerzas formidables; de esta suerte las operaciones de aquel príncipe solo hicieron consumirse lentamente; y la rendicion de Carinán y de algunas otras ciudades del Piamonte fue todo lo que ganó con su gran victoria de Cerisoles (2).

(1) Du Bellay, 429, etc. *Mém. de Montluc. Jovii Hist. lib. XLIV, p. 327, 6.*

(2) Du Bellay, 438, etc.

El emperador fue el último en abrir la campaña, conforme á su antigua costumbre, pero finalmente se dejó ver á principios de junio al frente del mas formidable y mejor pertrechado ejército que jamas hubiera reunido contra la Francia, pues llegaba á cincuenta mil hombres, una parte de los que se habían ya apoderado del Luxemburgo y de algunas ciudades de los Países-Bajos antes de que Carlos se les hubiese juntado. Marchó con todo el ejército hacia las fronteras de la Champaña y hubiera debido dirigirse á Paris como habia ya convenido con el rey de Inglaterra. El delfin, que mandaba las únicas tropas á las que podia Francisco confiar la salvacion de su reino, no se hallaba en estado de oponerse al emperador, empero el feliz éxito de las armas francesas en defender la Provenza en el año 1536 les habia patentizado el mejor medio de promover dificultades á un enemigo que ataca, y la Champaña que produce mucho mas vino que trigo no podia bastar para la manutencion de un numeroso ejército; se habia ademas tenido la mira antes de acercarse el emperador de sacar ó destruir las cortas provisiones que se hallaban allí; el recurso pues de Carlos fue procurar apoderarse de algunas ciudades fuertes á fin de poner á salvo de todo riesgo los convoyes de que dependia su manutencion. Las ciudades de la frontera se encontraban en tan pésimo estado que se lisonjeó de tomarlas con prontitud y sin mucha dificultad; atacó primero á Ligny y á Commercy que pusieron muy poca resistencia, envistió despues á Saint-Dizier que no tenia nada de lo que se necesitaba para sostener un sitio á pesar de que defendiera un interesante paso en el rio Marne; empero el conde de San-

Año 1544.  
Principio de  
la guerra en los  
Países-Bajos.

Junio.

Año 1544.  
El emperador pone sitio á Saint-Dizier el día 8 de julio.

cerre y Mr. de La Lande que tan inmarcesible gloria habian adquirido en la defensa de Landrecy, se encerraron animosamente en la plaza resueltos á conservarla para su dueño hasta el último extremo, y el emperador que sabia de cuánto eran capaces, desesperando de tomar aquella ciudad en un solo ataque, resolvió ponerla formalmente sitio; y como su carácter era de no abandonar jamas una empresa que habia una vez intentado, continuó esta con mas obstinacion que prudencia.

Enrique VIII ataca á Bolo-  
nia.

Las disposiciones del monarca inglés para aquella guerra habian sido concluidas mucho antes que las del emperador, empero no queriendo atacar solo á todas las fuerzas francesas ni dejar en la inaccion á sus tropas, aprovechó esta coyuntura Enrique para castigar á la Escocia, y destacó una escuadra con gran número de su infantería á las órdenes del conde de Hertfort para hacer un desembarco en aquel reino; este cumplió con suma pericia sus órdenes; saqueó y quemó á Edimburgo y á Leith, devastó el pais y se volvió á embarcar con tanta presteza que la escuadra alcanzó al rey al momento de su entrada en Francia (1). El emperador que en aquel entonces estaba ocupado en el asedio de Saint-Dizier remitió un embajador á Enrique para felicitarle por su próspera llegada y pedirle se dirigiese inmediatamente á Paris conforme á lo convenido en su tratado; empero Carlos gastando el tiempo y las fuerzas en apoderarse de algunas plazas por su propia cuenta, daba tan mal ejemplo á su aliado que este juzgó convenirle el imitarle y tomar igualmente para sí las ciudades que le

14 julio.

(1) *Hist. of Scotland*, tom. I, p. 112.

convenian; por lo que sin atender á los ruegos del emperador, sitió luego con sus tropas á Boloña y mandó al duque de Norfolk que continuase el de Montreuil que se habia puesto ya antes de su llegada por una division de flamencos reunida á algunas tropas inglesas. Mientras que el emperador y el monarca inglés estaban cada uno ocupado en sus particulares intereses, su causa comun padecia por ello, pues en vez de aquella union y confianza que tanto se necesitan para poner en obra el grandioso proyecto en que habian convenido, demostraron pronto una mutua envidia, de que poco á poco nacieron las sospechas y acabó con un entero rompimiento (1).

Mientras tanto Francisco acababa de reunir á fuerza de fatigas un ejército que podia contraponerse al enemigo, ya por el número, ya por el valor de sus soldados. El delfin como á entendido general eludia con prudencia arriesgar una batalla que el perderla hubiera puesto en peligro al reino, y se limitaba á molestar al emperador por medio de tropas ligeras, con detener el paso de los convoyes y devastar el pais de su alrededor. A pesar del apuro en que estas operaciones ponian á Carlos, continuaba siempre el asedio de Saint-Dizier, cuya plaza defendia Sancerre con un valor y destreza admirables; este gefe sostuvo repetidos asaltos y los rechazó todos, ni la muerte de La Lande que cayó de un cañonazo no disminuyó su firmeza ni su ardor; pasadas cinco semanas se encontraba todavía en estado de resistir por algun tiempo, cuando una astucia del cardenal Granvella le precisó á rendirse; este sabio político habiendo interceptado la llave de sello que

Gloriosa defensa de Saint-Dizier.

(1) Herbert.

Año 1544. usaba el duque de Guisa en su correspondencia con Sancerre, fingió una carta en nombre de aquel duque que facultaba al gobernador para capitular so pretexto de que el monarca, aunque contentísimo de su conducta, no creía prudente aventurar una batalla para auxiliarse. Llevóse esta carta á la ciudad de modo que en nada fuese sospechosa, y Sancerre cayó en la trampa; empero al rendirse logró condiciones dignas de su valor, entre otras una suspension de armas de ocho dias; finido este término se obligaba á entregar por sí mismo las llaves al enemigo si Francisco durante este tiempo no acometía al ejército imperial ni lograba meter tropas en la ciudad (1). De este modo Sancerre teniendo por tanto tiempo entretenido al emperador delante de una ciudad de tan poca monta, dió tiempo á su rey de reunir todas las fuerzas y se cubrió de una gloria harto estraña en un subalterno, la de salvar á su patria.

Agosto 17.  
El emperador se interna en el centro de la Francia.

Luego que se hubo rendido Saint-Dizier se adelantó el emperador internándose en la Champana, pero la tenaz resistencia que se le acababa de hacer le habia frustrado todas sus esperanzas de internarse hasta Paris, haciéndole prever lo que le costaria el sitiar otras ciudades mas fuertes y mejor pertrechadas; ademas la dificultad de proveer á su manutencion se iba aumentando á medida que se alejaba de las fronteras; muchos de sus mejores soldados habian perecido en el asedio de Saint-Dizier y cada dia se iban los restantes disminuyendo á causa de los pequeños encuentros que no podia evitar y que insensiblemente iban arruinando á su ejército sin alcanzar una batalla decisiva. En esto se adelantaba la estacion y el empe-

(1) Brantome, tom. VI, 489.

rador no se habia podido apoderar de bastante terreno ni tomar ciudades harto respetables para pensar en tomar sus cuarteles de invierno en territorio enemigo, y sus soldados á quienes adeudaba muchos meses de paga se hallaban en disposicion de sublevarse y no tenia caudales para satisfacerlos; todas estas consideraciones le resolvieron á escuchar las propuestas de paz que su hermana la reina de Francia le propuso por la secreta mision de dos frailes dominicos, confesores de entrambos, á cuyo fin se nombraron plenipotenciarios por ambos beligerantes y empezaron sus sesiones en Chaussé, aldea cercana á Chalons, empero Carlos ya que quisiese hacer otro último esfuerzo contra la Francia, ya sea que únicamente buscasse un pretexto de abandonar á su aliado y finir una paz aparte, comisionó un embajador á Enrique para requerirle formalmente que se adelantase contra Paris conforme habian pactado. Mientras aguardaba la contestacion del monarca inglés y el éxito de las sesiones de Chaussé, continuó en adelantarse á pesar de la falta de víveres; finalmente ya sea por destreza ó felicidad por su parte ya que hubiese algun descuido ó traicion por parte de sus enemigos, sorprendió primeramente á Espernay y luego á Chateau-Tierry donde habia almacenes muy provistos. Al saberse la toma de estas dos ciudades de las que la última dista únicamente dos jornadas de Paris, difundióse el terror en aquella indefensa ciudad, donde se aumentó el susto á proporcion de su estension; sus moradores entregados á la desesperacion huian como si ya estuviesen viendo el ejército imperial á sus puertas; muchos remitieron sus mugeres é hijos á Ruan por el Sena, otros á Orleans y á las ciudades colocadas en las márgenes del Loira; el mismo Francisco, mas en-

Año 1544. tristecido por este suceso que por otra cualquiera desgracia de su reinado, con igual pesar por la victoria de su enemigo dispuesto á venir á insultarles hasta en su misma capital, y por el riesgo á que se iba á ver espuesto todo el reino, no pudo detener en el primer momento de su dolor esta exclamacion: ¡Dios mio! ¡cuán cara me haces pagar esta corona que juzgaba haber recibido como una dádiva de tu misma mano (1)! Empero reprendiéndose inmediatamente este arranque de dolor, añadió en un religioso arrepentimiento: «Cumplase tu voluntad;» y recobrando su primitiva calma, dió órdenes para oponerse al enemigo. Envió el delfin ocho mil hombres á Paris, con lo que se reanimó el espíritu de sus moradores, puso una fuerte guarnicion en la ciudad de Meaux, y ganó con una marcha forzada á la Ferté, que se hallaba situada entre la capital y el ejército del emperador; y este que empezaba á sentir de nuevo el hambre, viendo que el delfin eludia siempre la batalla, y no osando acometerle en su campo con tropas cansadas y muy disminuidas, volvió inmediatamente por la derecha y emprendió su retirada por Soisson. Entonces fue cuando al recibir la contestacion de Enrique, que se negaba á levantar el sitio de Boloña y de Montreuil que estaba próximo á ganar, juzgóse Carlos suelto por su parte de todas las condiciones de su convenio y libre de no mirar mas que lo que únicamente le conviniese; por lo que convino en renovar las sesiones que habia estorbado la sorpresa de Epernay. No era difícil de convenirse la paz entre dos monarcas de los cuales el uno la deseaba con ardor y al otro le era mucho mas necesaria;

Se ve precisado á retirarse.

(1) Brantome, tom. VI, 381.



por lo que luego se firmó esta en Crespy, aldea cercana á Meaux, el día 17 de setiembre, y los principales artículos de ella fueron que se devolverian por entrambas partes todo lo conquistado desde la tregua de Niza; que el emperador casaria á su hija primogénita ó á la segunda de su hermano Fernando con el duque de Orleans; que si fuese esta su hija propia le cederia en dote todas las provincias de los Países-Bajos con todo el poder soberano para transmitirlo á los hijos varones que naciesen de aquel matrimonio; que si preferia fuese su sobrina traeria á su marido la investidura del ducado de Milan con sus posesiones; que el emperador determinaria dentro cuatro meses cuál de las dos princesas escogeria, y que las respectivas condiciones para la conclusion del matrimonio se verificarian dentro el término de un año, empezando á contar desde la fecha del convenio; que al momento en que el duque de Orleans tomase posesion de los Países-Bajos ó del Milanesado devolveria Francisco al duque de Saboya tuanto le habia conquistado, escepto Pignerol y Montmelian; que este monarca renunciaria á todas sus pretensiones al reino de Nápoles y al poder soberano de Flandes y el Artois; que en cambio Carlos desistiria de las suyas al ducado de Borgoña y al condado de Charolois; que Francisco en nada auxiliaria al rey de Navarra en su retiro, y por último que los dos soberanos declarararian unidos la guerra á los turcos, á cuyo efecto aprontaria Francisco cuando se lo pidiese el emperador y el imperio, seis mil gendarmes y diez mil infantes (1).

Año 1544.  
Paz firmada  
en Crespy.

A mas de los tristes apuros en que la falta de ví-

Motivos de

(1) *Recueil des traités, tom. I, p. 227.* Belius, *de causis pacis Crepiac. in Actis erudit. Lips. 1763.*

Año 1511.  
Carlos para  
convenirse.

veres ponja al ejército imperial, de la dificultad en asegurar su retirada ó la imposibilidad de hacer tomar cuarteles de invierno á sus soldados en Francia, Carlos tenia ademas para desear firmar la paz otros motivos igualmente poderosos, aunque mas indirectos. El papa estaba sumamente enojado con él, ya por lo que habia concedido á los reformistas en la última dieta, ya porque habia prometido reunir un concilio y habia autorizado contiendas públicas en Alemania sobre los puntos de disputa; estos dos desprecios de la autoridad y facultades de la silla apostólica se presentaron á Pablo como otros tantos sacrilegios; por lo que remitió á Carlos una reprension en vez de una carta, cuyo estilo era tan altivo y acre que se conocia claramente mas bien ser su intencion el buscar reuillas á este monarca que no deseos de reducirle; y esta cólera se habia aun aumentado por la alianza del emperador con el monarca inglés, cuya intimidad con un herege escomulgado era á los ojos del papa una profanacion tan aborrecible como la del rey de Francia con los turcos. Por otra parte su hijo y nieto clamaban con fuerza contra Carlos porque se oponia á otorgar en su favor las ciudades de Parma y Plasencia, y su ódio hacia que Pablo aumentase mas y mas el suyo; y debe añadirse á todo esto el incentivo de los ofrecimientos y adulaciones con que Francisco procuraba ganar el afecto del pontífice; y aunque este hubiera en aquel momento podido sofocar su cólera, desvanecido los artificios de su familia y resistido á las pretensiones de Francisco, no se podia á pesar de esto confiar mucho en la entereza de un hombre que á un mismo tiempo debia resistir á sus pasiones, á sus enemigos y á su interes. Sabia Carlos que la intimidad

del papa y el rey de Francia ponía en riesgo á sus dominios de Italia; conocía que los venecianos seguirían inmediatamente el ejemplo de un pontífice al que miraban los italianos como un ejemplar de política, y también sabía que una alianza formada contra él podía al fin abrumarle (1) en una situación en que apenas podía sostener la guerra; los turcos como no habían hallado resistencia en Hungría, habían por aquel tiempo tomado casi todas las plazas, y se acercaban con rapidez al Austria (2). Empero para lo que más necesitaba su principal atención el emperador, eran los extraordinarios progresos de la doctrina reformista en Alemania y la peligrosa alianza formada por los príncipes de aquella comunión. Casi la mitad de sus súbditos alemanes habían sacudido el yugo de la iglesia católica, y se hallaba socavada la lealtad de los restantes; los nobles austriacos habían suplicado á Fernando les concediese el libre uso del protestantismo (3); los bohemios que aun guardaban alguna semilla de la doctrina de Juan Hus, favorecían descaradamente las nuevas opiniones; el arzobispo de Colonia, animado por un extraño celo entre el clero, había empezado ya la reforma en su diócesis; era pues imposible no atajándose á tiempo este espíritu de innovaciones prever en qué vendría á parar, y el mismo Carlos había presenciado el tono firme y resuelto con que habían hablado los reformados en la última dieta; había conocido que con una entera confianza en su número y alianza tenían á mengua emplear el suplicante estilo de sus primeras solicitudes, y llevaban su desearo has-

(1) Fra-Paolo, 100. Pallavic. 163.

(2) Istvanbaffii. *Hist. Hung.* 177.

(3) Sleid. 285.

Año 1544.

ta despreciar altamente al papa sin manifestar mucho mas respeto á la dignidad imperial; por lo que si queria sostener la primitiva religion y hasta su propia autoridad, y no contentarse con el vano apodo de cabeza del imperio, le era necesario obrar con vigor; lo que le era absolutamente imposible mientras tuviese que sostener una guerra estraña contra un poderoso enemigo.

Prosigue la guerra entre Francia é Inglaterra.

Estos eran los motivos que movian á Carlos á firmar la paz, y habia tenido la astucia de dirigir el tratado de Crespy para conseguirlo á favor de sus miras. Las condiciones con que se convino con Francisco privaban al papa de todos los beneficios que esperaba, prefiriendo la amistad de aquel monarca á la del emperador; por el artículo sobre la guerra contra los turcos, dirigia Carlos contra Soliman las armas de un aliado que le arrebatava; finalmente por una cláusula particular que no se insertó en el tratado por no promover temores fuera de ocasion oportuna, convino el emperador con Francisco que ambos emplearian todo su valimiento y fuerzas para hacer reunir un concilio general para asegurar su autoridad y aniquilar la heregía protestante en sus dominios, y este último artículo quitaba á la alianza de Smalcalde toda esperanza de socorro por parte de la Francia (1); empero temiendo que sus súplicas ó la envidia que debia conservar contra un antiguo enemigo no hiciesen olvidar á Francisco sus obligaciones, dejóle en medio de la guerra contra los ingleses, imposibilitándole de esta suerte el tomar parte en los asuntos de Alemania.

Preocupado siempre Enrique de que era sumamen-

(1, Seck. l. III, 496.

te importante y poderoso, sintió en el alma el poco miramiento que le habia demostrado el emperador firmando la paz sin su intervencion; sin embargo, en el actual estado de sus asuntos encontraba alguna templanza en su despecho. Verdaderamente las tropas alemanas habian recibido la órden de retirarse, y se habia visto precisado á llamar á sí al duque de Norfolk, quien tuvo que abandonar el sitio de Montreuil; empero por otra parte habíase rendido Boloña antes de finirse el tratado de Crespy, y Enrique envanecido y orgulloso por la conquista que acababa de hacer, se hallaba enardecido todavía de su enojo contra el emperador cuando le llegaron los embajadores franceses con las condiciones de paz, de modo que le hallaron poco preparado para admitir unas de justas y moderadas; sus locas pretensiones que dictó con tono de conquistador, eran que el rey de Francia abandonase su alianza con la Escocia, que le pagase los atrasos de sus deudas antiguas, como tambien que le reembolsase de todos los gastos de aquella guerra; y Francisco aunque desease ansioso la paz para comprarla con costosos sacrificios, no debiendo de combatir ya con el emperador rehusó con desprecio tan viles proposiciones; marchó Enrique para Inglaterra y continuó la guerra entre ambas naciones (1).

El tratado de Crespy, que tan ventajoso era á los franceses pues les libraba de un enemigo metido ya en el centro del reino, fue á pesar de esto criticado agriamente por el delfin, que lo miraba como una evidente prueba de que su padre preferia á su hermano menor, el duque de Orleans: quejóse de que el rey sacrificaba

El delfin se  
descontenta  
por la paz de  
Crespy.

(1) *Mém. de Ribier, tom. I, p. 572. Herbert, 244.*

Año 1544. el honor de su reino y los antiguos derechos de la corona al deseo de acomodar á un hijo que disfrutaba de toda su predileccion; empero como no se atrevia á aventurar enojar al rey negándose á ratificar aquel tratado, y que á pesar de esto queria poder algun dia reclamar contra cualquiera renuncia que redundase en perjuicio suyo, protestó ocultamente ante algunos de sus partidarios contra dicho convenio, declarando de antemano nulo todo cuanto se viera precisado á obrar para su confirmacion; el parlamento de Tolosa efectuó lo mismo probablemente á instigacion de los amigos de este príncipe (1); pero Francisco ratificó la paz con el mayor placer. Igualmente satisfecho de haber salvado á sus vasallos de una invasion como de la esperanza de lograr para su hijo menor un poder soberano, no juzgó comprar demasiado caros tantos beneficios, renunciando á ilegítimas adquisiciones, á títulos hasta entonces ruidosos y fatales á su nacion, y á unos derechos que sin la posesion no valian nada. En el tiempo prefijado en el tratado, Carlos manifestó la intencion en que estaba de dar por muger al duque de Orleans la hija de Fernando en el Milanésado (2); todo al parecer prometia la estabilidad de la paz; el emperador, molestado cruelmente por la gota, se manifestaba imposibilitado de emprender nada que necesitara gran fuerza de cuerpo y alma; conocíalo él mismo ó á lo menos deseaba que así se le creyese. Cuando mas oprimido se hallaba de esta dolorosa enfermedad, llegó un embajador francés á Bruselas para presenciar la ratificacion de la paz. Al poner trabajosamente su firma Carlos, dijo que no se debía temer

(1) *Recueil des traités*, tom. II, 235, 238.

(2) *Recueil des traités*, tom. II, 238.

violase semejante convenio, y que una mano que apenas podia sostener una pluma no valia nada para enristrar de nuevo una lanza.

Año 1544.

La enfermedad del emperador le retuvo por muchos meses en Bruselas, y esto fue lo que al parecer le hizo prorogar el grande proyecto que se habia formado para abatir en Alemania al partido reformista: pero movíanle tambien otros motivos para estas alargas: á pesar de los motivos interesantes que le habian decidido á aquella empresa, la temible federacion que iba á atacar y el estado de sus propios asuntos le ponian en la necesidad de pensar detenidamente, de obrar con prudencia y de no quitarse demasiado aprisa el velo bajo el cual habia encubierto su verdadero juicio interior y sus planes. Conocia en los protestantes, á pesar de lo confiados que estaban en sus propias fuerzas, mostrarse inquietos en cuanto á sus designios; tan pronto á recelar como dispuestos á defenderse, reunian la envidia de un débil partido á la osadía de un bando poderoso. Ademas siempre ocupado el emperador en la guerra contra los turcos, y queriendo libertarse de ella, habia enviado un comisionado á la Puerta Otomana con el encargo de ofrecer condiciones sumisas de paz; empero las decisiones de aquella corte orgullosa eran inciertas, y hubiera sido muy imprudente en Carlos, antes de tenerlas bien conocidas, promover el incendio de una guerra civil en sus propios dominios.

Designios del emperador en cuanto á la Alemania.

En esta ocasion inmediatamente despues de firmada la paz de Crespy publicó una bula convocando un concilio general en Trento para el principio de la primavera, rogando á todos los príncipes cristianos que aprovecharan el feliz sosiego de Europa para esterminar las heregías que amenazaban revolver todo cuanto

El papa convoca un concilio general en Trento.

**Año 1544.** tenia de mas sagrado el cristianismo; mostróse al principio descontento el emperador por esta precipitacion; sin embargo, despues de haber simulado reprender al papa á fin de alucinar mejor, aprobó este concilio que podia llegar á ser útil á sus pretensiones, y no solo no se limitó á nombrar embajadores para asistir en su nombre, si que tambien mandó á todo el clero de sus dominios de conferirse allí al tiempo prefijado (1).

**Año 1545.**  
Reúnesse una  
dieta en Wor-  
mes el dia 24  
de marzo.

Este era el plan del emperador cuando la dieta imperial se reunió en Wormes despues de muchas dilaciones. Los protestantes, que disfrutaban de la libertad de conciencia pero de un modo precario y sin otra garantía que el *reces* ó decreto de la última dieta, que ni tan solamente podia ser válida hasta que se celebrase un concilio, deseaban con ardor colocar este importante privilegio sobre bases sólidas que les asegurasen su perpetua duracion; empero, lejos de tranquilizarles, los dos puntos principales que propuso Fernando que tratase la dieta fueron la continuacion de la guerra contra los turcos y el ser de la religion, diciendo que el primero era tanto mas necesario cuanto Soliman despues de haberse apoderado de casi toda la Hungría estaba dispuesto á invadir las provincias austríacas; que Carlos, que desde un principio se habia ocupado de su mando hasta con peligro de su propia vida para rechazar los ataques del temible sultan, continuaba siempre animado del mismo ardor y acababa de interrumpir voluntariamente la continuacion de sus victorias en Francia, únicamente para opouerse, en union con su antiguo rival, con todas sus fuerzas contra el comun enemigo de la fe; que al propio tiempo era ya

(1) Fra Paolo, 104.



de obligacion é interesaba á todos los miembros del imperio auxiliar los piadosos esfuerzos de su principal prestándole socorros en esta precisa necesidad; que respecto á las contiendas religiosas estaban estas tan enredadas y de tan difícil discusion que no era de esperar se viese pronto su desenlace; que las muchas y repetidas súplicas y la constancia del emperador habian recabado finalmente del papa que convocase un concilio por tanto tiempo deseado y pedido, y que finalmente habiendo llegado el término señalado para esta reunion, los dos bandos debian esperar su fallo con intento de someterse á él como á determinado por la iglesia universal.

Fernando obliga á los alemanes á que reconozcan la autoridad del concilio.

Los católicos de la dieta recibieron estas declaraciones con aprobacion unánime y contestaron que consentirian en todas sus demandas; empero los protestantes manifestaron suma sorpresa al oír unas proposiciones tan manifestamente en contradiccion con el *reces* ó decreto de la anterior dieta; sostuvieron pues que el exámen de doctrina debia ser el primero en la consulta por lo interesante de su objeto; que la inviolabilidad del libre ejercicio de su culto les tocaba mas de cerca que el miedo que causaban á la Alemania los triunfos de los turcos, y que no podian entrometerse en una guerra estraña mientras que estuviese en peligro su sosiego doméstico; que á pesar de todo, si se les tranquilizaba sobre estos puntos, no se mostrarian menos celosos que sus compatriotas en rechazar al comun enemigo de la cristiandad; pero que si tan inminente era el peligro que por parte de los turcos se temia que no permitiese tratar en aquel momento otros asuntos, suplicaban que se reuniese al menos sin demora una dieta para decidir definitivamente las controversias reli-

Año 1545. giasas y que se explicara al mismo tiempo con toda claridad el decreto de la primera dieta perteneciente á ese esencial artículo. Habíase convenido por el decreto de Spira que disfrutarían ellos con tranquilidad el público ejercicio de su culto hasta la legal reunion de un concilio; pero el mismo pontífice acabando de convocar uno al que Fernando exigía que se sometiesen empezaron á sospechar que sus contrarios procuraban sacar ventaja de algunas frases ambiguas del decreto, y de sacar de ahí que el término de la libertad de conciencia iba á acabarse al reunirse el concilio; á fin de eludir esta interpretación rehovaron sus protestas contra una reunion celebrada fuera del territorio del imperio y únicamente convocada por la autoridad del papa y á quien se reservaba el derecho de presidencia; declararon que juzgaban el decreto de la última dieta como si aun existiese con todo su vigor á pesar de la ilegal convocacion de este concilio.

Llega la del  
emperador á  
Wormes.

Mientras el emperador habia juzgado que le interesaba contemporizar y ganar el afecto de los protestantes, habia sabido proporcionarse hasta aquel momento medios para contentarlos sobre unas pretensiones que al parecer estaban fuera de razon; empero habiendo del todo variado sus miras, habia precisado á Fernando á ceñirse á sus primeras proposiciones y á no otorgar nada que pudiera disminuir en algo la legitimidad ó poder del concilio. No estuvieron menos firmes por su parte los protestantes, y tanto los unos como los otros emplearon mucho tiempo y esfuerzos para convencerse únicamente de que era imposible la conciliacion; ni la presencia del emperador que despues de curado se tras-

laidó á Wormes no contribuyó en hacer mas sumisos á los reformados, quienes creídos de que defendían la causa de Dios y de la verdad, igualmente insensibles al atractivo del interes que á la impresion del temor, ya el emperador aumentase sus demandas ya que dejase traslucir sus ideas de amenaza, solo sirvió para aumentar su valor. Declararon finalmente á cara descubierta que tenían á menos justificarse ante un concilio convocado, no para discutir su doctrina sino para juzgarla, que miraban como inútil semejante reunion dirigida por la autoridad de un papa que se habia abrogado el derecho de juzgarlos calificando de antemano sus opiniones de heregía y abusando de una potestad usurpada para oprimirles con el peso de sus excomuniones (1).

Año 1545.

Los protestantes se niegan á tratar de modo alguno con el concilio.

En esto los protestantes, siempre mas constantes en su liga, se negaban á toda comunicacion con el concilio, como tambien á dar socorros la emperador contra los turcos, y únicamente Mauricio de Sajonia se manifestó dispuesto á satisfacer los deseos de aquel monarca; á pesar de su aficion inviolable para la reforma, demostrando una moderacion útil á sus miras, confirmó mas y mas al emperador en la preocupacion de ánimo que habia sabido grangeársele á su favor y allanarse por su medio el camino para la ejecucion de los grandiosos planes que ideaba sin descanso su corazon activo y ambicioso (2); su ejemplo sin embargo influyó poquísimo en los demas protestantes, y Carlos conoció que no podia esperar sacar de ellos refuerzos para pelear contra los turcos, ni

Conducta de Mauricio de Sajonia en la dieta.

(1) Steid. 343, etc. Seck. III, 543, etc. Thuan. Hist. lib. II, p. 56.

(2) Seck. l. III, 571.

Año 1545. sosegar sus temores y recelos en cuanto á la religion; empero no habiendo llegado á buena sazón todavía sus proyectos, y como no estuviesen bastante adelantados sus preparativos para poderles á la fuerza reducir á su obediencia ó castigar su tenacidad, tuvo la astucia de ocultar sus intenciones; á fin de darles esperanzas señaló para principios del año próximo una dieta en Ratisbona donde se terminarian los puntos contenciosos por medio de sesiones de cierto número de eclesiásticos de cada partido que debian concurrir á ella (1).

Los protestantes empiezan á sospechar del emperador.

Empero por mas que deseara el emperador alucinar á los protestantes con estos visos de moderacion, no podia sostener un disimulo bastante duradero para ocultarles sus artimañas. Hermant, conde de Wied, arzobispo y elector de Colonia, prelado digno de recomendacion por sus virtudes y costumbres sencillas á lo antiguo, pero tan poco inteligente, por otra parte, como todos los nobles que en aquel entonces poseian todos los mas ricos beneficios de Alemania, habia caido en seguir la doctrina reformada; en el año 1543, ayudado de Melancthon y Bucer habia empezado á anular el antiguo culto en su diócesis para mejor introducir el protestantismo; pero los canónigos de su catedral, animados contra este celo de innovacion, y previendo el modo como la igualdad evangélica de la reforma seria nociva á su poder y riquezas, se opusieron á las inauditas intenciones de su obispo con todo el ardor que el interes podia añadir á su celo por las antiguas instituciones, y este digno obispo, no viendo mas en las dificultades que

(1) Heid. 351.

se le oponian que una nueva prueba de cuán necesario era fundar la reforma, no se debilitó su resolución ni su energía. Finalmente los canónigos habiendo conocido la nulidad de su resistencia protestaron con toda solemnidad contra la usurpacion de su arzobispo contra de quien apelaron ante el papa como á su juez eclesiástico y ante el emperador como á su señor temporal, y esta apelacion llegó al emperador durante su permanencia en Wormes; tomó al momento bajo su proteccion á los canónigos de Colonia, intimándoles que procediesen con todo rigor contra cuantos intentasen sacudir el yugo de la iglesia romana; prohibió al arzobispo el cambiar nada en su diócesis, y le citó á que compareciese en Bruselas dentro el término de treinta dias para responder allí de las acusaciones hechas contra él (1).

No se limitó Carlos á demostrar su aborrecimiento á los protestantes únicamente con este rasgo de autoridad, si que tambien en sus propiedades patrimoniales de los Países-Bajos persiguió incansablemente á todo cuanto tenia visos de luteranismo. Desde su llegada á Wormes hizo callar á los predicadores protestantes de aquella ciudad, y hasta permitió que un fraile italiano perorara en el púlpito de su propia capilla contra el luteranismo y designara á él mismo como al enviado de Dios para esterminar tan perniciosa heregía: envió al propio tiempo á Constantinopla la embajada de que ya se ha hablado, proponiendo la paz á fin de libertarse del temor de los turcos. Ni estos pasos, ni sus dañosas consecuencias pudieron escapar de la desvelada curiosidad de los protestantes;

(1) Sleid. 310, 340, 351. Seckend. III, 443, 553.

Año 1545. se renovaron sus cuidados y se aumentó su vigilancia á proporcion del riesgo.

8 de setiembre de 1545.  
Muerte del duque de Orleans.

Sin embargo la fortuna de Carlos, que salia siempre vencedora de su rival, le sacó de una dificultad que toda su sabiduría y astucia no le hubieran abierto el paso; falleció el duque de Orleans de una calentura maligna al mismo tiempo en que debía casarse con la hija de Fernando y tomar posesion del Milanésado; este acontecimiento libertó al emperador de la obligacion de abandonar aquella tan interesante provincia á su enemigo, ó de la venganza que este hubiera empleado por la falta de una obligacion tan reciente y solemne cuyo rompimiento hubiera á poco atraido una nueva guerra con la Francia. En medio de todo esto demostró sumo pesar por la prematura muerte de un principe tan jóven que debía llegar á ser su tan cercano pariente; pero evitó cuidadosamente entrar en nuevos tratados acerca el Milanésado, y jamas quiso alterar en lo mas mínimo el convenio de Crespy á pesar de las instancias de Francisco que pedia algunos resarcimientos por las ventajas que le habia hecho perder la muerte de su hijo. La declaracion de guerra hubiera sido sin duda la próxima consecuencia de una negativa injusta en los prósperos y florecientes tiempos del reinado de dicho soberano; pero el descaecimiento de su salud, el aniquilamiento de sus dominios y la necesidad de rechazar los ejércitos ingleses, le precisaron á disimular su cólera y á dejar sus ideas de venganza para una época mas propicia; á pesar de esto, como el duque de Saboya únicamente debía volver á entrar en la posesion de sus dominios por la celebracion del matrimonio estipulado en el tratado de Crespy, los derechos ó pretensiones de Francisco desvanecie-

ron las esperanzas de este infeliz príncipe y se conservaron solamente para servir de excusa á nuevas guerras (1).

Año 1545.

Efectivamente los coligados de Smalkalde se lisonjearon de que las contiendas que iban á renovarse por la muerte del duque de Orleans producirían una guerra entre los dos soberanos y les darian tiempo de animarse; empero se equivocaron en esta idea, como igualmente en la que habian formado acerca de un acontecimiento que debia ser el motor de un rompimiento entre Carlos y el papa. Los poderosos deseos de Pablo de engrandecer á su familia aumentaban con los años, mayormente cuando veia disminuir diariamente la dignidad y poder vinculados en la tiara; y como no ignoraba que se negaría el emperador á sus miras ambiciosas, arriesgó con peligro de enojar á aquel monarca entregar la investidura de los ducados de Parma y Placencia á su hijo Pedro Luis. Este maravilloso engrandecimiento de un hombre cuyo ilegítimo origen cubria de ignominia á Pablo y cuya licenciosa vida movia la indignacion de todas las personas de honor, motivó un escándalo universal, particularmente en el momento en que la mayor parte de Europa clamaba claramente contra las corrompidas costumbres y exorbitante poder del clero, desórdenes tan despóticos que uno de los mas esenciales objetos de la junta era su reforma. Algunos cardenales amigos del emperador representaron á Pablo respecto á esta indecorosa alienacion del patrimonio eclesiástico; el embajador de España se negó á asistir á la solemnidad de la toma de posesion, y Carlos rehusó definitivamente confirmar el acta de la investidura por

El papa entrega á su hijo los ducados de Parma y Placencia.

(1) Belcarius, *Comment.* 769. Paruta, *Hist. Venet.* IV, p. 177.

Año 1545. el motivo de que Parma y Plasencia formaban una parte integrante del Milanesado; empero el emperador y el papa, ambos atentos en los asuntos de Alemania sacrificaron sus propias pasiones á la causa comun y sufocaron su envidia y enojo para ocuparse en asuntos que conceptuaban de mucha mayor importancia (1).

Enrique de Brunswick promueve la guerra en Alemania.

En aquel mismo tiempo se interrumpió la paz de Alemania por una irrupcion de Enrique de Brunswick; este príncipe, privado de sus dominios de que estaba en posesion el emperador á titulo de secuestro hasta que se hubieran convenido sus contiendas con los aliados de Smalkalde, disfrutaba con todo de tan grande poder en Alemania que se obligó á formar allí un respetable ejército á disposicion del rey de Francia contra la Inglaterra. Dió Francisco de autemano el dinero necesario, y se levantaron las tropas; empero en vez de conducir las á Francia el duque de Brunswick invadió repentinamente al frente de este ejército sus propios estados, esperando reconquistarlos antes que se le pudiese oponer ningun ejército. Este improvisado ataque admiró á los aliados y aun mas á Francisco le asombró un artificio tan vil é indigno de un poderoso; el landgrave de Hesse reunió con presteza increíble el mayor número de soldados que le fue posible para oponerse á los progresos de las indisciplinadas tropas de Enrique. Pronto alcanzó señaladas victorias contra su enemigo con la ayuda de su yerno Mauricio y de algunos refuerzos del elector de Sajonia. El duque, enérgico y valeroso para formar proyectos, pero cobarde é irresoluto para ejecutarlos, se vió precisado á ren-

(1) Paruta, *Hist. Venet. IV*, 178. Pallavic. 180.



dirse el mismo á discrecion junto con su hijo primogénito, y permaneció encarcelado en un estrecho calabozo hasta que una variacion en los asuntos políticos le devolvió la libertad (1).

Año 1545.

La victoria del landgrave aumentó la fama de los ejércitos protestantes, y la reforma del Palatinado aumentó las fuerzas de su bando. Federico que habia sucedido á su hermano Luis en aquel electorado, despues de haberse desde mucho tiempo hecho sospechoso de una oculta inclinacion por la doctrina protestante, no dudó ya en manifestarse á las claras al momento mismo que alcanzó el soberano poder. Sin embargo como esperaba que el resultado de tantas dietas, sesiones y tratados atraeria finalmente el cimentar su religion, no osó al principio alterar nada públicamente en sus dominios; empero cansado de una esperanza tan inútil. se juzgó obligado á defender con su autoridad la doctrina de que se habia hecho prosélito, y á ceder á los deseos de sus súbditos, secuaces generalmente de las nuevas doctrinas por su tráfico con los demas países protestantes. Como el fuego y vigor de los primeros esfuerzos en introducir la reforma habian disminuido un tanto la alteracion en el Palatinado, se verificó con mucho órden y seguridad; abdióse el antiguo culto, y el nuevo sistema se introdujo con toda tranquilidad y sin violencia alguna; pero aunque Federico adoptara la religion protestante, siguió las huellas de Mauricio y se negó á entrar en la liga de Smalkalde (2).

Reforma del Palatinado.

Enero 10 de 1546.

Algunas semanas antes de la variacion acaecida en el Palatinado, se empezó el concilio general en Trento con las solemnidades de costumbre; los países cató-

Reúñese el concilio en Trento.

(1) Sleid. 351. Seck. III, 567.

(2) Sleid 356 Seck. I. III, 616.

Año 1546. licos lo esperaban todo de esta reunion que habian mirado desde el principio de las contiendas eclesiásticas como el mejor remedio para apaciguarlas; temian empero muchos que fuese ya demasiado tarde, y que un mal que tantos progresos habia hecho en el espacio de veinte y ocho años se habria envejecido ya demasiado. Aunque el papa hubiese señalado en su última bula de convocacion la primera sesion del concilio en el mes de marzo, sus ideas y las del emperador eran tan discordes, que casi todo el año se pasó en tratados; y conociendo Carlos que el rigor del concilio haria que los protestantes tomasen las armas y que su cólera les arrojase quizas á un acto violento, ponía todas sus fuerzas en alargar cuanto le fuese dado la apertura del concilio hasta que sus preparativos le hubiesen puesto en estado de sostener sus decretos con las armas. Por otra parte el papa, que se habia apresurado á enviar sus legados á Trento para presidir en su nombre el concilio, temia que se despreciase su autoridad ó que se sospechase de sus intenciones, si los prelados del concilio permanecian pasivos en una ocasion en que el riesgo de la iglesia requería remedios prontos y fuertes; por cuyo motivo persistió en trasladar esta reunion á alguna ciudad de Italia, ó ya para suspender por algun tiempo sus deliberaciones, ó ya para autorizarla á que las comenzase inmediatamente. Despreció el emperador las dos primeras proposiciones como que ofendian por igual á todos los alemanes, ya protestantes ya católicos; empero conociendo lo imposible de eludir la última, se limitó á pedir que se trabajara en el concilio en la reparacion de los desórdenes eclesiásticos antes que pasar al exámen ó determinacion de los artículos de fe. Precisamente esto era lo que mas temia la corte de Roma,

y el objeto de todos sus ardidés era evitar una averiguacion tan arriesgada; y Pablo, aunque con mas facilidad que sus antecesores habia accedido á la convocacion de un concilio, no por esto estaba menos cuidadoso que ninguno de ellos de su autoridad; preveía que semejante principio seria una causa de victoria para los hereges; conocia quanto podia atraer de humillante ó funesto á la santa sede si el concilio juzgaba que únicamente debia tratar de la correccion de los abusos, y si los prelados de segundo órden podian segun les convenia para sus intereses ó deseos dictar la ley á los que eran mas que ellos en dignidad y poder; de esta suerte dió instrucciones á sus legados para empezar el concilio sin prestar atencion á las siniestras proposiciones del emperador.

La primera sesion se empleó en meras formalidades; en la segunda se convino que lo mas necesario era entender una confesion de fe que incluyera todos los artículos cuya creencia mandaba la iglesia, y que al propio tiempo se estenderia á reformar las costumbres y disciplina del clero. Este primer paso, que manifestaba ya cuál seria el resultado del concilio, el tono imperioso de los legados que le presidian y la ciega sumision de la mayor parte de los vocales que seguian las huellas de los principales, hacian prever fácilmente á los protestantes qué decisiones debian esperar. Se admiraron con todo al ver que cuarenta prelados, únicos que asistieron al concilio, se atribuian la potestad de representantes de la iglesia universal y juzgar en su nombre las mas interesantes cuestiones de la fe, y al propio tiempo asombrada la junta de la indecencia y ridiculidad que se les podia echar en cara, obró muy lentamente y procedió durante algun tiempo con co-

Enero 18.  
Operaciones  
del concilio.

Año 1546. **ardía y flojedad (1).** Al saber los aliados de Smalkalde la apertura del concilio, publicaron un difuso manifiesto que contenía nuevas protestas contra esta reunión, y los motivos que les determinaban á no reconocer su jurisdicción (2). A pesar de esto el papa y el emperador deteníanse tan poco en apresurar las operaciones, que fácilmente se conoció que les ocupaba algún negocio de mayor entidad.

Temores de los protestantes.

Empero los protestantes no podían permanecer tranquilos espectadores de las diligencias del pontífice y de Carlos; aumentábanse diariamente sus recelos en fuerza de las noticias que recibían de todas partes acerca las asechanzas que se trataban contra ellos. Participóles el rey de Inglaterra que el emperador, resuelto desde mucho tiempo á destruir su secta, aprovecharía este intervalo de tranquilidad en Alemania como la mas propicia ocasion de ejecutar su proyecto. Los comerciantes de Aushurgo, ciudad de mucho tráfico desde aquella época, fueron avisados por sus correspondientes de Italia, quienes, á lo menos algunos, favorecían oculta-mente el protestantismo (3), de que el papa y el emperador disponían contra los de la confederacion una peligrosa alianza; al propio tiempo recibieron de los Países-Bajos la nueva de que Carlos había dado órdenes de levantar allí tropas como igualmente en otras partes de sus señoríos, pero con cuantas precauciones fuesen necesarias para ocultar sus medidas; todas estas noticias avivando la desconfianza y vigilancia de los protestantes, no les quedó duda alguna acerca de los verdaderos intentos del emperador; entraron en cuida-

(1) Fra-Paolo, 120, etc. Pallavic. p. 180, etc.

(2) Seck. lib. III, 602, etc.

(3) Seck. l. III, 579.

de, los diputados de Smalkalde reuniéronse en Francfort, se comunicaron recíprocamente sus noticias y se convencieron mas y mas del riesgo que les amenazaba; á pesar de esto su union no era tan íntima como exigian las circunstancias y los preparativos de sus enemigos. Permanecía esta alianza desde diez años antes, pero las posesiones de la mayor parte de los príncipes confederados se hallaban metidas unas dentro de otras: casamientos entre las familias, alianzas y convenios de diferentes clases habian segun los usos de Alemania fundado derechos y pretensiones recíprocas, y estos eran otras tantas causas inevitables de quimeras y disensiones. Los unos partidarios del duque de Brunswick, aborrecian descubiertamente al landgrave por el rigor con que habia tratado á aquel príncipe tan feliz como imprudente; otros acusaban al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse, gefes de la confederacion, por haber metido á la liga en inútiles y escesivos gastos por su dilapidacion y falta de economía. Estos dos grandes soberanos, que gobernaban del todo por su superior poder y autoridad al cuerpo de la liga, tenian á pesar de esto tan diversas miras que todas sus operaciones se consumieron al momento en que se requeria mayor energía: el landgrave era hombre arrebatado y de genio animoso; pero como su celo religioso no le hacía olvidar sus intereses políticos, sostuvo que en el inminente riesgo que les amenazaba solo tenian un medio seguro de resguardarse de él, cual era el procurarse el patrocinio del monarca francés é inglés, ó coligarse con los cantones protestantes de Suiza, de los que podian sacar un socorro proporcionado á su actual estado; por otra parte el elector, que poseia mayor grado de rectitud que ningun otro príncipe de aquella época, no

Año 1516

carecía de habilidad para gobernar en tiempos de sosiego; pero adoraba supersticiosamente los dogmas de Lutero; y llevaba su fanatismo en defensa de su religion hasta aborrecer toda coligacion con aquellos cuya creencia hubiera sido diferente de la suya en un solo ápice; por cuyo motivo su tenacidad por el luteranismo le hacia incapaz de sostenerlo en tiempos de disturbios y peligros; seguramente pensaba que los intereses religiosos debian decidirse por axiomas y principios del todo diversos de la prudencia humana, y dejándose arrastrar por los dogmas de Lutero, quien ignoraba no solamente las reglas de política si que tambien las desechaba, manifestó á menudo una tenacidad de alma que dañó al mismo bando que queria defender. Guiado en esta ocasion por la rígida moral del reformador, se negó á aliarse con Francisco so pretexto de que era un perseguidor del partido de la verdad; á llegarse á Enrique, á quien tenia por tan impio como al papa, y hasta confederarse con los suizos porque no opinaban como él acerca algunos puntos de fe que en su sentir eran esenciales. Esta variedad de opiniones en un asunto de tal interes, produjeron el fruto que se debia esperar; de una y otra parte se vituperaban y condenaban en secreto. El landgrave únicamente veia en el elector un pobre entendimiento y lleno de preocupaciones indignas de un príncipe llamado á representar el principal papel en un gran teatro: el elector acusaba al landgrave de principios desmoralizados y ambiciosas ideas, que no se avenian bien con los sagrados intereses de la causa en que ambos se hallaban metidos; pero aunque los escrúpulos del elector hubiesen hecho perder la coyuntura de sacar auxilios del extranjero, y que la envidia y descontento de los otros príncipes hu-

biesen estorbado la renovación de la liga cuyo término estaba para finir, á pesar de todo la ciencia interior del peligro común convino á los aliados respectivamente á otros artículos; determinaron á solas no reconocer la reunión de la iglesia en Trento por un concilio legítimo, y no permitir se oprimiese en nada al arzobispo de Colonia, porque habia querido establecer la reforma en su diócesis (1).

El landgrave, que queria sondear las intenciones del emperador, sabiendo que Granvela conocia muy bien los proyectos de su dueño, le escribió participándole muchas particularidades que habian motivado recelos en los protestantes, y pidiéndole una declaracion decisiva de lo que debian temer ó esperar; contestóle Granvela que lo que ellos sabian de los preparativos militares del emperador era sumamente abultado y sus temores carecian de fundamento; que bien era verdad que habia mandado Carlos levantar tropas en los Países-Bajos á fin de resguardar sus fronteras de todo ataque por parte de la Francia ó de la Inglaterra, pero que deseaba entonces tanto como siempre conservar el sosiego en Alemania (2).

Sus tratados con el emperador.

La conducta del emperador no convino con todo con estas declaraciones; en vez de elegir sugetos de genio pacífico y moderado para sostener la doctrina católica en las sesiones que habian pactado escogió fanáticos, coléricos y de una tan ciega obstinacion en sus ideas, que se frustró toda esperanza de conciliacion entre los dos partidos. Malvenda, sacerdote español que habia tomado á su cargo el defender la causa católica, la sostuvo con toda la sutileza de un metafísico escolar, mas

(1) *Seck. l. III, 566, 570, 613 Sleid. 355.*

(2) *Sleid. 356.*

Año 1546. ocupado en promover dificultades á sus rivales que en convencerles, y en paliar el error que en buscar la verdad. Enojados los protestantes de sus sofismas y de la parcialidad de los bandos que Carlos habia publicado para esta contienda, rompieron de repente la conferencia, bien convencidos de que el emperador únicamente queria entretenerlos y pasar tiempo hasta tanto que pudiese poner en planta sus proyectos (1).

(1) Steid. 258. Seck. lib III, 620.

FIN DEL LIBRO SÉPTIMO.



# HISTORIA

DEL

## REINADO DEL EMPERADOR

# CARLOS V.

---

### LIBRO OCTAVO.

**MIENTRAS** que parecia aumentarse diariamente el riesgo, y que la tormenta despues de haber amagado á la iglesia protestante por tanto tiempo iba á caer con toda su furia, llegó la muerte á privar á Lutero de presenciar el sensible espectáculo de esta crisis de destruccion. Como el mal estado de su salud no le pudo impedir trasladarse en estacion tan rigurosa á Eysleben, donde nació, para apaciguar allí por medio de su fama una division promovida entre los condes de Mansfield, fue atacado de una fuerte inflamacion de entrañas, de la que falleció en pocos días á los sesenta y tres años de edad. Destinado por la providencia á operar una de las mayores y mas importantes revoluciones que la historia haya jamas referido, nunca ningun hombre fue descrito con tan contrarios colores: las opiniones de su siglo fueron estremadas en cuanto á su carácter.

Año 1546.  
Muerte de  
Lutero.

Unos guiados mas allá de lo que debian, indignados

Año 1546

de verle transformar con osada mano cuanto sus preocupaciones ó intereses miraban como sagrado, le acumularon no únicamente todos los vicios humanos, si que tambien toda la maldad de un demonio; otros mirándole, arrebatados de admiracion y reconocimiento, como á la luz de la iglesia y restaurador de la libertad, le concedieron virtudes superiores al poder humano, y consideraron todos aquellos actos con aquel respeto religioso que únicamente deberia concederse á hombres inspirados del cielo; empero en el siglo presente debe arreglarse su juicio por su propia conducta, y no por la crítica ó alabanzas exageradas de sus contemporáneos. Lutero, al mayor celo por lo que él creia verdad, reunia un valor intrépido para publicarla, una habilidad que únicamente pueden prestar la naturaleza y el estudio para defenderla, y una incansable actividad para apresurar sus progresos; y en tanto grado poseyó estas prendas, que ni aun se las habian podido negar sus enemigos: débense añadir á estos rasgos unas costumbres muy parvas y aun austeras, como convenia al carácter de un reformador, una vida regular que daba crédito á sus doctrinas, y aquel puro desinterés que no permite dudar en nada de su buena fe. Respecto á lo demas, superior á toda consideracion personal y despreciando el lujo y las delicias, desechó los honores y rentas eclesiásticas á sus prosélitos, contentándose únicamente con su primera clase de catedrático en la universidad de Vittemberg y cura de aquella ciudad, con el sueldo moderado que para aquello estaba señalado. A pesar de todo ofuscaban un tanto estas sobresalientes circunstancias algunos borrones inseparables de la debilidad humana; empero sus culpas en vez de poder achacarse á maldad ó corrupcion de ánimo, nacian

Su carácter.

al parecer de sus mismas virtudes. Su pecho naturalmente valiente y ardoroso cuando le estimulaban grandes objetos ó arrebatada alguna violenta pasión, se precipitaba, por decirlo así, fuera de su seno con aquella fuerza que amedrenta siempre á los juicios débiles y cobardes, y hasta á los hombres á quienes ha colocado la fortuna en un estado de sosiego. Muchas de sus grandes propiedades llevadas á lo sumo, escediendo algunas veces la línea del bien, le arrastraron á acciones dignas de vilipendio. Su confianza en sus opiniones llegaba á ser orgullo; su ánimo en ejecutarlas, temeridad; su firmeza en no abandonarlas jamás, obstinación; y su celo para aterrar á sus contrarios, un furor que se exalaba con viles injurias. Avezado á subyugarlo todo á la verdad, exigía de todos los hombres la misma sumisión á ella y no escaseaba los dicitorios ni el desprecio contra aquellos que no eran de su opinión, y no les perdonaba sus debilidades ó preocupaciones. Cuando atacaban su doctrina se desplomaba sobre sus contrarios con igual furia, sin atender á su clase ni á su mérito; ni el poder real de Enrique VIII ni los talentos y sabiduría de Erasmo les pudieron guarecer de los mismos ultrages con que oprimía á Tetzel ó Eccius; á pesar de esto no debe atribuirse esta indecencia á fruto del genio arrebatado de Lutero, sí que en su mayor parte procedía del vicio del siglo. Entre un pueblo grosero en el que se ignoran aquellas máximas que encadenando continuamente el choque de las pasiones, civilizan la sociedad y la convierten en mas agradable, debía llegar á lo sumo el calor de las disputas; espresábanse las conmociones fuertes en su lenguaje natural, sin delicadeza ni miramientos. Como todos los sabios escribían entonces sus obras en latin,

Año 1546. se estaba autorizado, siguiendo el ejemplo de los primeros escritores de esta lengua, á emplear contra sus contrarios las mas insolentes burlas; además los insultos parecian entonces menos ultrajantes espresados en una lengua muerta que si se profirieran en una lengua viva cuyas dicciones, siendo mas familiares, dan á los agravios una marca mas ruda.

Quando se quiere apreciar el carácter de un hombre es necesario juzgarle por los principios y dogmas del siglo en que vive; porque si bien las virtudes y vicios son los mismos en todas las épocas, son continuamente varios los usos y costumbres; asi es que lo que nos parece digno de reprension en la conducta de Lutero no lo era para sus contemporáneos, y hasta algunos de los excesos que en el dia le reprendemos sirvieron para hacer progresar la revolucion que habia emprendido. Para sacar al linage humano del letargo de la ignorancia y supersticion era necesario un celo impetuoso, un talento lleno de atrevimiento. Dulces súplicas no hubieran atraido ni conmovido los corazones; una alma mas amable pero menos ardorosa que la de Lutero hubiera temido los riesgos que él supo arrostrar y vencer; sus enfermedades, sin debilitar su valor y talento, alteraron á últimos de su vida su complexion y le hicieron mas tétrico, mas colérico é impaciente en contradiciéndole. Disfrutó del fruto de sus trabajos al ver que una gran porcion de la Europa abrazaba sus dogmas, vió titubear los fundamentos del poder de los papas ante quienes habian temido los mas poderosos monarcas, y no pudo libertarse de algunas emociones de orgullo y vanidad, y hubiera sin duda sido superior al linage humano si hubiera sabido contener su amor propio por las grandes cosas que habia practicado (1).

(1) Hállase en su última disposicion un manifiesto ejemplo de su

Advirtió disminuir sus fuerzas poco tiempo antes de su muerte; muy destruida estaba ya su complexion por una maravillosa multitud de negocios reunidos á los trabajos sin reposo que exigia su ministerio y al cansancio de sus continuos estudios, de que salieron tan voluminosas obras como hubiera podido componer á estar en un tranquilo retiro; su natural firmeza tampoco le abandonó al aproximarse su último suspiro. Conversó con sus amigos acerca de la bienaventuranza conservada para los justos en la otra vida, y esto era con todo el fervor y éstasis de una alma que suspira por el momento de disfrutar de ella (1). La noticia de su fallecimiento se recibió entre los católicos con una alegría excesiva y casi brutal, pero desanimó á todos sus partidarios; ninguno de los dos bandos juzgó cimentada la nueva doctrina con bastante firmeza para conservarse, no sosteniéndola la mano que la habia fundado. El elector de Sajonia mandó celebrar sus exequias con una magnificencia extraordinaria: Lutero dejó muchos hijos de su muger Catalina Bore, que le sobrevivió, y existian aun en Sajonia á últimos del antecedente siglo al-

vanidad, como igualmente de la elevacion singular de sus ideas. Aunque los bienes de que podia disponer fuesen de muy poca monta, creyóse obligado á hacer testamento, y tuvo á menos seguir en esto las costumbres legales. *Notus sum*, dijo, *in celo, in terra et in inferno, et auctoritatem ad hoc sufficientem habeo, ut mihi soli credatur, cum Deus mihi, homini licet damnabili, et miserabili peccatori, ex paternâ misericordiâ evangelium filii sui crediderit, dederitque ut in eo verax et fidelis fuerim, ita ut multi in mundo illud per me acceperint, et me pro doctore veritatis agnoverint, spreto banno papæ, Cæsaris, regnum, principum et sacerdotum, immo omnium dæmonum odio. Quidni, igitur, ad dispositionem hanc, in re exigud, sufficiat, si adsit manus meæ testimonium, et dici possit Hæc scripsit D. Martinus Luther, notarius Dei, et testis evangelii ejus. Seck. lib. III, p. 651.*

(1) Sleid 362. Seck. III, 632, etc.

Año 1546. gunos descendientes suyos que ocupaban empleos emi-  
nentes (1).

El empera-  
dor procura  
hacer perder  
tiempo y dar  
chasco á los  
protestantes.

28 de marzo.

Mientras tanto el emperador siguiendo continuamen-  
te su plan de disimulo se servia de toda su astucia pa-  
ra llevar alucinados á los protestantes y sosegar sus te-  
mores y sospechas; hasta se ideó para mejor chasquear-  
los, tener una entrevista con el landgrave, el mas ac-  
tivo gefe de la liga y el que mas sabia acerca de sus  
designios. Hablóle Carlos con tal calor del interes que  
tomaba en la felicidad de la Alemania y de su ódio  
á las medidas violentas; se disculpó tan afirmativa-  
mente de haber formado parte de ninguna alianza ó de  
haber hecho ningun preparativo militar que pudiera  
causar recelos á los protestantes, que el landgrave no tu-  
vo ya temor y se retiró muy satisfecho por lo que per-  
tenencia á las intenciones del emperador. Dicha astucia  
de este monarca obró los felices resultados que de ella  
esperaba. Al salir el landgrave de esta entrevista, que  
tuvo lugar en Spira, dirigióse á Wormes donde se ha-  
bia reunido la confederacion de Smalkalde, y ponderó  
infinito las propicias disposiciones del emperador; de  
esta suerte los aliados juzgaron improcedente prevenir-  
se precipitadamente para impedir un riesgo que estaba  
muy remoto, y tal vez existia únicamente en su imagi-  
nacion (2) por efecto de la serenidad alemana, ó por  
por aquel espíritu de lentitud é indeterminacion que  
prevalece en las grandes comunidades en sus resolu-  
ciones.

Procedimien-  
tos del concilio  
contra los pro-  
testantes.

Empero nuevos acontecimientos frustraron bien pron-  
to la segura esperanza de los reformados en las pro-  
mesas de Carlos. El concilio de Trento, si bien que

(1) Seck. lib. III, 651.

(2) Sleid. Hist. 367, 373.

Año 1546.

compuesto de un pequeño número de prelados italianos y españoles, sin un solo comisionado de los muchos dominios que pretendían someter á sus deliberaciones, quisieron determinar artículos de sumo interés como si se hubieran avergonzado de su larga inacción. Discutióse en primer lugar el punto esencial de la contienda entre la iglesia romana y los reformistas acerca la regla decisiva en materias de fe. El concilio sentó por base á favor de su infalible autoridad que los libros designados hasta aquel día con el título de apócrifos, merecerían el mismo aprecio que los demás de la Biblia tenidos como canónicos en tiempos del judaísmo y de los principios de la cristiandad; que las tradiciones transmitidas y guardadas en la iglesia desde el siglo de los apóstoles tenían derecho á igual veneración que el mismo texto de los autores sagrados; que la versión latina de las escrituras, hecha ó corregida por san Jerónimo y conocida con el título de Vulgata, sería admitida como auténtica en las iglesias y escuelas; pronunciáronse excomuniones en nombre del Espíritu Santo contra de todos los que se negaran á prestar su adhesión á la veracidad de estos artículos. Semejante determinación, que minaba los fundamentos de la doctrina de Lutero, hizo prever claramente á los protestantes cuánto debían esperar del concilio al momento que tendría tiempo de examinar detenidamente cada uno de los puntos de su creencia (1).

Abril 8.

Con tanta precipitación como esta reunión demostró para condenar sus dogmas, otra tanto puso el papa para castigar á sus secuaces. Habiendo llegado á Roma la apelación de los canónigos de Colonia contra su arzo-

(1) Frá-Paolo, 141. Pallav. 206.

**Año 1546.** bispo, aprovechó inmediatamente el pontífice esta ocasión de manifestar la totalidad de su poder y demostrar al clero alemán cuán peligroso era resistir á la iglesia romana. Como no compareciese nadie en favor del arzobispo, se le juzgó convicto del crimen de herejía, publicó el papa una bula que le interdecía todas sus dignidades eclesiásticas, profería contra él una sentencia de excomunion y absolvía á sus vasallos del juramento de fidelidad que le debían como á su señor temporal. El auxilio que este prelado había prestado á la herejía de Lutero, fue el único motivo de su condenacion y el único principio con que se apoyó el rigor de este decreto. A pesar de todo el ahinco de Pablo en defender los derechos de la iglesia y por aniquilar á los que osaban atentar contra ella, no pudieron creer los protestantes que se hubiese atrevido á tal extremo contra un príncipe y un elector del imperio sin estar antes seguro de un auxilio harto poderoso que diera á sus sentencias todo el suficiente poder para afianzar sus resultados. Sobresaltáronse vivamente con esta sentencia, la que miraron como una irrecusable prueba de los dañados intentos, no solo del papa, si que tambien del emperador contra su partido (1).

Dispónese Carlos para empezar sus hostilidades contra los protestantes.

Dispertaron los reformados de su simulada seguridad con todo el furor que sigue siempre á la vergüenza de haberse dejado alucinar. Conoció Carlos que le era necesario arrojar la máscara y declararse abiertamente por el partido que queria abrazar; y aunque el poner en planta sus planes no estuviese del todo preparado, á pesar de esto había ganado tiempo á fuerza de astucias y rodeos para apresurarlo; el papa había sabido

(1) Sleid. 354. Fra-Paolo, 155 Pallav. 224.



Año 1546.

conducir los asuntos de manera que era ya inevitable el rompimiento entre el emperador y los protestantes, ya por lo que habia hecho contra el elector de Colonia, ya por los mismos decretos del concilio, por lo que Carlos únicamente podia elegir ya ó el favorecer la reforma contrariando las determinaciones de la iglesia romana, ó defender la religion católica con la fuerza de las armas; empero no era suficiente al papa el haber obligado á Carlos á decidirse, si que le estrechó para que empezase sus movimientos y le prometió ayudarle con cuantos medios podrian ser suficientes para el buen logro de la empresa. Movidó por un ciego ardor contra la heregía, se olvidó de que uno de los axiomas politicos de la santa sede era impedir á la autoridad imperial sacar algo fuera de sus limites, y con el deseo de aniquilar á los luteranos, contribuyó á hacerse por sí mismo súbdito de un señor que podia hacérsele temible como tambien á la Italia.

Sus negociaciones con el papa.

No temia ya Carlos que le estorbasen sus proyectos los turcos, puesto que sus tratados con la Puerta, que se habian seguido constantemente desde la paz de Crespy, estaban para acabarse felizmente, y el rey de Francia que deseaba evadirse de la vergonzosa obligacion de tenerse que rennir al emperador contra Soliman, su antiguo aliado, trabajó con mucho ahinco para un convenio entre ambos monarcas, y Soliman consintió fácilmente en una tregua de cinco años, ya por acceder á las demandas de Francisco, ya porque necesitaba dirigir sus ejércitos contra la Persia, cuyas tropas amenazaban invadir sus dominios: el principal artículo de este convenio fue que por entrambas partes se conservaria cuanto poseian en Hungría; y Fernando por satisfacer en algo el orgullo del sultan, se

Concluye una tregua con Soliman.

Año 1546. humilló á satisfacerle un tributo anual de cincuenta mil escudos (1).

Gana á Mauricio y á otros príncipes alemanes.

Empero el emperador confiaba mas que en ninguna otra cosa en los auxilios que esperaba de Alemania; sabia que el vasto cuerpo germánico era invencible cuando estaba unido, y que únicamente podia subyugarse volviendo contra sí sus propias fuerzas; dichosamente para Carlos la construccion de este cuerpo era tan débil, la union de sus miembros tan delicada, y todas sus partes pretendian con tanta fuerza separarse unas de otras, que casi era imposible verlas reunir para hacer un vigoroso esfuerzo; las semillas de disunion habianse aumentado entonces mas que nunca; los católicos romanos al ver aniquilada su religion en muchas provincias y á punto de estarlo en otras, animados en su defensa de un ardor proporcionado á la furia de sus enemigos, se manifestaron preparados á favorecer toda empresa contra los reformistas. Juan y Alberto de Brandeburgo, como igualmente otros príncipes, enojados por la adiverz y orgullo que los confederados de Smalkalde habian manifestado al duque de Brunswick, ardian en deseos de sacarle de la prision y vengarle de sus adversarios; observaba con placer Carlos los progresos de su odio, y creyéndolos ya sumisos á sus gustos juzgóse obligado ya mas en mitigar su enojo que en encenderlo.

Reunion de una dieta en Ratisbona.

Tal era el estado de los negocios y las precauciones del emperador para cualquier evento, cuando se empezó la dieta imperial en Ratisbona. Casi todos los miembros católicos comparecieron en ella personalmente; pero la mayor parte de los coligados de

(1) Istqanhaffii Hist Hung. 180. Mém. de Ribier, tom. I, 582.

Smalkalde solo enviaron sus comisionados, dando por excusa que no podian suportar los gastos que acarrearban estos congresos tan frecuentes como inútiles; pero el verdadero motivo por el que dejaron de asistir fue su desconfianza en el emperador y el temor de que se usase de la violencia para precisarles á aprobar lo que se propusiera en la dieta; á pesar de todo hizo Carlos su apertura con un discurso sumamente artificioso, y despues de haber demostrado en términos generales cuánto le interesaba la prosperidad del cuerpo germánico; despues de haber declarado que con la intencion de restablecer allí el orden y el sosiego habia abandonado cuidados que le eran mas propios y se negaba á las súplicas de otros vasallos suyos que le constreñian á vivir entre ellos, añadió con una especie de enojo que sin embargo de esta muestra de desinteres digno de ser imitado, muchos individuos se habian escusado de encontrarse en una reunion á la que se habia conferido él mismo con perjuicio de sus propios asuntos, habló despues de las fatales discordias de religion, se quejó de su poco esfuerzo para pacificarlas y de la atropellada disolucion de la dieta última, finió preguntando la opinion de la reunion acerca del mas seguro medio de restablecer la union en las iglesias de Alemania y aquella dichosa conformidad en materias de fe tan apreciada de sus antepasados, que no la juzgaban menos útil para sus intereses temporales que necesaria para el sosten del cristianismo que profesaban.

Este modo incitativo y popular de consultar el parecer de los vocales de la dieta en vez de prescribirles el suyo, daba al emperador el aire de una suma moderacion; de este modo evitaba manifestar su



Año 1546. ideas , y al parecer únicamente se reservaba el derecho de poner en práctica lo que hubieren determinado; empero el demostrar tanto aprecio y deferencia á las resoluciones de aquellos , era porque ya estaba seguro de que no serian contrarias á su modo de pensar. Instigados los católicos por su propio celo , ó prevenidos por sus intrigas , se reunieron para representarle que la autoridad del concilio convocado en Trento debía decretar en última resolutive acerca de todos los puntos de disputa , y que todo cristiano estaba precisado á prestar obediencia á sus decretos como á reguladores infalibles de la fe , por lo que rogaban al emperador que usase del poder que le concedia la Providencia para proteger aquella conferencia y obligar á los protestantes á que se sometiesen á su decision. Estos por el contrario presentaron una memoria en la que despues de repetir sus objeciones contra el concilio reunido en Trento proponia como el único medio de acabar todas las contiendas el convocar un concilio en Alemania , ya fuese este general ya nacional , en el que un determinado número de prelados nombrados por cada partido examinaría y determinaría los artículos de fe; hacian memoria despues de los *reces* ó decretos de varias anteriores dietas que favorecian sus proposiciones y que les habian hecho concebir la esperanza de ver terminar todas las disputas amistosamente; en fin suplicaban al emperador que no faltase á sus promesas , porque queriendo forzar las conciencias abriria en Alemania una fuente de desgracias cuya sola idea horrorizaba á los que sinceramente apreciaban su patria: recibió Carlos esta manifestacion con una sonrisa de desprecio , y no tuvo ninguna atencion hácia ella pues habia ya to-

mado su última decision. Convencido de que únicamente con la fuerza podia reducir á los protestantes á la obediencia, envió al cardenal de Trento á Roma para tratar allí con el papa una alianza cuyas condiciones estaban ya de antemano convenidas; mandó reclutar en los Países-Bajos un ejército para marchar á Alemania, y á muchos gefes encargó reuniesen tropas en diferentes partes del imperio, y despues notició á Juan y Alberto de Brandeburgo que habia llegado la ocasion de operar para restituir la libertad de su aliado Enrique de Brunswick (1).

Todos estos movimientos no podian practicarse á burto de los protestantes, puesto que necesitaba demasiados confidentes el secreto; y aunque astutamente ocultase el emperador sus deseos, como sus subalternos carecian de la misma circunspeccion, tratábase de ello descubiertamente entre sus aliados y vasallos. Los diputados de los coligados, asustados con estos rumores y bélicos preparativos que oian y veian, pretendieron una audiencia de Carlos y le preguntaron en nombre de sus representados si se levantaba tropas en su nombre, á qué fin y contra cuáles enemigos? Tan directa pregunta en una ocasion en que ya le era imposible negar los hechos, pedia una decisiva respuesta; por lo que confesó el emperador que la órden de levantar tropas emanaba de él; sin embargo protestó de que por materias de religion no molestaria á ninguno mientras obrase como sumiso vasallo, declaró que únicamente queria conservar los derechos y preeminencias de la dignidad imperial, castigando á algunos sediciosos cuya li-

Temores de  
los protestan-  
tes.

(1) Sleid p. 374. Seck. l. III, p. 658.

Año 1546. **enciosa é irregular conducta se dirigia á corromper ó derribar la antigua constitucion del imperio. Aunque ne nombrase Carlos las personas contra quienes caian sus acusaciones, muy fácil era conocer que aborrecia al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse, por cuyo motivo los comisionados de estos viendo en todo lo que acababa de espresar una terminante declaracion de guerra, salieron al momento de Ratisbona (1).**

Convenio  
d-el emperador  
con el papa.

Día 26 de  
junio.

El cardenal de Trento no halló ninguna dificultad en avenirse con el papa, quien satisfecho de haber logrado finalmente hacer adoptar su plan al emperador, consintió gustoso en todo cuanto le propuso de su parte y se firmó la alianza á pocos dias de la llegada del cardenal á Roma. Las peligrosas heregías que infestaban la Alemania, la terquedad de los protestantes en negarse á reconocer la autoridad del concilio de Trento, la necesidad de conservar en su pureza los dogmas y disciplina de la iglesia, fueron los públicos motivos de esta alianza; alegábase que á fin de detener los progresos del mal y castigar la irreligion de los que habian contribuido á aumentarlo, despues de haber probado el emperador, sin resultado alguno, desde mucho tiempo por medios suaves, se pondria luego en campaña con un ejército suficiente para obligar á los que despreciaban el concilio ó que habian abandonado la creencia de sus antepasados, á restituirse al gremio de la iglesia y á la debida obediencia á la dignidad del sumo pontífice. Obligábase igualmente á no tratar paz con los hereges por espacio de seis meses sin el consen-

(1) Steid. p. 376.

timiento del sumo pontífice y sin concederle una parte de lo que les hubiese conquistado, y aun finido aquel término no podía hacer ningún convenio que pudiese recaer en perjuicio de la santa sede ó de la religion. Por su parte prometia el papa depositar en el banco de Venecia una cantidad bastante para los gastos de la guerra; sostener á su coste por espacio de seis meses en campaña á doce mil infantes y quinientos caballos; conceder al emperador por espacio de un año la mitad de las rentas eclesiásticas de España; autorizarle por medio de una bula para vender en aquel reino posesiones y haciendas de las casas religiosas hasta el valor de quinientos mil escudos; finalmente emplear no solamente los anatemas espirituales si que tambien la fuerza de las armas contra cualquier soberano que intentare oponerse á la ejecucion de este convenio (1).

Aunque en este se alegara por motivo de la guerra la destruccion de la heregía, intentó Carlos persuadir á los alemanes que nada obraria contra la libertad de conciencia, y que únicamente pensaba en vengar su autoridad de algunos que la habian despreciado. Escribió á la mayor parte de los príncipes y de las ciudades libres que seguian la religion reformada, cartas circulares corroborando su contestacion á los diputados de Ratisbona, declarando aun que tomaba las armas no por una contienda religiosa sino por discordias civiles, y que no confundiria á sus vasallos pacíficos y obedientes con aquellos genios revoltosos que olvidaban la deferencia que le debian como á gefe del cuerpo germánico. Por rudo que

Nuevas astucias del emperador para ocultar sus deseos á los protestantes.

(1) Sleid p. 381. Pallav. p. 255. Dumont, *Corps. Diplom.* t. II.

Año 1546. fuese este artificio y por fácil que fuese penetrarlo á cualquiera que examinase la conducta de aquel monarca, juzgólo á pesar de esto necesario y lo puso en práctica con harta confianza y habilidad para sacar de él los mayores beneficios. Si de una vez hubiese confesado el deseo que habia formado de derribar la iglesia protestante, y restituir toda la Alemania al antiguo yugo de la santa sede, ni las ciudades ni los príncipes que seguian la reforma hubieran permanecido, neutrales y aun menos hubiéranse atrevido á ayudar al emperador para este intento; pero el ocultar ó disimular su pensamiento impedia por una parte una union de todos los estados protestantes, cuyas fuerzas reunidas hubiéranle tal vez oprimido; además daba á los mas tímidos de su bando un motivo para permanecer pasivos y á los ambiciosos un motivo para reunirse, sin incurrir en la vergüenza de haber abandonado sus principios ó ayudar sacrílegamente á su destruccion. Bien preveia el emperador que si alcanzaba abatir al elector de Sajonia y al landgrave con el propio auxilio de los reformados, estaria despues á su disposicion el dictar las condiciones que quisiese prescribir á los débiles restos de un partido desunido, sin gefes, y que lloraria entonces, pero ya demasiado tarde, la falta de haber abandonado á sus compañeros confiando en él.

Sin descubiertos por el papa.

Pero estuvo á punto de ser desbaratado este plan por una precipitada manifestacion de celo del papa, á pesar de las providencias que con tanta astucia y cuidados habia tomado Carlos. Pablo tan envanecido como satisfecho por ser el motor de una coligacion tan formidable contra la heregia de Lutero y de pensar que la gloria de destruirla estaba reservada



para su pontificado, divulgó los artículos de su alianza con el emperador como una prueba de sus religiosas intenciones y de los esfuerzos extraordinarios que iba á poner en planta él mismo para conservar en toda su pureza los dogmas de la religion. Poco tiempo despues publicó una bula de indulgencia para cuantos tomasen parte en esta santa guerra, exortando al propio tiempo á los fieles que no podían asistir á ella á aumentar el fervor de sus ruegos y el rigor de sus mortificaciones para llamar la bendicion del cielo en favor de las armas católicas (1). Empero á Pablo no le guiaba únicamente el celo de la religion en estas declaraciones tan en contradiccion con las razones que daba el emperador para justificar sus preparativos militares; escandalizábale la ficcion de Carlos, quien avergonzándose al parecer de su humillacion á la iglesia, se esforzaba en hacer creer que emprendia una guerra política cuando hubiera debido envanecerse de no dedicar sus armas sino en defensa de la fe; asi es que todo cuanto se esforzaba el emperador para disimular el verdadero objeto de la alianza, tanto mas se apresuraba el papa para hacerlo tan público como pudiese, queriendo que aquel monarca rompiese abiertamente y sin restriccion con los protestantes, con el objeto de que no pudiese caer en la tentacion de abandonar los intereses de la iglesia por algun convenio del que él solo sacara el provecho (2).

Aunque sumamente agraviado el emperador de la indiscrecion ó malicia de Pablo que publicaba sus

(1) Dumont, *Corps diplom.*

(2) Fra-Paolo, 188. Thunn. *Hist. I*, 61.

Año 1546. secretos, no por eso llevó adelante con menos valor su proyecto, y aseguró siempre que sus objetos no habian variado; por lo que muchos estados protestantes que habia ya alucinado se determinaron á auxiliarle en fuerza de estas protestas.

Preparativos de los protestantes para defenderse.

Empero esta astucia no engañó á la mayor y mas sana parte de los protestantes, quienes quedaron convencidos de que el emperador tomaba las armas contra la reforma, y que si podia contar con bastante fuerza para llevar á cabo sus designios en toda su estension, aniquilaria no solo su religion si que tambien junto con ella todos los fueros de Alemania, por cuyo motivo se dispusieron para defenderse, no queriendo abandonar ni las verdades celestes que Dios les habia manifestado por tan milagrosas vias, ni los privilegios temporales que les habian legado sus pasados. Entre tanto sus comisionados, despues de haber marchado rudamente de Ratisbona, se confirieron, para convenir en sus preparativos, á Ulm, donde volvieron á seguir sus sesiones con tanto ardor y unanimidad como lo pedia el riesgo tan inminente, y habiéndose designado desde un principio en su tratado de confederacion el número de tropas que cada uno debia aprontar, se despacharon las oportunas órdenes para ponerle inmediatamente en campaña: los coligados echaron entonces de ver que los vanos escrúpulos de algunos de ellos y la imprudente confianza de otros les habian hecho olvidar por demasiado tiempo buscar un apoyo en alianzas estrangeras; por lo que se apresuraron en pedir auxilios á los venecianos y á los suizos.

Piden socorro á los venecianos.

Manifestaron á los primeros que como el deseo del emperador era derribar el actual sistema de Ale-

mania y abrirse paso para el poder absoluto por medio de los extranjeros socorros que le prestaba el papa, si lograba este atentado debía de precision ser fatal á la libertad de Italia, y que llegando una vez Carlos á un poder sin límites en cualquiera de los dos países, poco tardaria en cimentar su despotismo en el otro; finalmente pedian á los venecianos que cuando no otra cosa negasen al menos el paso á unas tropas que se debian mirar como enemigas, puesto que esclavizando á la Alemania preparaban igualmente el yugo al resto de Europa. Semejantes reflexiones no se habian ocultado á la prudencia de aquellos republicanos; habianse ya esforzado á disuadir al papa de contraer una alianza que tenia por objeto aumentar el poder de un soberano cuya ambicion sin límites tenia harto conocida; pero Pablo estaba tan encegado en la continuacion de sus proyectos, que desechó todas sus representaciones (1); á pesar de todo ni la ciencia del peligro logró determinar á los venecianos á que tomasen fuertes precauciones para resguardarse de él, por lo que contes- taron á los aliados de Smalkalde que no les era dado impedir el paso á las tropas del papa por un pais abierto, á menos de levantar un ejército bastante poderoso para detenerlas, y que semejante accion les espondria á todo el poder del enojo del papa y del emperador, y por este mismo motivo se negaron á prestar cantidad alguna de dinero al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse para gastos de la guerra (2).

Por lo que mira á los suizos no se limitaban los protestantes á pedirles que impidiesen la entrada en

Dirigense despues á los suizos.

(1) Adriani. *Istoria de' suoi tempi*, lib. V, p. 332.

(2) Steud. 381. Paruta, *Istor. Venet. tom. IV*, 180. Lambertus Bontanius, *de bello germanica*, apud. Scardum, vol. II, p. 547.

Año 1546

Alemania á tropas extranjeras, si que esperaban de un pueblo vecino y natural amigo del imperio, que con todo ahinco y con su acostumbrado celo abrazaria la causa de la libertad y que no permaneceria pasivo espectador de la esclavitud y cadenas que se preparaban para sus hermanos; empero por mas dispuestos que estuviesen los cantones protestantes á ausiliar á los coligados, el mismo cuerpo helvético estaba tan desunido en puntos de religion, que los protestantes no se atrevian á hacer nada sin consultar á los cantones católicos; y ademas tal era el influjo de los agentes del papa y del emperador en la Suiza, que cuanto estos pudieron ofrecer en esta guerra fue el conservar una estrecha neutralidad (1).

Recurren á  
Francisco I y  
á Enrique  
VIII.

Quedando pues frustradas sus esperanzas por estos dos lados, apresuráronse los protestantes á dirigirse á los monarcas de Francia é Inglaterra; lo inminente del peligro habia echado por tierra los escrúpulos del elector de Sajonia, y le precisó á ceder á las instancias de los coligados, y la situacion de los dos monarcas infundia algunas esperanzas á la liga. La guerra habia por algun tiempo continuado entre los franceses é *ingleses* despues de la paz de Crespy, pero por fin cansados de una lucha que no les proporcionaba ninguna ventaja ni gloria, acababan de terminar todas sus contiendas por medio de una paz firmada en Campe, cerca de Ardena. Muy difícil le habia sido á Francisco hacer entrar en la paz á su aliada la Escocia, y por pago de esta concesion habia empeñado su palabra de satisfacer una gruesa suma que Enrique decia adeudársele por muchas razones, y el monarca francés dejó en poder de

(1) Steil. 39o.

los ingleses, como en fianza de esta deuda, la ciudad de Boloña. Empero aunque el restablecimiento de la paz dejara á estos monarcas tiempo de ocuparse en los asuntos de Alemania, no pudieron los protestantes sacar ninguna ventaja de esta propicia coyuntura, puesto que Enrique les concedia su alianza con unas condiciones que le habrian hecho no solo el jefe si que el dueño absoluto de la confederacion. No se tenia el ánimo de concederle esta preeminencia; sus opiniones en materia de religion eran demasiado diferentes de las de los reformados de Alemania para que pudiera cimentarse una perfecta union entre ellos y aquel monarca (1). Francisco por sus planes políticos estaba mejor dispuesto para ayudar á los confederados; empero como veia devastado su reino por una larga guerra y que por otra parte temia enojar al papa haciendo causa comun con hereges escomulgados, no osó aventurarse á ausiliar la liga. De este modo una prudencia fuera de propósito ó escrúpulos religiosos en que ni hubiera reparado en otras ocasiones, hicieron perder á este monarca la mas propicia ocasion que durante su reinado se le hubiese ofrecido de estorbar y abatir á su rival.

Empero si los aliados no sacaron ningun provecho de los gabinetes estrangeros, por lo menos lograron con facilidad organizar un ejército suficiente para sostener la lucha. Estaba en aquel entonces la Alemania sumamente poblada, las leyes feudales vigian allí con toda su fuerza, y colocaban á los nobles en estado de reunir sus numerosos vasallos y hacerlos marchar siempre y cuando quisiesen; el espíritu belicoso de los alemanes no se habia aun menguado con la introduccion del co-

Los protestantes ponen en campaña un numeroso ejército.

(1) Rymer, XV, 93. Herbert, 258.

Año 1546. mercio y las artes, y aun habia adquirido mayor energia por las continuas guerras en que habian tomado parte por espacio de medio siglo al servicio de los emperadores contra los soberanos de Francia. Al momento que se trataba de tomar las armas se les veia acudir con entusiasmo, y la sola vista de una bandera atraia un enjambre de voluntarios (1), y la religion aumentaba tambien en esta coyuntura su natural ardor. Los principios de la reforma habian causado en ellos aquella enérgica impresion que produce la verdad al momento de manifestarse, y se dispusieron á defenderla con tanto valor como celo; ademas de esto hubiera sido mengua para un pueblo belicoso permanecer pasivo cuando la defensa de la religion le llamaba á las armas. Un acontecimiento se reunió entonces á estos motivos para facilitar el alistamiento de reclutas para los coligados. El rey de Francia, dispuesto á firmar la paz con el monarca inglés, habia licenciado á un considerable número de alemanes que servian bajo sus banderas, y estos fueron á reunirse bajo una sola bandera en el ejército de los protestantes (2).

Semejante reunion de favorables circunstancias puso á esta liga en estado de reunir en el espacio de algunas semanas un ejército de setenta mil hombres de infantería y de quince mil de caballería, provisto de un tren de artillería de ciento veinte cañones, ochocientos carros de municiones, ocho mil acémilas y seis mil gastadores (3). Este ejército á pesar de esto no era ni el mas numeroso ni el mas poderoso que nió levan-

(1) Seck. *lib. III*, 161.

(2) Thuan. *lib. I*, p. 68.

(3) Thuan. *lib. I*, 601 Ludovici ab Avila et Zuñiga *Commentariorum de bel. germ. lib. duo. Antw. 1550*, in 11, p. 15. A.

tar aquel siglo en Europa por los esfuerzos reunidos de los protestantes. Las únicas potencias que contribuyeron á estos preparativos militares fueron el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse, el duque de Wittemberg, el príncipe de Anbalt y las ciudades imperiales de Ulm, Ausburgo y Strasburgo; empero los electores de Colonia, de Brandeburgo, y el conde palatino, amedrentados con las amenazas del emperador ó engañados por sus protestas, permanecieron neutrales. Juan de Brandeburgo Bareith y Alberto de Brandeburgo-Anspach, si bien que adictos entrambos al protestantismo desde su introduccion, colocáronse manifiestamente al servicio de Carlos so pretexto de que les habia prometido no ohrar nada contra la inviolabilidad de la reforma; y Mauricio de Sajonia siguió pronto el ejemplo de aquellos.

El poderoso ejército de los coligados y la maravillosa rapidez con que se habia reunido, asombraron al emperador, y le asustaron tanto mas cuanto no estaba en estado de resistirle. Encerrado en Ratisbona, ciudad poco fuerte y cuyos moradores, en su mayor número protestantes, mas dispuestos estaban á hacerle traicion que á ayudarle, no teniendo junto á sí mas que tres mil hombres de infantería españoles que habia hecho llegar á las fronteras de Hungría, y cerca de cinco mil alemanes que habian llegado de diferentes puntos del imperio, no podia menos de temer la proximidad de un enemigo que no le dejaba escoger ni el combate ni la retirada. Por otra parte los soldados del papa que venian á su socorro apenas estaban en las fronteras de Alemania, y las tropas que esperaba de los Países-Bajos, ni siquiera se habian completado (1).

El emperador carece de suficientes fuerzas para resistirles.

(1) Steid. 389. Avila, 8. A.

Año 1546. Con todo su posición pedía pronto socorro y no podía confiar mucho en la llegada de aquellas tropas todavía tan lejanas y cuya llegada parecía tan incierta.

Los protestantes entran en ajustes en vez de obrar.

Dichosamente para Carlos no supieron los coligados aprovecharse de esta superioridad, pues los primeros pasos de las guerras civiles son siempre débiles y dudosos, y fingiendo entonces un exterior moderado y equitativo se procura ganar prosélitos con una apariencia de apego á las reglas establecidas y no se atreve á romper de un golpe antiguos estatutos que se acataban en tiempos quietos.

15 de julio

Estas consideraciones, que tanto influyen en el corazón humano por la dicha de la paz de las tierras, hicieron que los coligados no olvidasen lo que debían al jefe del imperio hasta tomar contra él las armas sin recurrir solemnemente á su justicia y al parcial juicio de la nación; por lo que dirigieron una carta al emperador y un manifiesto á toda la Alemania: ambos documentos espresaban las mismas razones; en ellos protestaban de su lealtad y sumisión á los derechos temporales del emperador; recordaban la inviolable *union en* que habían vivido con sus jefes y los recientes testimonios de amistad y agradecimiento con que les habían honrado; aseguraban que la religión era el único pretexto de la guerra que ideaba contra ellos, y las pruebas que daban no podían menos de convencer á los que habían sido harto débiles para dejarse engañar con las astucias de Carlos; finalmente declaraban que estaban decididos á aventurarlo todo para conservar su creencia religiosa, y presagiaban la entera destrucción del cuerpo germánico si el emperador podía más que la confederación (1).

(1) Sleid. 384.



Carlos cuyas pasiones debian mostrarse mas moderadas en ocasion tan arriesgada, se mostró resuelto y tan orgulloso como si se hallara en estado de dictar la ley; su única contestacion, asi á la carta como al manifiesto de los protestantes, fue publicar el decreto de proscripcion contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, cabezas de la liga, y contra cuantos les prestasen socorro. En fuerza de esta sentencia, la mas rigurosa que el derecho público de Alemania haya decretado jamas contra los enemigos ó traidores á la patria, fueron declarados rebeldes y desterrados, despojados de los privilegios que disfrutaban como á miembros del imperio; confiscáronseles sus bienes y sus vasallos fueron absueltos del juramento de fidelidad: en general, no solo fue lícito si que tambien laudable atacar su territorio. A pesar de esto la nobleza y las ciudades libres á quienes se debia el origen ó perfeccion de las leyes del cuerpo germánico, no habíanse olvidado bastante de su seguridad para conceder tan poderosa jurisdiccion al emperador. Necesitábase la decision de una dieta del imperio para desterrar á alguno de sus individuos, pero desechando Carlos esta formalidad legal sabia bien que si le iba bien la guerra nadie podria entonces tener valor de pedirle cuenta de esta infraccion de la ley (1). A pesar de esto este monarca, en vez de dar por excusa de sus procedimientos contra el elector y el landgrave su rebellion contra la iglesia ó su conducta en materia de religion, afectó no dar sino motivos de estado que refirió en términos generales y dudosos sin entrar en detalles ó la clase de su delito, de modo que esta accion mas bien

Año 1546.  
El emperador proscribió á los dos gefes de la liga.

(1) Sleid 386. Dumont, *Corps diplom. tom. IV, p. 11, 314.*  
Pfiffel, *Histoire abrégée du droit publ. de l'Allem.* 168, 736, 158

Año 1546. parecía secuela de una potestad despótica, que de una autoridad legal. Por lo demas, si empleó palabras ambiguas es porque no osaba fundar su sentencia de un modo demasiado terminante por temor de que los mismos agravios con que hubiera acriminado al elector y al landgrave servirian quizas para condenar á los demas protestantes á quienes le interesaba tratar como á leales vasallos, para conservar, si no su adhesion, al menos su neutralidad. Despues de haber perdido toda esperanza de convenio, solo quedaba á los coligados el medio de someterse sin restriccion á placer del emperador, ó empezar al momento la campaña, y el celo y resolucion no les faltaron en este caso. Pasados algunos dias de publicada la proscripcion del imperio, enviaron segun costumbre un rey de armas al acampamento imperial para declarar con toda solemnidad la guerra á Carlos, á quien no daban ya otro nombre que de emperador intruso, abjurando la sumision y lealtad que le habian jurado hasta aquel instante; pero parte de sus tropas habian ya empezado á obrar antes de esta formalidad. La ciudad de Ausburgo, que habia reunido un ejército considerable, encargó su mando á Sebastian Schertel, oficial aventurero que habia tomado un rico botin cuando saquearon á Roma los imperiales. Su capital reunido á sus grandes servicios, le conferian una autoridad que le equiparaban con la principal nobleza de Alemania. Este anciano guerrero, lleno de valor, quiso antes de reunirse al grande ejército de los coligados, probar alguna accion digna de su celebridad y de la espectacion de sus compatriotas. Mientras que los soldados del papa se avanzaban hácia el Tirol para entrar en Alemania por medio de aquel estrecho paso de los Alpes, les previno Scher-

Declaran la guerra á Carlos.

Sus primeras operaciones.

tel y se apoderó de Ehreberg y de Cuffstein, dos fortalezas que dominaban los principales desfiladeros; sin detenerse un momento continuó su marcha hácia Inspruck, cuya plaza si hubiese podido tomar, habria detenido á los italianos, y guardada por un puñado de soldados hubiera podido resistir á los mayores ejércitos; empero Castlealto, gobernador de Trento, viendo que se frustrarian todas las intenciones del emperador si se privaba el camino á sus tropas auxiliares, levantó de repente una pequeña division y se encerró en la ciudad; á pesar de esto no abandonó Schertel sus intenciones y se disponia á atacar la ciudad, cuando la nueva de la llegada del ejército italiano y las órdenes del elector le precisaron á renunciar á ello. El paso quedó libre con su retirada, y el ejército pontificio entró en Alemania sin hallar otro obstáculo que las guarniciones colocadas por Schertel en Ehreberg y Cuffstein que no tardaron en rendirse (1) por carecer de esperanzas de auxilio.

El llamamiento de Schertel no fue la única falta de los coligados, pues habiéndose encargado el mando

Mala disposicion de los generales.

(1) Seckend. l. II, p. 76. Adriani *Ist. de'suoi tempi*, lib. 335. Seckendorf, ese hábil autor del *Commentarius apologeticus de lutheranismo*, que se há seguido como un guia seguro en los asuntos de Alemania, era un descendiente de Schertel. Ha publicado con todo el esmero y exactitud de un aleman, que desea probar su nobleza, una difusa arenga acerca de sus antepasados, en la que demuestra principalmente el modo cómo Schertel se habia elevado y las alianzas que sus descendientes habian contraido con las mas antiguas casas del imperio. Entre otras curiosidades acerca de este guerrero, forma un cálculo de sus riquezas, que procedian del saqueo de Roma. Sus nietos se vendieron sus posesiones por el valor de seiscientos mil florines. De aqui se deducen las inmensas riquezas reunidas por los *Condottieri* ó comandantes de tropas mercenarias en aquel siglo. Schertel era un simple capitán en la toma de Roma. Seckend. l. II, 73.

Año 1546. general del ejército al elector de Sajonia y al landgrave de Hesse en fuerza del convenio de la confederacion de Smalkalde, no se vieron bien claros todos los inconvenientes que son siempre el resultado de esta division de autoridad, siempre fatal á las operaciones militares.

El elector que miraba con tanto desprecio su vida como con ardor la causa comun, era á pesar de esto pesado en sus deliberaciones, incierto y perplejo en sus determinaciones, y preferia siempre la sagacidad y seguridad en sus medidas á un valor determinado y ardiente: el landgrave por el contrario, de un espíritu mas pronto y valeroso, marchaba al imprevisto, obraba con vigor y escogia siempre los medios mas sencillos. De esta suerte aquellos dos generales que habian tomado parte en semejante guerra por razones bien opuestas, no se avenian mejor en sus operaciones que en sus causales. Esta entera contrariedad de pareceres despertó insensiblemente entre ellos la envidia y el odio, y las contiendas que provenian de la oposicion de sus genios se aumentaron mas y mas. Con *todo* los demas individuos de la confederacion que no eran súbditos del elector ni del landgrave, sino en fuerza de los artículos de una alianza voluntaria, dejaron pronto de obedecer á unos gefes que tan poco se conformaban para el gobierno. De esta suerte aquel numeroso ejército de protestantes, igual á una inmensa máquina de mal dispuestas partes y careciendo de un muelle para dar alma y arreglar sus movimientos, tuvo únicamente una accion floja é incapaz.

Las tropas del papa se reunen á las del emperador.

Temiendo el emperador que su permanencia en Ratisbona imposibilitase al ejército pontificio de reunirsele, avanzó valerosamente hasta Landshut sobre el rio

Esper, los coligados perdieron algunos días en deliberar si le irian al alcance al territorio del duque de Baviera, que se mantenía neutral, y despues de haberse finalmente vencido este escrúpulo empezaron á marchar hácia su campo; empero abandonaron pronto esta idea para ir á atacar á Ratisbona, donde habia dejado Carlos muy corta gnarnicion. A pesar de todo las tropas pontificias llegaron enteras á Landshut, á las que siguieron pronto seis mil aguerridos soldados de los tercios españoles sacados de Nápoles. Desde la atrevida pero inútil expedicion de Schertel dijérase que los coligados querian dejar reunir con tranquilidad á todas estas fuerzas en el punto convenido, en vez de ataear separadamente á las divisiones ó al mismo emperador antes de su reunion (1). El ejército imperial que ascendia entonces á treinta y seis mil hombres, era aun mas formidable por la disciplina y valor de sus soldados que por su número; Avila, comendador de Alcántara, famoso por haberse hallado en todas las guerras de Carlos y servido entre las tropas que salieron vencedoras en la memorable batalla de Pavia, conquistado á Tunez é invadido la Francia, asegura que jamas habia visto otro tan formidable como el que conducia el emperador contra los protestantes de Alemania (2). Octavio Farnesio, nieto del papa, ayudado por hábiles gefes que se habian practicado en las largas guerras de Carlos con Francisco, mandaba las tropas de Italia y le acompañaba su hermano el cardenal Farnesio bajo el título de legado pontificio. Este prelado teniendo esta guerra como á un asunto de religion se propuso marchar al frente del ejército precedido de una cruz

(1) Aldrini *Istoria de suoi tempi*, l. V, 340.

(2) Avila 18.

Año 1546. y proclamar indulgencias para cuantos le auxiliaran del mismo modo que se practicaba en tiempos de las cruzadas; empero Carlos se opuso á este excesivo celo que no respondia á sus promesas hechas á los protestantes de su bando, y aquel legado admirado de ver ejercer á sus anchuras en medio del ejército imperial una religion, cuya estirpacion parecia ser el objeto de aquella guerra, volvió á tomar irritado el camino de Italia (1).

La llegada de las tropas pontificias dió proporción al emperador para aumentar la guarnicion de Ratisbona, de manera que los coligados desesperados de apoderarse de ella marcharon hácia Ingolstadt sobre el Danubio, donde Carlos habia entonces colocado su campo. No se cesaba con todo de clamar contra aquel monarca que quebrantaba descaradamente las leyes y constituciones del imperio, llamando á él estrangero para devastar el pais y oprimir sus privilegios. Como el dominio de la santa sede era en aquel siglo tan aborrecido por los reformados que solo el nombre de papa era suficiente para causarles horror, y hasta llegaron á creer que el pontífice no satisfecho con venirles á atacar á fuerza de armas habia esparcido sus comisionados por toda la Alemania para pegar fuego á sus ciudades y almacenes, y envenenar las fuentes y pozos; estas voces, vagas cuya tontería podia únicamente servir para alucinar la sencillez del vulgo, encontró con todo cabida en los ánimos de los jefes del partido. Obcecados por sus prevenciones publicaron un edicto en el que acusaban á Pablo de haber usado contra ellos de tan infernales recursos (2), y si algo podia jus-

(1) Fra-Paolo, p. 191.

(2) Steid. 399.

tificar tales rumores era la conducta de los soldados del pontífice, los que, creyendo íntimamente que toda barbarie era permitida contra hereges escomulgados, ejercían los mas viles excesos en los territorios protestantes, aumentando las acostumbradas fatalidades de la guerra con toda la furia del fanatismo. Empero las operaciones de la guerra no eran conformes al furioso ódio de que estaban poseidos los corazones de uno y otro bando. El emperador habia prudentemente resuelto de no aventurar una batalla con enemigos que le aventajaban mucho en número (1), conociendo ademas que un ejército compuesto de individuos tan mal avenidos, de precision debia disolverse á no ser que se precisara á sus miembros á unirse con mas fuerza por medio de un atropellado ataque. A pesar de todo aunque los coligados conociesen perfectamente cuánto perdian en cada momento de demora, la flaqueza ó desunión de sus gefes les impidió obrar con el vigor que reclamaba su situación y el ardor de sus soldados. A su llegada á Ingolstad hallaron á Carlos en un acampamento que sin serle demasiado ventajoso le rodeaba únicamente una pequeña trinchera. Habia delante del campo una vasta llanura en que no solo cabia todo su ejército, si que tambien sobraba lugar para sus operaciones; todo inducia á los coligados á aprovechar aquella ocasion de atacar al emperador; su superioridad numérica, el impaciente ardor de las tropas y el valor y serenidad de la infantería alemana en la batalla, les eran otras tantas garantías de la victoria. El landgrave queria decididamente combatir, diciendo que mandando él la suerte de los dos partidos quedaria pronto

Los confederados avanzan hácia el ejército imperial.

Agosto 19.

(1) Avila, 78. A.

**Año 1546.** decidida; pero meditando el elector acerca del ánimo y subordinacion de los enemigos entusiasmados con la presencia del emperador y mandados por los mas sabios gefes de aquella época, no osaba aventurar una batalla decisiva contra tropas aguerridas, atrincheradas en un campo que ellos mismos habian escogido y cuyas fortificaciones, aunque imperfectas, les hacian muy superiores. A pesar de su irresolucion y meditaciones, se convino adelantarse en orden de batalla contra los imperiales y probar si este movimiento sostenido por un vigoroso fuego de artillería lograria sacarlos de sus trincheras. Demasiado experimentado el emperador para caer en esta celada, continuaba siempre su proyecto, y disponiendo sus tropas al enves de las trincheras preparadas del todo para recibir á los coligados si tenian la osadía de emprender el asalto, esperó con tranquilidad su aproximacion, y prohibió cualquier movimiento de su ejército que pudiese empeñarle en la accion. A pesar de esto recorria las líneas, y perorando á todos sus batallones compuestos de diversas naciones, hablaba á cada uno en su propio idioma, animaba su valor con su jovialidad y con su heroico ánimo en medio de los riesgos, y él mismo se esponia al mas formidable fuego de la artillería mas numerosa que jamas se hubiese presentado en campaña, y á vista de este modo de obrar ninguno se atrevió á salir de la línea, pues habria sido muy indecoroso manifestar temor en presencia de un valeroso monarca que manifestaba en público que el rehusar la batalla no era causado por cobardía sino por prudencia. Los coligados, despues de haber seguido su fuego por muchas horas contra el ejército del emperador, con mas ruido que resultados, desesperados ya de obligarles á combatir, se retiraron á

El emperador rehusa la batalla.



su campo, y el emperador pasó la noche haciendo fortificar el suyo con tanta presteza, que los enemigos, preparados el día siguiente para alguna mas atrevida tentativa, repararon al momento que habían dejado perder la ocasión (1).

Año 1546.

Después de este inútil ensayo que únicamente manifestó su indeterminación y el ánimo resuelto del emperador, solo pensaron en los medios de impedir la llegada de un numeroso refuerzo compuesto de diez mil hombres de infantería y cuatro mil caballos que el conde de Buren había sacado de los Países-Bajos. Empero aunque este general tuviese que hacer un largo camino, atravesando dominios algunos de los cuales estaban en disposición de favorecer á sus enemigos, aunque estos mismos avisados de su proximidad, hubieran podido sin peligro destacar de su numeroso ejército, fuerzas considerables para destruirlo, con todo esto marchó con tal celeridad y dispuso tan bien sus operaciones á las que únicamente se oponían lentitud é ignorancia, que consiguió conducir sus tropas al campo del emperador sin haber sufrido el menor revés (2).

Las tropas flamencas se reúnen al emperador.

10 de setiembre.

La llegada de los flamencos en quienes fundaba el emperador sus mayores confianzas, varió casi enteramente el plan de sus acciones; quiso tomar á su vez la ofensiva, pero evitando siempre una batalla decisiva. Apoderose de Neubourg, Dilligen y Donawert sobre el Danubio, de Nordlinga y otras muchas ciudades de las márgenes de aquellos grandes rios que desaguan en aquel vasto. A pesar de todo aunque se apoderó de tan estenso país no fue sin sostener combates muy fuertes y en los que no le fue siempre propicia su estre-

(1) Sleid. 395. 397. Avila, 27. A. Lamb Hortens. ap Scard II.

(2) Sleid 403.

Año 1546.  
Situación de  
los dos ejérci-  
tos.

lla. Pasóse todo el otoño en estas alternativas sin que ninguno de los dos partidos se hubiese podido hacer superior al otro, y nada presagiaba aun cuál sería el final de aquella guerra. Infinitas veces había predicho el emperador que la desunión y falta de metálico preciosa á los coligados á diseminar los miembros de un cuerpo que no tenían habilidad de gobernar ni medios de sostener (1). Empero aunque con ansia aguardase este acontecimiento, no parecía que pudiese estar muy próximo este; los forrages y víveres le empezaban á faltar, y hasta las provincias de católicos estaban tan enojadas de ver tropas extranjeras en el centro del imperio, que con repugnancia entregaban las vituallas al propio tiempo que nadaba en la abundancia el campo de los confederados por el celo y largueza de los amigos que su religión les hacía encontrar en las comarcas contiguas. Las enfermedades originadas sin duda de la variación de clima ó de alimentos (2) habían imposibilitado de servir á gran número de italianos y de españoles; debíanse sueldos atrasados á los soldados, quienes apenas habían recibido dinero desde el principio de la campaña, lo que manifestó esta ocasión al emperador, como ya otras veces le había sucedido, que su dominación se extendía mucho mas que sus caudales, y que si su poder le proporcionaba levantar gran número de soldados, su erario no bastaba para mantenerlos; y por sí mismo se convenció de la imposibilidad de sostener por mas tiempo la campaña. Algunos de sus mas inteligentes generales, hasta el duque de Alba, quien nunca dejaba ninguna empresa para

(1) *Belli Smalkaldici Commentarius græco sermone scriptus à Joach. Camerario ap. Freherum, vol. III, p. 479.*

(2) *Camerar. ap. Freher. 483.*

acabar, le aconsejaron diseminar sus tropas en cuarteles de invierno; pero el emperador á quien las mas convincentes razones no podian torcer cuando habia formado una resolucion, lejos de escuchar sus consejos, se obstinó en cansar á los coligados con su constancia, convencido de que si podia una sola vez precisar á disolverse aquel gran ejército, pocas probabilidades habia de que se pudiese reunir de nuevo (1). Entre todo esto era difícil de prever qué debía ceder mas pronto; ó la constancia de Carlos ó el celo de la liga, y cuál de los dos partidos diseminando sus fuerzas daria superioridad al otro, cuando un inesperado acontecimiento causó fatal variacion en los asuntos de los coligados.

Habiendo Mauricio de Sajonia ganado, con sumisiones, la voluntad del emperador con sus astucias de que se ha ya tratado, apenas conoció que se iba á dar principio á las hostilidades entre los protestantes y aquel monarca, que ya esperó de ella la mas próspera fortuna para sus designios. La parte de Sajonia que habia heredado de sus antepasados estaba muy distante de ser suficiente á su ambicion; veia con placer los principios de una guerra civil cuyas violentas y convulsivas variaciones facilitan siempre á los atrevidos la ocasion de progresar en su fortuna, ocasion que es muy rara y lenta en tiempos tranquilos. Como se hallaba enteramente instruido del estado de los bandos y del talento de sus gefes, no vaciló en adherirse al partido de que podia sacar mayor provecho, por lo que resolvió unirse al emperador, de lo que se hizo un mérito en ser de los primeros, á fin de

Proyectos de  
Mauricio de  
Sajonia

(1) Thuan. 83.

Año 1546. disfrutar de sus liberalidades. Con esta idea se habia ya conferido á Ratisbona por el mes de mayo. con el pretexto de asistir á la dieta, y despues de muchas sesiones ya con el emperador ya con sus ministros, concluyóse un convenio secreto en fuerza del cual prometió Mauricio servir al emperador como fiel vasallo, y el emperador en cambio le designó todos los despojos del elector de Sajonia, ya consistiesen estos en dignidades ya en dominios (1); con dificultad se hallaria en la historia otro ajuste que mas manifiestamente violase todos los principios por los que se deben regular las acciones humanas. Mauricio, acérrimo protestante en una época en que el fanatismo religioso tenia tanto influjo en las almas, se obliga á pesar de todo á servir en una guerra cuyo objeto era la destruccion de su culto, compromete su palabra de tomar las armas contra su suegro y de arrebatár á su mas próximo pariente sus posesiones y títulos, y finalmente se reúne á un amigo poco seguro contra un bienhechor á quien debia recientes y considerables favores; y sin embargo no era este príncipe un político sin vergüenza que desprecia los mas sagrados deberes hasta envanecerse de pisar las leyes del honor ó de la decencia en pidiéndolo su interes; la conducta de Mauricio fue mas prudente; si se atribuye únicamente á la política, alcanzó realizar todas las partes de su proyecto procurando siempre imprimir en sus acciones la apariencia de la honradez y la virtud; insiguiendo su conducta es verosímil que á lo menos en cuanto á la religion protestante eran sanas sus intenciones y que solamente debió avergonzarse de su impru-

(1) *Hazzi Annales Brabant* vol I, 638 *Stuvii Corp* 1048. *Thuan.* 84.

dente confianza en las promesas del emperador, y le aconteció sin duda lo que á aquellos, queriendo obrar con demasiada astucia en los asuntos políticos caminan por senderos lóbregos y tortuosos, y Mauricio se vió burlado á sí mismo cuando creía burlar á los demás.

Año 1546.

Sin embargo su primer cuidado fue mantener ocultos sus empeños, y hasta supo llevar tan adelante el arte de fingir, que los coligados no sospecharon nada de sus proyectos á pesar de haberse negado á aliarse con ellos y de su constancia manifiesta en festejar al emperador: hasta el mismo elector de Sajonia cuando marchó al principio de la campaña para reunirse á sus aliados, puso sus posesiones bajo el mando de Mauricio, quien con falsas demostraciones de amistad le prometió defendérselas (1). Empero apenas se hubo alejado el emperador, cuando Mauricio tomó sus secretas medidas con el rey de romanos para alzarse con el depósito que se le había confiado, y el emperador pronto le envió una copia de la proscripción del imperio dada contra el elector y el landgrave. Pertenece á Mauricio como el mas cercano pariente defender estos dominios de cualquier ataque, y Carlos le requirió por la obediencia que debía al gefe del imperio, sin tratar de su interes personal, que se apoderase inmediatamente de los dominios confiscados del elector, avisándole al mismo tiempo que si se negaba á poner en planta esta orden se complicaría en los delitos de su pariente y se veria espuesto á la misma pena (2).

Oculta astutamente sus fines.

Esta astucia fue seguramente sugerida por Mauricio

(1) Struvii. *Corp.* 1046.

(2) Sleid. 391. Thuzn. 84.

Año 1546 á fin de hacer parecer su conducta para con el elector como un acto necesario de obediencia, y no por un atentado á los derechos de familia. Pero á fin de ocultar su ambicion con escusas aun mas especiosas, convocó inmediatamente de su regreso de Ratisbona los estados de su principado, y les dijo que como era inevitable la guerra entre los aliados de Smalkalde y el emperador, le era necesario su consejo para portarse bien en este lance. Preparados sin duda para esta pregunta, y en disposicion de contentar á su príncipe, los estados procuraron conformarse á sus ideas aconsejándole que se evitase con su mediacion á los dos bandos, y que si la despreciaban les parecia que debia obedecer al emperador conviniéndose antes por la seguridad de la religion protestante; entre tanto habiendo recibido Mauricio el decreto imperial como tambien la proscripcion contra el elector y el landgrave, reunió de nuevo los estados, manifestóles las órdenes que acababa de recibir y la pena con que se le amenazaba en caso de resistencia; noticióles despues que los coligados se habian negado á su mediacion, y que el emperador le habia hecho las promesas mas liasonjeras en punto á la religion; habló de cuanto le interesaba poner á cubierto las posesiones del electorado, y del riesgo que corria en permitir avecindarse estrangeros en Sajonia; finalmente dijo que como á sus vasallos les interesaba igualmente que á él este asunto, queria arreglar su conducta con el dictámen que le diesen en tan apuradas y críticas circunstancias. Los estados siempre sumisos y complacientes, fiados en los ofrecimientos del emperador acerca la libertad de conciencia, propusieron antes de llegar á medios violentos escribir en nombre de la junta al elector manifestan-

dole que el mejor modo de apaciguar al emperador é impedir que sus posesiones fueran secuestradas por via de confiscacion ó conquista, era consentir que Mauricio tomase de ellos pacífica y amistosa posesion, y este príncipe favoreció al propio tiempo esta súplica con una carta que escribió al landgrave su cuñado. Tan descabellada proposicion fue despreciada con el desden é indignacion que merecia: el landgrave echó en cara en su contestacion á Mauricio su mala fe é injusticia contra su bienhechor, y le demostró el mas alto desprecio por su afectacion en poner en práctica el destierro del imperio cuya ilegal y despótica forma no le podia dejar duda alguna acerca de su ningun valor; en fin le instó á que no llevara adelante su ciega ambicion hasta olvidar cuánto debia al honor y la amistad, y hasta ser traidor á la religion reformada, la que segun confesion del papa intentaban destruir, con la presente guerra, en toda la Alemania (1).

Empero habíase comprometido demasiado para que le pudiesen detener los vituperios, y el único partido que le quedaba era poner en ejecucion con exactitud lo que con la astucia y disimulo habia preparado, y con tanto valor para llevar á cabo su proyecto como sagacidad con que lo habia formado, reunió cerca de doce mil hombres y atacó una parte del electorado mientras que Fernando se precipitaba sobre la otra con un ejército de bohemios y de húngaros. Mauricio derrotó en dos combates sangrientos las tropas que habia dejado el elector para su guarda, y aprrovechándose de sus victorias se posesionó de todo el electorado. escepto de Wittemberg, Gotha y Eissenach, plazas fuertes que

Se apodera  
del electorado  
de Sajonia.

(1) Sleid. 405, etc Thuan. 85. Camerac. 484.

Año 1546

defendidas por briosas guarniciones se negaron á abrir sus puertas. La nueva de estas rápidas conquistas llegó pronto á los dos campos, al de los imperiales y al de los confederados; en el de los primeros se recibió con muestras de alegría á proporcion del interes que se vinculaba con aquel dichoso éxito, empero el otro bando se sobrecogió de susto y terror. Hízose execrable el nombre de Mauricio á quien se miró como á un apóstata de la religion, un traidor á la libertad alemana, un villano en fin que habia roto todos los deberes mas sagrados; la rabia y el espíritu de partido se desencadenaron contra él; sátiras, invectivas, libelos, declamaciones en los pulpitos y por escrito con todo el descaro del estilo de aquella época, nada se perdonó para denigrarle y hacerle odioso. A pesar de todo, confiado en su acostumbrada maña, como si hubiera podido justificar su conducta publicó un escrito en el que se hallaban todos los frívolos pretextos que alegó al principio la junta de sus estados y en su carta al landgrave (1).

Los confederados proponen un ajuste con el emperador.

Proponíase el elector marchar á Sajonia con su cuerpo de tropas á la primera noticia que recibió de las operaciones de Mauricio, pero los diputados de la confederacion reunidos en Ulm lograron de él en aquel momento que prefiriera la causa comun á la seguridad de sus posesiones. Finalmente, compadecido por las penas y continuas quejas de sus vasallos, mostróse el elector en sumo grado impaciente para libertarles de la esclavitud de Mauricio y de la barbarie de los húngaros que peleaban con aquella especie de crueldad que se creia legal contra los turcos, y que se entregaban por do quier á los mayores excesos de violencia y re-

(1) Steid. 409. 410.



bo. El deseo del elector era tan natural y lo tomó con tal resolución, que los comisionados de Ulm no osaron negarse del todo á concederle lo que pedia, aunque adivinaban las fatales consecuencias que atraeria la division del ejército. A pesar de esto antes de determinar nada se confirieron al campo de los coligados en Giengen sobre el rio Brentz, para consultarles, y estos no se vieron con menos apuros en cuanto á lo que habian de decidir en tan crítica situacion. Por una parte veian con horror la manifiesta desercion de una parte de sus aliados, la frialdad é indiferencia de otros muchos que hasta entonces no habian contribuido en nada para el sostenimiento de la guerra, y el peso de la carga que iba á caer entera sobre los mas celosos defensores de la causa comun; por otra parte el mal éxito de sus esfuerzos para alcanzar socorros del estrangero y el rigor de la estacion que precisaba á un gran número de soldados y hasta de oficiales á dejar el servicio, acababan de desanimarlos. Todas estas consideraciones les hicieron pensar que no les quedaba otro medio sino precisar á los imperiales á una batalla por medio de un ataque violento, ó bien entrar en convenios con el emperador; pero el abatimiento y temor se habian en tanto grado apoderado de los corazones, que entre estos dos medios escogieron el de menos valor y facultaron al ministro del elector de Brandeburgo para que en su nombre hiciese proposiciones de paz.

Al momento que el emperador conoció que aquella orgullosa liga que le habia amenazado espulsarle de Alemania se humillaba hasta dar el primer paso para los preliminares, juzgó que habia ya perdido sus fuerzas con el espíritu de union, y tomando al instante el

Carlos se niega á ello.

Año 1546. tono de vencedor como si los coligados estuviesen ya á su disposicion, no quiso oír hablar de paz á no ser que por preliminar de ella consintiese el elector de Sajonia entregarse él y sus estados á su entera disposicion (1). Tan vergonzosas condiciones no habrian sido llevaderas aun en el mas deplorable estado, por lo que fueron despreciadas por un partido que mas bien estaba amedrentado que rendido; pero al negarse á obedecer redondamente la voluntad del emperador, faltóles el valor suficiente para adoptar el único arbitrio de conservar su libertad, cual era el de permanecer reunidos en un solo cuerpo; reunion que hasta aquel dia habia hecho la confederacion temible hasta tal punto, que el ejército del emperador habia ya mas de una vez pensado en retroceder; sin embargo los coligados, que si hubiesen quedado convenidos hubieran detenido siempre al emperador á pesar de sus desgracias en Sajonia, despues de acceder á los ruegos del elector conviniéronse en diseminar el ejército. Hasta nueve mil hombres quedaron en el ducado de Wittemberg á fin de defender la provincia y auxiliar á las plazas de la Alemania alta; un respetable ejército siguió al elector á Sajonia; pero los mas de los coligados regresaron con sus gefes á sus provincias, donde se diseminaron (2).

Las tropas de la confederacion se dividen.

La mayor parte se sometió al emperador.

Al momento que dividió su ejército la confederacion, no se la temió ya mas y cada uno de sus miembros que en la union hallaba su seguridad personal empezó á temer al verse solo tener que sostener todo el peso de la venganza del emperador, quien no les dió tiempo de reanimarse ni de formar nueva alianza, pues, aunque en lo mas cruel de la estacion, al momento de

(1) Hortensius, ap Scard. II, 485.

(2) Sleid. 411.

su desmembracion hizo marchar al ejército determinado á sostener la campaña y aprovechar una ocasion tan propicia que por tanto tiempo habia esperado. Algunas pequeñas ciudades en que habian dejado guarniciones los confederados se le rindieron; Nordlingen, Rotttemberg y Halle, ciudades imperiales, siguieron poco tiempo despues aquel ejemplo; á pesar de todo no pudo Carlos impedir que el elector al volverse á sus estados exigiese crecidas contribuciones del elector de Maguncia, al abad de Fulda y otros príncipes eclesiásticos (1), pero este pesar quedó en gran parte compensado con la entrega de Ulm, una de las mas fuertes y principales de Suavia, y de las mas adictas y celosas de la liga. Unicamente se necesitó un ejemplo de desercion en la causa comun para guiar á ella á los demas individuos, y cada uno deseó ser de los primeros en someterse para sacar mejor partido: el elector palatino habia enviado á los coligados cuatro mil caballos á pesar de haber ofrecido permanecer neutral, y á pesar de ser un servicio tan leve que apenas debia hacerse mencion, fue de grande culpa para con el emperador, quien precisó á aquel flaco monarca á una vil reparacion: los moradores de Ausburgo, amedrentados por la derrota general, echaron de su ciudad al denodado Schertel y se sometieron á las condiciones que les quiso imponer Carlos.

El duque de Wittemberg, si bien que fue de los primeros en someterse, se vió precisado á pedir su perdon arrodillado y aun solo lo alcanzó con mucho trabajo (2).

Memmingen y otras ciudades libres del círculo

(1) Thuan. 88.

(2) *Mém. de Ribier*, tom 1, p. 589.

Año 1547.

de la Suavia, viéndose abandonadas de sus primeros aliados, solo se vieron seguras rindiéndose á discrecion al emperador; Strasburgo y Francfort sobre el Mein, si bien que lejanas del riesgo, no por esto manifestaron mayor valor. De esta suerte aquella liga, cuyas fuerzas amenazaban con mover hasta el mismo trono imperial, fue dispersada y aniquilada en pocas semanas; casi ninguno de los coligados quedó con las armas en las manos menos el elector y el landgrave, á los que el emperador ni se dió el trabajo de reducir por haber ya desde un principio determinado sacrificarlos á su venganza; empero hasta los mismos que se entregaron no pudieron lograr un perdon generoso y sin condiciones, pues Carlos los trató con orgullo y sin miramiento, abusando de su autoridad; por cuyo motivo todos los príncipes y comisionados de las ciudades se vieron precisados á pedir su perdon en la abatida postura de suplicante: como necesitaba con la mayor precipitacion dinero, les impuso crecidas multas, las que cobró sin hacer rebaja alguna. El duque de Wittemberg por sí solo pagó trescientos mil escudos; la ciudad de Ausburgo, ciento cincuenta mil; Ulm, cien mil; Francfort, ochenta mil; Memmingen, cincuenta mil, y los demas estados proporcionadamente á su riqueza y á la grandeza de su delito; ademas vieron-se forzados á renunciar á la liga de Smalkalde, á auxiliar, si se les pedia, para desterrar del imperio al elector y al landgrave, á entregar al emperador toda su artillería y municiones, á admitir guarniciones en sus principales ciudades y fortalezas, y les fue necesario en tal estado de subordinacion y desarme esperar la última sentencia que se habia reservado el em-

Carlos les impone condiciones rigurosas.

perador para dictarla al finir la guerra (1). Pero al prescribirles así las leyes según su voluntad, este monarca fue siempre harto hábil de no manifestar nada contrario á la religion, y los coligados olvidando con sus temores el celo de que hasta entonces habian estado animados, no trataron sino de su tranquilidad particular sin osar tratar de ningun artículo respecto al que Carlos les hacia callar dándoles de ello el ejemplo. Los habitantes de Memmingen fueron unicamente los que aventuraron unos débiles esfuerzos para lograr la promesa de ser protegidos para ejercer la religion reformada, pero los ministros del emperador recibieron su demanda de una manera que luego les precisó á retractarse de ella.

El elector de Colonia, que con permiso de Carlos habia quedado en posesion de su arzobispado sin embargo de la sentencia proferida contra él por el papa, intimóle entonces el mismo Carlos que se sometiese á las censuras de la iglesia; empero este virtuoso y desinteresado prelado renunció voluntariamente á su dignidad temiendo que cayesen sobre sus vasallos las desgracias de la guerra, y así prefirió por su espíritu de moderacion adecuada á su edad y ministerio, disfrutar de la verdad y ejercicio de sus dogmas en la soledad de una vida particular, que perturbar la sociedad esponiéndose á la incierta suerte de los combates por conservar sus dignidades (2).

Enero 25.

A pesar de todo presentóse el elector á las fronteras de sus dominios, y como Mauricio no pudo reunir suficientes tropas para hacerle frente, recobró inmedia-

El elector  
vuelve á Sojo-  
nia y recobra  
sus estados.

(1) Sleid. p. 411, etc. Thuan, lib. IV, p. 125. *Mém. de Biber*, tom. I, p. 606.

(2) Sleid. p. 410. Thuan, lib. IV, p. 128.

Año 1547. tamente su posesion, conquistó de su rival la **Misnia**, y le despojó de todos sus dominios á escepcion de **Dresde** y de **Leipsick**, plazas bastante fuertes para resistir algun tiempo. Obligado **Mauricio** á huir y encerrarse en su capital, envió un correo tras de otro al emperador para participarle el riesgo que corria y precisarle fuertemente á acudir á su auxilio; pero ocupado entonces **Carlos** en dictar leyes á los individuos de la confederacion que regresaban uno tras otro á sus obligaciones, juzgó suficiente enviar á Sajonia á **Alberto**, marques de **Brandebourg-Anspach**, al frente de tres mil hombres: este general, aunque muy á propósito para semejante expedicion, se dejó atacar descuidado por el elector, quien le mató la mayor parte de sus soldados, dispersó á los restantes y le hizo prisionero á él mismo (1). De esta suerte **Mauricio** se veia espuesto aun á mayor riesgo; su destruccion casi era inevitable si su adversario se hubiese sabido aprovechar de la coyuntura; empero siempre detenido el elector por su pereza y poca determinacion, ya tuviese solo ó repartido el mando, no dió mas prueba de actividad que la sorpresa de **Alberto**, y en vez de marchar directamente contra **Mauricio**, á quien habia aterrorado la destruccion de su refuerzo, cometió la imprudencia de prestar oidos á proposiciones de un ajuste por parte de un falaz enemigo que solo queria ganar tiempo y continuar la guerra.

El emperador se halla imposibilitado de atacar al elector y al landgrave.

El estado de los asuntos del emperador no le permitian en aquel momento marchar al auxilio de su aliado; para aborrarse de mantener un superfluo número de tropas, habia licenciado al conde de **Buren** con los flamencos (2) al momento que se dispersó el ejército

(1) D'Avila, 99, 6. *Mém. de Ribier, tom. I, 620.*

(2) D'Avila, 83. *Mem. de Ribier, tom. I, 592.*

de los coligados, juzgando que los españoles y alemanes reunidos á las fuerzas del papa serian suficientes para desbaratar los últimos esfuerzos de los confederados; empero Pablo comenzaba, aunque tarde, á arrepentirse de haberse empeñado en una alianza de la que mas prudentes los venecianos le habian desaconsejado aunque en vano. Los rápidos progresos del ejército imperial y el pronto aniquilamiento de la liga protestante le hizo entrar en recelos: desde aquel punto olvidó toda la utilidad que esperaba de una victoria completa sobre la heregía, y únicamente reparó ya en la falta que habia cometido contribuyendo á estender el poder del emperador hasta el grado de proporcionarle, con la esclavitud y opresion de Alemania, un medio para adquirir el absoluto dominio de toda la Italia. Al momento que conoció su ligereza procuró repararla; y sin dar parte al emperador de sus intenciones mandó á Farnesio, su nieto, que regresase inmediatamente con las tropas de su mando, y recogió la facultad que habia concedido á Carlos de apropiarse en España una gran parte de las haciendas del clero: no faltaban motivos para sincerar esta atropellada desercion, puesto que acababan de terminar los seis meses á que se limitaban las cláusulas de su tratado con el emperador, y ademas el objeto de aquella alianza era la destruccion de la liga y esta estaba ya del todo disuelta. Por otra parte Carlos en todos sus convenios con las ciudades y príncipes que se le sometian, nunca habia pedido el parecer del papa ni pensado siquiera en designarle parte alguna de las conquistas ni de las cuantiosas contribuciones que habia cobrado; finalmente nada habia hecho para la estirpacion de la heregía ó para el restablecimiento del culto católico, únicos objetos que

Año 1547. se habia propuesto el papa al cederle los tesoros eclesiásticos. Estos motivos, por verdaderos que fuesen, no alucinaron al emperador acerca la verdadera causa de la conducta del papa; pero como la orden dada para el regreso de las tropas de Italia era tan imperativa como inopinada, no le fue posible detenerlas. Ponderó Carlos infinito la mala fe del papa que le abandonaba sin motivo en el instante mismo de acabar una guerra emprendida á sus ruegos, y que si su éxito era propicio debia atraer tanta gloria y beneficios á la iglesia; unió á estas quejas las amenazas é instancias, pero no por eso dejó Pablo de manifestarse mas resuelto, sus soldados prosiguieron su camino hácia los dominios eclesiásticos, y aquel publicó un manifiesto escrito con artificio para su apología, en el que se observaba aun mas manifestamente cuán separado estaba del emperador, y cuántos temores le causaba su engrandecimiento (1). Carlos, cuyo ejército habia ya recibido grandes bajas por las guarniciones que por precaucion habia colocado en las ciudades sometidas, viéndole aun mas disminuido con la desercion de los italianos, creyó necesario reforzarse con nuevas levadas antes de aventurarse personalmente á dirigirse á Sajonia.

Conspiracion en Génova para alterar su gobierno.

La noticia y brillo de los triunfos de Carlos le hubieran sin duda atraído muchos soldados de todas las regiones que acababan de someterse á su autoridad para ponerle en estado de ponerse en marcha contra el elector; pero le detuvo una conspiracion que estalló súbitamente en Génova; las grandes revoluciones que al parecer presagiaba este suceso, envuelto con la capa del misterio, le precisaron á indagar su origen y

(1) Fra-Paolo, 208 Pallavic. part II, p. 5. Tuvau. 126.



penetrar su objeto antes de empezar nuevas operaciones en Alemania. Aunque la especie de gobierno dada á los genoveses en la época que Andres Doria recobró la libertad de su patria fuera buena para echar en olvido las primeras disensiones, y que se hubiese recibido con unánime aprobacion, á pesar de todo no pudo satisfacer la inquietud de algunos turbulentos y sediciosos republicanos, despues de veinte años de esperiencia; hallándose entonces el gobierno de los asuntos caído á un cierto número de familias nobles, envidiaroales las otras esta prerogativa, y desearon recobrar el gobierno popular al que se habian ya acostumbrado. El mismo respeto que infundia el virtuoso desinterés de Doria y la admiracion á su saber no impedian que tuviese envidiosos por el ascendiente que habia adquirido en todos los asuntos de la republica; á pesar de esto, su edad, moderacion y amor á la libertad debian asegurar á todos sus compatriotas de que jamas abusaria de su poder, y que no aventuraria manchar sus últimos dias derribando aquel edificio que habia sido el trabajo y gloria de toda su vida; empero preveian los genoveses que aquel poder é influjo, siempre puros en sus manos, finirian con facilidad en fatales á la nacion si se apoderaba de ellas algun ciudadano que tuviese mas ambicion que virtud, y en efecto un hombre habia ya formado este proyecto, y con esperanzas de alcanzarlo; Juanito Doria, á quien su tío, aquel Andres habia hecho heredero de sus bienes, esperaba serlo tambien al propio tiempo de su autoridad. Su altivo, insolente y bárbaro carácter, que con dificultad se hubiera podido tolerar en el heredero de un trono absoluto, era todavía mas odioso en el ciudadano de una republica; y ya los mas re-

Objeto de  
los malconten-  
tos.

Año 1547. celosos de los genoveses le temian y aborrecian como al enemigo de aquella libertad que debian á su tío; á pesar de todo el mismo Andres, obcecado con aquella interna é involuntaria inclinacion con que los ancianos miran á los mas jóvenes vástagos de su familia, no ponía coto á su indulgencia para él, y parecia ocuparse menos en asegurar y perpetuar la dicha del estado que en ayudar á la elevacion de aquel indigno sobrino.

Fieschi, con-  
de de Lavagne,  
es la cabeza de  
la conjuracion:

Empero aunque sospechasen los deseos de Doria y se criticase el actual sistema de gobierno, todas estas causas probablemente no habrian producido mas que quejas y murmuraciones, si Juan Luis de Fieschi, conde de Lavagne, que acechaba los progresos del descontento para aprovecharse de él, no hubiera ideado una de las empresas mas osadas de que hace mencion la historia. Este jóven patriota, el mas rico y noble de los vasallos de la república, poseía en el mayor grado todas las propiedades que cautivan los ánimos, infunden respeto y se adquieren la estimacion: la gracia y nobleza se manifestaban en su persona; liberal hasta ser pródigo, su generosidad se anticipaba á las voluntades de sus amigos y excedía á la espectacion de los estraños; unía á unos modales afables y á una amabilidad sin afectacion, una astucia fina. Empero bajo la máscara de estas interesantes prendas encubria todos los requisitos que pueden poner al hombre á la cabeza de las mas peligrosas tramas: era una desmedida y turbulenta ambicion, un ánimo superior á todo miedo, un talento enemigo por naturaleza de toda subordinacion; semejante carácter no podia avenirse con el estado de dependencia en que le habia colocado la fortuna. Fieschi, émulo del poder que el

Año 1547.

anciano Doria se habia vinculado, no podia mirar sin enojo en que aquel pararia algun dia en manos de Juanito como á una herencia, y estas diferentes pasiones conmovian con tanta fuerza á este hombre revoltoso y atrevido, que resolvió derribar un gobierno al que su vanidad no podia subyugarse.

Para mejor alcanzarlo juzgó al principio deber aliarse con Francisco I, y hasta lo propuso al embajador de aquel monarca en la corte de Roma; su deseo era, luego de haber espelido á Doria y al partido imperial con tan paderosa ayuda, restituir despues á la república bajo la proteccion de la Francia, prometándose lograr el primer asiento en la direccion del gobierno en remuneracion de aquel servicio; pero habiendo manifestado su proyecto á algunos de sus íntimos confidentes, Verrina, el principal de ellos, sujeta á quien su arruinada hacienda le hacia capaz de idear y poner en planta los mas osados proyectos, le representó con viveza la locura de esponerse á un graa peligro de que otro cogeria el provecho; animóle para asegurarse para sí mismo el mando de su patria, al cual su noble nacimiento, el voto de sus compatricios y la adhesion de sus amigos podian con facilidad elevarle. Este lenguaje presentó al ardoroso genio de Fieschi tan hermosa perspectiva, que adoptó el plan de Verrina, abandonando inmediatamente el suyo, y cuantos se hallaban presentes, aunque persuadidos del riesgo del proyecto, no osaron oponerse á lo que una vez habia adoptado su protector con tanto ardor. Al momento esta negra conspiracion formó la idea de asesinar á entrambos Dorias y á sus principales partidarios, alterar el sistema de gobierno de Génova y colocar en la silla ducal á Fieschi. Con todo necesitábase cierto tiempo para

Manejos y preparativos de los confederados.

Año 1547. poner en práctica esta idea, y Fieschi tomaba todas las precauciones necesarias para tenerlo oculto y no causar ninguna sospecha mientras se estaban haciendo los mas necesarios preparativos, y el papel que fingió era en realidad insondable; manifestó abandonarse enteramente á los deleites y disipaciones; los placeres y diversiones de su edad y de su clase al parecer ocupaban todo su tiempo y pensamientos, pero en medio de este bullicio iba continuando su proyecto con la mayor madurez, sin mezclar en él ni la lentitud del temor ni la precipitacion de la impaciencia. Continuó su correspondencia con el embajador de Francia en Roma con el objeto de contar con el apoyo de su rey si en lo sucesivo necesitaba auxilios, pero tuvo la sagacidad de ocultarle sus verdaderas intenciones. Alióse secretamente con Farnesio, duque de Parma, quien siempre enojado contra el emperador por haberle negado el tomar la posesion de aquel ducado, estaba preparado á vengarse de él en la persona de los Doria, entregados del todo á aquel soberano cuyo influjo en Italia pretendia menguar. Sabiendo Fieschi que lo mas interesante en unas posesiones marítimas era apoderarse de las fuerzas navales, pidió cuatro galeras al papa, quien probablemente sabia la conspiracion y no la desaprobaba, y bajo el motivo de armar una de ellas para cruzar contra los turcos, alistó un crecido número de sus propios súbditos y una gran cantidad de osados aventureros á quienes la paz convenida entre el emperador y Soliman dejaba sin empleo y sin sustento.

Mientras que Fieschi estaba ocupado en estos interesantes preparativos, demostraba siempre no cuidarse mas que de los placeres; constante en cortejar á los dos Doria, supo engañar no solo la ingenuidad del tio, si que tam-

bien la astucia del sobrino, á quien sus mismas intrigas ponian mas en estado de desconfiar de las de los demas. Todo estaba dispuesto, únicamente faltaba descargar el golpe; tuvo Fieschi varias sesiones con los conjurados acerca el modo de asegurar mejor el éxito de la conspiracion. Propúsose primero asesinar á los Dorias y á sus mas adictos partidarios en la celebracion del oficio en la catedral; pero como no iba á ella Andres á causa de su avanzada edad, tuvo que variarse el plan; convínose despues que Fieschi convidaria á su casa al tío y sobrino con todos sus amigos ya destinados, y que seria fácil deshacerse de ellos sin hallar resistencia; empero como Juanito se vió obligado á salir de la ciudad el mismo dia que habian elegido, fue necesario variar nuevo las disposiciones: finalmente viendo que con la maña no podian ejecutarlo, resolvieron verificarlo á viva fuerza, para cuyo efecto señalaron la noche del 2 al 3 de enero. La ocasion era propicia; el doge del año antecedente debia segun uso dejar su destino el primero de aquel mes, y no podia elegirse su sucesor hasta despues del 4. Fieschi podia con mayor facilidad apoderarse de aquel empleo vacante, quedando la república durante este intermedio en una especie de anarquía.

Empleó la mañana del dia prefijado para la irrupcion en visitar á sus amigos, y manifestó por do quier la misma alegría y presencia de ánimo que acostumbraba; por la noche hizo su corte á los Dorias siempre con el mismo airo de adhesion y respeto, pero acechando su semblante con la suspicacia necesaria en tan critico momento, fue bastante feliz para hallarlos en una entera tranquilidad y sin ningun recelo de la tormenta que se formaba desde mucho tiempo, y que iba á descargar sobre sus personas.

Se reunen  
para ejecutar  
su proyecto.

Año 1547. Corrió de aquel palacio al suyo que estaba aislado en medio de una gran plaza y rodeado de altas paredes; desde por la mañana se habian abierto las puertas y habia sido lícito á todo el mundo, sin distincion de personas, su entrada en él; empero se habian apostado guardias para impedir la salida. A pesar de esto Ver-rina y el pequeño número de confidentes en la conjuracion habian conducido en pelotones al palacio á los vasallos de Fieschi, y á los soldados de sus galeras los esparcieron sin rumor por toda la ciudad. Invitaron despues á nombre de su dueño á una comida á los principales ciudadanos que estaban malcontentos del gobierno de los Dorias, y que manifestaban con los deseos de una variacion violenta el valor de cooperar á ella. Los mas de los que ocupaban el palacio no sabian para qué se les habia reunido en él y los demas aturdidos de ver en vez de los preparativos de un banquete, un patio lleno de hombres armados y aposentos llenos de instrumentos bélicos, se miraban unos á otros en muestras de curiosidad mezcladas de impaciencia y temor.

Fieschi los predispone con sus discursos.

En medio de aquella incertidumbre en que nadaban los corazones se manifestó Fieschi en un aire de alegría y confianza; dirigió la palabra á los sujetos mas distinguidos y les dijo que no los habia convocado para los placeres de un banquete, sino para repartirse la gloria de una heroica accion cuyo fruto seria la libertad seguida de una gloria inmortal. Pusoles á la vista al propio tiempo el gobierno tan excesivo como intolerable del viejo Doria, el cual tendia todos los dias á aumentarse y perpetuarse por la ambicion de Juanito y el manifesto favor del emperador por una familia mucho mas adicta á aquel estrangero monarca que á su patria; pero á vuestra

disposicion está, añadió, disolver este tiránica gobierno; asesinemos á los tiranos; he tomado mis medidas, mis compañeros son muchos, y en caso de necesidad puedo contar con aliados y protectores; todo lo tengo previsto y nuestros tiranos deseassan con seguridad. Un altivo desprecio de sus conciudadanos ha desterrado de su corazon la desconfianza y timidez que por lo comun hacen avisados á los delincentes y les pone siempre sobre sí contra la venganza que han provocado. Sentirán el golpe antes que perciban el brazo levantado contra ellos; vamos á librar á nuestra patria con un generoso esfuerzo al cual no sigue casi ningun riesgo. Semejante discurso pronunciado con aquel enérgico entusiasmo que da valor al corazon cuando está animado por grandes objetos, causó en la reunion la mas fuerte commocion. Los súbditos de Fieschi, siempre dispuestos á marchar bajo sus órdenes, le contestaron con un murmullo de aprobacion; muchos sugetos cuyas haciendas estaban arruinadas entrevieron la esperanza de recobrarlas con el libertinage y tumulto de una revolucion, empero aquellos á quienes su clase ó virtud ponian sobre los demas, osaron manifestar la sorpresa y horror que les causaba una accion tan atroz, y cada uno de ellos temiendo que su vecino estuviese en el secreto de la conspiracion solo veia á su alrededor hombres preparados, á la menor señal de su gefe, á arrojarse á los mayores excesos; por lo que todos aplaudieron ó á lo menos fingieron aplaudir.

Al momento que Fieschi hubo dispuesto é infundido valor de esta suerte á sus cómplices, voló antes de darles sus últimas órdenes al aposento de su muger. Esta señora, de la noble familia de Gibo, habia encendido en su esposo la mas ardiente pasion,

Su conferencia verbal con su muger.

Año 1547. y su virtud la hacia tan digna de ella como su hermesura; el rumor de los hombres armados de que estaba lleno el patio del palacio habiendo llegado á sus oídos, conoció que se tramaba alguna disposicion arriesgada, y tembló por los dias de su esposo; hállala sumergida en el terror y consternación, apresurábase en manifestarla un proyecto que no podía ya ocultar. La proximidad de tantos horrores y riesgos acaba de conmoverla, vaticina el desgraciado éxito de aquella intencion, y se esfuerza con su llanto, súplicas y desesperacion á apartar de él á su marido; y este despues de haber intentado aunque en vano tranquilizarla é infundirle sus propias esperanzas, cortó inmediatamente una visita á que imprudentemente le habia arrastrado un exceso de amor, pero que no fue bastante para hacerle variar su resolucion y « adios, la dijo al salir, ó no me veras ya mas ó mañana todo Génova se « postrará ante tí.»

Los conjurados atacan la ciudad.

Al momento que se reunió á sus compañeros dió á cada uno de sus respectivas órdenes; los unos debian apoderarse á viva fuerza de todas las puertas de la ciudad y otros de las principales calles ó fortalezas, y Fieschi se encargó del ataque del puerto donde se hallaban las galeras de Doria, como del mas interesante y arriesgado punto. Era entonces media noche y los habitantes reposaban tranquilos, cuando aquella numerosa reunion de conspiradores, completamente armados, empezó su movimiento para ejecutar el proyecto. Apoderáronse sin resistencia de algunas puertas y forzaron las demas despues de un reñido combate con las guardias; Verrina empleó una de las galeras que estaban destinadas contra los turcos en bloquear la entrada de la Dársena ó del pequeño puerto que guarecia la armada



de Doria; y esta precancion quitando á los moradores todo medio de fuga, probó Fieschi subir á las galeras de la república por la parte que estaban amarradas y no estaban en estado de resistir. La turbacion y tumulto se esparcieron pronto por la ciudad, en cuyas calles se oían incesantemente los gritos de *Fieschi y libertad*. A este nombre tan querido se armó el populacho y se reunió á los conspiradores; los nobles y partidarios de la aristocracia, embargados de susto y temor, cerraron las puertas de sus casas y solo procuraron salvarse del pillage. La nueva de este desorden llegó por último al palacio de Doria; salta Juanito inmediatamente de la cama, y creyéndose seria únicamente una sublevacion de los marineros, sale con algunos sugetos y se dirige al puerto; y como debia pasar por la puerta de Santo Tomas, de la que se habian apoderado los conjurados, estos se precipitaron con furia sobre él y le cosieron á puñaladas en el mismo momento que se presentó: el anciano Doria hubiera sin duda sufrido la misma suerte si Gerónimo de Fieschi hubiese atacado repentinamente el palacio conforme al proyecto de su hermano el conde de Lavagne, pero aquel prohibió á sus servidores que pasasen adelante temiendo que el saqueo quitaria á su avaricia un rico botin, y al saber Andres la muerte de su sobrino y del riesgo que él mismo corria, montó con precipitacion á caballo, y con la fuga se escondió de sus enemigos. A pesar de todo muchos senadores se determinaron á reunirse en el palacio de la república (1); hasta algunos se atrevieron al principio á reunir algunos soldados dispersos y atacar algun grupo de sediciosos; pero vién-

(1) *Il palazzo della Signoria.*

Año 1547.

dose rechazados con pérdida, tomaron la decisión de entrar en tratados con una facción á la que no podían resistir. á cuyo fin se enviaron comisionados á Fieschi para indagar sus pretensiones, ó mejor, para someterse á todo cuanto le gustase mandar.

Causa del mal éxito de esta empresa.

Empero este caudillo de los sublevados no existía ya: en el mismo momento en que estaba dispuesto á volverse á reunir con sus compañeros vencedores, después de haberse apoderado de la escuadra oyóse un extraño ruido á bordo de la galera almiranta, por lo que temiendo con sobresalto que los forzados rompiesen las cadenas para acabar con sus partidarios, acudió allí; pero la tabla por la que pasaba precipitadamente de la playa al navío habiéndose volcado, cayó al mar; el peso de su armadura le echó al hondo y pereció en el mismo instante en que iba á disfrutar del feliz logro de su empresa. Verrina fue quien primero tuvo conocimiento de esta fatal desgracia; previó al momento todas las consecuencias de este lance y lo avisó á un corto número de conjurados, á quienes no era difícil tener oculto este secreto en medio de las tinieblas y oscuridad de la noche hasta que un convenio con los senadores hubiese puesto á la ciudad en su poder; pero desvaneciéronse pronto todas sus esperanzas por la imprudencia de Gerónimo de Fieschi. Los comisionados del senado, encargados de sus proposiciones, como le preguntasen adónde estaba el conde de Lavagne, les contestó con un orgullo pueril: « Yo lo soy ahora, y conmigo es con quien debéis tratar; » y estas pocas palabras ilustrando á un mismo tiempo á sus amigos y enemigos, hizo en entrambos partidos la impresión que era de esperar. Animados los diputados con este acontecimiento, el único que pudiera cambiar en su he-

neficio la revolución, cambiaron de tono con un ánimo varonil y enérgico, y convinieron en sus proposiciones á favor de las circunstancias. Empero mientras ellos procuraban diferir la negociacion, los demás magistrados se ocuparon en reunir sus partidarios para formar de ellos una division capaz de defender el palacio del senado. Por otra parte atemorizados los conjurados, por la pérdida de un hombre que idolatraban y en quien fundaban sus mayores esperanzas, no teniendo confianza en Gerónimo, que únicamente poseia el atolondramiento y presuncion de la mocedad, perdieron el valor y soltaron las armas de la mano. De esta suerte el profundo y maravilloso secreto que hasta entonces contribuyó al buen éxito de la conjuracion fue el principal motivo que la frustró; pereció su jefe, y la mayor parte de los que hacia obrar no conocian ni á los confidentes de sus deseos ni el objeto que deseaba; ninguno de ellos se hallaba dotado de bastante autoridad y talentos para ocupar el lugar de Fieschi y completar su obra, y aquel cuerpo privado del espíritu que le animaba quedó inerte y sin vida. Muchos de los conjurados se retiraron á sus casas esperando que la oscuridad de la noche encubriese con su persona su delito; otros buscaron su salvacion en una pronta fuga; finalmente antes que amaneciese se fugaron todos precipitadamente de una ciudad que pocas horas antes estaba dispuesta á recibirlos como á dueños.

Toda Génova quedó tranquilizada á la mañana siguiente, sin verse en ella un solo enemigo y ni apenas se reparó ninguna huella del desorden de la noche; pues esta conjuracion habia causado mas ruido que sangre, porque la sorpresa habia favorecido mas á

Restablécse  
el sosiego en  
Génova.

Año 1547. los conjurados que la fuerza: Andres Doria regresó por la noche á la ciudad entre las festivas aclamaciones de los genoveses que acudieron á su encuentro, y aunque estuviere todavía turbado por el riesgo de la noche antecedente, aunque tuviese á la vista el ensangrentado cuerpo de su sobrino, fue tal su moderacion y grandeza de alma que el decreto dado por el senado contra los conjurados no pasó los límites de la justa severidad que exigia el apoyo del gobierno, y que nada dictó el espíritu de partido ni el rencor de la venganza (1).

Temores del  
emperador por  
esta conjura-  
cion.

Así que fueron tomadas las mas acertadas precauciones para impedir que volviese á encenderse un fuego tan dichosamente estinguido, el primer cuidado del senado consistió en enviar un embajador á Carlos con el encargo de noticiarle los pormenores de este suceso y pedirle socorro para atacar á Montobbio, respetable fortaleza de la familia de los Fieschi, donde se había encerrado Gerónimo, y el emperador se asustó y maravilló á un tiempo por una empresa tan extraordinaria. No podia creer que por mas ambicioso que fuese el conde de Lavagne y temerario, se hubiese atrevido á aventurarse sin las instigaciones ó auxilio de alguna potencia estrangera, y al momento que supo que el duque

(1) Thuan, 93. Sigonius, *Vita Andrea Doria*, 1196. *La conjuration du comte de Fiesque*, por el cardinal de Retz, *Adversarij, Istoria*, lib. VI, 369. Folietz, *Conjuratio Joh. Lud. Fieschi*, *op. Grav. Thez. Ital.* 1, 883.

Cosa digna de advertir es que el cardinal de Retz, que á los diez y ocho años de edad había ya escrito la historia de esta conjuracion, manifiesta en ella tanta admiracion por Fieschi que no maravilla que un ministro tan astuto y despótico como Richelieu haya profetizado al leer dicha obra que aquel jóven eclesiástico tendria un genio turbulento y peligroso *Mém. de Retz*, t. I, p. 13.

de Parma sabia el plan de la conspiracion, supuso que el papa sabia un proyecto que favorecia á su hijo, y esta conjetura le llevó á otra mas remota pero que la conducta política de Pablo hacia probable, á saber, que este pontífice estaba ya convenido con el rey de Francia para aprovechar los resultados de esta conspiracion. Desde entonces temió Carlos que aquel fuego volviera á propagar el incendio que tantos estragos habia causado en Italia, y como la guerra de Alemania le habia hecho retirar sus tropas de los dominios ultramontanos, y que no le era dado evitar una invasion, á lo menos se requería que se encontrase en estado de llevar allá sus mayores fuerzas al primer anuncio de peligro. Hubiera pues cometido una imprudencia en esta ocasion si hubiese marchado en persona contra el elector sin estar cierto de que no se preparaba en Italia una revolucion que le impidiese sostener la campaña en Sajonia con bastantes fuerzas.

Suspende sus operaciones en Alemania.

FIN DEL TOMO TERCERO.



The first part of the book is devoted to a general discussion of the theory of the firm. It begins with a review of the classical theory of the firm, which is based on the assumption of perfect competition and profit maximization. The author then discusses the limitations of this theory and introduces the concept of the firm as a collection of individuals who are bound together by a common purpose. This leads to a discussion of the theory of the firm as a collection of individuals who are bound together by a common purpose. The author then discusses the theory of the firm as a collection of individuals who are bound together by a common purpose. The author then discusses the theory of the firm as a collection of individuals who are bound together by a common purpose. The author then discusses the theory of the firm as a collection of individuals who are bound together by a common purpose.

